

IDAD AU  
CCIÓN G



CONSULATI

1

IMPERIO



DC201

T5 :

1846

V. 11

C. 1

RALE

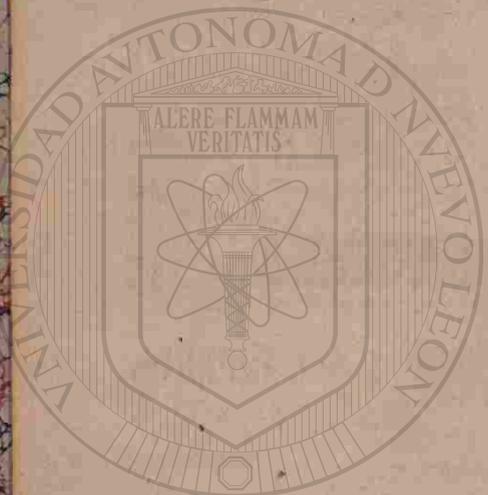
2000

9(44)



1080045902

6#76#163



U A N L

**HISTORIA  
DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular.

T. XI. 4

**CONDICIONES DE SUSCRICION.**

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos a poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad. —Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

**EN MADRID.**

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

**SE SUSCRIBE.**

**EN PROVINCIAS.**

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicación.

**HISTORIA**

**DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,**

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.

**TOMO XI.**



Capilla Alfonso  
Bibliotecaria Universitaria

MADRID, 1851.

ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR  
CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

54686

17022

DC201

FS  
1846



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Capilla Alfonso XIII  
Biblioteca

DIRECCIÓN GENERAL DE

15032

## LIBRO TREINTA Y SEIS.

Talavera y Walcheren.

Operaciones de los franceses en España durante el año 1809.—  
 Plan de campaña para ver de conquistar el Sur de la Península.  
 — Falta de unidad en el mando, e inconvenientes que produce.—  
 La guerra de Austria aviva las esperanzas y las pasiones de los  
 españoles.— Celos que mueve Inglaterra en multiplicar sus es-  
 pediciones al litoral europeo, y envío a Portugal de otro ejército  
 británico.— Abrese la campaña de 1809 con la marcha de Soult  
 hacia Oporto.— Intenta en vano pasar el Miño en Tuy.— Rodeo  
 por Orense, y marcha atravesando la provincia de Tras-os-Mon-  
 tes.— Serie de combates para entrar en Chaves y en Braga.—  
 Batalla de Oporto.— Difícil situación del mariscal Soult en el  
 Norte de Portugal.— Luego que se sabe su entrada en aquel  
 reino, el estado mayor de Madrid dirige el mariscal Victor á Es-  
 tremadura y manda se apoye á este último por medio de un mo-  
 vimiento del general Sebastiani sobre la Mancha.— Paso del Tajo  
 en Almaráz, y llegada al Guadiana del mariscal Victor y del ge-  
 neral Sebastiani.— Victorias de Medellín y Ciudad Real.— Estas  
 dos victorias hacen presagiar al principio seria feliz la campaña  
 en el Sur de la Península, pero destruyen á poco su efecto suce-  
 so lamentables ocurridos en el Norte.— El general La Romana,  
 a quien había dejado á su espalda el mariscal Soult al atravesar  
 á Orense, pasa entre Galicia y el reino de Leon, subleva toda la  
 parte Norte de España, y amenaza cortar las comunicaciones de  
 los mariscales Soult y Ney.— Inútiles esfuerzos del mariscal Ney

DC201

FS  
1846



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Capilla Alfonso X  
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE

15032

## LIBRO TREINTA Y SEIS.

Talavera y Walcheren.

Operaciones de los franceses en España durante el año 1809.—  
 Plan de campaña para ver de conquistar el Sur de la Península.  
 —Falta de unidad en el mando, e inconvenientes que produce.—  
 La guerra de Austria aviva las esperanzas y las pasiones de los  
 españoles.—Celo que muestra Inglaterra en multiplicar sus es-  
 pediciones al litoral europeo, y envío a Portugal de otro ejército  
 británico.—Abrese la campaña de 1809 con la marcha de Soult  
 hacia Oporto.—Intenta en vano pasar el Miño en Tuy.—Rodeo  
 por Orense, y marcha atravesando la provincia de Tras-os-Mon-  
 tes.—Serie de combates para entrar en Chaves y en Braga.—  
 Batalla de Oporto.—Difícil situación del mariscal Soult en el  
 Norte de Portugal.—Luego que se sabe su entrada en aquel  
 reino, el estado mayor de Madrid dirige el mariscal Victor á Es-  
 tremadura y manda se apoye á este último por medio de un mo-  
 vimiento del general Sebastiani sobre la Mancha.—Paso del Tajo  
 en Almaráz, y llegada al Guadiana del mariscal Victor y del ge-  
 neral Sebastiani.—Victorias de Medellín y Ciudad Real.—Estas  
 dos victorias hacen presagiar al principio seria feliz la campaña  
 en el Sur de la Península, pero destruyen á poco su efecto suce-  
 so lamentables ocurridos en el Norte.—El general La Romana,  
 a quien había dejado á su espalda el mariscal Soult al atravesar  
 á Orense, pasa entre Galicia y el reino de Leon, subleva toda la  
 parte Norte de España, y amenaza cortar las comunicaciones de  
 los mariscales Soult y Ney.—Inútiles esfuerzos del mariscal Ney

para comprimir á los insurrectos de Galicia y Asturias.—A falta del mariscal Mortier á quien retienen en Burgos las instrucciones que habia recibido, se envia seis ú ocho mil hombres al mando del general Kellermann para restablecer las comunicaciones entre los mariscales Soult y Ney.—Acontecimientos de Oporto.—Proyecto de convertir en reino el Norte de Portugal.—Divisiones en el ejército del mariscal Soult, y relajamiento de la disciplina en este ejército.—Median en secreto comunicaciones con los ingleses.—Sir Arturo Wellesley, que habia desembarcado en las cercanías de Lisboa, conduce hácia Oporto un nuevo ejército.—Gracias á los medios de inteligencia que emplea en la plaza, sorprende á Oporto.—El mariscal Soult se ve obligado á huir sacrificando su artillería.—Retirada hácia Galicia.—Entrevista de los mariscales Soult y Ney en Lugo.—Plan concertado entre los dos mariscales, el cual no se pone en ejecución por el movimiento que el mariscal Soult hace sobre Zamora.—Funesta division entre estos dos mariscales.—Orden espedita en Schönbrennu, antes de saber los sucesos de Oporto, para reunir bajo el mando del mariscal Soult los tres cuerpos de los mariscales Ney, Mortier y Soult.—Consecuencias imprevistas de este orden.—El mariscal Soult forma en Salamanca un proyecto de campaña fundado en la suposicion de que los ingleses permanecerian ociosos hasta el mes de setiembre.—Los acontecimientos no tardan en desmentir esta suposicion.—Sir Arturo Wellesley, despues de espulsar á los franceses de Portugal, se repliega hácia Abrantes.—Pónese de acuerdo con don Gregorio de la Cuesta y Venegas para operar sobre el Tajo.—Su marcha hácia Plasencia en junio y julio, y su llegada á Talavera.—El rey José, que habia hecho ir el mariscal Victor al valle del Tajo, se reúne á él con el cuerpo del general Sebastiani y una division de reserva sacada de Madrid, mandando al mariscal Soult desemboque por Plasencia á espaldas de los ingleses.—José les ataca demasiado pronto, y sin bastante homogeneidad.—Batalla indecisa de Talavera dada el 28 de julio.—Movimiento retrogrado hácia Madrid.—Aparicion tardía del mariscal Soult á retaguardia de sir Arturo Wellesley.—Retirada precipitada del ejército inglés á Andalucía, despues de abandonar sus enfermos y heridos.—Carácter de los sucesos de España durante la campaña de 1809.—Disgusto de Napoleon por no haberse sacado mejor partido de los grandes recursos reunidos en la Peninsula, e importancia que da á estos sucesos, á causa de las negociaciones de Altenburgo.—Esfuerzos de los ingleses para auxiliar á los negociadores austriacos con el envío de una gran expedicion al continente.—Proyecto de destruir en las radas los armamentos maritimos preparados por Napoleon.—Expedicion de Rochefort.—Numero prodigioso de brulotes lanzados á un tiempo contra la escuadra de la isla de Ex.—El enemigo incendia cuatro navios y una fragata, que van á dar contra las rocas de Palas.—En seguida dirigen los ingleses sus fuerzas navales contra el establecimiento de Amberes, esperanzados de encontrarle desprovisto de medios de defensa.—Cuarenta navios, treinta y ocho fra-

gas y cuatrocientas embarcaciones de transporte conducen cuarenta y cinco mil hombres á las bocas del Escalda.—Desembarco de los ingleses en la isla de Walcheren y sitio de Flesinga.—La escuadra francesa logra retirarse sobre Amberes, y resguardarse allí de todo peligro.—Modo de considerar la expedicion inglesa en París y en Schönbrennu.—Previendo Napoleon que la fiebre seria el adversario mas temible de los ingleses, manda ponerse á cubierto con trucherías, colocar detrás de ellas á las tropas que se pudiera reunir, y no aventurar la batalla.—Llama á las armas á los guardias nacionales, y designa al mariscal Bernadotte para general en jefe de las tropas reunidas al pie de las murallas de Amberes.—Rendicion de Flesinga.—Habiendo perdido el tiempo los ingleses en tomar á Flesinga, saben que Amberes se halla en estado de defensa, y no se atreven ya á avanzar.—Acomételes la fiebre con suma violencia, y les obliga á retirarse despues de sufrir pérdidas enormes.—Alegría de Napoleon al saber este resultado, sobre todo con motivo de las negociaciones entabladas en Altenburgo.

Durante el año 1809 no solo se vertia sangre francesa en las orillas del Drava, el Raab, el Danubio y el Vístula, sino tambien en las márgenes del Ebro, el Tajo, el Duero, y hasta el Escalda, asi como en la mayor parte de los mares del globo. Donde quiera y casi simultáneamente, se veia á los franceses prodigando su vida en aquella terrible contienda, trabada entre un hombre ambiciosísimo y la nacion mas vengativa del mundo. Mientras con soldados que casi eran unos niños ponía término Napoleon en tres meses á la guerra de Austria, faltos de direccion sus generales, sin lograr de él apenas una mirada de atencion, y divididos entre sí desgraciadamente, no podian con los primeros soldados del universo aniquilar unas cuantas hordas indisciplinadas, y un puñado de ingleses mandados con cordura. Eternizabase, pues, la guerra de España en detrimento de nuestro poderio, de nuestra gloria algunas veces, y en men-  
gua de la dinastia imperial.

Viendo Napoleon que las tropas que tenia en España habian ejecutado una campaña de invierno, y dado en diciembre y enero las batallas de Espinosa, Burgos, Tudela, Molins de Rey, la Coruña y Uelès, quiso se les concediera uno ó dos meses de descanso, tiempo necesario para conservar ó reponer la salud del soldado y para reparar el material, y que saliendo en seguida de los puntos que habian conquistado, se dirigieran al Sur de la Península, para acabar de someterla, desde Lisboa hasta Cádiz, y desde Cádiz hasta Valencia. Antes de ahora hemos espuesto el plan que dejó trazado al marchar de Valladolid para trasladarse á Austria, y que por muy bien concebido que fuese, no podia suplir á un buen general en jefe; pero sera preciso que lo recordemos aqui brevemente para inteligencia de las operaciones de 1809.

Despues que el mariscal Soult descansara en Galicia de las fatigas que habia sufrido persiguiendo á los ingleses, debia ponerse otra vez en movimiento con las divisiones Merle, Mermet, Delaborde y Heudelet, los dragones Lorge y Lahoussaye, y la caballeria ligera de Franceschi, los cuales componian diez y siete regimientos de infanteria, diez de caballeria y un parque de cincuenta y ocho bocas de fuego, pasar el Miño en Tuy, avanzar por Braga hácia el Duero, tomar á Oporto, y desde esta última ciudad marchar en seguida á conquistar á Lisboa. Creia Napoleon, que este cuerpo cuyo número nominal ascendia á cuarenta y seis mil hombres, proporcionaria unos treinta y seis mil combatientes; pero desgraciadamente esto no era exacto, pues con motivo de los heridos, los enfermos, los hombres cansados y la mucha gente

destacada, era imposible reunir mas de veinte y tres ó veinte y cuatro mil. Segun la órden recibida, debia marchar en febrero para llegar en marzo á Lisboa, á fin de aprovechar las delicias de la primavera tan precoz en aquellas regiones. El mariscal Ney, con las bizarras divisiones Marchand y Mathien, las cuales solo contaban diez y seis mil combatientes de treinta y tres mil, recibió instrucciones para que se quedase en Galicia, acabara de someterla, y protegiera detras del mariscal Soult las comunicaciones del cuerpo expedicionario de Portugal.

Mientras Soult invadiera aquel reino, el mariscal Victor, vencedor en Espinosa y Uelès, con las brillantes divisiones Villatte, Ruffin y Lapisse, que componia el primer cuerpo, y con doce regimientos de caballeria, debia alejarse de Madrid y avanzar por medio de un movimiento sobre su derecha de Talavera hácia Mérida, del Tajo hácia el Guadiana á fin de ejecutar en Estremadura y Andalucia una marcha adecuada á la del mariscal Soult en Portugal. Luego que estuviese seguro de que éste habia entrado en Lisboa, él debia dirigirse sobre Sevilla, donde le apoyaria en caso necesario una division de Soult; y para que pudiera derribar las murallas de Sevilla y de Cádiz, si estas capitales se defendian, preparabasele en Madrid un tren de batir, compuesto de piezas cortas de á veinte y cuatro. El mariscal Victor solo tenia en aquel momento á mano dos de sus tres divisiones, pues la del general Lapisse se habia quedado en Salamanca, desde la reconcentracion de tropas que Napoleon verificó en el Norte para destruir al general Moore. Esta division, mientras bajaba el mariscal Soult de Tuy

hácia Lisboa, tenía orden de dejarse caer de Salamanca sobre Alcántara, reünirse con su gefe en Mérida, y seguirle á Andalucía. Creíase que este cuerpo, reforzado con la excelente division alemana Leval, y que ascendia á cuarenta mil hombres nominales, daría treinta mil realmente, y bastaría con los refuerzos que pudieran enviarle de Madrid para dominar el Sur de la Peninsula.

El rey José, cuyo gefe de estado mayor era el mariscal Jourdan, estaba autorizado para conservar bajo sus inmediatas órdenes las brillantes divisiones francesas Dessoles y Sebastiani, la division polaca Valence los dragones de Milhaud y algunas brigadas de caballería ligera, cuyas tropas componian once regimientos de infantería y siete de caballería, ó sea una fuerza real y efectiva de treinta seis mil hombres, de cincuenta mil nominales, incluyendo la guardia personal de José, el parque general y una infinidad de depósitos. Con esta fuerza central debía el rey contener á Madrid, ir á apoyar en caso necesario al mariscal Victor, remediar, para decirlo de una vez, todos los casos imprevistos que pudieran ocurrir.

El cuerpo del general Junot, que acababa de terminar el sitio de Zaragoza, mandado á la sazón por el general Suchet, y que solo tenía diez y seis mil hombres disponibles de treinta que eran, debía descansar en Aragon, vigilar aquellas provincias, y despues ponerse en marcha, si los sucesos tomaban un giro favorable para avanzar por Cuenca hácia Valencia. Detras quedaba para sostenerle ó para guarnecer á Aragon, el cuerpo del mariscal Mortier, que se habia cansado poco durante el sitio de Zaragoza, y que de veinte y tres mil hom-

bres, presentaba diez y ocho mil combatientes. No pudiendo preveer Napoleon desde luego lo que sucedería en la guerra de Alemania, prohibió se empleara activamente el cuerpo del mariscal Mortier, y mandó se le conservara intacto al pie de los Pirineos, entre Zaragoza y Tudela. Ya para dirigirle hácia el Mediodía de España, ya para traerlo sobre el Rhin, segun lo que ocurriera. El general Saint-Cyr, que habia vencido á los españoles en Cardedeu y en Molins de Rey, debía con cuarenta y ocho mil hombres, en la realidad cuarenta mil, acabar de conquistar á Cataluña, sitiando las plazas fuertes; y por último, la parte Norte de España, que constituía nuestra línea de operaciones, se confió á tropa de caballería, y á una porción de cuerpos separados que formaban las guarniciones de Burgos, Vitoria, Pamplona, San Sebastian, Bilbao y Santander, y que podian proporcionar en caso necesario algunas columnas ambulantes. Desde que marchó el mariscal Bessieres, mandaban aquellos cuerpos los generales Kellermann y Bonnet, uno en Castilla y otro en Vizcaya. Esa mezcla de soldados de todas armas, sacada de todos los cuerpos y encargada de operar á nuestra retaguardia, presentaba treinta y tres ó treinta y cuatro mil hombres, quince ó diez y ocho mil de los cuales eran capaces de prestar muy buenos servicios, y hacia subir á doscientos mil combatientes de trescientos mil hombres que eran, la masa enorme de fuerzas consagradas á la Peninsula. Gran parte de ellas eran las mejores tropas de Francia, las que habian hecho las campañas de la Revolucion y del Imperio, las que habian vencido á la Italia, á Egipto, á Alemania y á Rusia. Hé aqui á lo que

nos había conducido la conquista de España, que en un principio se miró como asunto simplemente de un golpe de mano. Con ella se perdió nuestra reputación de rectos, nuestro prestigio de invencibles, viendo perecer unos tras otros soldados pertenecientes á ejércitos admirables, cuya formación había costado diez y ocho años de guerras y de victorias.

Napoleon suponía que estos trescientos mil hombres, los cuales no creía hubiesen disminuido tanto con las fatigas, las enfermedades y diseminación, serian más que suficientes, aun reducidos á doscientos mil, para subyugar á España, debiendo como debían estar los ingleses muy disgustados de tener que socorrer á los españoles despues de la campaña de la Coruña. No hay duda que esos doseientos mil hombres hubieran sido suficientes con una dirección enérgica, aunque las pasiones de todo un pueblo sublevado contra el extranjero sean capaces de hacer milagros; pero la autoridad que dejaba Napoleon en Madrid por intérprete y ejecutora de sus disposiciones, no podía suplir ni su genio, ni su voluntad, ni su ascendiente sobre los hombres, y los medios más poderosos debian estrellarse, no en la resistencia de los españoles (1), sino en la anarquía militar que iba á producir su ausencia.

(1) Nuestros lectores habrán advertido que Thiers, á pesar de su talento, incurre en contradicciones hablando de nosotros y que aventura ideas desmentidas por el raciocinio más simple. Mas de una vez, al encontrar, á medida que vamos traduciendo esta historia hechos nada verídicos, relaciones un sí ó no es desfiguradas, y juicios erróneos,

Efectivamente, ya hemos dicho que el rey José, sensato, benigno y bastante morigerado, no tenía ninguna cualidad para el mando por mucho que ambicionase la gloria de las armas, como patrimonio de familia. Sin actividad, sin vigor, sin ninguna experiencia de la guerra, y á falta de es-

nos hemos sentido con deseos de protestar contra el espíritu de prevención, ya que no de malevolencia, con que los escritores franceses, por muy eminentes que sean algunos, tratan de cuanto concierne á España, pero por temor de cansar al lector con notas, hemos callado, ciertos de que se hará las mismas reflexiones que nosotros pudiéramos dejar sentadas. En efecto, ¿no sorprende que confesando como confiesa Thiers que el entusiasmo de un pueblo en masa hace milagros, atribuya el mal éxito de las operaciones de los ejércitos franceses á mala dirección, y no á la heroica resistencia de los españoles? En buen hora que tuviese parte la anarquía militar en el no logro de los intentos de Napoleon; pero ¿por qué no conceder algo á nuestra universal resistencia? Además, ¿de qué nació esa anarquía militar, ese desconcierto que lamenta Thiers? De las divisiones que reinaban entre los generales, nos dice el historiador, como si las divisiones en un ejército no nacieran la mayor parte de las veces de las dificultades que encuentran, sobre todo, cuando les resiste toda una nación. Lo natural, lo lógico es pensar que los esfuerzos de los franceses se estrellaron en nuestra heroica resistencia, pues sin esta probablemente no hubiera habido divisiones entre los gefes enemigos, ni entronizándose en la corte de José la anarquía militar. Sensible es que Thiers busque ágenas causas á un éxito que tiene una muy sencilla y terminante, confesada por él mismo la de que cuando todo un pueblo se bate contra el extranjero hace milagros.

(N. del T.)

perencia ninguna de las dotes superiores de ingenio que suplen á ella, habia tomado por Mentor segun hemos dicho tambien, al mariscal Jourdan, general digno y juicioso, con quien consultaba sus planes militares; pero sin oírle las mas de las veces, decidiéndose á obrar, despues de vacilar mucho tiempo entre él y sus familiares, como podia, y con arreglo á las impresiones del momento. Durante la última campaña conoció Napoleon sus pretensiones, burlóse de ellas en Madrid, y se burlaba todavia en Schönbrunn con los que iban á España ó volvian de allí. En cuanto al mariscal Jourdan, no le queria bien, por sus opiniones antiguas y aun por las que profesaba á la sazón y sospechaba sin motivo era él quien inspiraba en la nueva corte de España la severidad con que le juzgaban. La tristeza, la frialdad de ese grave personaje, las traducia como una censura completa de su reinado, y conociendo no daba lugar como su hermano á que se burlasen de él, le despreciaba á las claras hasta el extremo de que el mariscal de que vamos hablando era el único militar de su graduacion y antigüedad á quien no habia concedido alguno de esos opulentos premios que prodigaba á los que le servian. Burlarse del rey, y aborrecer abiertamente á su mayor general, no era el mejor medio de realzarlos á los ojos de los generales que debian obedecerles. Con efecto, ¿cómo unos mariscales que solo estaban acostumbrados á obedecer á Napoleon en quien reconocian tanto genio como poderío, habian de obedecer á un hermano, que, segun él mismo decia, no era militar, y á un mariscal viejo y en desgracia que negaba tuviese conocimientos?

Tampoco reinaba la mejor inteligencia acerca

de las disposiciones adoptadas para asegurar la gerarquía del mando. (1).

Napoleon dijo en sus instrucciones que el rey José le reemplazaria á la cabeza de los ejércitos de España; pero como los gefes que mandaban cuerpo, lo mismo los mariscales que los generales, debian entenderse directamente con el ministro de la Guerra Clarke, y recibir órdenes de éste en lo tocante á sus operaciones, miraban la autoridad del rey José como puramente nominal, considerando como real y efectiva la que residia en Paris. Napoleon, tan resuelto en todo casi siempre, no supo decidirse á confiar el mando efectivo á un hermano á quien no creia capaz de desempeñarlo, y dejándose por forma, lo retuvo en la realidad para sí, en lo cual no anduvo acertado, porque si bien debia preferirse al parecer á cualquier otra disposicion el que fuese él quien inspirase al que mandara, la verdad es que las órdenes de José, aunque dadas sin conocimiento de la guerra y sin vigor, como mas cerca de los sucesos y mejor adaptadas á las circunstancias actuales de la lucha, hubieran producido mejores resultados que las de Napoleon, espeditas á seiscientas leguas de distancia, y que cuando llegaban no eran ya adecuadas al estado presente de las cosas. Lo mas conveniente habria

(1) En esto como en lo demas hablo, no por conjeturas, sino con hechos ciertos, pues he tenido en mi poder las voluminosas y verídicas Memorias del mariscal Jourdan, inéditas todavia, su correspondencia, la del rey José con Napoleon, y el relato de varias comisiones confiadas á Mr. Røederer para José, de quien era amigo. Nada aventuro por consiguiente sin pruebas auténticas.

sido que el emperador arreglara los planes generales de la campaña, planes que solo él era capaz de concebir y dejar que el estado mayor de José cuidara de mandar como soberano lo concerniente á los pormenores relativos á la ejecucion; pero al propio tiempo que se mostraba amable, indulgente, paternal, confiado, con el principe Eugenio, á quien tenia por modesto, sumiso y agradecido, era severo, burlon, desconfiado, con sus hermanos, en quienes encontraba vanidad, inobediencia y muy poca gratitud. Habia delegado, pues, en José una autoridad nominal, y con esto preparó sin quererlo una funesta anarquía militar en la Peninsula.

A estos motivos de conflicto hay que agregar otros no menos fatales. La guerra de España, sin contar lo ruinosa que era en tropas, lo era tambien en dinero, y conociendo Napoleon que no podia subvenir á ella, decidió que el ejército se mantuviera á costa del pais que ocupaba. José, lo mismo que el rey Luis en Holanda, y el rey Murat en Nápoles, queria popularizarse entre sus nuevos súbditos, y con el fin de grangearse su afecto los defendia contra el ejército francés, contra el ejército que estaba encargado de conquistárselos. Este ejército que, segun decia, habia convertido en reyes á unos hermanos de su general, de escaso mérito, estaba asombrado, hasta indignado, de que prefiriera José unos súbditos rebeldes á los soldados á quienes debia la corona, que merecian gratitud y que eran sus compatriotas. Los generales, los oficiales, todos hablaban de un modo particular sobre las dinastías creadas por ellos, y en desquite hablabase en la corte de José del ejército francés y de sus gefes como hubieran podido hacerlo los es-

pañoles. Representaban á Napoleon en la corte de España Mr. de Laforet, embajador de Francia, el general Belliard, gobernador de Madrid y Mr. de Freville agente del tesoro que entendia en lo relativo á los bienes confiscados á las familias proscripias: estas diferentes autoridades se hallaban en estado perpétuo de conflicto con los agentes del rey José. Por ejemplo, Napoleon habia mandado prender á todos los individuos del antiguo consejo de Castilla, y José los puso en libertad, diciendo se les perseguia solo por apoderarse de sus bienes. Napoleon se habia apropiado á título de indemnizacion de guerra, los bienes de las diez familias mas poderosas de España, como hemos referido en otra parte, y ademas se habia apoderado de las lanas pertenecientes á los grandes de las provincias conquistadas; confiscaciones, que valian muy cerca de doscientos millones. En cuanto á las diez familias, decia José que debia dejar sus fincas al emperador puesto que se las habia adjudicado; pero en cuanto á las demas familias, perseguidas por rebeldes, sostenia debia disponer él de sus bienes para devolvérselos si se sometian á la obediencia, ó para premiar sino lo verificaban, la adhesion de los que siguiesen sus banderas. Respecto á las lanas, tambien queria retener una parte con diversos motivos mas ó menos cuestionables, alegando por lo demas que nada tenia que dar, que ni siquiera podia pagar á su servidumbre militar, que habia en Madrid seis mil criados, ya de la grandeza, ya de la antigua corte, parte de los cuales era preciso ajustar, pues por no tener con que vivir, escitaban contra él el vecindario de la capital.

Efectivamente se hallaba en estremo apurado, porque los ejércitos franceses en las provincias que ocupaban, y los insurrectos en los puntos de que eran dueños, absorbían todo el producto de las contribuciones. Sin embargo, lo que los ejércitos franceses tomaban directamente no bastaba para su manutención: con lo que sacaban de las provincias se alimentaban y vestían, pero quedaba el servicio general de la artillería y del cuerpo de ingenieros muy costoso é importante, al cual no se podía proveer con apoderarse de los ganados ó cortar las mieses á raíz. Para ese servicio se necesitaba dinero, y solo entraba en el tesoro el que se recaudaba en Madrid. Si se echaba mano de todos los recursos que podía proporcionar la proscripción ó la confiscación de bienes, se quitaba á José los medios, segun decia, ó de ganar prosélitos ó de subvenir á las necesidades mas indispensables; de suerte que pedia se le dejara á lo menos concluir por su cuenta un empréstito medio contratado en Holanda, el cual podía proporcionar al tesoro español quince ó veinte millones. Esto fue lo único en que consintió Napoleon y se negó á todo lo demas, censurando amargamente algunos actos de munificencia ejercidos con favoritos que no lo merecian, y calculando con sentimiento visible de haberla emprendido, todo lo que ya le había costado la guerra de España y lo que todavía debía costarle, pues aunque los soldados vivían sobre el pais, era preciso enviarlos á la Peninsula vestidos, armados y organizados, suministrándoles además material, lo cual no podía hacerse sino gastando mucho, sin contar lo que costaba la guerra de Austria producida por la de

España, y que debía imponer otras cargas al tesoro público del imperio. En una palabra, Napoleon decia le arruinaban sus hermanos y que á todo tenia él que hacer frente. Por lo demas, distraído con otras guerras á seiscientas leguas de Madrid, dejaba ventilasen estas reyertas sus agentes, los cuales se portaban con una insolencia inaudita, creyéndose porque representaban al emperador Napoleon, muy superiores á quienes solo eran simples representantes del rey José. Llegaron á tal punto las cosas que con motivo de los bienes secuestrados, Mr. de Freville se apoderó de las llaves de los palacios disputados, y se negó á permitir entraran en ellos los agentes del tesoro español, diciendo estaba dispuesto, si era preciso, para hacer que le obedecieran, á recurrir al ejército francés; arrogancia á que respondió el rey José queriendo meterle en una silla de posta y enviarle á Francia (1). Ya se comprenderá cuanto descrédito

(1) Como prueba de la verdad de estos tristes pormenores, citaremos las cartas que siguen.

*Al emperador.*

«Madrid, 17 de febrero de 1809.

«Señor:

«Por la carta de V. M. número 2.º veo con sentimiento da oídos sobre los asuntos de Madrid á personas interesadas en engañarle. V. M. no tiene en mi entera confianza, y sin esto mi situación es insufrible. No repetiré lo que he escrito varias veces acerca del estado de la hacienda: desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche me consagro á los negocios con todos mis ciuco

no debian producir para la nueva monarquía estos debates de que todo Madrid estaba enterado. Odiada de los españoles, despreciada por los franceses, era muy difícil lograra la obedecieran unos y otros,

sentidos; salgo una vez á la semana; no tengo absolutamente ningun dinero que poder dar; me hallo en el cuarto año de mi reinado, y todavia veo á mi guardia con la primera casaca que le di hace tres años; todas las quejas se dirigen contra mí; tengo que arrostrar todas las prevenciones; mi poder no se estiende mas allá de Madrid, y aun en Madrid me contrarian diariamente hombres que sienten no esté en boga su sistema... V. M. mando secuestrar los bienes de diez familias, y el saqueo se ha extendido á mas del doble; todas las casas habitables están ocupadas por interventores; seis mil criados de las familias proscriptas se hallan en la calle; todos piden limosna y los mas atrevidos intentan robar ó asesinar. Mis oficiales, cuantos sacrificaron conmigo el reino de Nápoles, se hospedan todavia por medio de boleta de alojamiento. Sin capitales, sin contribuciones, sin dinero, ¿qué es lo que puedo hacer? Esta pintura, sea como fuere, no es exagerada, y tal como es, no me asustaria, porque el cielo me ha dado bastante ánimo, si tambien me hubiera concedido una organizacion capaz de llevar con paciencia los insultos y contrariedades de quienes deberian servirme, y sobre todo de resistir las quejas de un hombre á quien he querido demasiado para que pueda aborrecerle jamás. — Por consiguiente, señor, si mi vida entera no os ha infundido la confianza mas ciega en mí, si he de ser insultado y humillado hasta en mi capital, sino he de tener derecho para nombrar los comandantes y gobernadores que siempre tengo á la vista, si V. M. no quiere juzgarme por los resultados, y permite se me acuse por cualquier paso que doy, en este caso, señor, no me queda sino un partido que tomar..... Unicamente soy rey de España por la fuerza de vuestras

y que ningun plan por bueno que fuese, pudiera tener éxito favorable ejecutado bajo la direccion de autoridad tan débil y disputada.

Aunque las fuerzas francesas eran inmensas

armas, pudiera serlo por el afecto de los españoles, pero es preciso para ello que pueda gobernar á mi modo. ....

«De V. M., señor, adicto, servidor y hermano

JOSE.»

«Madrid, 19 de marzo de 1809.

«Señor:

«En su carta de 11 de febrero me ordenaba V. M. conservase á Mr. de Freville la direccion de los asuntos relativos á los sentenciados, anunciándome queria conservar los bienes de esas diez familias para quitarme la tentacion de devolvérselos. — Estoy muy indispuerto en el día con Mr. de Freville; he respetado como debia los bienes de esos diez sentenciados y sus casas, pero he mandado á la administracion de fincas que acabo de crear tome posesion de todos los demas bienes (fuera de los secuestrados á las diez familias). Mr. de Freville ha tenido el atrevimiento de enviar por la noche á buscar las llaves de las casas secuestradas por mí, y ha mandado á los administradores de los emigrados no obedezcan á mis agentes; hecho que comenta hoy toda la poblacion. Acabo de ordenar á Mr. de Freville, que me parece está loco, entregue las llaves de las casas á la administracion de fincas. Si se obstina en desobedecerme, voy á mandarle se traslade á Francia, y haré que le reemplace el auditor Mr. Treillard. — Sin duda está malo Mr. de Freville, cuando no reconoce mi autoridad, mantiene correspondencia directa con V. M., y dice es aquí su representante. V. M. observará que no he tocado á las casas ni á los bienes de los diez sentenciados. ®

en número y calidad, cada día era mas seria la resistencia que encontraban, pues los españoles, que en parte alguna se habian mantenido firmes, y que en Espinosa, en Tudela, en Burgos, en Molins de Rey y en Uclés se habian dado á la fuga tirando las armas; y los ingleses, que á pesar de ser una tropa regular y sólida, arrastrados en la derrota comun, se habian visto obligados á abandonar presurosos el suelo español, buscando un refugio en sus buques, no estaban abatidos con la serie de descabros que habian sufrido. Ciegos los españoles no podian apreciar en su insensato orgullo lo que valia el ejército francés, y su ignorancia les libertaba del desaliento. Como huian casi sin batirse, sufrían poco, pues solo se sienten profundamente las derrotas que son disputadas, y se hallaban dispuestos á principiar de nuevo indefinidamente una guerra, desastrosa únicamente para las poblaciones, que les gustaba en su devoradora actividad, y guardaba relacion con sus sentimientos religiosos y pa-

«Ruego á V. M. mande retirar á Mr. de Freuille de Madrid, pues su estancia aqui, despues de lo que acaba de suceder, me perjudicaria mas que todos los esfuerzos del Infantado y de Cuesta.....»

«Tengo que dar las gracias á V. M. por la intencion que manifiesta de levantar el secuestro decretado sobre los siete millones del empréstito de Holanda. De seguro no habrá habido gobierno mas necesitado que el mio. No quiero ser pesado refiriendo pormenores que afligirian á V. M.; pero, en fin, basta que V. M. sepa conviene remover cuanto antes los obstáculos que me impiden percibir los siete millones de Holanda y los dos ó tres de las lanas de Bayona.

«De V. M., señor, adicto servidór y hermano  
JOSE.»

trióticos. Por otra parte, si se desanimaron un momento con sus muchas derrotas, cobraron valor al saber la marcha de Napoleon y la guerra de Austria. Retirada la Junta en Sevilla, donde se veia mas que en ningun otro punto rodeada de la ignorancia y el fanatismo de la nacion, seguia soplando el fuego del furor. Compuesta de una mezcla de antiguos hombres de Estado incapaces de comprender las circunstancias del día, y de jóvenes fanáticos incapaces de comprender ninguna (1), contrariada por mil resistencias, dirigia la guerra como sucede siempre en tiempos turbulentos, pero animaba á las poblaciones de Valencia, Murcia, Andalucía y Estremadura, escitandolas á tomar las armas, estaba en correspondencia con los ingleses y no cesaba de enviar reclutas á los ejércitos de los insurgentes. Como Inglaterra le proporcionaba armas, municiones y subsidios en abundancia, habia reformado el ejército del centro, mandado por el duque del Infantado desde la batalla de Tudela, y desde la de Uclés por el general Cartojal (2). El ejército de Estremadura derrotado

(1) No se contenta Thiers con mostrarse parcial é injusto con los españoles, sino que los injuria llamándolos locos porque se batian con entusiasmo contra las victoriosas tropas francesas, sin tener en cuenta el número ni la calidad, é ignorantes porque no querian aceptar el yugo extranjero. Esto prueba que la buena fé del célebre historiador francés es muy inferior á su talento; pero qué se puede esperar de quien al contar la heroica resistencia de Madrid el 2 de mayo de 1808, ni siquiera nombra á los ínclitos Daoiz y Velarde, pasando como sobre ascuas sobre la matanza ejecutada por las tropas de Murat en gente inerte y desprevenida? (N. del T.)

(2) Así le llama el autor, pero es Cartojal. (Id.)

en Burgos, en Somosierra y en Madrid, se vengó asesinando al desgraciado don Juan Benito; y cubiertas las bajas que había tenido, se confió su mando al anciano Gregorio de la Cuesta, que había adquirido cierto ascendiente entre los generales españoles, únicamente porque no habiendo dado batallas no las había perdido. Escalonados estos dos ejércitos, uno en los caminos de la Mancha, desde Ocaña hasta Valdepeñas, y otro en los de Estremadura, desde el puente de Almaráz hasta Mérida, debían inquietar á Madrid y disputar el terreno á las tropas francesas que intentasen bajar hacia el Mediodía. En la parte Norte de España, había quedado en la frontera de Portugal, á lo largo del Miño, entre los portugueses exaltados con verse libres, y los gallegos, que eran los mas tercios de todos los insurrectos españoles, el general La Romana, que acompañó á los ingleses en su retirada tomando el camino de Orense para dejarles espedito el de Vigo. En tal posición mantenía en el Norte un foco peligroso de escitación. Por último, en todas partes donde no se hallaban los franceses, la Junta levantaba tropas públicamente, y donde se hallaban escondidas en montes y desfiladeros, cuadrillas de partidarios, acechaban los convoyes, pasando á cuchillo los heridos y enfermos y apoderándose de las municiones. En Asturias tenía el atrevimiento el general Ballesteros de presentarse á muy pocas leguas de distancia del general Bonnet; en Aragón el terrible ejemplo de Zaragoza solo había hecho mella en la infortunada ciudad, víctima y testigo de los horrores del sitio; y en Cataluña las batallas de Cardedeu y Molins de Rey habían causado impresion únicamente al ejército

del general Vives, y los miqueletes interceptaban el paso á nuestras tropas, ó las inquietaban en los sitios de Hortalrich, Gerona y Tarragona, que debían emprender, concluyendo uno para empezar otro. Aun no habían trascurrido sino dos meses desde que, guiados por Napoleon sus generales, recobraron en una decena de batallas la mitad de España, conquistando todo el terreno que media desde los Pirineos hasta el Tajo, y sin embargo, la noticia de la guerra de Austria, propagada y aumentada de cien modos, había reanimado todas las esperanzas, despertado el furor primero y desterrado el terror momentáneo, al cual sucedió una escitación tan grande casi como despues de la batalla de Bailen. Creíase que obligado Napoleon á dejar la España, pronto tendría que retirar de ella sus mejores tropas y que sería facil concluir con las demas.

Los ingleses, por su parte, derrotados en compañía de los españoles, también habían recobrado la confianza, lisonjándose, si Napoleon llamaba á sus cuerpos aguerridos, poder recuperar el terreno perdido mientras aquel estuviese aqueñdo los Pirineos.

El ejército del general Moore, que debió perecer en su retirada por medio de Galicia, pero que perseguido con flojedad, perdió no obstante la caballería, algun material y la cuarta parte de su gente, regresó á las costas de Inglaterra, y allí se cubrían las bajas con hombres enganchados, á quienes se sacaba de las famosas milicias que debían tiempos atrás contrarrestar la expedición de Boloña, y que desde que nadie se ocupaba de esta expedición en la Gran Bretaña, proporcionaban re-

clutas suficientes. Asi pues conmoviendo al mundo entero, en todas partes suscitaba Napoleon soldados. Pensaba Inglaterra, con razon por cierto, que la guerra de Austria era una ocasion, la última quizá, que le deparaba la suerte, de destruir al enemigo comun, y no queriendo dejarla escapar, habia resuelto hacer en aquella campaña los mayores esfuerzos para atacar á Napoleon en todas partes, suscitándole en todas ellas obstáculos y peligros. Tenia, pues, el proyecto no solo de enviar otra expedicion á la Peninsula á pesar del mal éxito que habia tenido la del general Moore, sino organizar una formidable contra las costas de Francia, Holanda, y Hannover, porque lo desprovisto de tropas que iba á quedar el litoral del continente desde Bayona hasta Hamburgo, ofrecia muchas probabilidades de destruir las flotas construidas en Rochefort, en Lorient, en Brest, en Cherburgo y en Amberes. La idea de penetrar en el Escalda y prender fuego á los magníficos astilleros construidos en las orillas de este rio, era particularmente lo que mas ocupaba la atencion del gabinete británico, redoblando su celo. Y efectivamente, lo menos que podia hacer en beneficio propio y de Austria era poner á sangre y fuego las costas europeas á fin de alejar de Viena y de Madrid parte de las fuerzas que dominaban estas dos capitales.

Empero, mientras no se adoptaba una resolucion definitiva acerca de esos proyectos de destruccion, lo mas urgente era España, siendo preciso socorrerla sin tardanza, si no se queria que sucumbiera antes que Austria hubiese podido sacarla del apuro. De las tropas inglesas que arre-

bataron el Portugal al general Junot, y que cubiertas las bajas que habian resultado en sus filas contribuyeron á la expedicion del general Moore en Castilla, habia quedado parte en las cercanias de Lisboa entre Alcobaza y Leiria, á las órdenes del general Cradock. Habianse apresurado á reforzarlas con destacamentos sacados de Gibraltar é Inglaterra, pero querian reforzarlas todavia mas, y convertirlas en un ejército capaz de disputar el Portugal al mariscal Soult. Sir Arturo Wellesley, que habia sido el verdadero libertador de Portugal, declarado exento de toda culpa por el tribunal que entendió en el asunto relativo al convenio de Cintra, podia ser empleado sin dificultad, y naturalmente era el designado para gefe de la nueva expedicion por su fama, aunque reciente, asi como por su habilidad innegable. Se comprometia pues, con treinta mil ingleses, igual número de portugueses, y unos cuarenta mil milicianos portugueses tambien, lo cual debia costar al tesoro británico 70 ú 80.000,000 al año, á dar que hacer á cien mil enemigos á lo menos, á conservar el Portugal, y una vez conservado este pais, reducir para siempre á los franceses en España á un estado precario. Habiendo juzgado con sumo acierto los hechos que ocurrieron en las dos últimas campañas, comprendió desde luego cómo debian portarse los ingleses en la Peninsula, y no obstante el parecer de los que se habian asustado profundamente del éxito de la expedicion de Moore, afirmaba podrian embarcarse á tiempo siempre que quisieran, sacrificando el material á lo sumo; y hasta designaba de un modo casi profético una posicion en que, teniendo el mar por apoyo y estando

protegido por trincheras, se mantendría firme años enteros contra los victoriosos ejércitos de Francia.

La confianza que inspiraba ese general, dotado de talento y fortaleza de ánimo, venció la repugnancia que causaba á su gobierno arriesgar de nuevo en la Península la suerte de un ejército; pero, mas que nada, el plan que consistía en no alejarse de Portugal, sino lo menos posible, y poner en apuro á los franceses en Madrid, solo con que los ingleses estuvieran en Lisboa. Se determinó, pues, partiéndose con fuerzas que debían hacer subir á treinta mil hombres el ejército británico en Portugal, y con recursos, ya en municiones, ya en dinero, que alcanzasen hasta para costear un ejército portugués numeroso. Todo podía esperarse de los portugueses, cuyo entusiasmo por la insurrección llegó á su colmo con la espulsion del general Junot. Efectivamente, corrían alegres al encuentro de los ingleses, y tomaban sus lecciones militares con un celo que solo podía inspirar una pasión muy viva.

Tales eran los cambios que habían sobrevenido en la Península al solo anuncio de la guerra con Austria; se creía á España sumisa cuando Napoleón salió de ella, y se levantaba otra vez; se la creía abandonada de sus aliados, y los ingleses iban á socorrerla de nuevo, ocupándola para no dejarla hasta que se acabó la guerra.

Napoleón designó en sus instrucciones el mes de febrero creyéndolo conveniente para que el mariscal Soult verificase su entrada en Portugal, pues supuso que si este mariscal llegaba á Lisboa en marzo, ayudaría al mariscal Victor á ocupar á

Sevilla y Cádiz casi al mismo tiempo, con lo cual se acabaría de conquistar la Península antes que empezaran los calores del verano; pero los sucesos debían demostrar bien pronto que mas fácil le era á él ser dueño de Viena, que á sus generales traspasar la línea del Tajo y el Duero. El cuerpo del mariscal Soult, apenas repuesto de los trabajos que habia pasado durante su marcha sobre la Coruña, se reunió entre Santiago de Compostela, Vigo y Tuy, con el objeto de descansar allí, rehacerse y reparar el material de artillería, aumentado con varias piezas de grueso calibre por si habia que batir alguna muralla de ciudad ó villa. A pesar de las instancias del estado mayor de Madrid y del celo de que se hallaba animado Soult, no pudo avanzar el ejército de Portugal hasta trascurrido un mes, es decir, no se encontró dispuesto para la marcha hasta mediados de febrero. Componíase dicho ejército de las divisiones Merle, Mermet, Delaborde y Heudelet, unas sacadas del antiguo cuerpo de Bessieres y otras del que mandó el general Junot, la caballería ligera de Franceschi y los dragones de Lorge y Lahoussaye, pero no pudo dar mas que veinte y seis mil hombres, aunque contaba treinta y tantos mil. Las fatigas, los combates y los destacamentos habian reducido á este número aquellas tropas que figuraban nominalmente como teniendo en las filas cuarenta y tantos mil hombres. Preparado todo, salió para Vigo el mariscal Soult el 15 de febrero, habiendo formado el proyecto de atravesar el Miño, que forma en aquel parage la frontera de Portugal, forzar el paso un poco mas abajo de Tuy, ó lo que es lo mismo muy cerca del punto en que dicho rio desemboca en el

Océano, y avanzar por la carretera de la costa, de Braga á Oporto. Obstáculos insuperables impidieron realizar esta marcha, que, atendida la naturaleza de aquellos sitios, era, no solo la mas sencilla sino la que estaba mas indicada.

Los portugueses, que abrigaban el odio que los españoles tenían á los franceses, y á quienes habia animado en extremo la espulsion de Junot, se habian insurreccionado en masa, influidos por los nobles y los sacerdotes, habian construido parapetos en las ciudades y villas, y se mostraban resueltos á defenderse á toda costa. Por todas partes se oia toear á rebato, y se veia acudir á los caminos pelotones de gente, conducidos por clérigos con el crucifijo en la mano, y por señores que blandian espadas cubiertas de orin que habian estado colgadas largo tiempo de las paredes de sus castillos. Ademas, como los portugueses esperaban la llegada de los franceses, habian tenido cuidado de recoger todas las barcas del Miño y llevarlas á la orilla izquierda que ellos ocupaban, de suerte que nuestra caballeria ligera no pudo descubrir ni una, á pesar de esplorar el terreno en todas direcciones.

Al ver el mariscal Soult lo que sucedia, se le ocurrió bajar el Miño hasta el mar y apoderarse de las muchas barcas de pescadores que pertenecian á la aldea de Garda, situada cerca de la embocadura del rio. Efectivamente, en aquel punto encontró bastantes lanchas que no habia habido tiempo de sustraer, y se apoderó de gran número de ellas, queriendo embarcar cerca de dos mil hombres á un tiempo. Intentó con efecto embarcarlos y conducirlos al otro lado del rio en la espe-

ranza de que sabrian hacerse allí fuertes contra los portugueses y restablecer las comunicaciones entre las dos orillas; pero habia que pasar el Miño cerca del mar, y las tempestades propias de la estacion no permitieron verificar la travesía sino á tres ó cuatro lanchas. Unos cincuenta hombres á lo sumo llegaron á la orilla opuesta; y se batieron allí denodadamente, esperanzados de que se les socorreria; pero pronto tuvieron que rendirse, entregándose á discrecion á un populacho fe.oz.

Despues de aquella desgraciada tentativa, no vió otro recurso el mariscal Soult sino volver á subir costeando el Miño hasta los montes, para pasarle hácia Orense, donde se lisonjeaba no encontrar los mismos obstáculos. Púsose, pues, en marcha el dia 16, de Tuy hácia Orense, subiendo por la márgen derecha del Miño; pero en esta direccion debia encontrarse con el ejército de La Romana que se habia situado en Orense, como hemos dicho antes, separándose de los ingleses. No era muy de temer por si solo ese ejército, pero su presencia habia soliviantado todas las poblaciones, tanto españolas como portuguesas, y se habia visto que dos naciones enemistadas hacia tanto tiempo, se dieron las manos de una orilla á otra del Miño, prometiéndose mutuamente resistir juntas á todo trance la invasion estrangera. Todas las aldeas situadas en la márgen del rio y en las alturas se hallaban fortificadas y ocupadas por un populacho fanático, y el mariscal Soult, que avanzó á lo largo del rio precedido por los dragones de Lahoussaye, y llevando por las alturas á la division de infanteria Heudelet, tuvo que mandar varias veces echaran pie á tierra los dragones para abrirse paso y

tomar los parapetos carabina en mano. También el general Heudelet tuvo que apoderarse de posiciones formidables y hacer terribles escarmientos, de lo que resultó que con tales obstáculos no se pudo llegar a Orense hasta el día 21, después de haber incendiado muchas aldeas, destruido porción de caseríos, y muerto mucha gente, no sin que nosotros sufriésemos también pérdidas considerables que hacían temer no llegaríamos á Lisboa, si es que llegábamos, sino con la mitad de las fuerzas. En este caso debíamos esperar una suerte tan fatal como la que cupo en 1808 al general Junot, porque lo mismo que entonces, los ingleses no podían dejar de presentarse bien pronto en 1809 en las playas de Lisboa.

Si Napoleón no hubiera inspirado á sus lugartenientes una sumisión tan ciega como la que inspiraba, aquel era un caso en que debía preveer Soult el desastre á que iba á esponerse, y pedir órdenes, antes de penetrar en un país salvaje (1), donde tenía que pelear á cada paso contra una población sanguinaria, y al que llegaría debilitado y exhausto, para presentarse al frente del ejército inglés, que era uno de los mas brillantes de Europa. No hay duda que, contrariando de este modo los proyectos de Napoleón, se le hubiera disgustado mucho, pero de seguro no tanto como llevándole dos meses después un ejército vencido y desorganizado.

(1) Sin duda no encontró Thiers otra palabra mas dura, pues á habérselo ocurrido, la hubiera empleado para calificar la resistencia que en Portugal se hacia á la invasión estrangera. Otra prueba de imparcialidad, y sobre todo de urbanidad.

(N. del T.)

Sea lo que fuere, el hecho es que el mariscal Soult, después de rechazar hasta mas allá de Orense las hordas de La Romana, tomó el partido de dejarse caer á la derecha para pasar el Miño y entrar en Portugal por la provincia de Tras-os-Montes. Llevaba el proyecto de dirigirse hácia Chaves, y bajar en seguida hácia Braga, con lo cual iria á parar, dando un largo rodeo, al camino recto de Tuy á Oporto que no había podido tomar. En cuanto al general español La Romana, rechazado de Orense hácia Villafranca, se le ocurrió salir del mal paso por medio de una marcha oculta, digna de un gefe de partidarios. La parte alta de Galicia, que confina con el reino de Leon, estaba franca en aquel momento, pues por un lado acababa de evacuarla el mariscal Soult para invadir á Portugal, y por otro había bajado el mariscal Ney para despejar la costa. Podian, pues, dirigirse allí atravesando la cadena de puestos avanzados que habían establecido los franceses para enlazar las tropas de los dos mariscales con las de Castilla la Vieja; y el general La Romana resolvió hacerlo, aunque no fué mas que para turbar nuestra linea de comunicacion, sin perjuicio de refugiarse mas tarde en Asturias si el mariscal Ney retrocedia para perseguirle.

Mientras el general español iba á causar á los franceses esta sorpresa desagradable, tomó sus disposiciones el mariscal Soult para atravesar la provincia de Tras-os-Montes. De resultas de las primeras operaciones, tenía ya ochocientos enfermos ó heridos, y parte de los caballos de la artillería se hallaban en muy mal estado, sea á causa de la dificultad de los caminos, sea por falta de

fORAGE. Resolvió, pues, dejar cuanto fuese demasiado difícil conducir, y envió á Tuy, de cuya población era dueño, los enfermos, los heridos y la artillería pesada, reservándose hacerlos ir, cuando hubiese bajado hacia Braga, por el camino recto y muy corto que de Tuy se dirige á aquella ciudad. De este modo depositó en el recinto de Tuy treinta y seis bocas de fuego, con unos dos mil hombres, y se contentó con llevar consigo veinte y dos bocas de fuego con buenos tiros y provistas de las municiones necesarias. El día 4 de marzo atravesó la frontera de Portugal, participando al estado mayor de Madrid no tardaría en hallarse en Oporto.

La población de esta parte de Portugal se había amontonado en Chaves, con algunas milicias y unos cuantos destacamentos de tropas regulares, mandados por los generales Silveira y Bernardino Freire (1). Estos últimos habían recibido instrucciones del estado mayor inglés, y tenían orden de no entrar en batalla, sino hostigar al enemigo, matándole cuanta gente pudieran, bien en los desfiladeros, bien al pasar por las aldeas. A consecuencia de estas instrucciones, los dos generales porfugueses, después de disputar el camino que conduce de Orense á Chaves, no querían detenerse en esta última población por no comprometer inútilmente en su defensa parte de las fuerzas que mandaban; pero tuvieron que ceder al populacho amotinado y dejar en Chaves un destacamento, para que la guarneciera en unión con ese mismo populacho. Hecho esto, se retiraron hacia Braga.

Cuando el mariscal Soult llegó á las avenidas

(1) Thiers le llama *Frere*. (N. de l T.)

de Chaves, después de haber tenido que sostener varios combates, se encontró con una multitud furiosa, compuesta de campesinos, sacerdotes, mujeres y soldados, que proferían desde las murallas amenazas y maldiciones. Aquella turba fanática podría servir muy bien para sorprender un convoy ó degollar á heridos, pero no para detener á veinte y cuatro mil soldados franceses mandados por oficiales excelentes. Así es que habiendo amenazado Soult pasar á cuchillo á cuantos resistiesen, le entregaron la plaza, medio des poblada, con alguna artillería sin cureñas y bastantes municiones. Había junto á la plaza una ciudadela, buena para ponerse á cubierto del populacho, y la aprovechó para dejar en ella, custodiados por una corta guarnición, los enfermos y heridos que debilitados con la marcha de Orense á Chaves, no podían ya seguir. Tal es la triste condición de toda operación ofensiva que se emprende en medio de poblaciones sublevadas, cuando estas poblaciones son feroces y se hallan resueltas á defenderse: cada enfermo ó herido exige un soldado sano que le custodie, y como la guerra de emboscadas es la que pone fuera de combate mas gente, nuestros lectores se figurarán sin duda á que vienen á quedar reducidos bien pronto los ejércitos regulares, en una invasión que sea algo estensa y dure algun tiempo.

De Chaves se dirigió el mariscal Soult hacia Braga, bajando por la costa todo lo que había subido hacia los montes en su marcha de Tuy á Orense. En el camino, la caballería de Franceschi y la infantería de Mermet, que formaban la cabeza del ejército, tuvieron que vencer muchos obstáculos. En varios parages estrechos, donde las colum-

nas se veían obligadas á alargar el fondo para poder desfilár, y donde á la artillería le costaba sumo trabajo caminar, acometíanles enjambres de insurrectos procedentes de los montes inmediatos, poniéndolos en peligro de ser cortados y destruidos, antes que la cola pudiera socorrer á la cabeza. Por todas partes marchaban las divisiones separadas unas de otras por entre compactas masas de enemigos, hasta que al fin, siempre matando gente y aumentando el número de nuestros heridos, llegaron á Braga el 17 de marzo. El general Freire habia tomado allí posiciones con diez y siete ó diez y ocho mil hombres, tanto de tropas regulares como de paisanos armados, y por querer seguir las instrucciones que recibiera de retirarse á Oporto sin aventurar la batalla, embistióle el populacho y le asesinó con varios oficiales, *para escarmiento de traidores*, como decían sus soldados. Sucedióle en el mando un oficial hanoveriano, que tomó algunas disposiciones para dar la batalla al día siguiente 18; pero populacho que asesina no se deliende contra soldados aguerridos. Sault atacó la posición de Braga y la tomó sin dificultad (1), perdiendo á lo sumo cuarenta muertos y ciento sesenta heridos: mas gente perdíamos en los asaltos de las aldeas que encontrábamos en el camino. Gracias á las esceleutes piernas de los portugueses, no hicieron nuestros soldados muchos prisioneros, pero pasaron á cuchillo á cuantos cogieron antes que

(1) Esto no es cierto, pues los portugueses se defendieron valerosamente en aquella acción, sucumbiendo al cabo á la superioridad de táctica de los franceses.

(N. del T.)

podieran huir, y las cercanías de Braga quedaron cubiertas de algunos miles de cadáveres. De este modo tomaba la guerra un carácter atroz, pues para quitar al populacho la afición á la crueldad, era preciso convertirse casi en tan feroces como él.

Enseñoreado el mariscal Sault de Braga, habia ganado mas que una población; el camino recto de Tuy, por el cual podia llevar el material que dejó atrás. Por lo demas, toda la población estaba sublevada en torno suyo y mas furiosa que nunca. Unos franceses que cayeron en poder de los insurrectos, fueron mutilados de un modo horrible por mugeres bárbaras, y en el camino de Braga yacían los restos de sus cuerpos. Al mismo tiempo se supo que el depósito que se habia dejado en Tuy se hallaba bloqueado por todas partes, y que iba á necesitar se le socorriera cuanto antes si no habíamos de perderlo.

Después que el mariscal Sault aprovechó los recursos que los vecinos de Braga no pudieron llevarse ó destruir en su fuga, se dirigió al fin hácia Oporto, dejando á retaguardia la division del general Heudelet, para guarnecer á Braga, custodiar los heridos, escalonar tropas en el camino y socorrer al depósito de Tuy.

En el paso del rio Ava, encontró Sault resistencia, pero la venció, y arrojó de allí á los portugueses, quienes para vengarse de un enemigo que los vencía, asesinaron al brigadier Vallongo, uno de sus generales. En seguida se replegaron hácia Oporto, resueltos á dar una batalla general al pie de los muros de aquella ciudad, donde se reunieron hasta sesenta mil (1) entre soldados y paisa-

(1) Este número es exageradísimo; baste saber que

nos. Su general en jefe, bien digno de mandar semejante ejército, era el obispo de Oporto, que se ponía a su frente con el traje episcopal. Sublevado el populacho, mas asustaba al vecindario pacífico que al enemigo; pues se habia hecho dueño de Oporto, no obedeciendo sino al obispo, cuando mandaba en sentido de sus alborotadas pasiones, y habia reducido á prision, martirizandolas en la cárcel, á una porcion de familias francesas, cuyas casas saqueo, y á las que amenazaba quitarles la vida si el mariscal Soult intentaba entrar en la ciudad. El general Foy, que por temerario habia caido prisionero haciendo un reconocimiento, se hallaba entre los presos, espuesto á los mayores peligros. Por lo demas, mas ocupado el populacho de cometer crueldades que de levantar obras de defensa, habia construido de prisa y corriendo algunos reductos en el circuito exterior de Oporto. Estos reductos abarcaban la ciudad, formando una línea semi-circular que por los extremos iba á parar al Duero. Un puente enlazaba la poblacion, situada en la orilla derecha, por donde nosotros llegabamos, con los arrabales situados en la orilla izquierda. Las mal entendidas obras de los portugueses estaban no obstante armadas con doscientas bocas de fuego de grueso calibre, y presentaban un obstáculo difícil de vencer, si las hubiesen defendido tropas medianas siquiera; pero aunque constaba, segun ya hemos dicho, de unos sesenta mil hombres, entre soldados y gente del pueblo, y

las tropas regulares no pasaban de tres mil hombres, segun todos los historiadores contemporáneos.

(N. del T.)

estaba protegido por trincheras y doscientas piezas de artillería, el ejército portugués, con su obispo general y todo, no era capaz de contrarrestar á los veinte mil franceses que todavía le quedaban al mariscal Soult.

Cuando éste llegó de Braga el 27 de marzo á Oporto, le llamó la atención, pero no le intimó la vista de las dificultades que tenia que arrostrar; no porque dudase poder superarlas con los oficiales y soldados que mandaba, sino porque preveía iba á ser devastada la rica ciudad de Oporto, la mas importante bajo el aspecto comercial de todas las de aquel país, y queria evitar tamaña desgracia á Portugal, á su ejército y á la humanidad. En su consecuencia dirigió una intimación á la plaza por medio de una carta en que invocaba el buen juicio de los jefes, y aguardo la respuesta, recibiendo en sus vivacs sin comoverse las bombas arrojadas por la artillería gruesa enemiga.

Su iniciativa, segun era de preveer, no produjo efecto, por lo cual resolvió dar el asalto el dia 29 de marzo. Para vencer al enemigo que tenía al frente, bastaba un ataque repentino y vigoroso, pues dándole tomara las trincheras de Oporto, por muy formidables que parecieran. El mariscal formó sus tropas en sitio á donde no alcanzaban los disparos enemigos y determinó marchar rápidamente en tres columnas, la de la derecha al mando del general Merle, la del centro á las órdenes de los generales Mermel y Lahoussave y la de la izquierda mandada por los generales Delaborde y Franceschi. Dada la señal, la caballería partió á galope, dispersando los puestos avanzados del enemigo, y en seguida embistió la infantería á las trincheras,

las cuales estaban coronadas de una multitud furiosa que no obedecía, y á quien el estruendo del cañon llenaba de rabia, pero no de valor. Escaladas las trincheras á paso de carga, nuestras tropas las tomaron todas, y arrojándose á la bayoneta sobre la multitud de fugitivos, la empujaron hácia las calles de Oporto, que no tardaron en ofrecer una confusion espantosa. El general Delaborde penetró en la poblacion, atravesó las calles á la carrera, y llegó al puente del Duero que enlazaba la ciudad con los arrabales. La caballeria enemiga confundida con el populacho que huia, se agolpó á aquel puente de barcas, sufriendo el fuego de metralla que los portugueses hacian desde la opuesta orilla para contener á los franceses. A poco cediendo el puente al peso, se hundió con cuantos en él se hallaban. Al ver los franceses aquel horrible espectáculo, suspendieron un momento su marcha, y luego restablecieron el puente, atravesándolo á galope para detener á los fugitivos.

Á la derecha, un tropel de portugueses, arrollados por el general Merle hácia el Duero, quiso arrojarse á él, esperando salvarse á nado, pero casi todo pereció en las ondas. Otra porcion procuró defenderse en la casa del obispo, y fue destruida. Animados bien pronto los franceses con el combate, se entregaron á los excesos que por lo regular acompañan á la toma por asalto de una plaza, y como lo que sabian acerca de los tormentos sufridos por sus compatriotas no era para que se calmaran, se portaron en Oporto como se habían portado en Córdoba; pero en Oporto, lo mismo que en Córdoba, llenos de humanidad nuestros oficiales, se esforzaron cuanto pudieron por contener

la furia de los soldados, y hasta se dedicaron á salvar á los infelices que el rio iba á tragarse. El mariscal Soult hizo lo mejor que pudo para restablecer el orden, y dar á su conquista el caracter propio de un pueblo civilizado. Aquel ataque importante le habia costado trescientos ó cuatrocientos hombres á lo mas, y á los portugueses nueve ó diez mil, entre muertos, heridos y ahogados. Le valió ademas doscientas bocas de fuego.

Los recursos que encerraba Oporto eran considerables bajo todos aspectos, y de gran precio para el ejército, que encontró allí muchos viveres, muchas municiones, un vasto material de guerra llevado por los ingleses, y una infinidad de embarcaciones cargadas de vinos esquisitos. El mariscal Soult se apresuró á poner orden en el empleo de aquel botin, para que el ejército no careciese de nada, y tambien para que la poblacion se tranquilizara poco á poco, acostumbrándose á sus vencedores; pero llegaba á su colmo la furia con que se nos miraba, y allende el Duero toda la gente del campo se habia unido á los vencidos de Oporto y á los ingleses, que ocupaban en aquel momento el camino de Lisboa. Nuestro ejército, reducido á veinte mil hombres cuando mas, se habia desprendido de una de sus divisiones, dejándola en Braga, y tuvo que destacar otra á Amarante, mas arriba de Oporto, á fin de guardar la parte alta del Duero. Se veia, pues, obligado á dividirse, cuando tenia necesidad de permanecer reunido para hacer frente á los ingleses. La posicion del general en gefe iba haciéndose tan critica, que pronto tendria que desplegar suma habilidad, ora para mantenerse en Portugal, si es que podia seguir allí, ora para

retirarse sin sufrir un desastre, á ser preciso batirse en retirada ante un enemigo que contaba con fuerzas demasiado superiores. El mariscal Soult se declaró gobernador general de Portugal, hizo lo que pudo para apaciguar la poblacion, dió órdenes á retaguardia para que fuesen tropas á levantar el bloqueo del depósito establecido en Tuy, y envió varios oficiales á Madrid por el camino que él habia seguido, á fin de participar la situacion apuradísima á que de seguro iba á verse reducido dentro de poco.

Era probable, y precisamente en ello consistia uno de los peligros de la situacion, que ninguno de los oficiales enviados pudiera llegar á su destino, pues el general La Romana habia interceptado las comunicaciones. Dicho general, descuidado por el general Soult, que no pensó en destruirle antes de penetrar en Portugal, y favorecido por la ausencia del mariscal Ney, que se habia visto obligado á bajar hácia la costa para cortar las comunicaciones con los ingleses del Ferrol en Vigo, dicho general, repetimos, invadió la region montuosa que forma la Galicia Alta, y la frontera del reino de Leon. Con su influjo, y propagando noticias de Austria, sublevó la poblacion del Norte, á la cual habia aterrado momentáneamente la campaña de noviembre y diciembre, y la marcha de la guardia imperial, que en aquella época (marzo de 1809), habia salido de España, como hemos dicho en otra parte, para trasladarse al Danubio, secundó aquella recrudescencia del espíritu de insurreccion. Así, pues, el mariscal Ney en la parte litoral, y el mariscal Soult en Oporto, se hallaban, por decirlo así, separados del resto de España por una vasta

insurreccion, que si no llegaba hasta á producir un ejército, bastaba para degollar á los enfermos y á los correos, y muchas veces para detener á los convoyes mejor escoltados.

Desde el 24 de febrero se ignoraba en Madrid lo que habia sido del mariscal Soult; pero confiando en la valía del cuerpo que mandaba, y en la esperiencia que tenia de la guerra, no se dudaba habria alcanzado triunfos, y la corte se limitaba á contar los dias para suponer los sitios en que debia hallarse. Como Soult habia asegurado llegaria á Oporto á principios de marzo, siendo así que no pudo verificarlo hasta el dia 29 de dicho mes, se habian imaginado que pronto se hallaria en Lisboa y que naturalmente estaria rodeado de dificultades, y decian que al fin era preciso hacer que el mariscal Victor se pusiese en marcha para el Sur de la Peninsula, á fin de que con su presencia atrajera hácia sí á una parte de los enemigos, que si no se adoptaba esta precaucion, caerian en masa sobre el ejército de Portugal. Nada más juicioso seguramente que esto en cualquier caso, pues los ingleses y aun los mismos portugueses (los acontecimientos lo probaron) no podian mirar impasibles la marcha de un ejército francés sobre Mérida y Badajoz.

El estado mayor de José reiteró, pues al mariscal Victor la orden de que ejecutase la parte que le concernia de las instrucciones imperiales; pero el mariscal opuso algunas objeciones fundadas en la dispersion á que entonces se hallaba reducido su cuerpo. Efectivamente, solo tenia á mano las divisiones Villatte y Ruffin, pues, la de Lapisse estaba todavia en Salamanca; y decia que antes de que pudiera reunirsele, bajando toda la Estremadura,

se la refendria quizá para utilizarla en Castilla ó Portugal; que en tal caso, aun contando la division alemana Leval que le habian agregado, tendria veinte y tres mil hombres á lo mas, y que esta era muy poca gente para invadir la Andalucia, donde habia sucumbido el general Dupont con un número de soldados igual á lo menos. A esto se le contestó se habia espedido orden terminante á la division Lapisse de que le siguiera; que con la caballeria que se le habia dado y los alemanes de la division Leval, tendria veinte y cuatro mil hombres, y que esta fuerza bastaba para empezar su movimiento ofensivo, sobre todo asegurándole como se le aseguraba tendria bien pronto á su lado la division Lapisse, y le apoyaria un cuerpo de tropas que iba á partir de Madrid para atravesar la Mancha, y dirigirse hácia Sierra Morena. Hacia bien la corte en insistir se pusiera en marcha el mariscal Victor, pues ademas de la necesidad que habia de emprender hácia el Sur un movimiento paralelo al del mariscal Soult, existia para obrar en esta direccion un motivo no menos urgente, cual era impedir que el general español Gregorio de la Cuesta se situara en la izquierda del Tajo, frente por frente al puente de Almaráz. Inquietado muy poco Cuesta por aquel lado en el espacio de un mes, habia ocupado efectivamente la izquierda del Tajo, destruido el magnifico arco del puente de Almaráz (1), y tomado en las

(1) Esto es falso: los franceses fueron los que volaron ese magnifico puente antes de la batalla de Talavera, temiendo les alcanzaran las fuerzas inglesas que iban en su seguimiento.

(N. del T.)

escarpadas alturas que rodean el rio una posicion de que bien pronto no seria posible desalojarle á no procurarlo con tiempo.

Instado con tales razones, y obedeciendo las repetidas órdenes que habia recibido, el mariscal Victor se puso en marcha á mediados de marzo. Al mismo tiempo el cuarto cuerpo, mandado el año anterior por el mariscal Lefebvre, y reconstituido en parte, se dirigió con el general Sebastiani hácia Ciudad Real para emprender en la Mancha un movimiento adecuado al del mariscal Victor en Estremadura, y atraer hácia aquella parte el ejército de Cartaojal, mientras el mismo mariscal se las hubiese con el ejército de Gregorio de la Cuesta. El cuarto cuerpo, que anteriormente se componia de la division Sebastiani, los alemanes de Leval y los polacos de Valence, se formó con las mismas divisiones, excepto los alemanes que pasaron á las órdenes del mariscal Victor, y completado con los dragones de Milhaud, avanzó hácia la Mancha, presentando unos doce ó trece mil hombres.

Lo primero que debia hacer el mariscal Victor era atravesar el Tajo, para lo cual no bastaban los puentes de Talavera y del Arzobispo, en atencion á que no iban á parar á la carretera de Estremadura, esto es, la de Trujillo y Mérida. El verdadero punto por donde habia que pasar el rio para encontrarse en el camino real de Estremadura, era Almaráz, pero el puente, soberbia obra de los tiempos antiguos, habia sido cortado en su arco principal, ancho y de cien pies de elevacion. Como en España se carecia de material en todas partes por falta de comercio interior, no se sabia de qué medios valerse para establecer un puente, y á media-

dos de marzo estaba Victor tan poco adelantado en esta parte de su tarea como á principios de febrero. Eviaronle de Madrid algunos recursos, y sobre todo, los generales Lery y Senarmont, quienes despues de grandes esfuerzos, consiguieron construir un puente de barcas á propósito para el paso de la artilleria de grueso calibre. El 15 de marzo se encaminó el mariscal Victor á Talavera con su cuerpo, el cual, mientras no llegara la division Lapisse, constaba de las divisiones francesas Villatte y Ruffin, la division alemana Leval, la caballeria lijera de Lassalle, y los dragones de Latour-Maubourg; veinte y tres á veinte y cuatro mil hombres, de ellos quince ó diez y seis mil de infanteria, seis mil de caballeria y dos mil de artilleria. Para facilitar el paso, atravesó Victor el Tajo dividido en tres columnas. Lassalle y Leval lo pasaron por el puente de Talavera y Villatte y Ruffin por el del Arzobispo, mientras Latour-Maubourg bajaba con la artilleria gruesa por la izquierda del rio hasta Almaráz, donde debia pasar el material que mas estorbaba. Las dos primeras columnas, compuestas de caballeria lijera y de infanteria, debian desalojar á Gregorio de la Cuesta de sus escarpadas posiciones, y hecho esto, ayudar delante de Almaráz á la caballeria de línea y al tren de batir.

Estas acertadas disposiciones se ejecutaron como se habian concebido. Los alemanes de Leval, portándose como dignos aliados de los franceses, á cuya vista pelcaban, llegaron hasta mas allá del Tajo frente á las alturas difíciles de abordar, y sumamente ventajosas para los peones españoles, tan diestros y tenaces en su valor cuando los prote-

gian obstáculos materiales. Sin embargo, los desalojaron de ellas, los arrojaron de roca en roca hasta la Mesa de Ibor, les cogieron siete piezas de artilleria, y les mataron é hirieron unos mil hombres. Durante este tiempo, desembocando la valiente division Villatte tras de los alemanes por el puente del Arzobispo, apoyaba su movimiento, y tomaba posiciones entre Fresnodoso y Deleitosa, despues de varios combates vivos y favorables. Despejada la carretera de Estremadura con esa marcha combinada, los dragones de Latour-Maubourg pudieron presentarse con el tren de batir delante del puente de Almaráz, que se acababa de restablecer en aquel mismo momento, y que los nuestros se esforzaban en hacer transitible para carga pesada. Era necesario tomar esta precaucion, pues por mandato de Napoleon se habia agregado al cuerpo de Victor algunas piezas de á veinte y cuatro y unos cuantos obuses, para derribar las murallas de Sevilla si se defendia esta ciudad.

El general Gregorio de la Cuesta, que habia contado con los obstáculos naturales que ofrece la orilla del Tajo para contrarestar el movimiento de los franceses, se replegó hácia Trujillo el 19 de marzo, y de Trujillo hácia Mérida, tratando de resistir de nuevo detrás del Guadiana. El mariscal Victor le siguió con su caballeria lijera y su infanteria, aunque los dragones y la artilleria pesada no habian atravesado todavía del todo el puente de Almaraz. El duque del Parque formaba con la artilleria la retaguardia del ejército enemigo. El valiente y entendido Lassalle (1) persiguió á los

(1) En el tomo anterior hemos visto al general Las-

españoles con vigor, les cargó siempre que pudo, y les cogió doscientos caballos en un encuentro. Desgraciadamente dejóse sorprender al siguiente día el 40.º de cazadores de á caballo y perdió sesenta y dos hombres (1), á los cuales pasaron á cuchillo los españoles, mutilándolos del modo mas atroz. Al encontrar nuestros soldados por el camino estas tristes pruebas de la ferocidad española, juraron vengar á sus compañeros de armas, y cumplieron de un modo cruel su palabra algunos días despues, como vamos á ver.

Mientras no se acabara de pasar el puente de Almaraz, el mariscal Victor no podia avanzar resueltamente hasta el Guadiana. Terminada esta operacion del 24 al 25 de marzo, y habiéndosele

salle figurar con gloria y morir noblemente á orillas del Danubio. Para que se comprenda cómo pudo en épocas tan cercanas entre sí hallarse en dos teatros tan diferentes, preciso es saber que dejó á España algunos días despues del paso del Tajo y de la batalla de Medellín, es decir, á fines de marzo. La necesidad de volver atrás para tomar el hilo de los sucesos de España que ocurrieron al mismo tiempo que los de Austria, nos obliga á poner en escena un general cuya heroica muerte hemos narrado; pero esta contradiccion aparente se explica con datos. En el orden natural de las cosas todo pasa simultáneamente, mientras que el contar hechos históricos debe hacerse por turno. Esta es una de las graves dificultades de la composicion histórica, de que encontramos aquí una prueba palpable, y que notamos de paso.

(1) Segun nuestros historiadores, no fueron sino quince ó veinte, y si bien murieron, no se les trató como dice Thiers. Este es un pretesto que alegan los franceses para disculpar la carnicería de Medellín.

(N. del T.)

unido los dragones de Latour-Maubourg, se dirigió hacia las orillas del espresado rio, y lo pasó en Medellín. En aquel punto tuvo que desprenderse de infanteria y caballeria para cubrir la retaguardia, y contener á los pelotones de gente formados á su alrededor en los montes incultos que habia atravesado. Dejó en Trujillo algunos holandeses desmembrados de la division Leval, y se privó de dos regimientos de dragones, uno para que observara el camino de Mérida, y el otro para que vigilara la montaña de Guadalupe, que estaba infestada de guerrillas. Formados estos destacamentos, no le quedaban sino diez y ocho ó diez y nueve mil hombres, pero tan valientes que no habia que alarmarse por lo corto del número.

Don (1) Gregorio de la Cuesta, que afectaba tener sobre la Junta y sus compañeros de armas una superioridad que no reconocieron en él al principio, pero que le concedian en aquel momento de resultas de las desgracias ocurridas á los demas generales, no podia retroceder por mas tiempo sin

(1) En unas partes le pone *don* el autor, y en otras se lo quita, segun notarán nuestros lectores. Decimoslo, aunque parezca pueril, porque esto, unido á la equivocacion de apellidos españoles y nombres de poblaciones, así como á errores geográficos y de números, prueba que Thiers no ha consultado para escribir su historia, en lo relativo á España, sino las narraciones francesas, parciales á todas luces, y los partes llenos de inexactitudes de generales interesados en paliar sus derrotas para no desmerecer de la gracia de Napoleon, desfigurar los hechos para aparecer invencibles, y exagerar sus triunfos para granjearse el favor del emperador.

(N. del T.)

T. XI. 4

ponerse al mismo nivel que aquellos á quienes despreciaba. Por otra parte, si daba un paso mas, perdía la línea del Guadiana despues que habia perdido la del Tajo, y dejaba sin proteccion á Sevilla, centro de insurreccion, y el postrer asilo de la fidelidad española. Sabedor de que el mariscal Victor se habia debilitado en tropas por el camino, y reforzado él con la division de Albuquerque, que acababa de salir del ejército del centro, contando de este modo con treinta y seis mil hombres, que eran los mejor organizados de España, se creyó en situacion de poder dar la batalla, pues justamente tenia doble número de fuerzas que su contrario. En su consecuencia se apostó detras del Guadiana, mas allá del barranco de Ortigosa, en una posicion bastante ventajosa para recibir á los franceses. Nada podia hacerse, por lo demas, que les fuese tan favorable ni que mas conviniera a su gusto é intereses.

Dueño el mariscal Victor de Medellín, donde entró sin dificultad, estaba en posesion segura del Guadiana, y podia sin inconveniente dirigirse mas allá. Habiendo atravesado el rio el 28 de marzo por la mañana, no tardó en descubrir sobre su derecha al ejército español oculto en parte por la forma del terreno, y que mas bien parecia hallarse dispuesto á avanzar que á retroceder. Mucho se alegró de ello, y resolvió embestirle sin detencion. Para llegar á él era preciso atravesar el barranco de Ortigosa, que va á parar al Guadiana, algo mas arriba de Medellín, pero Victor no vaciló: pasó el barranco con las dos terceras partes de su ejército, dejó en el puente que habia en él, á la parte de acá, á la division Ruffin, para hacer frente á un

grueso destacamento que se presentaba por aquel lado, y se dirigió adelante con Lassalle, los alemanes, los dragones de Latour-Maubourg que le quedaban, la artillería y la division Villatte; entre todos cerca de doce mil hombres. Atravesado el barranco, se descubria una meseta muy estensa, que siendo bastante alta en nuestra derecha, disminuía hácia nuestra izquierda, y se convertia en llanura junto á Don Benito. Sólo se divisaba el borde de la meseta, y la parte del ejército español que la coronaba, ocultando lo demas el declive del terreno.

Pronto tomó sus disposiciones el mariscal Victor, lanzando por la derecha, para que trepara al costado de la meseta, á Latour-Maubourg, dos batallones alemanes y diez piezas de artillería, y mandando les apoyara el 94.º de línea de la division Villatte. Estas tropas debian apoderarse de la meseta, y arrollar á la porcion del ejército español que allí se descubria. Por la izquierda donde, como hemos dicho, iba bajando el terreno hasta Don Benito, y donde tambien se descubrian masas españolas muy compactas, se contentó el mariscal con dirigir á Lassalle al frente de su caballería lijera y los dos batallones alemanes que le quedaban. En el centro formó los regimientos 63.º y 95.º de la division Villatte, en columna cerrada, y ademas el 27.º de lijeros algo á la derecha para enlazar el movimiento con Ruffin. En seguida dió la señal á Latour-Maubourg, aguardando para adoptar otras disposiciones, qué efecto produciria aquel primer ataque.

Los alemanes treparon á la meseta con serenidad, seguidos de sus diez bocas de fuego y de los

cinco escuadrones de dragones del general Latour-Maubourg. Apenas estas tropas llegaron á la altura, descubrieron el terreno en toda su estension, y á lo lejos al ejército español que lo cubria. A nuestra derecha se veia cierta porcion de infanteria y caballeria, pero á la izquierda se divisaba en la llanura el grueso del ejército español marchando formado en masa contra las cortas fuerzas de Lassalle, con intencion evidente de cortarnos la comunicacion con el Guadiana.

Al ver esto nuestras tropas de la derecha, se apresuraron á precipitar el ataque. Los alemanes, despues de obligar á replegarse á los tiradores españoles, dejaron que avanzaran nuestras diez bocas de fuego, las cuales, desde la meseta, debian causar mucho efecto sobre el terreno que formaba cuesta. Al descubrir aquella artilleria la infanteria española, hizo sobre ella un fuego precipitado, pero confuso y mal dirigido. Sin inmutarse nuestros valientes artilleros, avanzaron hasta ponerse á treinta ó cuarenta pasos de la infanteria española, y la cubrieron de metralla, á la cual estaba poco acostumbrada. Gregorio de la Cuesta quiso entonces lanzar su caballeria sobre nuestros artilleros, para acuchillarlos sobre sus mismas piezas; pero no se hacia una cosa semejante con caballeria española contra artilleria francesa. Aquella caballeria, conmovida ya con la metralla, y sobre todo intimidada al ver los dragones de Latour-Maubourg, avanzó con flojedad y como conociendo su próxima derrota. Efectivamente, apenas se habia acercado á nuestras piezas, cuando un escuadron de caballeria (1), cogiéndola por el flanco bastó para hacer

(1) Fueron muchos mas los ginetes enemigos que

volviera grupas, huyendo sobre la infanteria, á la cual desbarató en su retirada. Gregorio de la Cuesta, que tenia mas orgullo que habilidad, pero que era tan valiente como orgulloso, se arrojó en medio de sus tropas, é hizo esfuerzos aunque inútiles para mantenerlas en el campo de batalla. Los cinco escuadrones de Latour-Maubourg, arrollando todo lo que se les presentaba delante, pusieron tambien en fuga á la infanteria, y empujando el ala izquierda de los españoles sobre el declive del terreno, la fueron batiendo hasta Don Benito. El bravo Latour-Maubourg como sabia no producian resultados los combates con los españoles sino alcanzándolos con la punta del sable, se encarnizó en perseguirles, sostenido por el 24.º de línea que habia recibido orden de apoyarle.

Pero si todo estaba terminado en la derecha, hasta el punto de no tener al frente ni un enemigo, no sucedia así en el centro y en la izquierda: al contrario, iba haciéndose critica nuestra situacion. Mientras el ala izquierda de los españoles se entregaba desolada á la fuga, el centro y el ala derecha, compuestos de veinte y siete ó veinte y ocho mil hombres (1), avanzaban en masa contra los tres ó cuatro mil hombres de Lassalle, que

acometieron á los nuestros, y la infanteria apoyó su movimiento. Por lo demas, cuando la caballeria francesa atacó á la nuestra, los artilleros franceses habian empezado á huir, abandonando los cañones.

(N. del T.)

(1) Tampoco es cierto este cálculo, pues todo el ejército español que se batió en Medellín no pasaba de veinte mil hombres.

(Id.)

consistian, como acabamos de decir, en algunos regimientos de caballería ligera, y en dos batallones de infantería alemana. Lassalle, portándose con tanta sangre fría como inteligencia, contenía por medio de cargas ejecutadas con oportunidad á los destacamentos de infantería española que se mostraban más osados que los demás, y de este modo amortiguaba el movimiento en masa; pero los españoles, atrevidos como solían serlo cuando se creían victoriosos, marchaban en ademán resuelto, gritando, amenazando con una destrucción segura al puñado de franceses que tenían al frente, y teniendo por infalible la pérdida de nuestro ejército si conseguían enseñorearse del Guadiana. Aunque semejante esperanza era hija de la presunción, puesto que teníamos detrás á toda la división Ruffin para guardar la línea del Ortigosa y la villa de Medellín, podía, no obstante, perderse la batalla, si no nos apresurábamos á tomar una resolución decisiva. Seguramente era demasiado haber dejado toda la división Ruffin á la parte de acá del barranco, para hacer frente á unos cuantos flanqueadores poco temibles; pero con los tres regimientos restantes de la división Villatte, y las tropas que Latour-Maubourg no había arrastrado en su arriesgada persecución, teníamos todavía medios para causar á los españoles un desastre. El mariscal Victor tomó con mucha oportunidad todas las disposiciones que podían producir semejante resultado. Mandó que los regimientos 63.º y 93.º de línea de la división Villatte, se dirigiesen á la izquierda y desplegasen allí en batalla, á fin de contener la masa de españoles. Ordenó á los alemanes hiciesen la misma maniobra, y á Lassalle

que cargase á los españoles con vigor cuando la infantería los hubiese detenido. En nuestra derecha, habían quedado en la meseta dos batallones alemanes y diez bocas de fuego que no siguieron al general Latour-Maubourg: Victor les mandó cayesen por medio de un movimiento repentino de conversión de derecha á izquierda, sobre el flanco de los españoles, y los acribillaran á tiros y cañonazos. Por último, previno á Latour-Maubourg y al 94.º de línea suspendieran la persecución y aprovecharan el movimiento sobrado precipitado que los colocaba á retaguardia del enemigo, para cogerle por la espalda, envolverle y destruirle enteramente.

Ordenadas con oportunidad estas disposiciones, y ejecutadas con vigor, obtuvieron un éxito completo. Los españoles, que avanzaban con ciega confianza, animándose con sus gritos y el espectáculo de su imponente masa, se quedaron sorprendidos al ver desplegar los dos regimientos de Villatte. Esta operación, verificada con aplomo, á pesar de tener delante tropas muy superiores en número, y á la cual siguió un fuego bien sostenido, contuvo á los españoles, que no sabiendo discernir si avanzaba hacia ellos todo el ejército francés ó dos regimientos solamente, empezaron á marchar más despacio, á tirar mal, confusamente y sin efecto. Aprovechando Lassalle esta indecisión, les cargó con furia, y arrolló á varios batallones unos sobre otros.

En el ala opuesta rompió entonces el fuego la batería de diez piezas de nuestra derecha, la cual, como disparaba de arriba abajo sobre una masa compacta, causó en ella mortíferos estragos. No

se necesitaba tanto para poner en derrota á unas tropas no aguerridas, y cuya solidez no era igual á su ardimiento. No tardaron en retroceder, y sorprendidas á poco por retaguardia con la aparicion de Latour-Maubourg, cuya falta redundaba en fortuna nuestra, se sintieron acometidas de un terror imposible de describir. En un instante se desbandaron y corrieron en un desórden nunca visto; pero Lassalle y Latour-Maubourg estaban situados de modo que pudiera conseguirse los resultados que solo se alcanzaba de los españoles impidiéndoles huir. Cayendo con tres mil caballos, y en direccion opuesta sobre aquella masa, la acuchillaron sin compasion, y acordándose de los sesenta y dos cazadores de caballeria degollados algunos dias antes, no dieron ningun cuartel. No fué la caballeria tan solo la que se halló en situacion de alcanzar á los españoles, pues el regimiento número 94 que estaba situado á su espalda allá á lo lejos, alcanzó á la bayoneta á un buen número de ellos, y no se anduvo en contemplaciones. En menos de una hora mordieron la tierra nueve ó diez mil entre muertos y heridos (1), quedando en nuestro poder cuatro mil prisioneros, con diez y seis piezas de artilleria, que era á lo que ascendia toda la española, y muchas banderas.

Esta batalla, que despues se llamó de Mede-

(1) Afortunadamente no fueron tantos los soldados españoles que los franceses sacrificaron en Medellín, pues apenas pasaron de seis mil. En cambio tuvo el enemigo cuatro mil muertos y heridos, pérdida que ni siquiera menciona Thiers.

(N. del T.)

llin, honra tanto á nuestros soldados como á su general, pues realmente se dió con doce mil hombres contra treinta y seis mil (1), y suscita uno de los recuerdos mas sangrientos de aquella época, por no haberse conseguido nunca resultados tan decisivos. El desgraciado Gregorio de la Cuesta no hubiera podido reunir aquella noche ni un batallon (2). Aquel brillante hecho de armas llenó de confianza al comandante del primer cuerpo; y mientras que quince dias antes vacilaba en avanzar del Tajo hacia el Guadiana, escribió inmediatamente al rey José que estaba dispuesto á marchar del Guadiana sobre el Guadalquivir, de Mérida hacia Sevilla, siempre que se apresurara el movimiento de la division Lapisse. Envió los prisioneros á Madrid; pero de cuatro mil que eran, solo llegaron á su destino dos mil á lo sumo, y mandó acampar su infanteria á orillas del Guadiana, desde Medellín hasta Mérida, para que estuviese con mas comodidad, esparciendo á lo lejos la caballeria para dispersar las guerrillas y someter á la obediencia el pais. La estacion era soberbia en aquel momento (28 de marzo), y como la comarca no se hallaba exhausta todavía, nuestros soldados gozaron á sus anchas de los frutos de la victoria.

(1) Ya hemos dicho que este número es inexacto.

(N. del T.)

(2) Tan lejos de ser así, Cuesta se retiró al pueblo de Monasterio con los restos del ejército, y en él se mantuvo, llegando sus avanzadas hasta Fuente de Cantos, sin que el enemigo le molestara.

(Id.)

Mientras el mariscal Victor ganaba aquella importante batalla en el camino del Mediodía; operando, por su parte, el general Sebastiani, y emprendiendo á través de la Mancha un movimiento parecido, conseguia iguales ventajas, aunque en proporcion á las fuerzas que mandaba. Con su bonita division francesa, los polacos del general Valence y los dragones de Milhaud, reunia unos doce ó trece mil hombres contra el español Cartajal, que contaba diez y seis ó diez y siete mil (1), pertenecientes al antiguo ejército del centro, vencido en Tudela cuando lo mandaba Castaños, y en Uelés cuando se hallaba á las órdenes del duque del Infantado. Al mismo tiempo que Victor marchaba de Almaráz hacia Trujillo y Medellín, él avanzó allende el Tajo por Ocaña y Consuegra sobre Ciudad Real, y habiendo llegado el 26 de marzo al Guadiana, lanzó á la otra parte de este rio al general Milhaud, que llevaba mucha delantera á la infanteria. Este se apoderó del puente, lo atravesó, y rechazó el ejército español algunas leguas, hasta el pie de los muros de Ciudad Real. Viendo los españoles que Milhaud no tenia quien lo apoyara, y que solo llevaba consigo sus dragones, recobraron ánimo, y volvieron atrás. El general Milhaud se replegó con habilidad y sangre fria hacia el Guadiana, cargando vigorosamente á los que le acosaban muy de cerca, y así que llegó sin pérdida al puente que habia atravesado por temeridad, lo obstruyó, man-

(1) Las tropas francesas que se batieron en Ciudad Real eran superiores en número á las españolas.

(N. del T.)

dando echasen pie á tierra unos cuantos dragones para asegurar su defensa.

Al dia siguiente 27, habiendo llegado el general Sebastiani, no vaciló en volver á tomar la ofensiva. Dirigió, pues, los dragones y los lanceros polacos mas allá del puente para abrirse paso, obligando al ejército español á cederle el terreno, y en seguida desfiló con toda la infanteria, la cual formó en columna de ataque al pasar el puente. En esta disposicion acometió al ejército español, repuesto apenas de las cargas de la caballeria francesa, y en un abrir y cerrar de ojos fue arrollado dicho ejército por los magnificos regimientos de la division Sebastiani, que se habian hallado en las campañas de Austria, Prusia y Polonia, y á los que no podia contrarestar ninguna tropa. Los españoles huyeron en desorden sobre Ciudad Real abandonando su artilleria (1), dos mil muertos ó heridos y cerca de cuatro mil prisioneros. El general Milhaud dejó atrás á Ciudad-Real y los persiguió hasta Almagro, llegando al dia siguiente hasta Sierra Morena, á la entrada de los desfiladeros testigos del desastre del general Dupont, y donde todavia hizo unos mil prisioneros y recogió ochocientos heridos. De este modo, en los dias 27 y 28 de marzo, que fué

(1) Sin duda olvidó Thiers que pocas páginas antes habia asegurado que no teniamos mas artilleria que las diez y seis piezas que nos cogieron los franceses en Medellín. ¿En qué quedamos? ¿Tenian solamente diez y seis cañones los españoles, en cuyo caso mal pudieron perder su artilleria en la accion de Ciudad Real, ó era mas numeroso nuestro parque? De cualquier modo, esto confirma mas y mas las contradicciones que comete el autor.

(N. del T.)

cuando el mariscal Soult llegó delante de Oporto, se cogió al ejército del centro de siete á ocho mil hombres, y trece ó catorce mil al de Estremadura, é indudablemente se les hubiera arrebatado del todo la confianza, si los españoles no hubieran tenido esa presunción singular que hace se pierdan batallas, pero que también impide conocer se las ha perdido.

Las dos brillantes victorias que acabamos de contar colmaron de gozo á la corte de Madrid, y aclararon un poco el cuadro bastante oscuro que se había trazado de la situación de las cosas. José sintió renacer en él la esperanza de ser bien pronto dueño del Sur de España por medio de la marcha del mariscal Victor sobre Sevilla, y por la del general Suchet sobre Valencia, pues no cesaba de perderlo así con ahinco á este general. Reiteró por tanto al general Lapisse la orden de que bajase de Salamanca hácia Mérida, porque para Victor era condicion indispensable de cualquier triunfo ulterior el que se le reuniera la division espresada. José creia también que bastaría apareciere el mariscal Victor en las provincias meridionales para que se sometieran enteramente, creencia que le infundia el tener á su lado al famoso Morla, tan arrogante con los franceses en la época de la batalla de Bailen, tan humilde cuando la toma de Madrid, acusado sin motivo de traidor por sus compatriotas, culpable solamente de una veleidad hija del interés, y que buscaba á la sazón cerca del nuevo rey un refugio contra la injusticia de los partidarios del antiguo reinado. Morla tenía en Andalucía muchas relaciones, y el rey José esperaba haria se sometiera pronto esta provincia, disgustada

del modo de gobernar de la Junta, y cansada del dominio de los generales, de la tiranía del populacho y de las cargas insufribles que sobre ella pesaban con la guerra. Así José, lleno en aquel momento de ilusiones, escribió á Napoleon que no desesperaba de poder devolverle bien pronto cincuenta mil hombres de sus brillantes tropas, para que las empleara en Austria (1).

Es seguro que en cualquier otro país dos batallas como las de Medellín y Ciudad Real, hubieran decidido una campaña y quizá una guerra; pero los españoles no desanimaban por tan poca cosa. La Junta concedió premios á todos los que bien ó mal habían peleado no depuso á Gregorio de la Cuesta,

(1) *El rey José al emperador.*

«Madrid, 28 de marzo de 1809.

«Señor:

«El puente que hay cerca de Almaráz, está bien firme hoy, y el tren de batir podrá pasar por él, segun el general Senarmont, que llega de allí.

«El mariscal Victor, debe hallarse en Mérida, pues el ejército enemigo está en completa retirada.

«El general Sebastiánise hallaba en Madridejos, pero hoy le creo en Villareal.

«Del mariscal Soult no tengo noticias; pero todo me hace presagiar han sido afortunadas sus operaciones militares. Lo deseo ahora mas que nunca para poder enviar á V. M. cincuenta mil hombres, lo cual me será posible luego que se sometan á mi obediencia Sevilla y Cádiz.

«Los puestos fortificados de Vizcaya, abandonados

porque ya empezaba á caer en descrédito el sistema de reparar derrotas con deponer generales, le envió refuerzos, y dirigió á la España y á todas las demas naciones un nuevo manifiesto denunciando

por las tropas que han tenido que reunirse á sus cuerpos, causan alguna inquietud á los viajeros, y he mandado formar columnas ambulantes.

«De V. M. adicto y servidor hermano

José...»

*El rey José al emperador.*

«Madrid, 2 de abril de 1809.

«Señor:

«El cuerpo del mariscal Victor ha alcanzado una victoria completa contra el que manda el general Cuesta, el mismo día que el general Sebastiani derrotaba al enemigo en Santa Cruz. Envío á V. M. los partes del mariscal Victor para que se entere de todo.

«La division de Lapisse ha encontrado á Civita-Rodrigo (1) en estado de defensa, y le he mandado se reúna en Badajoz con el mariscal Victor, que con este refuerzo se encuentra en situacion de entrar en Sevilla.

«Voy á comisionar sujetos dotados de buena intencion y bien quistos para con la Junta, á fin de poner término á la guerra por medio de la sumision voluntaria de Andalucía, y apoderarme de Cádiz y sus escuadras antes que desesperados se arrojen en brazos de los ingleses.

«Tengo muchos motivos para felicitar me de haber empleado en esto á Morla.

«Desde el 10 de marzo no he recibido noticias del mariscal Sout.

(1) Asi está escrito: no sabemos si Thiers lo ha copiado de la carta original, ó es cosa suya.

(N. del T.)

lo que apellidaba criminal empresa de los franceses contra el trono legitimo. El pueblo, correspondiendo á su celo, no mostró menos osadía en levantarse por todas partes donde no se hallaban al inmediato alcance de los franceses; por manera que mas bien que de ventaja sirvió para aumentar las dificultades el movimiento avanzado del general Sebastiani y el mariscal Victor sobre el Guadiana. Efectivamente, en el camino de Ciudad Real nos quitó el enemigo varios puestos fortificados; la ciudad de Toledo, al ver al mariscal Victor distante veinte ó

«El mariscal Ney debe estar en movimiento contra los restos de La Romana hácia Asturias, y no tengo de él noticias directas y positivas.

«Estoy instando al duque de Abrantes (1) para que marche sobre Valencia, con la esperanza de terminar los asuntos del Mediodía de España antes que empiecen los calores.

«Ruego á V. M. no eche en olvido los ascensos pedidos por el mariscal Victor y el general Sebastiani, y que se acuerde tambien de las propuestas en favor de los oficiales que se distinguieron en Uelés, ascensos que V. M. me anunció tenia á bien conceder, lo cual manifesté al mariscal Victor.

«Desde los sucesos de Austria tengo mayores deseos de terminar aqui, á fin de poder enviar á V. M. cincuenta mil hombres. Recuerdo que cuando la última guerra no quiso V. M. debilitar mis fuerzas en Nápoles, pero tambien me acuerdo que ha habido circunstancias en que diez mil valientes mas, hubieran decidido mas pronto graves acontecimientos.

«De V. M. adicto y servidor apasionado hermano:

José...»

(1) El duque de Abrantes habia vuelto á tomar el mando del tercer cuerpo á últimos de marzo.

treinta leguas, estuvo á punto de insurreccionarse; los habitantes de los montes que se estienden entre Salamanca y Talavera, inundaron de guerrillas las márgenes del Tietar y el Tajo, hasta amenazar el puente de Almaráz; y solo habian trascurrido unos cuantos dias desde las dos victorias alcanzadas en Medellin y Ciudad Real, cuando ya fué preciso enviar de Madrid el ayudante comandante Mocquery con quinientos hombres para contener á Toledo, y el ayudante comandante Bagneris con seiscientos para guarnecer el puente de Almaráz, teniendo, por último, que reparar los fuertes de Consuegra y Manzanares para escalar la línea de comunicacion del general Sebastiani con Madrid (4). Asi,

(4) *Estracto de las Memorias manuscritas del mariscal Jourdan.*

«En otras partes de Europa, dos batallas como las de Medellin y la de Ciudad Real, hubieran producido la sumision del pais, y los ejércitos victoriosos habrian podido continuar sus operaciones; pero en España sucedió lo contrario. Cuanto mayores eran los descalabros sufridos por los ejércitos nacionales, mas dispuestas se mostraban las poblaciones á sublevarse y empuñar las armas; cuanto mas terreno ganaban los franceses, tanto mas arriesgada se hacia su posicion. Ya nos interceptaban las comunicaciones con el general Sebastiani, ya nos mataban oficiales, correos y destacamentos de soldados. Hasta faltó poco para que estallara una insurreccion en Toledo, donde solo habia quedado una corta guarnicion; pero el ayudante comandante Mocquery llegó allí á tiempo con un refuerzo de quinientos hombres, y gracias á su prudencia tanto como á su energia, consiguió calmar los ánimos y restablecer el orden. El fuertecillo de Consuegra y el de Manzanares fueron reparados, se fortificó algunos

pues, en aquel pais extraordinario, las victorias, estendiendo los puestos que era menester conservar, y causando únicamente un efecto moral que pronto se disipaba, no fortalecian el poder del vencedor sino lo debilitaban mas bien.

En el Norte sobre todo empezaba á sentirse el mal gravemente. Lleno el mariscal Ney, como siempre, de actividad y energia, habia concebido el deseo, la esperanza de someter la Gali-

otros puntos en el camino, y se puso en ellos destacamentos de tropas para que escoltaran á los correos y á los oficiales destinados en comision del servicio.

«No se hallaban en mejor estado las cosas hacia la línea de comunicacion con el primer cuerpo, pues partidas formadas hacia el Tietar amenazaban dirigirse á Almaráz para destruir el puente, y si se ejecutaba este proyecto, iba á verse muy comprometido el duque de Bellune. Por fortuna supo el rey á tiempo que este mariscal no habia creído á propósito dejar en el importante punto de Almaráz otras tropas que pontoneros y algunos artilleros, y envió allí sin pérdida de momento seiscientos hombres de infanteria y cien caballos de la guarnicion de Madrid mandados por el ayudante comandante Bagneris. Este destacamento alejó las partidas, y puso los puentes en estado de seguridad, pues ademas de que se hicieron obras en las dos orillas del Tajo para protegerlos, se reparó el fuerte de Trujillo, con el fin de proteger tambien las comunicaciones del primer cuerpo, y se puso en estado de defensa los de Medellin y de Mérida, para continuar siendo dueños de los pasos del Guadiana, cuando nos encamináramos á Badajoz ó á Andalucía. ®

«Las operaciones del mariscal Victor y del general Sebastiani quedaron suspendidas por haber mandado el emperador no se dejara penetrasen las tropas en Andalucía, hasta que no se supiera habia llegado á Lisboa el duque de Dalmacia.»

cia, no imaginándose que sus dos brillantes divisiones que habian vencido á los ejércitos rusos, pudieran estrellarse contra fanáticos campesinos que no sabian sino huir, cuando no encontraban algun desfiladero ó alguna casa en que poder combatir en seguro; pero no tardó en desengañarse. Como tenia que guardar mas de cien leguas de costas, desde el cabo Ortegal hasta el desembocadero del Miño; que defender puntos como el Ferrol y la Coruña; que interceptar las comunicaciones de los ingleses con los habitantes; y que contener centros de poblacion tales como Santiago de Compostela, Vigo, Tuy y Orense, se habia visto obligado á bajar con todo su cuerpo de ejército sobre el litoral, abandonar de consiguiente sus comunicaciones con Castilla la Vieja, y hasta á pedir socorro, lejos de poder, como se creyó en un principio, dominar por sí solo todo el Norte de España. De seguro no se hubiera pensado tal cosa de un cuerpo tan aguerrido y tan bien mandado; y no fué por falta de habilidad ó de energia, sino porque se habian aumentado las dificultades hasta lo infinito en torno suyo.

Habiendo el mariscal Soult tropezado de paso con el cuerpo de La Romana sin cuidarse de lo que le sucederia, este cuerpo, como hemos dicho, atravesó el pais comprendido entre Galicia y Leon, sorprendió á un batallon francés que se habia dejado en Villafranca, y sublevó las poblaciones, admiradas de verle allí y entusiasmadas con la noticia de la guerra de Austria. El marqués de la Romana penetró al fin en Asturias, provincia que el general Bonnet no podia contener con dos regimientos, y para hacer frente á estas dificultades, se habia vis-

to obligado el mariscal Ney á correr de acá para allá, y á combatir donde quiera, no encontrando en parte alguna rebeldes, por muy fanáticos que fueran, que resistiesen á su terrible impetuosidad, pero viéndolos aparecer á retaguardia así que habia conseguido batirlos al frente. De este modo, mientras que enviaba el general Mauricio Mathieu hacia Mondoñedo para que se las hubiera con los asturianos, se veia obligado á dirigir el general Marchand sobre Santiago de Compostela para destruir mil quinientos insurgentes que acababan de situarse allí. En seguida fué preciso correr hacia los puertos de Villagarcía y Carreil, y reducirlos á cenizas para alejar de ellos á los ingleses. Luego, al saber que los insurrectos portugueses tenian sitiado el deposito de artillería que el mariscal Soult dejó en Tuy, acudió allí, y tuvo que dar encarnizados combates para levantar el bloqueo, lo cual se verificó en el mismo momento que el general Heudelet se preparaba á marchar á aquellos puntos. En esos diferentes encuentros, el mariscal Ney mató mas de seis mil españoles y se apoderó de veinte y dos piezas de artillería y una inmensa cantidad de material procedente de Inglaterra, sin apaciguar no obstante, de un modo sensible á la poblacion. Empero lo mas extraordinario es, que el mariscal Ney, á pesar de estar situado en el camino que llevaba el mariscal Soult, no habia recibido noticias suyas sino por conducto de la columna que envió á Tuy, la cual se encontró allí con la del general Heudelet, y supo que hasta el dia 29 de marzo no se habia podido penetrar en Oporto, habiendo tenido que recurrir para ello á medios de rigor. En cuanto al mismo mariscal Ney, nada se sabia en Madrid

de los combates que estaba sosteniendo, sino que luchaba enérgicamente contra los insurrectos, y no podía, habiéndolos y todo, asegurar sus comunicaciones con Castilla la Vieja.

Así, pues, a pesar de las victorias alcanzadas por nuestras armas en Medellin y Ciudad Real, no tardó en ir a contristar a Madrid la aparición de una multitud de partidas en el Norte de España, la detención de los correos en todos los caminos, la absoluta imposibilidad de adquirir noticias de los mariscales Soult y Ney, y en fin, la certeza de estar cortada toda comunicación con ellos. El movimiento del general Lapisse, quien había dejado a Salamanca, atravesado a Alcantara, pasado el Tajo y reunido con el mariscal Victor, siempre peleando, favoreció mas y mas a los insurrectos de Castilla la Vieja, que no tenían quien se les opusiera. Así el general Kellermann, que estaba encargado del mando de aquella provincia, se apresuró a escribir a Madrid que todo el Norte se les iba a escapar de entre las manos a los franceses, si no se obraba con vigor contra las partidas que se presentaban por doquier. Aunque el mariscal Victor se había reforzado con la llegada del general Lapisse, no estábamos en el caso, siendo tan alarmante la situación del Norte de España, cuando no se sabía lo que le había sucedido al mariscal Soult, y se ignoraba si podría ó no podría penetrar hasta Lisboa, de llevar hacia el Sur los ejércitos de Estremadura y la Mancha, y aumentar la dificultad de las comunicaciones con la estension de terreno ocupado. Se resolvió, pues, antes de seguir poniendo en ejecución el plan que había trazado Napoleon, esperar a que se apaciguaran las provincias sep-

tentrionales, y hubiera noticias del mariscal Soult.

Al rey José y al mariscal Jourdan se les ocurrió una idea muy oportuna, enviar el mariscal Mortier de las cercanías de Logroño donde Napoleon le había situado en sus instrucciones, a Valladolid, para que restableciera allí las comunicaciones con el mariscal Ney, y socorriera en caso de necesidad al mariscal Soult, si este último se encontraba en situación apurada, como se empezaba a temer. Nada mas exacto que semejante combinación, puesto que Napoleon mismo mandaba desde el fondo de Alemania se ejecutase, al recibir pliegos de España; pero mientras no se supiera allende los Pirineos su voluntad, concebida y espresada en el Danubio, como al mariscal Mortier se le había mandado permaneciese en Logroño, no podía cargar con la responsabilidad de desobedecer, y no se atrevió a hacerlo. Tales son los inconvenientes que produce el dirigir operaciones militares de sobrado lejos. El rey José escribió al mariscal Mortier ordenándole se trasladase a Valladolid, y este mariscal se vió sumamente apurado entre las órdenes de Paris y las de Madrid. No obstante, por vía de transacción, consintió en trasladarse a Burgos; pero esto no bastaba para reprimir a los insurrectos del Norte, y abrir las comunicaciones con los mariscales Ney y Soult. Se desmembró del ejército de Aragon, en clase de préstamo, dos regimientos, sin los cuales se creía podía pasarse desde la toma de Zaragoza, y se les envió al general Kellermann; se sacó de Segovia y de los puestos fortificados inmediatos un batallón polaco y otro alemán, a los cuales fueron a reemplazar tropas de la guarnición de Madrid; se agregó algunos otros des-

tamentos de la guarnición de Burgos, y con todo ello se formó al general Kellermann un cuerpo de siete á ocho mil hombres, para que se dirigiese sobre Galicia, á fin de restablecer las comunicaciones interrumpidas en las provincias del Norte.

Hasta el 27 de abril no se acabó de reunir todas estas fuerzas, y el general Kellermann no llegó á Lugo hasta el 2 de mayo, después de haberse tiroteado por todo el camino con los paisanos de los contornos. En la espresada ciudad encontró al general Mauricio Mathieu, que se hallaba allí de orden del mariscal Ney para abrir las comunicaciones con Castilla la Vieja. Ambos generales conocieron que el mal provenia mas que nada de haber penetrado, unos en Portugal, y otros en la vertiente marítima de Galicia, sin haber destruido antes al marqués de La Romana: convinieron, pues, en perseguirle en Asturias, y tratar de destruirle allí, lo cual proporcionaría dos resultados, pacificar aquella comarca, y hacer que desapareciera el autor de todas las agitaciones en el Norte de España. Adoptado este pensamiento, se convino en que el mariscal Ney marcharía á Asturias por el camino de Lugo á Oviedo, y el general Kellermann por el de Leon, con lo cual era de esperar que cogido el marqués de La Romana por dos direcciones diferentes, se lograra envolverle. Los dos cuerpos se separaron en seguida sinceramente resueltos á coadyuvar cada uno por su parte lo mejor que supieran y pudieran al éxito de su mismo intento.

Todo el mes de abril habia trascurrido, pues, obrando los nuestros á tientas, merced á la incertidumbre que reinaba en Madrid acerca de la suerte del mariscal Soult, y tambien por no poder

dirigir con libertad y según las necesidades del momento, los generales franceses que operaban en España. No sabiendo la corte qué habia sido del mariscal Soult, no se atrevia á enviar sobre Badajoz y Sevilla el cuerpo del mariscal Victor, y como no disponia completamente de los generales, no podia dirigir el mariscal Mortier á retaguardia de los mariscales Soult y Ney. Habíase perdido, de consiguiente, el mes mas importante del año, el en que se hubiera podido conseguir los resultados mas decisivos contra los españoles y los ingleses. La única operacion que se habia ejecutado durante ese tiempo precioso por la parte de Estremadura, fué traer el cuerpo del mariscal Victor de Medellin hácia Alcantara, para atrojar de esta poblacion á los insurgentes españoles y portugueses, que se habian apoderado de ella. El rey José y el mariscal Jourdan, quisieron al principio oponerse al movimiento retrogrado del mariscal Victor, temiendo el mal efecto que iba á causar en Andalucía; pero se decidieron á dejar que lo ejecutara, mediante á haber noticiado un espía procedente de Oporto que la situacion del mariscal Soult no podia ser mas crítica, y que los ingleses habian desembarcado en Lisboa. La posibilidad de que por aquella parte habian ocurrido sucesos funestos, hacia indispensable estuviésemos en posesion de Alcantara, pues por el Tajo y la espresada villa era por donde se podia ir mas directamente á socorrer el ejército de Portugal. Recobramos, de consiguiente, á Alcantara, los insurgentes fueron pasados á cuchillo, é inmediatamente después regresó el mariscal Victor por Almaráz hácia Trujillo, á fin de impedir volviera á ocupar Gregorio

de la Cuesta las posiciones de que se le habia arrojado al marchar sobre Medellin.

Las noticias indirectas que se habian recibido de Oporto eran demasiado fundadas desgraciadamente. Con efecto, la posicion del mariscal Soult en aquella ciudad se habia agravado mucho durante el mes de abril por culpa de los sucesos, y tambien de las personas (1). Apenas entró en Oporto, pensó el mariscal en establecerse allí sólidamente, creyendo haber hecho lo bastante con llegar hasta el Duero, y dejando que las circunstancias se encargaran de decidir si retrocederia, ó si al contrario llevaria mas lejos sus conquistas. Entre todos los partidos que podia tomar este era el mas peligroso; pues permanecer en Oporto sin un proyecto determinado, debia evidentemente producir desastres. Solo con estar, cuando no tenia sino veinte y tantos mil hombres, en medio de un

(1) En la historia de nuestras guerras no hay sucesos tan tristes, oscuros y lamentables para nuestras armas como los que vamos á contar. Siendo preciso que el historiador sincero tenga valor para decir verdades penosas, me he rodeado de los datos mas auténticos, y no he hecho caso de cuanto no está completamente probado. Ademas de las Memorias veridicas é imparciales del mariscal Jourdan, manuscritas todavia, he consultado largamente la correspondencia intima del ministro de la Guerra con Napoleon. Este ministro vió, interrogó, hasta envió á Schenbrunn gran número de oficiales que habian presenciado los sucesos de España, y en su correspondencia casi ordinaria no cesó de contar al emperador cuanto sabia. He dejado á un lado lo que me ha parecido aventurado ó injurioso, para adoptar únicamente lo que tengo por exacto. Los tribunales, que conocieron de parte de los hechos, me han suministrado tambien luz, y la

pais insurreccionado, en que habia llegado al último grado de violencia el odio popular contra los franceses, se corria grave riesgo. No obstante, con un ejército tan valiente y con oficiales tan brillantes, era posible mantenerse en el Norte de Portugal; pero existian aun en Lisboa diez y siete ó diez y ocho mil ingleses, y todo anunciaba se aumentarían pronto en un doble con las tropas que iba á enviar Inglaterra. Con tales condiciones defenderse detrás de la linea del Duero contra un ejército regular situado á la parte opuesta de esa linea, y contra un ejército de insurgentes situado á la parte de acá, era casi impracticable, como lo demostraban dos sucesos recientes. La corta guarnicion que se habia dejado en Chaves para custodiar nuestros heridos; cayó en poder de los portugueses, y el deposito que quedó en Tuy hubiera corrido igual suerte, si la division Heudellet, destacada de Braga, y el mariscal Ney, procedente de Galicia, no lo hubieran libertado del bloqueo: sin embargo, parte de ese mismo de-

correspondencia del duque de Wellington publicada despues, me ha proporcionado por su parte pormenores muy importantes. En fin, he tenido en mi poder los papeles de los mariscales que se pusieron en pugna en aquella campaña, y los he utilizado con la mayor reserva, no queriendo juzgarlos sino con arreglo á lo que dicen unos de otros. Con el auxilio de todos estos materiales, he compuesto la narracion que se va á leer, narracion que creo justa, y en la que quizá hubiera creído debia ser mas severo, si no hubiese querido continuar siendo fiel á mis sistemas de justicia histórica, tranquila, igual para todos, indulgente por lo regular, y severa solo cuando por una necesidad evidente es un deber para el historiador.

pósito, que envió á Vigo, fué apresado. Y no se crea eran puestos militares insignificantes los que sufrieron esos contratiempos, pues el depósito de Tuy, que habia ido recibiendo refuerzos, ascenderia á cuatro mil quinientos hombres, y el que fué hecho prisionero en Vigo tenia mil trescientos.

Eran, pues, de temer á un mismo tiempo el ejército inglés, que no podia ménos de trastadarse bien pronto del Tajo al Duero, y los fanáticos insurgentes que á millares cruzaban, á retaguardia nuestra, del Duero al Miño. Lo que es socorros, no habia que esperarlos en manera alguna, porque el cuerpo del mariscal Ney estaba ocupado en Galicia, y en cuanto á los ejércitos que hubieran podido ir del centro, es decir, de Madrid, por Alcántara ó Badajoz, las instrucciones de Napoleon previan el caso en que, dueño el mariscal Soult de Lisboa, fuese llamado á ayudar al mariscal Victor en Sevilla; pero no la hipótesis, imposible por lo demás de realizar, de que dueño el mariscal de Sevilla, debiera ir á socorrer á Lisboa. Era por lo tanto sumamente peligroso permanecer en Oporto en medio de miles de insurgentes que corrían en todas direcciones, y en presencia de un ejército inglés dispuesto á tomar la ofensiva, no teniendo contra tantos enemigos ninguna esperanza de ser socorridos, y precisaba retroceder sin tardanza abiertamente hasta el Miño, ó subir por Braganza hacia Castilla la Vieja, á fin de ir á buscar apoyo en la masa principal de los ejércitos franceses que operaban en el centro de España, poner de este modo entre nosotros y los ingleses espacios difíciles de atravesar, y reser-

varnos para lo sucesivo la alternativa, ó de ser útiles en España, ó de volver á presentarnos en Portugal con fuerzas suficientes para mantenernos allí. Con los ingleses sobre todo, era menester obrar de manera que no volviéramos á sufrir una derrota, ni aun á sostener siquiera una acción dudosa (1). Empero para retroceder á tiempo se necesita tanta resolucion como para avanzar decididamente, y en la guerra lo mismo que en lo demás este es un privilegio concedido á los hombres dotados de temple de alma y de espíritu previsor.

Una vez en Oporto, no atreviéndose el mariscal Soult ni á marchar hacia Lisboa, que guardaban los ingleses con diez y ocho mil hombres, ni á faltar á los mandatos de Napoleon, que habia ordenado la conquista de Portugal, se contentó con permanecer donde se hallaba, abandonando á la suerte el arreglo de su conducta ulterior. Fatales ilusiones que circunstancias enteramente locales engendraron en su ánimo, contribuyeron tambien á engañarle, y haecrle perder un tiempo precioso. Ya hemos visto que envió al general Heudelet á Tuy para levantar el bloqueo de su depósito, dejó un destacamento en Braga para custodia de esta ciudad importante, y distribuyó hacia la izquierda puestos militares considerables ya en Amarante, para asegurar los caminos de Chaves y de Braganza, y obtener con esto dos resultados, sujetar al país y ocupar las comunicaciones. ®

(1) Este modo de juzgar no es mio, sino del mariscal Jourdan y de Napoleon, quien lo expresó en Schönbrunn en una correspondencia muy minuciosa.

En Amarante, que se hallaba situado sobre el Tamega, situó algunos miles de hombres á las órdenes del general Loison. Estas medidas, aunque insuficientes, eran muy acertadas, y produjeron en el país sujeto á un mismo tiempo por todas partes, un corto intervalo, no de sumision sino de inmovilidad.

Cuando los franceses se establecieron en Oporto, se manifestó en una parte de la poblacion una disposicion que ya se habia revelado mas de una vez, y que en un momento de calma se dió mas á conocer. La clase, no diremos ilustrada, pero si acomodada, amiga de la paz y del reposo, tenia horror al populacho violento que se habia desencadenado, y cuya existencia era insoportable á cuantos tuviesen algun sentimiento de humanidad y fuesen de tranquilas costumbres. Dicha clase no se formaba ilusiones acerca del celo que los ingleses preconizaban respecto á Portugal, pues veia harto bien que dominando su comercio durante la paz, y queriendo durante la guerra convertirla en campo de batalla suyo, no pensaban sino en utilizarse por cuenta propia, lo cual probaban por lo demas muy á las claras dando suelta á una multitud feroz que á ellos les prestaba servicios, y era motivo de espanto para todos los hombres de bien. Por lo mismo, sin querer bien á los franceses, que á sus ojos siempre eran estrangeros, se hallaba dispuesta, en la necesidad de optar entre ellos y los ingleses, á preferirlos como el menor de dos males, como término á la guerra, como esperanza de un régimen mas liberal que el que habia habido en Portugal durante siglos. En cuanto á la casa de Braganza, la clase de que hablamos tendia á considerarla,

desde que el regente huyó al Brasil, como un nombre vano del que se servian los ingleses para trastornar el país completamente.

La presencia del mariscal Soult y sus benévolas declaraciones, confirmaron mas y mas en sus pacificas inclinaciones á la gente sensata. Sobre todo en Oporto, ciudad rica, comercial, menos espuesta que la de Lisboa á la antigua influencia de corte, y que se ocupaba mucho de sus intereses, se manifestaron con mas evidencia las disposiciones que acabamos de describir, á pesar del obispo patriota y fanático que dominaba al pueblo bajo. La clase media correspondió con una especie de satisfacción á las conciliadoras palabras del mariscal Soult, y dió á entender estaba resuelta á permanecer tranquila, si cumplía sus promesas, si mantenía una buena disciplina entre sus soldados, si reprimia al populacho y proporcionaba la libertad de poder dedicarse cada cual á sus negocios. Entre esos hombres resignados que se sometian á los franceses por tener tranquilidad, mostrabanse singularmente solícitos los judíos, numerosísimos, activos y muy ricos en todas partes, pero sobre todo en los países poco civilizados, donde se les abandona el comercio por no saber hacerlo. Contábanse en Portugal mas de doscientos mil, que vivian bajo una dura opresion, y estaban muy satisfechos por que vislumbraban bajo el dominio de los franceses una igualdad civil que les parecia la forma de gobierno mas apetecible. Despues de entrar en relaciones con las autoridades francesas para proveer de viveres al ejército y recaudar las contribuciones, hicieron á poco proposiciones politicas sobre el modo de establecer en Portugal un gobierno regular.

Varios comerciantes del país se unieron á ellos, y dejaron conocer convendría mucho á la provincia de Oporto la idea de fundar un reino aparte, un reino de la Lusitania Septentrional, como lo arregló en un tratado Napoleón en octubre de 1807, cuando España y Francia se repartieron el Portugal. Esos comerciantes declararon que semejante resolución, anunciada públicamente, y acompañada de una administración justa y moderada, haría se considerase á los franceses, no como invasores que devoran corriendo los países por donde pasan, sino como amigos que tratan con miramiento una comarca en que quieren permanecer, estableciéndose de un modo duradero. A Napoleón le tocaba designar cuanto antes pudiera el príncipe francés que había de ceñirse aquella nueva corona: corona de Oporto entonces, de Oporto y Lisboa quizá más tarde. Empero como las circunstancias urgían, ¿no se podía caminar tan aprisa como ellas? Puesto que se vivía en un tiempo en que de generales se pasaba á reyes, ¿no era cosa muy sencilla convertir al lugarteniente de Napoleón en rey de la Lusitania Septentrional? Si este pensamiento fué sugerido por la camarilla militar del mariscal á los oficiosos que le servían de mediadores, ó bien lo fué por estas mismas personas oficiosas á los amigos del mariscal, cosa es que no podemos decir, siendo un punto acerca del que variaron mucho los asertos, cuando esta singular aventura con todos sus pormenores fué sometida despues al fallo de Napoleón. Sea lo que fuere, lo cierto es que la idea de nombrar al mariscal Soult rey de Portugal, no tardó en esparcirse en Oporto y las poblaciones de la provincia de Entre-Duero y Miño, teniéndola

por bastante ridicula los hombres sensatos, y acogiéndola con insultantes bromas el ejército, pero siendo acepta para los comerciantes que buscaban un protector, para los judíos que querían un representante de la igualdad civil, y para esos militares intrigantes que siempre adulan á los generales en jefe, y son sin embargo sus enemigos mas peligrosos.

Estos últimos fingían considerar aquella combinación como una idea muy profunda, pues según decían, serviría para atraerse á los portugueses, separándolos de los ingleses y de la casa de Braganza. Había una circunstancia que los animaba más que nada á acometer la empresa atrevida, ya que no de nombrar un rey, de preparar lo sin la expresa voluntad de Napoleón, cual era lo distante que se hallaba el emperador, trasportado en aquel momento á las márgenes del Danubio, á un extremo del continente, y engolfado en sucesos cuyo resultado no se sabía. Escitadas todas las ambiciones con su ejemplo, emancipadas también con la distancia, abriábase paso, y no faltaban hombres de ánimo cansado que se decían á sí propios era al fin preciso pensar en su suerte, y puesto que estaban condenados á prodigar su vida en un extremo del mundo para engrandecer á una familia insaciable, aprovechar la ocasión que se les presentaba de establecerse bien donde se hallaban entonces. Tal vez se parecería mal á Napoleón; pero todos los días se sabía por experiencia cuanto iba disminuyendo su poderío desde el Rin hasta los Pirineos, y desde los Pirineos hasta el Tajo; y por otra parte necesitaba de tal modo á los que enviaba tan lejos á conquistar reinos, que bien podían retener algo

de lo que iban á conquistar para él; esto sin contar la probabilidad bastante verosímil de guardar, si él moría ó quedaba vencido en el Danubio, lo que hubieran tomado en las orillas del Duero ó del Tajo.

No todos sin duda iban tan lejos por este camino, pero habia hombres de animo muy temerario, y estos últimos turbaron hasta tal punto el juicio al mariscal que consintió en esparcir una circular estraña, destinada á los generales que mandaban division, en la que contando lo que pasaba, la oferta dirigida al mariscal de tomar rey ó en la familia de Napoleon, ó entre los personajes que él eligiera, se añadía que la poblacion de Oporto, Braga y varias villas inmediatas habian rogado al mariscal Soult se revistiese de los atributos de la soberania, y ejerciera la autoridad real hasta que contestara Napoleon; que entre tanto juraba serle fiel y defenderle contra toda clase de enemigos, ingleses, insurgentes ó cualesquiera otros que se opusiesen al acto espontáneo que solicitaba de él. En la circular se invitaba á los generales á hacer que las poblaciones situadas bajo su mando formularasen el mismo voto (1).

(1) He aqui el testo mismo de la circular.

*El general Ricard, gefe de estado mayor del segundo cuerpo de ejército en España, al general de division, Quesnel.*

«Oporto, 19 de abril de 1809.

«Mi general:

«Señor:

«S. E. el mariscal duque de Dalmacia me encarga os

Aunque esta circular era en cierto modo confidencial, no podia permanecer oculta: dió, pues, que reir á unos, ofendió á otros y alarmó á los mejores. Burlaronse del mariscal, cuya reserva,

escriba para daros á conocer las disposiciones que abraza la gran mayoría de habitantes de la provincia del Miño.

«La ciudad de Braga, que fué una de las primeras que se lanzó á la insurreccion, ha sido tambien la primera en pronunciarse en favor de un cambio de sistema que asegure para lo sucesivo el reposo y tranquilidad de las familias y la independencía de Portugal. El corregidor que S. E. habia nombrado, se retiró á Oporto cuando salieron de allí las tropas francesas por temor de que los numerosos emisarios que enviaba Silveira no escitasen nuevos motines y atentaran á su vida; pero los habitantes manifestaron deseo de que se les devolviese ese digno magistrado, y con este fin enviaron una diputacion á S. E. prendiendo mientras tanto á los emisarios de Silveira.

«En Oporto y en Barcelos han manifestado los habitantes iguales sentimientos, y todos conocen la necesidad de tener un apoyo á cuyo sombra puedan acogerse los ciudadanos bien intencionados, para la defensa y salvacion de la patria, y para mirar por las propiedades. Con este motivo se han presentado á S. E. nuestras diputaciones suplicándole apruebe que el pueblo de la provincia del Miño manifieste de un modo auténtico el voto que forma por el destronamiento de la casa de Braganza, y que al mismo tiempo se ruega á S. M. el emperador y rey, designe un príncipe de su familia, ó el que elija, para que reine en Portugal; pero que mientras no haya podido el emperador dar á conocer sus intenciones, tome S. E. el duque de Dalmacia las riendas del gobierno, represente al soberano, y se revista de todos los atributos de la autoridad suprema, para lo cual el pueblo promete y jura serle fiel, sostenerle y defenderle á costa de su vida y sus bienes contra todo el que se

grande hasta allí, desaparecía al aspecto ilusorio de una corona, hasta el extremo de manifestar los deseos mas imprudentes. Enfurecióse parte del ejército, sobre todo los oficiales ya viejos que con-

oponga, y aun contra los insurgentes de las demas provincias, hasta la completa sumision del reino.

«El mariscal ha acogido estas proposiciones, ha autorizado á los corregidores de los Comargues á que reunan camaras, convocando á ellas los diputados de todas las órdenes, las corporaciones y la gente del campo, para formalizar el acta que debe estenderse, y que la firmen todos los ciudadanos. Me manda, pues, os participe estas disposiciones para que en el distrito de vuestro mando, favorezcáis su ejecucion, propagando en seguida su efecto por todos los puntos del reino á que podais hacer llegar la noticia.

«No se oculta al señor mariscal que un suceso de tanta importancia causará asombro á muchos, y debe producir muy diversa impresion; pero cree que no debe pararse en estas consideraciones, porque es sobrado pura su alma para pensar le atribuyan ningun proyecto ambicioso. En todo cuanto hace no ve sino la gloria de las armas de S. M., el triunfo de la expedicion que se le ha confiado, y el bienestar de una nacion interesante, digna siempre de aprecio á pesar de sus extravíos: Profesa mucho cariño al ejército, y arde en deseos de presentarlo al emperador glorioso y triunfante, habiendo llenado el compromiso que S. M. mismo ha contraido de plantar el águila imperial en los fuertes de Lisboa, despues de una expedicion tan difícil como peligrosa, en que todos los dias ha habido necesidad de vencer.

«Tampoco se oculta á S. E. qua desde Burgos ha tenido el ejército que sostener continuos combates; ha reflexionado sobre qué medios se adoptarían para evitar en lo sucesivo los males que acarrea semejante estado de guerra, y no ha encontrado ninguno mas á propósito que el que le ofrece la gran mayoría de habitantes de las po-

señaban en el fondo de su corazón los sentimientos de independencia innatos en el ejército del Rhia, que se batian por cumplir con su deber, pero que se sentian verdaderamente indignados al ver vertian su sangre en uno y otro extremo del mundo, para convertir en reyes á hombres ó débiles, ó ineptos, ó disolutos, y por lo general poco fieles á la Francia. Habia en el ejército de Portugal mas de un oficial que pensaba de este modo, sobresaliendo entre todos ellos el general Delaborde, el que habia dado con el modo de batir á los ingleses, y lo hizo de una manera tan brillante en el combate de Rolicca. Era orgulloso,

blaciones principales del Miño, con tanta mayor razon, cuanto que abriga la esperanza de ver propagarse á las demas provincias este ejemplo, preservándose asi este hermoso reino de nuevas calamidades. Las intenciones de S. M. se realizarán, pues, mas pronto y con mayor gloria, y nuestra presencia en Portugal, que al principio fué motivo de espanto para los habitantes, será vista con gusto, al mismo tiempo que contribuirá á neutralizar los esfuerzos que los enemigos del emperador hacen en esta parte del continente.

«Inmensa es la tarea que el señor mariscal se impone en esta circunstancia, pero tiene valor para abarcarla, y hasta cree la desempeñará con buen éxito, si vos tenéis á bien ayudarle á ponerla en ejecucion. Desea que propagéis las ideas que acabo de comunicaros, y que protejáis de un modo particular á las autoridades y cualesquiera ciudadanos que acepten el nuevo sistema, poniendo á unos y á otros en la precision de pronunciarse y obrar para lo sucesivo consiguiente á ello. Cuidareis ahora mas que nunca de la conducta de vuestra tropa, impedireis que cometa ningun daño ó insulto que pueda irritar á los habitantes, y tendreis la bondad, señor ge-

entendido y valiente, y usó un lenguaje que cada cual repitió bien pronto á su alrededor. En fin, militares de carácter mas reservado, y que únicamente se ocupaban de mantener la disciplina, se afligieron al ver el efecto moral que iba á causar el ejemplo del general en jefe entre soldados y oficiales sobrado inclinados ya á emanciparse de todo yugo y siempre dispuestos á desquitarse por medio del desenfreno de lo que sufrían en lejanos países. Era darles la señal del desorden, y sobre todo dividir al ejército que, en la situación peligrosa en que se hallaba, necesitaba mas que nunca tener unión, fuerza y buena conducta. Esos juiciosos militares se ocupaban tambien de como juzgaría el emperador á cuantos se prestasen poco ó mucho á actos tan extraños, que encerraban una censura involuntaria pero terminante de la política imperial.

El general Quesnel, comandante de Oporto, dirigió algunas observaciones al mariscal Soult (1),

general de instruir á menudo á S. E. del espíritu de los habitantes y el resultado que hayais conseguido.

«Tengo el honor de rogaros admitais el homenaje de mi respeto y mi sincero afecto.

«El general jefe de estado mayor general,

RICARD.»

«Es copia que concuerda con su original, el cual queda en poder del general de division Quesnel.

«Paris, 11 de julio de 1809.

«El ministro de la Guerra,

CONDE DE HUNEBURGO.»

(1) Estos pormenores los refiere el ministro de la

quien las acogió mal, y le respondió con altanería que el conseguir la aprobacion del emperador era cosa suya, y no debían ocuparse de ello los oficiales que servían á sus órdenes.—La suerte que ha cabido á los lugartenientes del general Dupont prueba, le replicó el general Quesnel, que cuando es necesario sabe el emperador hacer responsables de las faltas del general en jefe no solo á éste sino á los que participan de ellas.

El ejército no tardó en dividirse en tres partidos: uno se componía de oficiales que sin mas motivo que el respeto con que miraban el cumplimiento de su deber y el ser fieles al emperador, no querían prestarse á una toma de posesion del poder real que él no habia aprobado; otro de oficiales, republicanos un tiempo, y que volvían á sus primitivas opiniones por los excesos de la política imperial; y otro, en fin, de algunos descontentos mas atrevidos, que no se cuidaban en manera alguna de si se desobedecía ó no al emperador, y que tampoco echaban mucho de menos la república, sino eran simplemente, sin conocerlo quizás, verdaderos realistas, considerando la república, el consulado y hasta el imperio, todo lo que habia sucedido en Francia en el espacio de veinte años, como una consecuencia de espantosas convulsiones, que debían ir á parar á un mal fin. En boca de algunos oficiales oíase lo mismo que decían los realistas rancios, y se citaba uno especialmente que hablaba en este sentido algunas veces, cual era el coronel del 47º de línea, muy Guerra al emperador en una de sus cartas confidenciales.

conocido despues con el nombre del general Donadieu. Lo mas singular es que este partido poco numeroso, pero que empezaba à hacerse escuchar sordamente en el ejército, sobre todo en España, donde eran insufribles los padecimientos, y se conocia mas à las claras el fin por el que se arrostraban esos padecimientos, se componia no de antiguos realistas (casi ninguno de aquellos militares habia tenido tiempo de serlo), sino de antiguos republicanos del ejército del Rhin, disgustados de trabajar no por el engrandecimiento del pais, sino de una familia. La gloria habia ocultado momentaneamente el vacío o el egoismo de aquella política; pero con los primeros descalabros nacia la reflexion, y tras esta el disgusto.

Apenas estallaron estas disensiones, el lenguaje del ejército, tan imprudente como los actos que le provocaban, llegó à ser lo mas osado que podia darse, hablandose nada menos que de prender al general en jefe si proseguia los intentos que revelaba su circular, deponerle, y nombrar en su lugar al teniente general mas antiguo. Ya se comprenderá cuán peligroso no seria en medio de un pais enemigo, y teniendo al frente un ejército inglés mandado por un capitán inteligente, semejante relajacion de la disciplina. Bien pronto todo se resintió de semejante estado de cosas, y se hacia el servicio con una flojedad, un descuido, que produjeron consecuencias deplorables. Obligados aquellos soldados à entrar à viva fuerza en todos los parages habitados, y autorizados à ejercer en ellos el derecho que tiene la tropa sobre qualquiera poblacion tomada por asalto, se habian aficionado al pillage, y desgraciadamente muchos de

ellos estaban cargados de oro desde el saqueo de Oporto. Urgia hacerles variar de costumbre, pero no podia conseguirse en el estado de indisciplinacion en que se hallaba todo el ejército. Si se queria hacerles entrar en orden, quejábanse de que se les sacrificaba en beneficio de una poblacion cuyos votos querian atraerse, y como los oficiales les habian dado ejemplo de estos dichos, no tenian bastante fuerza para reprimirlos. En poco tiempo, pues, hizo el desorden rápidos y funestos progresos, como no tardó en demostrar un incidente extraño que algunos meses despues llevó à un oficial à una muerte inflamatoria.

En semejante situacion, no era facil pedir y obtener asiduidad en el cumplimiento de sus deberes, de suerte que los oficiales abandonaban muchas veces su puesto, sin que se tratase de inquirir que les habia sucedido. Un oficial de caballeria, capitán del regimiento número 18 de dragones, muy entendido, muy valiente, y sobre todo muy revoltoso, se habia grangeado el favor de sus gefes por motivos buenos y malos, por su valor y por condescendencia, y pertenecia al número de los que decian abiertamente que el consulado, tan glorioso al principio, y convertido despues en imperio, no era sino el sacrificio de todos los intereses de la Francia à una ambicion desmesurada. Natural del Mediodia, pais realista, germinaron en él prematuramente los sentimientos que estallaron en 1815, cuando cansada Francia de treinta años de revoluciones, se arrojó en brazos de los Borbones. Dicho oficial habia frecuentado el trato de los coroneles y generales que se quejaban mas sin rebozo del comandante en jefe, y

exagerando sus pensamientos en vista de sus palabras, creyó ver en su descontento una conspiración de que podía servirse para causar (quien lo creyera) la caída en 1809 de Napoleón y de su imperio. Como todos esos seres inquietos que se arrojan á conspirar, tenía necesidades tanto como opiniones, y por afición al dinero tanto como por desenfrenada actividad, concibió la idea de ir á tratar con sir Arturo Wellesley, que se hallaba en aquel momento en Coimbra.

Ese célebre general, vencedor de Vimeiro, y elevado, como se ha visto, al mando del ejército británico desde la muerte del general Moore, había sido enviado de Inglaterra con un refuerzo de doce mil hombres, refuerzo que hizo subir á cerca de treinta mil las fuerzas inglesas en aquella comarca. El general Cradock, su antecesor interino, no se había atrevido á oponerse al movimiento del mariscal Soult sobre Oporto, preocupado como se hallaba con la aparición del mariscal Victor hacia Mérida, y del general Lapisse hacia Alcántara; y se había quedado en las inmediaciones de Leiria sobre el camino de Lisboa. No era hombre sir Arturo Wellesley para permanecer en inacción, y estaba resuelto, sin salirse de los límites de sus instrucciones, que le prescribían no hacer otra cosa que defender á Portugal, á turbar todo lo que pudiera la dominación de los franceses en la Península. Desde luego trató de lograr que el mariscal Soult evacuase á Oporto, y una vez libre de enemigos el Norte de Portugal, dirigirse en seguida al Sur para ver de frustrar los proyectos del rey José sobre el Mediodía de España. Había establecido, pues, su cuartel general en Coimbra,

donde se hallaba á la cabeza de veinte y tantos mil hombres, y dirigido sobre Abrantes una división inglesa con otra portuguesa, para observar lo que hiciesen los franceses por aquella parte.

El capitán Argenton, que así se llamaba el oficial cuyas criminales intrigas contamos, gracias á la increíble relajación que se había introducido en el ejército, pudo sustraerse á su deber, trasladarse disfrazado de Oporto á Coimbra, y presentarse clandestinamente á sir Arturo Wellesley. Las deferencias de la autoridad francesa para con los vecinos de Oporto que tenían asuntos en Lisboa, á los cuales se les permitía ir y venir, á pesar del estado de guerra, contribuían no poco á facilitar las comunicaciones de este género. Argenton vió al general inglés (1), le habló de las disensiones del ejército francés, y de los partidos que en él se habían formado, exageró, según costumbre de la gente de su estofa, la realidad sobrado triste de por sí, y convirtió á simples descontentos en conspiradores, á hombres que murmuraban en hombres que querían obrar, y á los que se dejaban llevar de impulsos diferentes porque eran sinceros, en hombres que apetecían una misma cosa, es decir, derribar un régimen ruinoso para la Francia é insurreccionarse contra la autoridad del emperador. Igual en un todo á los cizañeros que toman á su cargo semejantes papeles, Argenton se atribuyó una comisión que no

(1) Puede leerse sobre esto la correspondencia del duque de Wellington, impresa en Londres, la cual confirma las noticias manuscritas que existen en los archivos del Louvre.

habia recibido, y manifestó, nombrando calumniosamente á una multitud de generales y coroneles, estaba encargado por ellos de presentarse al general en jefe del ejército británico, y tratar con él. Esto era una mentira, muy comun por desgracia en semejantes circunstancias, y á que sedá crédito sobradas veces aunque á menudo se descubra. El plan que ese intrigante proponia era el siguiente:

Si la poblacion se prestaba á ello, dijo, el mariscal Soult no dejaria de proclamarse rey, ó á lo menos, como se anunciaba en la circular, á tomar interinamente todos los atributos de la soberanía real. Bastaba un paso semejante para que estallara en el ejército un motin, y entonces se depondria al mariscal. Despues de este primer escándalo, los generales irian mas lejos, proclamando la caída de Napoleon, y en seguida, si el ejército inglés queria entrar en tratos con ellos y no perseguirlos, se retirarian á marchas cortas hasta los Pirineos. En un abrir y cerrar de ojos imitarián este ejemplo los trescientos mil que servian en España, y se veria al aguerrido ejército de la república y del imperio, acordándose de lo que fué, é indignado de que se le sacrificara á los proyectos de un ambicioso, abandonar la Peninsula, retirarse á los Pirineos, y desde allí proclamar la libertad de la Francia y de Europa, siempre no obstante que los ingleses aceptasen lo que se les proponia, esto es, seguir sin combatirlos á los que por medo de ese movimiento espantoso iban á restablecer la paz del mundo.

Esto era exagerar locamente. Lo que habia de cierto es que el ejército, que sabe juzgar tan bien

como la nacion lo que pasa á su vista, siendo fiel y todo á sus deberes, habia apreciado la política de Napoleon, y la censuraba en secreto aunque sirviéndola con heroismo; que pensaba así en España mas que en ninguna otra parte, y que bastaban unos cuantos dias de indisciplina para que se notara en los siete ú ocho cuerpos encargados de conquistar la Peninsula el caos de sentimientos que acababa de declararse en Oporto. Empero de este estado de cosas al proyecto de que se hablaba, habia tanta distancia como la que hay por lo regular de la realidad á las invenciones de los conspiradores.

El general inglés usó en esto de su principal cualidad, el discernimiento, y apreció en su verdadero valor las aserciones del capitán Argenton. Vió claramente que aun en su mismo ejército se juzgaba la política conquistadora de Napoleon; que ese ejército estaba dividido; que los lazos de la disciplina se habian relajado en él mucho, y que por grande que fuese el valor en sus filas, debia cumplir mal con sus deberes. Sin creer, pues, en una rebelion que empezando por deponer al mariscal Soult podria acabar en la caída de Napoleon, formó esperanzas de una cosa mas verosimil, y desgraciadamente mas hacadera: sorprender á los franceses en la ciudad de Oporto, y causarles un descalabro vergonzoso.

Si bien no dió á las proposiciones de Argenton mas fé de la que merecian, no le rechazó: al contrario, le comprometió á que volviese, proporcionándole los medios, y se negó á entrar en tratos con el ejército francés, y sobre todo, á inducir á los habitantes de Oporto á que proclamaran al ma-

riscal Soult rey de Portugal, lo cual, segun Argenton; hubiera precipitado la crisis. Acerca de todos estos puntos declaró que iba a consultar á su gobierno; pero viendo las ventajas que le ofrecia para una sorpresa el estado en que se hallaba el ejército francés, tomó la resolución de marchar sobre Oporto, para lo cual empezó por llenar la ciudad de espías, quienes á título de vecinos de Oporto ó de Lisboa, y bajo el pretexto de negocios, obtenian, por complacencia de la autoridad francesa, la libertad de ir y venir.

Argenton volvió al campamento sin que se hubiera hecho caso de su ausencia, la cual se atribuyó á motivos de libertinage; volvió á empezar varias veces sus criminales escursiones; vió de nuevo al general inglés, y procuró convertirle á la idea de favorecer el proyecto hacerse rey el mariscal Soult para precipitar un movimiento en el ejército, y tratar en seguida con los autores de este movimiento; pero con su insistencia logró únicamente ilustrarle mas y mas sobre el estado moral de las tropas francesas, y confirmarle en su plan de sorprender á Oporto.

Al regresar de su última escursion, atravesó Argenton la brigada del general Lefebvre que daba los puestos avanzados franceses en la orilla izquierda del Duero, y viendo estaba espuesta dicha brigada á ser atacada por el ejército inglés, el cual habia dejado en marcha, sintió un doble deseo en libertar al general Lefebvre á quien queria por haber servido á sus órdenes, y el de aliarlo en la soñada conspiracion de que él habia sido el forjador. Dijo, pues, al general que por su situacion iba á correr los mayores peligros; y como Lefebvre

quisiera saber qué peligros eran estos, Argenton acabó por revelárselos, declarándole que el ejército inglés se acercaba, confesándole para que le diera crédito, que venia de él, añadiendo, lo cual era falso, que habia ido comisionado por la mayor parte de los generales indignados de que se les sacrificara á la ambicion de la familia Bonaparte, y suplicándole se uniera á sus camaradas para contribuir á salvar el ejército y á la Francia (1).

Profundamente alarmado el general Lefebvre con estas revelaciones hechas en confianza, aunque le costaba tener que entregar á Argenton, descubrió al mariscal Soult lo que acababa de saber, rogándole no perdiera á un desgraciado que, por muy criminal que fuese, tenia sin embargo, derecho á su gratitud, puesto que habia querido avisarle y salvarle. Inmediatamente mandó el mariscal Soult prender á Argenton, y así fué como supo todo lo que pasaba en el ejército. Hubiera podido conocer habia descontento en su seno; pero negándose á atribuirlo á la verdadera causa, tuvo la debilidad de creer en una conspiracion, con la cual sin embargo, no armó mucho alboroto, conociendo que la situacion era difícil para todo el mundo, pues, no habia quien no tuviera que acusarse de algo. La voz de aquella prision se esparció como se habia esparcido la de un proyecto de reinado, y entonces se acriminaron á cual mas podia, unos de que conspiraban contra la seguridad del ejército, y otros de que meditaban una usurpacion, con todo lo cual se aumentó el desorden y creció la confusion.

(1) Estos pormenores están tomados de la declaracion del general Lefebvre.

Habia mas de un mes que el mariscal Soult estaba en Oporto, ocupándose en ponerse en relaciones con los habitantes, pero no tomando ningun partido respecto á las operaciones militares, ni el de avanzar, ni el de retirarse. Avanzar era como imposible, pues para ello habria que vencer, además de la poblacion, al ejército inglés, y aunque en rigor fuese esto posible con veinte mil franceses aguerridos, y un general habil, era sumamente imprudente intentarlo. Quedarse era tambien cosa impracticable, pues se trataba como siempre de tener que batir al ejército inglés y que contener á una poblacion insurreccionada que nos acosaba por la derecha, por la izquierda y por retaguardia. Retirarse por los caminos que iban á parar á Castilla la Vieja, es decir, por Amarante, Chaves y Braganza, ó por los que conducian á Galicia, esto es, por Braga y Tuy, regresando al punto de donde se habia salido, era, aunque poco brillante, la única conducta que habia que seguir. No hacerlo, era preferir un desastre á un disgusto.

Por desgracia no pensaba en ello en manera alguna el mariscal Soult. Ocupado en pacificar el nuevo reino de la Lusitania Septentrional, habia abolido ciertas contribuciones, creado arbitrios perpétuos para alumbrar ciertas imágenes, y recogido el voto de las poblaciones inducidas á pedir la creacion de un trono francés. Diputaciones de Braga, Oporto, Barcelos, Viana, Villa de Condé, Feira y Ovar, fueron con mucha pompa, unas tras otras, á rogarle diera un rey á Portugal, y como todas esas ceremonias se parecian á un besamanos español, el ejército que las presenciaba, se burlaba de ellas á mas y mejor, usaba un language capaz

de echar por tierra toda autoridad militar, y cada vez se mostraba mas dispuesto á descuidar el cumplimiento de su deber. En medio de esas vanas ocupaciones supo el mariscal Soult que sir Arturo Wellesley habia desembarcado el 22 de abril con un refuerzo de doce mil hombres, y que cerca de treinta mil soldados ingleses, seguidos de todos los insurgentes portugueses, iban á marchar sobre Oporto. Entonces conoció al fin que el único partido que habia que tomar era abandonar la capital del nuevo reino proyectado; pero una vez admitida esta triste necesidad, que hubiera sido muy útil reconocer mucho antes, era preciso decidirse y obrar lo mas pronto posible para no dejar nada atras, ni material, ni heridos y enfermos sobre todo, que no podian quedar á discrecion de un pueblo feroz. Era menester elegir una linea de retirada ó por Amarante hácia Zamora, ó por Braga hácia Tuy. Retirarse por Amarante presentaba la apariencia una maniobra, que salvaba el amor propio del general en jefe, pues, parecia que nos dirigiamos sobre la izquierda de los ingleses, sin dejar no obstante á Portugal; mientras que retirarse por Braga era simplemente volverse como se habia ido y por el mismo camino. Empero la retirada por Amarante era difícil y exigia mucho tiempo, pues debia verificarse por un camino en que no poseiamos ningun punto, y formados en una larga columna que los heridos y enfermos alargarian todavia mas, siendo preciso proteger la cabeza y el centro contra los insurgentes, y la cola contra los ingleses. Retirándose por Braga sobre Tuy, el camino era corto, enteramente nuestro en todos los puntos, y concentrandonos en la retaguardia con las mejores

tropas para hacer frente á los ingleses, y protegíamos con nuestra misma masa todo lo que se enviara delante. Era, pues, la única retirada segura, fácil y admisible, aunque fuese la menos á propósito para formarse ilusiones sobre lo que iba á pasar, es decir, que abandonábamos á Portugal á la fuerza.

Sea lo que fuese, y ya se prefiriera esta á la otra línea, era preciso resolverse sobre la marcha, y enviar á Amarante, si se adoptaba esta última dirección, fuerzas considerables para impedir que los ingleses atravesasen el Duero hácia nuestra izquierda, ó interceptaran el camino que se hubiese escogido; pero sobre todo era preciso enviar los enfermos, los heridos y el material grueso. El mariscal Soult, que desde el 8 de mayo sabia los movimientos de sir Arturo Wellesley, se limitó á reconcentrar sus diversos puestos avanzados de Braga, Viana y Guimarães sobre Amarante, y á mandar al general Loison se abriese paso al otro lado del Tamega, para estar seguro de poder atravesar este riachuelo. Pero ni aun en Oporto hizo preparativo ninguno de marcha, lo cual era en extremo lamentable, pues sin que por ello pudiera preverse un desastre, era evidente que la retirada habria de ser tanto mas difícil, cuanto mas tarde se empezase. Al principio se propuso partir el 10 de mayo, á los cuarenta dias de haberse establecido en Oporto; luego adoptó el 11, y en seguida en fin, quiso esperar todavía hasta el 12, para arreglar sus últimos preparativos. Empero el 12 estaba destinado por la Providencia para uno de los sucesos mas extraños de aquella funesta guerra.

Sir Arturo Wellesley, despues de enviar, como se ha dicho, una brigada inglesa y otra portuguesa

sobre Abrantes, á fin de observar los movimientos de los franceses hácia el Tajo, resolvió marchar él sobre el Duero, y presentarse nada menos que en Oporto, informado perfectamente como se hallaba de cuanto pasaba allí, y del increíble desórden que en todo se habia introducido. El general Beresford, encargado especialmente del mando de los portugueses, se dirigió de orden suya desde Coimbra hácia Lamego por Viseo. La intención del general inglés era interceptar á la vez el camino de Braganza, y separar la atención de la ciudad de Oporto, donde debia hacerse la tentativa mas importante. Al mismo tiempo dirigió sus dos principales columnas, una á la izquierda por el camino del litoral, de Aveiro á Ovar, y á otra á la derecha por el que de lo interior va á parar de Agueda á Bemposta. La de la izquierda, así que llegara á Aveiro, tenia que atravesar unas largas lagunas paralelas á la costa de Portugal, y por las cuales se podia navegar. Sir Arturo Wellesley embarcó allí un fuerte destacamento que yendo á bajar á Ovar, debia salir á espalda de la vanguardia francesa, formada de infantería y caballería y mandada por el general Franceschi. Sir Arturo Wellesley ordenó á la columna de la derecha que atacase de frente á Franceschi, así que las tropas desembarcadas en Ovar estuviesen en posicion de arrojarle sobre su retaguardia.

El 10 de mayo fué cuando se verificó este movimiento; pero el valiente general Franceschi, sorprendido y acometido en todas direcciones, se portó con la mayor sangre fria, cargó bajo el fuego de metralla ya á la infantería, ya á la caballería inglesa, destruyó tanta gente como perdió, y salió de aquel mal paso con no poca fortuna. Aque-

lla sorpresa era una triste consecuencia de un estado de cosas en que dejábamos que todo lo nuestro lo supieran los ingleses, sin conseguir saber nada de ellos. El día 11, replegados nuestros destacamentos sobre Oporto, en los arrabales de la orilla izquierda del Duero, volvieron a pasar el río, trayéndose todas las lanchas á la orilla derecha.

Parecía que advertido el mariscal Soult el 10 y el 11 por la presencia del ejército inglés, debía haber tenido todos sus enfermos y heridos no en los hospitales de Oporto, sino en el camino de Amarante, y haberse apoderado de un modo positivo de esta última población; pero el día 11 no había marchado ninguno de los heridos, y se contaba con la posesion de Amarante sin estar seguros de ello. El mariscal aguardó todavía el 12 para dejar definitivamente la ciudad de Oporto, de la cual tanto le costaba desprenderse. La única precaucion que tomó, fué mojar la pólvora que no podía llevar, y dividir la artillería gruesa imposible de arrastrar, y la de campaña que había medios de conducir, proporcionándose con esto un parque ambulante de 22 piezas. El 12 debía verificarse la marcha, para lo cual estaba escalonado el grueso del ejército sobre el camino de Amarante por Baltar, y la division Mermet repartida en lo interior de Oporto, á fin de proteger el movimiento de retirada.

Pero en la misma noche del 11 concibió sir Arturo Wellesley un proyecto que hubiera sido extravagante por lo atrevido, á no estar el general inglés tan bien informado como lo estaba del verdadero estado de cosas: este proyecto era

pasar el Duero delante del ejército francés, y tomar á Oporto á su vista. En la noche del 11 envió dos batallones á Avintas, dos ó tres leguas mas arriba de Oporto, con encargo de que atravesaran el Duero sin que lo supieran los franceses, recogieran allí todas las lanchas que encontrasen, y las hicieran bajar antes que fuese de día hasta Oporto. En seguida se situó con el grueso de sus tropas en los arrabales de la orilla izquierda, completamente oculto con las casas, y aguardando el momento de ejecutar su plan, cuyo secreto había comunicado únicamente á los dos tenientes generales encargados de dirigir las columnas de ataque.

Efectivamente, el 12, muy de madrugada, los dos batallones enviados á las órdenes de John Murray á Avintas recogieron un número suficiente de lanchas, y habiéndolas enviado hacia Oporto, sirvióse de ellas el enemigo para desembarcar antes que amaneciese algunos batallones mandados por el teniente general Paget, el cual fué á saltar en tierra de improviso y sigilosamente al extremo superior de Oporto, ocultando sus tropas en un edificio llamado del Obispado, que dominaba la orilla derecha. Bien ocupado ese punto de desembarque, trasladaron á él los enemigos, de destacamento en destacamento, el resto de la brigada Hill, y ya era de día claro sin que el estado mayor francés supiese nada de lo que pasaba: ni aun quería creer los avisos que le dieron varios testigos oculares. El general en jefe, en vez de ir á asegurarse de ello por sus propios ojos, se fió desde luego del informe negativo de sus lugartenientes, á los cuales acusó mas tarde de que lo habían

engañado, y que sin duda obraron mal, pero no tanto como él, pues en esos casos la responsabilidad se aumenta según es la graduación. Esta incredulidad permitió á los ingleses llevar unos cuantos miles de soldados á la orilla derecha del Duero, con lo cual tuvieron tiempo de establecerse en la ciudad de Oporto, y á poco ni aun se tomaron el trabajo de ocultarse. Empero habiéndose al fin trasladado el general Foy personalmente á aquellos parages, y convencido del peligro, corrió á los cuarteles, hizo que las tropas tomaran las armas y dirigió el 17.º de lijeros hacia el edificio que los ingleses habian ocupado. Desgraciadamente una vez tomadas posiciones, no era facil desalojarlos. El general Mermet, que formaba la retaguardia con su division, dirigió sus tropas hácia el punto de que los ingleses se habian hecho dueños, resuelto á atacarlos con vigor y á precipitarlos en el rio; pero al dirigirse hacia la parte alta de Oporto, dejó descubierto el centro, y aprovechandose el teniente general Sherbrooke del abandono en que quedaba esta parte de la ciudad, desembarcó allí rápidamente su brigada, de manera que en un instante se llenó Oporto de ingleses. El valiente general Delaborde, á la cabeza del 4.º de lijeros de infanteria y del 15.º de linea, les cargó con furia, y los rechazó hasta el borde del rio, pero no pudo arrancarles los edificios que les servian de apoyo, y salió herido, así como el general Foy, sin lograr vengar el honor del ejército de aquella sorpresa nunca vista.

En el punto á que habian llegado las cosas, y estando como estábamos resignados á dejar á Oporto, era casi inútil disputar á costa de una inmen-

sa efusion de sangre una ciudad que hubiera sido preciso volver á conquistar calle por calle, contra tropas á las que no se arrojaba como á los portugueses de las posiciones de que se habian apoderado. Es verdad que quedaban en Oporto unos mil heridos y enfermos, depósito sagrado que importaba salvar; pero habria sido menester poseer la ciudad por espacio de algunos dias para tener tiempo de sacarlos, y era imposible esperarlo. Este es el motivo que decidió la retirada de los franceses, despues de haber luchado enérgicamente el general Delaborde, y con pérdida de algunos centenares de hombres, que el mariscal Soult y sir Arturo Wellesley hicieron subir mas tarde á un número exagerado. Lo mas sensible era tener que dejar á nuestros heridos y enfermos en poder del enemigo, y sobre todo, dejarnos allí la honra del ejército, pues no habia ejemplo en los anales de la guerra de una sorpresa como aquella. Afortunadamente nos reemplazaba en Oporto el general de una nacion civilizada, y nuestros enfermos, que hubieran corrido riesgo de ser degollados si hubieran quedado en poder de los insurgentes, no corrían otro peligro sino que no se les cuidara (1).

Retiraronse, pues, los nuestros á Baltar en la tarde del 12, muy irritados unos contra otros, los generales acusando al comandante en gefe, de que por incuria habia hecho viniesen ja para las co-

(1) El duque de Wellington se portó dignamente en aquella circunstancia, pidiendo al ejército francés sus mismos facultativos para que asistieran á sus enfermos, y concediendo á esos mismos facultativos un salvoconducto para que pudieran ir y venir.

sas á hacer posible la sorpresa de Oporto, y el comandante en gefe acusando á sus lugartenientes de que no le habian dado parte de haber pasado el enemigo el Duero. Llevaba consigo al criminal autor de las comunicaciones con el ejército inglés, á Argenton, á quien habia mandado prender para someterlo á los tribunales, y quiso se encargara de su custodia el general Delaborde; pero habian llegado las cosas á tal punto, que Delaborde se negó á ello, diciendo que todos deseaban contribuir á que se escapara aquel intrigante para cubrir con un velo lo que habia pasado, y que deseando él se aclarase el asunto, no queria ser responsable de semejante evasión. Efectivamente, Argenton, que era hombre diestro, logró escaparse y se refugió entre los ingleses, sin que se pudiera acusar á nadie con razon de connivencia, aunque en el ejército se acusaba á todo el mundo (1).

Cuando el general Soult llegó aquella noche á Baltar, supo un nuevo contratiempo, más funesto todavía que el que habia sucedido por la mañana en Oporto. No teniendo el general Loison fuerzas suficientes para abrirse el paso del Tamega, y temiendo le cortaran la comunicacion con Oporto por el gran número de enemigos que tenia al frente, habia evacuado á Amarante, con lo cual entregaba á los ingleses el camino de Braganza. Esta última contrariedad se convertia en desastre, pues para llegar al camino de Tuy por Braga, que hubiera valido mas cien veces adoptar desde un principio, era preciso regresar hasta muy cerca de Oporto, y de-

(1) Pocos meses despues se le cogió, y habiendo sido juzgado, fué fusilado.

bia naturalmente suponerse se encontraría allí el ejército inglés dispuesto á impedir el paso. Ahora bien, ¿cómo rompíamos por medio del enemigo para llegar al camino recto de Braga? Habia muchas razones para desesperar de ello en el estado en que se encontraba el ejército, y no se sabia qué partido tomar. Sin embargo, á haber tenido el mariscal Soult un poco de sangre fría, hubiera podido formar un calculo que se ocurría con bastante naturalidad. A pesar de la sorpresa de por la mañana, no era fácil creer que el general inglés hubiera ya trasladado todo su ejército de una orilla á otra del Duero, pues esa clase de operaciones se ejecutan lentamente cuando no se han preparado medios con mucha antelacion. Aunque lo hubiera hecho, no era probable hubiese reconcentrado ya todas sus tropas á retaguardia de los franceses, de modo que pudiera impedir á estos el paso del camino de Amarante á Braga. A lo mas podia hallarse una vanguardia en el punto intermedio de los dos caminos, y en este caso habia probabilidades de atravesarla. Bien es verdad que en esa especie de situaciones no se inclina uno á suponer las probabilidades mejores sino las peores, y despues de haber confiado demasiado en la suerte, se confia demasiado poco. En esta coyuntura especialmente, hubiera salido bien el mariscal Soult á ser mas confiado, pues sir Arturo Wellesley no mandó acupar á Valongo, primer punto situado mas allá de Oporto, hasta el 13 por la mañana con una simple vanguardia, y no se presentó allí personalmente á la cabeza de su ejército hasta el 14; pero no pudiendo el mariscal Soult adivinar esta circunstancia, ni sabiendo preverla, tomó un partido desesperado.

Tenia delante una cordillera escarpada, mas allá de la que se estendia el camino de Braga, y mejor todavía que este camino, el de Braga á Chaves, al cual podia ir á parar directamente sin bajar hasta Braga, lo cual le permitiria llegar á Chaves antes que las tropas del general Beresford. Como no habia mandado preparar de antemano en Tuy medios de pasage, tenia precision, lo mismo que la primera vez, de subir hasta Chaves para atravesar el Miño en los montes hacia Orense.

Empero para pasar aquella cordillera, llamada sierra de Santa Catalina, era menester seguir sendas de cabras por donde los ginetes no podian caminar sino apeándose, y los artilleros abandonando sus cañones. Era preciso, pues, resolverse á sacrificar toda la artilleria, y nada mas humillante que este sacrificio, despues del de tener que deponer las armas, por lo mismo que no hay ninguno tan funesto para un ejército. Una vez tomada esta resolucion, el mariscal Soult tuvo el mérito de ejecutarla sin pérdida de tiempo, mandando reunir al instante la artilleria y los arcones para volarlos. Antes se tuvo cuidado de dar á los soldados todos los cartuchos que podian conducir á la espalda; y hasta se quiso entregar una porcion del tesoro á su avidez, pero fué inútil, porque la mayor parte de ellos tenian ya llenas las mochilas. Casi toda la caja desapareció en la esplosion que destruyó la artilleria.

Consumado este cruel sacrificio, se dirigió el ejército sobre los flancos escarpados de la sierra de Santa Catalina, hácia la cual se habia encaminado ya un trozo de columna, y todo el dia 13 lo empleó en atravesarla. Los soldados tuvieron que

sufrir mucho en aquel camino, porque iban muy cargados y tenian que trepar por sendas muy dificultosas. Al fin se llegó por la tarde á Guimaraens, donde se encontró al cuerpo del general Loison que se habia replegado á aquella villa dejando á Amarante, y ademas los diversos destacamentos que á las órdenes del general Lorge habian evacuado el litoral. De este modo se hallaba reunido todo el ejército, y gracias al sacrificio que habia hecho de la artilleria, podia pasar por cualquier parte.

Ventaja era esta comprada muy cara para no aprovecharla, sobre todo á fin de preservarse de la persecucion del general Beresford, quien, despues que hubiese ocupado á Amarante, podia dirigirse via recta sobre el camino de Chaves, y volver á interceptar nuestra linea de comunicacion. Soult marchó sin detencion hácia Salamonde y Ruivaens, hasta renunció, para mayor seguridad, á pasar por Chaves, donde estaba seguro de que encontraria á los portugueses que se habian apoderado de la guarnicion de aquella villa, y se dirigió sobre Monte Alegre, de donde partia un camino mas corto que conducia á Orense.

Pero pronto se supo que para dar tiempo á que el general Beresford alcanzara á los franceses, cortaban los insurrectos los puentes y obstruian los desfiladeros; pero especialmente que unos paisanos habian cortado el Puente Nuevo y estaban emboscados en las inmediaciones para impedir el paso. Era preciso á toda costa salvar este obstáculo, ó dentro de veinte y cuatro horas iba á cogernos por el flanco el general Beresford, y de cuarenta y ocho por la cola sir Arturo Wellesley. El mayor Dulong,

del 31.º de infantería ligera, se encargó de superar la dificultad, y para ello tomó cien hombres escogidos, dirigiéndose á oscuras al puente, que encontró cortado y custodiado por los paisanos. Afortunadamente habian dejado estos para su uso dos viguetas, y además, á fin de resguardarse del temporal, que era espantoso, se habian agazapado en una choza donde solo pensaban en calentarse. El mayor Dulong, aprovechándose del descuido de los portugueses, atravesó sobre las viguetas con los valientes que le seguian, se arrojó en seguida sobre la choza en que se habian resguardado los paisanos, los pasó á cuchillo, y libre de ellos, se apresuró á componer el puente con la madera que encontró á mano. Al rayar el día 16, halló el ejército reparado el puente, y pudo desfilar, salvado de las faltas de sus gefes por el valor de un oficial y el beneficio de la casualidad.

Bien pronto tropezó con un nuevo obstáculo en el puente de Misarella, cerca de Villa-da-Ponte. En el fondo de una garganta estrecha, donde apenas podian marchar de frente dos hombres, y desde cuyas alturas hacian disparos sobre nuestros soldados gran número de paisanos, se presentaba un puente cubierto de escombros, que los portugueses habian empezado á destruir. Al mismo tiempo se oía en la cola el fuego que principiaba entre nuestra retaguardia y la vanguardia del general Beresford. No se necesitaban tantas circunstancias para escitar la temeridad de nuestros soldados. Lanzáronse valerosamente en la garganta, á pesar del fuego de las alturas, tomaron los escombros, mataron á los portugueses que los defendian y atravesaron el puente; pero en la retaguardia hubo

desorden y se perdió un resto de bagages que conducian algunos mulos. Pasamos adelante muy consolados de esta pérdida, y al fin llegamos al camino de Orense, el 19 de mayo, estenuados de cansancio, descalzos, casi desnudos, habiendo caminado con frecuencia sin tener viveres, con lluvias de primavera, que en aquel pais son horribles. El mayor motivo de sentimiento, además de la pérdida del material, era haber dejado en Oporto muchos enfermos que el honor ingles iba á proteger sin duda, y sobre todo, haber abandonado por los caminos bastantes heridos y despeados, que el honor portugués no protegía absolutamente, pues los mataban los insurrectos que nos seguian. Hayase dicho lo que se quiera mas tarde, la capitulación de Cintra, despues de la batalla de Vimeiro, dada con valor aunque se perdió, no fué tan costosa para la gloria del ejército, ni disminuyó tanto las tropas, como la sorpresa de Oporto, la destrucción de nuestra artillería en Peñafiel, y esa marcha precipitada por medio de las gargantas de la provincia de Tras-os-Montes. El estado moral de nuestras tropas guardaba relacion con el estado material, pues los soldados, aunque llevaban repletas las mochillas, estaban descontentos de sus gefes y de sí propios, y siguiendo en su indisciplina, se mostraban severos, como sucede siempre, con los que les habian dejado caer en ella. Las burlas sobre el reino de Oporto desvanecido aumentaban lo triste de aquel espectáculo.

Apenas llegó á Orense, se vió obligado el mariscal Soult á trasladarse á Lugo para libertar á esta ciudad, espuesta á las tentativas de los insurgentes de Galicia de resultas de la ausencia del

mariscal Ney. Conociendo éste, según hemos dicho, lo necesario que era despejar á Asturias de la presencia del marqués de La Romana, habia dispuesto encaminarse allí con el general Kellermann, á cuya expedición debian concurrir vando los dos á Oviedo, uno por Lugo y otro por Leon. De consiguiente el primero debia seguir el litoral, y el segundo atravesar los montes que separan á Castilla la Vieja de Asturias. Y cumplieron su palabra como unos valientes, pues saliendo de Lugo el mariscal Ney el 13 de mayo con diez mil combatientes, al día siguiente de la sorpresa de Oporto, llegó á los puntos donde nace el Navia, y dejando á los españoles apostados á lo largo de la costa, se abrió paso por medio de montañas espantosas, los separó de Oviedo, entró en aquella ciudad confundido con sus hordas dispersas, y no pudo salvarla de una especie de saqueo, consecuencia de un combate que se trabó en las calles entre los españoles y los franceses. El marqués de La Romana, después de haber atraído (1) sobre aquel país desgraciado todo género de calamidades, se refugió con unos cuantos oficiales á bordo de los buques ingleses, para ir á empezar de nuevo en otra parte su triste sistema de guerra. En Gijon encontramos riquezas considerables. El general Kellermann,

(1) Según se deduce de estas palabras, Thiers opina que los generales españoles no debieron batirse contra el extranjero porque no sufriera el país. Es claro, y sí, llevados de esta consideracion, hubieran depuesto las armas, habrían merecido bien del historiador, interesado, como se ve, en que no padecieran con la guerra, las provincias españolas. ¡Cuánta humanidad!

(N. del T.)

por su parte, habia salido de Leon, y atravesando las montañas de Asturias, bajó hácia Oviedo, con lo cual ayudó á las tropas del mariscal Ney.

Durante estas operaciones combinadas, fué cuando aprovechándose los insurgentes de Galicia de la ausencia del mariscal Ney, acometieron á Lugo y á Santiago de Compostela. El mariscal Soult se dirigió allí, los dispersó, y se reunió con el mariscal Ney, que, libre Asturias, habia vuelto presuroso á hacer levantar el bloqueo de las poblaciones amenazadas. Cuando los dos cuerpos se reunieron, comunicáronse del uno al otro los pormenores de la expedición de Oporto, sobre los cuales manifestó el mariscal Ney un juicio severo. Los soldados de éste, de edad madura, pobres, juiciosos y disciplinados, se burlaron de los soldados mas jóvenes, mas ricos y muy indóciles del mariscal Soult, que no tenían por excusa á su modo de portarse ni aun victorias; pero estos últimos se justificaban echando la culpa á sus gefes, á los cuales acusaban de todas las desgracias del ejército (1). Era evidente que podia turbarse la paz, si los dos cuerpos permanecían juntos mucho tiempo; pero el mariscal Ney tan leal como fogoso, se portó con su compañero de armas con la urbanidad de un camarada, abriendo sus almacenes para proporcionar á las tropas del mariscal Soult parte de lo que habian perdido, y ocupándose sobre todo de reemplazar la artillería que se habian visto obligados á abandonar. ®

(1) En esto no hago sino contar lo que los ayudantes de campo del ministro de la Guerra, enviados á informarse del estado de las cosas, le refirieron á su vuelta.

Satisfechos uno de otro los dos mariscales, pensaron en la conducta que deberían observar en favor de los intereses de las armas del emperador, como se decía entonces, con verdad ciertamente, porque mas bien se trataba del engrandecimiento de Napoleon que del de Francia, muy comprometida con aquellas guerras lejanas. El mariscal Ney, despues de haber peleado varios meses en Galicia y Asturias, conservaba todavia doce mil combatientes vivos y efectivos, y el mariscal Soult diez y siete mil, aunque el número nominal de uno y otro era doble. Con esta fuerza destinada bien pronto a aumentarse con los soldados que salian de los hospitales, con esta fuerza empleada francamente y sin ningun sentimiento de rivalidad podian acabar de someter á Galicia y Asturias, esterminar á los insurrectos, y si los ingleses se obstinaban en permanecer á orillas del Miño, ó se atrevian á pasarlo, destruirlos tambien y hacerlos retroceder hasta el mar. Si, por el contrario, como era probable, sir Arturo Wellesley se volvía á dirigir del Norte hacia el Sur de Portugal, para hacer frente á las tentativas de los franceses sobre el Tajo, uno de los dos mariscales, ó ambos podian dejar á Galicia, costear á Portugal por Castilla la Vieja, trasladarse de Lugo hacia Zamora y Ciudad Rodrigo, caer juntos con el mariscal Víctor sobre el ejército británico, y quitarle para siempre la gana de volver á aparecer en el continente de la Península.

Esto era seguramente lo que Napoleon hubiera mandado á haber estado en aquellos parages (sus instrucciones lo atestiguan) y lo que el estado mayor de Madrid habria prescripto si hubiese po-

dido hacer que le obedecieran. Por lo pronto los dos mariscales podian ejecutar espontaneamente la primera parte de este plan, despejando en unos cuantos dias la playa de Galicia de los rebeldes que se habian establecido en ella, y cortando las comunicaciones con la marina inglesa, comunicaciones que eran el principal alimento de la guerra. El general Noroña (1) con unos doce mil hombres y algunas tripulaciones inglesas desembarcadas, habia creado en Vigo un establecimiento formidable, y el marqués de La Romana, trasladado de Asturias á Galicia con sus oficiales y algunas tropas escogidas, se habia establecido en Orense, desde el movimiento del mariscal Soult sobre Lugo, amenazándonos desde allí.

Si los dos mariscales no debían permanecer reunidos, era indispensable arrojar á los gefes rebeldes de los puntos en que estaban situados, sin perjuicio de dirigirse en seguida á donde creyesen mas útil y conforme con sus instrucciones. Por otra parte, las del mariscal Soult le dejaban gran latitud, porque no habia recibido otras que las de conquistar á Portugal, y ayudar en seguida al mariscal Victor en Andalucía; y ya sabemos que en vez de estar en Lisboa ó Badajoz, estaba en Lugo, habiendo vuelto al punto de donde salió. Como Napoleon no habia supuesto semejante resultado, nada le habia prescrito para el caso absolutamente imprevisto de que regresara á Galicia. Se hallaba, pues, en completa libertad de obrar segun creyese mejor; pero se sentía visible-

1) Sin duda habla Thiers del conde de Noroña.  
(N del T.)

mente inclinado á dirigirse á Castilla la Vieja, hácia Zamora y Ciudad Rodrigo, en la frontera oriental de Portugal, ora porque costeando de este modo el país que debió haber conquistado, se creyese algo menos lejano de su objeto, ora porque no lisonjeara mucho su ambición permanecer confinado en Galicia, para desempeñar allí una tarea que le tocaba particularmente al mariscal Ney, ora, en fin, porque le disgustasen las habillitas, muy animadas, muy malévolas y algunas veces escandalosas que nacían del contacto entre los dos cuerpos. Manifestó, pues, á Ney intencion de trasladarse á Zamora, para verificar en Castilla, según decía, un movimiento adecuado al que proyectaban al parecer los ingleses hácia el Mediodía de Portugal, encaminándose del Miño sobre el Duero, y del Duero sobre el Tajo. Esta resolución era algo fundada, aunque no se podía afirmar todavía nada relativo al movimiento de los ingleses hácia el Sur de Portugal, y era lo más urgente batir al enemigo que teníamos al frente, pues de otro modo nos íbamos á crear en Galicia una situación respetable. Los ingleses, según lo tardos que eran en las marchas, no podían llegar al Tajo hasta dentro de un mes ó dos, como lo probaron después los sucesos, y en semejante espacio de tiempo, había sobrados medios para destruir su establecimiento en Galicia, y trasladarnos en seguida todos sobre el Tajo por Zamora y Alcántara. También teníamos tiempo para reponernos y descansar algunos días.

Con todo, para corresponder á los deseos y buenos oficios de su compañero de armas, el mariscal Soul estipuló con él por escrito, harían

una expedición á Galicia, para destruir allí los pelotones de insurgentes, concluido lo cual Soult se separaría del mariscal Ney, para dirigirse á Castilla la Vieja por la Puebla de Sanabria y Zamora. En la estipulación convinieron en que el mariscal Soult, que estaba en Lugo, bajaría por el valle del Miño sobre Monforte de Lemos (1) Orense y Rivadavia, hasta alcanzar y destruir al marqués de La Romana, y que el mariscal Ney, protegido sobre su flanco izquierdo por este movimiento, haría evacuar á Santiago de Compostela, y se dirigiría en seguida hácia el litoral para atacar allí las temibles obras levantadas en Vigo por los ingleses y los españoles. Como una vez destruido el marqués de La Romana por el mariscal Soult, era practicable la árdua operación que Ney debía intentar sobre Vigo, podía entonces volver á subir por el valle de Ores hácia la Puebla de Sanabria y Zamora. Después que los dos mariscales firmaron este arreglo en Lugo el 29 de mayo, se separaron para dar principio cuanto antes pudieran á las operaciones que habían resuelto emprender.

El mariscal Soult dejó á Lugo el 2 de junio, después de hacer todos los preparativos para una marcha hácia Zamora, y avanzó sobre Monforte, de donde huyó el marqués de La Romana bajando hácia Orense. Así que llegó el 5 á Monforte, el

(1) Thiers escribe *Monforte de Lemos*. Por no cansar á nuestros lectores, omitiremos en lo sucesivo el hacer notar la inexactitud con que el autor estampa los nombres de poblaciones españolas, y restableceremos en silencio su verdadera ortografía á medida que tropeceemos con algun nombre equivocado.

mariscal Soult se detuvo, y en vez de seguir bajando el valle del Miño hasta Orense, como habia convenido con el mariscal Ney, dirigió sus esplotadores hácia la parte alta del Sil, rio que desagua en el Miño, hácia la Puebla de Sanabria y Zamora. No era aquel el camino de Orense, pero sin embargo permaneció en Monforte en una especie de inmovilidad.

El mariscal Ney por su parte, salió de las cercanías de la Coruña con diez y ocho batallones, y se dirigió sobre Santiago de Compostela, poblacion que evacuaron los insurgentes al acercarse él. El 7 de junio se trasladó á Pontevedra hácia la orilla del mar, y aunque para llegar á Vigo era preciso costear una multitud de golfos pequeños, cubiertos de lanchas cañoneras inglesas, y desfilar bajo el fuego que hacian, esto no detuvo al intrépido mariscal. Al llegar cerca de Vigo se encontró con una posicion que la naturaleza y el arte habian puesto en estado formidable, pues era preciso atravesar un riachuelo, sin haber puente y á tiro del mar, escalar en seguida unas trincheras que estaban armadas con sesenta bocas de fuego de grueso calibre, y detras de las cuales habia varios miles de marinos ingleses con doce mil españoles (1). Semejante posicion podia ser tomada por un mariscal como Ney y tropas tan vigorosas como las que mandaba; pero debia perderse allí mucha gente,

(1) No es cierto que hubiese en Vigo esas formidables obras, ni semejante número de ingleses. Los que allí se opusieron á la tentativa de los franceses, fueron doce mil españoles mandados por el conde de Noroña y el brigadier don Martin de la Carrera.

(N. del T.)

se corria ademas el riesgo de no conseguir la empresa, y era preciso tener seguridad de que durante aquella peligrosa tentativa, no atacaria de pronto por los costados ó por retaguardia La Romana, que si era poco de temer en una situacion ordinaria, no seria así cuando estuviéramos ocupados en tomar los reductos ingleses. Así, pues, el mariscal Ney, que sabia se hallaba en Monforte el mariscal Soult, y el general La Romana en Orense, aguardó á que el primero hiciera un movimiento contra el segundo, antes de dar principio á su arriesgada empresa. De este modo esperó hasta el 10 (1) que cumpliera la palabra empeñada, queriendo y con razon se dispersase el peloton de tropas que mandaba La Romana antes de atacar á Vigo.

Empero á todo esto, recibió del general Fournier, á quien habia dejado en Lugo para el arreglo de ciertos pormenores, un aviso que le hizo desconfiar de su compañero, y mostrarse circunspecto con el enemigo, lo cual no era propio de su carácter confiado y temerario. El general Fournier, por habérselas facilitado el general Rouyer que se habia quedado en Lugo al cuidado de los heridos y enfermos del ejército de Portugal, leyó unas

(1) Es tan contrario á la verdad lo que sobre esto dice el autor, apoyado probablemente en algun parte del mariscal Ney, que en vez de permanecer éste en inaccion, intentó el ataque dos dias seguidos, habiendo sido rechazadas las fuerzas que quisieron pasar la ria de Vigo, con pérdida de mas de quinientos hombres. Entonces renunció Ney á su empresa, y se retiró de Galicia hácia el reino de Leon.

(N. del T.)

instrucciones secretas, en que le mandaba el mariscal Soult que así que estuviesen en estado de poder marchar los heridos y enfermos que se hallaban bajo su custodia, los dirigiese via recta hacia Zamora, y le encargaba guardase secreto sobre estas instrucciones con todo el mundo, pero especialmente con el mariscal Ney (1). Al recibir aviso de esta disposición, que hubiera sido bastante natural confesándola, puesto que marchar á Zamora era el objeto definitivo del mariscal Soult, Ney se creyó vendido, y como viese además que en vez de correrse Soult hacia Orense para arrojar de allí a La Romana, se había parado en Monforte, no vaciló ya en dudar que su colega le faltaba á la palabra voluntariamente. Antes de romper con él, le escribió el 10 una carta, informándole de su situación arriesgadísima, diciéndole contaba todavía con que ejecutaría el plan convenido, y añadiendo que si contra toda probabilidad abandonaba ese plan, tuviese la bondad de prevenirse, pues permanecer mas tiempo al frente de Vigo, habiendo á los costados un portillo como el de Orense, era peligroso en extremo.

Escrita esta carta, el mariscal Ney esperó algunos días sin recibir contestación, y admirado de este silencio, viendo que los ingleses fortalecían mas y mas su posición en Vigo, temiendo que si destacaba fuerzas para que la tomasen, le acometerían á un tiempo de lleno todos los insurgentes, y le sería difícil regresar hacia la Coruña, retrocedió sobre Santiago de Compostela, pudiendo ape-

(1) Refiero en esto el contenido de un parte dado á Napoleón por el general Clarke, ministro de la Guerra.

nas contener la irritación que llenaba su alma. Allí supo que lejos de bajar el Miño el mariscal Soult, había vuelto á subir al contrario, para trasladarse por la Puebla de Sanabria hacia Zamora. Con efecto, deseoso dicho mariscal de dejar á Galicia por Castilla la Vieja (1), después de permanecer hasta el 11 en Monforte, se puso en camino para atravesar las cordilleras que separan aquellas provincias. El general La Romana quiso detenerle en su marcha, pero le rechazó, y de este modo creyó haber cumplido su empeño, lo cual no era así, pues, batir al general español en la parte alta del Miño, era llevarle al curso inferior de este río, es decir, á Orense, donde precisamente se había convenido no dejarle. Creyéndose libre de compromiso para con su compañero, tomó el camino de Zamora, sin contestar á la carta que de él había reci-

(1) Era muy natural su impaciencia, pues se veía acosado por los *insurgentes*, como les llama Thiers. no siendo cierto que no ejecutara el plan concertado con Ney. Soult se dedicó á perseguir con diez y ocho mil hombres al marqués de La Romana, pero evadiéndose éste hábilmente unas veces, y acometiéndole otras por donde menos lo esperaba, le molestó en extremo, hasta que logró cansarle. Conociendo el general enemigo lo inútil y aun perjudicial de su intento, renunció á él, y se corrió hacia Zamora, mientras que casi vencido Ney, tenía que desistir también por su parte de la tarea que le tocó desempeñar. El valor de los españoles frustró, pues, el comun intento de los dos generales franceses, y no atreviéndose á confesar su derrota, Ney acusaría, como cuenta Thiers, de desleal y traidor á Soult, quien prefirió á ser batido, el refugiarse en Castilla la Vieja, dejando que Ney saliera del mal paso como pudiese.

(N. del T.)

bido, y semejante silencio, su marcha hácia aquella ciudad, el haber encargado guardase secreto al general Rouyer, todo esto lo consideró Ney como una prueba de deslealtad, enfureciéndose en extremo. Por lo demas, se hallaba en una situación apuradísima, pues apenas entró Soult en Castilla, volvió La Romana hácia Orense, reuniéndose con Noroña, y era peligrosísimo permanecer delante de Vigo. Habiendo como había visto varias veces interrumpidas sus comunicaciones con el reino de Leon y con Castilla la Vieja (1), cuando se hallaba en el litoral, el mariscal Ney debía esperar verlas a unas comprometidas, ahora que escitados los insurgentes con tener cerca a los ingleses, y con la retirada del mariscal Soult, iban a dominar todo el pais, y a volver a subir probablemente de Orense hasta Lugo, para ocupar con fuerzas bastantes aquella posicion decisiva, que intercepta completamente el camino que de la Coruña va a Benavente.

Si cuando solo había allí algunos insurrectos diseminados acá y allá, se necesitó toda la division de Mauricio Mathieu, secundado por el general Kellermann, para abrir las comunicaciones con Leon y Castilla la Vieja, ¿qué nos sucedería cuando reunidos los dos generales Noroña y La Romana, fueran a situarse en Lugo con fuerzas numerosas? Podría sobrevenir otro peligro, peligro que hacia temer un descalabro como el de Bailen. Los ingleses, que habían llegado hasta el Miño, tenían que elegir de dos partidos uno: principiar otra vez la

(1) Thiers ignora que Leon pertenece á Castilla la Vieja.

(N. del T.)

campana del general Moore, y trasladarse á Castilla la Vieja, ó bien regresar al Sur de Portugal sobre el Tajo. Si tomaban el primer partido y se trasladaban á Castilla, el mariscal Ney con diez ó doce mil francesas contra veinte mil ingleses y cuarenta ó cincuenta mil españoles (1), era hombre perdido; y como no podia sufrir la idea de tener que capitular como el general Dupont, ó salvarse sacrificando la artillería como el mariscal Soult, resolvió evacuar á Galicia. Aunque esta determinacion era grave, y debía producir grandes consecuencias, había motivos para adoptarla, y fundábase á mayor abundamiento en instrucciones repetidas á menudo, pues, censurando José y Napoleon el ardor con que se dirigia hácia las costas cuando no estaba completamente resguardado por retaguardia, le habían escrito que antes de dedicarse esclusivamente á someter el litoral, debía pensar en asegurar sus comunicaciones con Castilla la Vieja. Cuando el mariscal Soult estaba en Portugal, debía, como buen compañero, guardar a Orense y Tuy; pero cuando dicho mariscal había evacuado á Portugal, no existía ya razon ninguna para permanecer en Galicia, espuesto á todos los peligros, especialmente el de verse envuelto por los ingleses y españoles reunidos.

El mariscal Ney, al tomar la resolucion de evacuar á Galicia, solo sentía dejar abandonados la Coruña y el Ferrol; pero como los españoles se mostraban tan celosos por la conservacion de sus

(1) Es bueno exagerar por lo que pueda venir despues.

(N. del T.)

establecimientos marítimos, no irían á entregarlos á los ingleses, y por otra parte, para mayor seguridad dispuso quedara en los fuertes del Ferrol una guarnición francesa bien provista de viveres y municiones. En seguida, haciendo marchar delante de él todo el material, y no abandonando ni un herido ni un enfermo, subió lentamente hacia Lugo, apoderándose y pasando á cuchillo á todas las avanzadas de insurgentes que se atrevieron á acercársele. Así que llegó á Lugo, recogió los enfermos del mariscal Soult, y los condujo con los suyos á Astorga, á donde llegó á principios de julio, sin haber perdido ni un hombre ni un cañon, y donde se ocupó de reorganizar y rehacer su cuerpo. En el mismo momento que él llegaba á Astorga, entraba en Zamora el mariscal Soult.

La irritación del mariscal Ney se comunicó á sus soldados, hasta tal punto que los ayudantes de campo del ministro de la Guerra, enviados allí, manifestaron á éste sería peligroso dejar á los dos cuerpos uno junto á otro. Oíase hablar en Astorga del modo mas injurioso contra el mariscal Soult y su ejército, á los cuales acusaban de todas las desgracias de la campaña por haberse marchado, pasando á Orense sin destruir á La Romana, á quien con esto habia arrojado sobre la retaguardia del mariscal Ney; y de vuelta, mientras que le ayudaban á destruir á dicho general de mancomún, se retiraba clandestinamente á Castilla, dejando otra vez al mariscal Ney en Galicia espuesto á toda clase de peligros. Este mariscal escribió tanto al rey como al mariscal Soult las cartas mas ofensivas para este último, diciendo que si él hubiera querido resolverse á salir de Galicia sin ar-

tillería, hubiese podido permanecer en ella mas tiempo, á riesgo de verse encerrado allí; pero que no habia querido esponerse á salir de este modo, y se habia retirado llevándose consigo sus heridos, sus enfermos, y hasta los del mariscal Soult, los cuales quedaban á su cargo. Con respecto al mariscal, añadía, que cualesquiera que fuesen las órdenes del emperador, estaba decidido á no servir mas con Soult.

Estos tristes pormenores son indispensables para que pueda apreciarse como se conducia la guerra en España, y como con estender Napoleon sus operaciones mas allá de los límites á que podía alcanzar su vigilancia, las entregaba á merced de los acontecimientos y de las pasiones, y esponía á perecer á unos soldados heroicos, que pronto debían hacer falta para defender nuestra desgraciada patria. Mientras el mariscal Ney se hallaba en Astorga, espresando con la vehemencia propia de su carácter la irritación de que estaba lleno, ejemplo que seguían sus soldados mas de lo conveniente, á alguna distancia de allí, es decir, en Zamora, se encontraba el mariscal Soult, consumido al parecer de pena, profundamente abatido y siempre pensativo. Al menos así es como pintaban el estado de ánimo de los dos mariscales los oficiales encargados de dar cuenta al ministro de la Guerra de lo que ocurría (1).

El rey José, á quien siempre llegaban las no-

(1) El cuadro de los dos ejércitos está trazado en esos partes con colores mucho mas vivos que los que yo empleo aquí, colores que no me permite reproducir la dignidad de la historia.

ticias muy tarde, y que hasta un mes despues de haber sucedido no supo la evacuacion de Portugal, la de Galicia y la reyerta de los dos mariscales, lo sintió en gran manera, pues le era facil prever las consecuencias que iban á producir aquellas tres desgracias. Entonces no penso ya en empujar al mariscal Victor á Andalucía; al contrario, lo retuvo en el Tajo, entre Almaraz y Alcántara, para que hiciera frente á Gregorio de la Cuesta, si este queria volver á pasar aquel rio, ó á los ingleses, si estos últimos intentaban subirlo desde Lisboa hasta Estremadura. Desvaneciéronse los brillantes sueños del mes de abril, inspirados por las victorias de Medellin y Ciudad Real, y era preciso limitarse á rechazar vigorosamente un ataque si teníamos que sufrirlo, y á buscar en las consecuencias de este ataque rechazado con fortuna el medio de restablecer los asuntos gravemente comprometidos. La noticia de la batalla de Essling que se recibió en aquellos momentos, no era para embellecer el cuadro sombrío que formaban en Madrid de la situacion. Con todo, como los tres cuerpos reunidos de los mariscales Ney, Mortier y Soult podian presentar mas de cincuenta mil hombres asi que hubiesen descansado, eran suficientes, conduciéndolos bien, para arrojar al mar á todos los ingleses que habia en la Peninsula; pero era preciso que se les mandara bien, y sobre todo que estuvieran bajo un solo mando, lo cual era imposible esperar en el estado en que se hallaban las cosas.

Tal era la situacion cuando llegó de Schönbrunn un despacho completamente inesperado, que emanaba de Napoleon, y suministraba otra

prueba mas de lo que podian ser las operaciones militares dirigidas desde tan lejos (1). Mientras que en España se hallaban las cosas en el estado de haber evacuado á Portugal y Galicia, Napoleon solo sabia en Schönbrunn los primeros actos de la entrada del mariscal Soult en Portugal y de la ida del mariscal Ney á la costa de Galicia. Del mismo modo que José, vió con sentimiento estaban descuidadas las comunicaciones de los dos mariscales, y que el mariscal Mortier permanecia ocioso en Logroño. Napoleon, mejor juez que José, y juez omnipotente de la marcha de las cosas, desaprobó lo que pasaba y quiso remediarlo inmediatamente. Para ello nada le pareció mejor que reunir bajo una sola mano los tres cuerpos de los mariscales Soult, Ney y Mortier, y como no sabia aun que posicion habían hecho tomar á los tres los acontecimientos, otorgó el mando en jefe al mariscal Soult, teniendo en cuenta la antigüedad. Escribió, pues, al ministro de la Guerra el despacho que sigue:

«Enviad un oficial de estado mayor á España con orden de que los cuerpos del duque de El-

(1) Estos hechos no se han referido nunca segun su enlace natural y en su verdadero sentido, porque jamás lo han sido. con arreglo á la correspondencia particular de Napoleon, de José, del ministro Clarke, y de los mariscales. Asi nadie los ha explicado y pasan por inesplicables. Teniendo á la vista esos documentos, doy yo los pormenores que siguen, pormenores de cuya autenticidad respondo, y en los que no he hecho otra cosa que suavizar el colorido, queriendo dar á conocer las pasiones de aquel tiempo, sin que mi narracion se resienta de ellas.

chigen, el duque de Trevisa y el duque de Dalmacia formen un solo ejército, mandado por este último. Estos tres cuerpos no deben maniobrar sino juntos, y de este modo marchar contra los ingleses, perseguirlos sin descanso, batirlos y arrojarnos al mar. Dejando á un lado toda consideracion, doy el mando al duque de Dalmacia por ser mas antiguo. Los tres cuerpos compondrán de cincuenta á sesenta mil hombres, y si esta reunion se verifica pronto, los ingleses serán destruidos, y terminarán los asuntos de España. Pero es preciso reunirse y no marchar en pequeño: este es un principio general para cualquier país, y sobre todo para uno en que no se puede tener comunicaciones. No puedo designar el sitio en que debe efectuarse la reunion, porque no estoy enterado de los sucesos que han ocurrido. Remitid esta orden al rey, al duque de Dalmacia y á los demas mariscales por cuatro conductos diferentes.»

Quando este pliego llegó á España, lo cual fue á principios de junio, causó en ella suma sorpresa, no porque se desaprobaba la reunion de los tres cuerpos bajo una sola mano, sino porque no se comprendia fuera posible hacer que sirvieran juntos los mariscales Ney, Mortier y Soult, sobre todo, los dos primeros á las ordenes del último. Si Napoleon hubiese estado allí, de seguro habria arreglado las cosas de otro modo, dejando al mariscal Soult, como José se lo escribió con mucha sensatez, para que guardara el Norte de España, y haciendo que pasaran al Tajo los mariscales Mortier y Ney, para reforzar al mariscal Victor, que iba á necesitar grandes medios contra las fuerzas reunidas de España é Inglaterra. Y si al mariscal Ney,

poco á propósito por su elevada posicion y su carácter impetuoso para servir á las ordenes de uno que no fuese el emperador, no hubiera podido emplearse al mando del mariscal Victor, lo habria colocado en la Mancha á fin de que hiciese frente allí al ejército español del Centro, y hubiera reunido bajo el mando del mariscal Victor al general Sebastiani y al mariscal Mortier para combatir con los ingleses. La modestia del mariscal Mortier permitia colocarle en cualquier parte y en cualquiera situacion, siempre que hubiera que prestar servicios. Los tres cuerpos de Mortier, Sebastiani y Victor, hubieran sido suficientes sin ninguna duda para destruir á los ingleses; pero Napoleon estaba lejos, y José no se atrevia á mandar, temiendo no le obedecieran. Por lo demas, gracias á cierta penetracion militar de que estaba dotado, y á los prudentes consejos de su gefe de estado mayor, Jourdan, tuvo la feliz idea de sacar al mariscal Ney de la posicion falsa en que éste se hallaba, y de llamarle á Madrid para darle el mando del cuerpo del general Sebastiani, que operaba, como se sabe, en la provincia de la Mancha. El mariscal Ney, cada vez mas exasperado, quiso quedarse en Beavente; no pudiendo decidirse á dejar á sus soldados, á quienes queria y que á él le querian tambien, y permaneció allí en tal actitud con respecto al mariscal Soult, que era muy de temer desobedeciera á este mariscal cuando recibiese ordenes de él.

Sin embargo, el mariscal Ney conocia harto bien su deber para que se negara á obedecer al mariscal Soult, mientras que mejor enterado Napoleon señalaba á cada uno su puesto, y todavia

se podía esperar resultados satisfactorios de la reunion de los tres cuerpos. Empero si su separacion comprometió la mitad de la campaña de 1809, su reunion, fatal igualmente á causa del momento en que se decretaba, debia esterilizar la segunda mitad, y hacer que corrieran inútilmente en España torrentes de sangre, desde el mes de febrero hasta el mes de agosto de aquel año, como probará bien pronto la continuacion de este relato.

He aquí cuál era la situacion de las tropas beligerantes á consecuencia de los últimos acontecimientos. La evacuacion de Galicia por los dos mariscales Soult y Ney habia entregado todo el Norte de España á los insurrectos, y excepto Asturias, donde hacia frente á los montañeses de esta provincia el bravo general Bonnet con algunos miles de hombres, toda la Galicia, las provincias portuguesas de Tras-os-Montes y de Entre-Duero y Miño, la raya de Castilla la Vieja hasta Ciudad-Rodrigo, y parte de Estremadura desde esta última plaza hasta Alcántara, estaban en poder de los españoles, los portugueses y los ingleses reunidos, sin contar el Sur de la Peninsula que les pertenecia esclusivamente. — Los españoles hacian grandes esfuerzos para armar á Ciudad-Rodrigo.

El destacamento de portugueses enviado á Abrantes por sir Arturo Wellesley, se habia trasladado á Alcántara, y rechazado por el mariscal Victor, habia vuelto á entrar en aquella villa, porque el mariscal no quiso disminuir sus fuerzas, dejando en ella una guarnicion. Habiéndose replegado Victor sobre el Tajo desde que supo los descabros del mariscal Soult y la llegada á Portugal de un fuerte ejército inglés, el general español, Gre-

gorio de la Cuesta, se habia dirigido del Guadiana hacia el Tajo, en la garganta de Mirabete, frente por frente á Almaráz. En la Mancha, el general Venegas, que habia reemplazado al general Cartaojal en el mando del ejército del Centro, avanzó sobre el cuerpo del general Sebastiani, en ademán de querer atacarle. El rey José salió entonces de Madrid con su guardia, y una porcion de la division Dessoles para caer sobre Venegas; pero éste se replegó al punto hacia la Sierra Morena, y el rey José volvió á la capital, dejando el cuerpo de Sebastiani entre Consuegra y Madrideojos, y el de Victor sobre el Tajo mismo, desde Toledo hasta Talavera. Estas tropas que, no habian operado desde las batallas de Medellin y Ciudad Real, y que en abril, mayo y junio solo habian ejecutado algunas marchas del Guadiana al Tajo, estaban descansadas, bien mantenidas y soberbias. En cuanto á la provincia de Aragon, de la cual no hemos hablado desde el sitio de Zaragoza, y á la de Cataluña, de la que tampoco se ha tratado desde las batallas de Cardedeu y Molins de Rey, el general Suchet se batia en la primera contra los insurgentes del Ebro, á quienes no habia desanimado el sitio de Zaragoza, y el general Saint-Cyr habia empezado en la segunda á poner los sitios de que estaba encargado, teniendo para protegerlos que dar todos los dias nuevos combates.

Tal era el espectáculo que en aquel momento presentaba la guerra de España, guerra en que todo dependia de lo que hicieran los ingleses. ¿Se encaminaria sir Arturo Wellesley como el general Moore á Castilla la Vieja, para amenazar allí la línea de comunicacion de los franceses, y obligar-

los á evacuar el Mediodía de la Peninsula á fin de socorrer el Norte; ó bien, despues que hubiese libertado á Portugal, y rechazado al mariscal Soult mas allá del Miño, iria á caer sobre el Tajo, para contener las tentativas que desde la batalla de Medellín habia que temer de parte del mariscal Victor? Cuestion era esta que dificilmente podian resolver en Madrid, no conociendo las instrucciones del general inglés, pero que por ciertos indicios habian resuelto en el sentido mas verdadero el mariscal Victor en Talavera, y el mariscal Jourdan en Madrid, admitiendo como muy probable la vuelta de sir Arturo Wellesley hacia el Tajo. Pensaron, y con razon, que sir Arturo Wellesley no querria penetrar en Galicia, alargar de este modo desmesuradamente su linea de operaciones, y abrir á los franceses el camino de Lisboa por Alcantara, y que de consiguiente mejor desearia regresar sobre el Tajo para marchar hacia Madrid con todas las fuerzas de España. Con esta mira, José no habia querido dejar se amontonaran en Castilla la Vieja fuerzas que eran inútiles en esta provincia, y mientras que, investido el mariscal Soult del mando general de los tres cuerpos, no estaba en situacion de hacer que obrasen juntos, por su propia autoridad real habia llevado el mariscal Mortier de Valladolid hacia Villacastín, en la cumbre del Guadarrama. Con esto podia dicho mariscal trasladarse al Tajo en dos ó tres jornadas, y situarse, ya en Toledo, ya en Talavera.

Obrando de este modo el estado mayor de Madrid, habia columbrado perfectamente las instrucciones del general inglés, pues éste, con arreglo á instrucciones que habian sido redactadas bajo la

impresion de los descalabros sufridos por el general Moore, tenia orden de no aventurarse en España, y debia fijarse esclusivamente en defender á Portugal, limitando á esta defensa los socorros prometidos á los españoles. No debia atravesar la frontera portuguesa sino lo menos posible, en caso de urgente necesidad, y de triunfo absolutamente probable, siendo bajo este aspecto tan estrechas sus instrucciones, que se habia visto obligado á hacer fueran modificadas para obtener alguna mas libertad de moverse. Por este motivo se habia detenido á orillas del Miño, y al saber que los franceses amenazaban por la parte de Alcantara, habia vuelto á bajar á marchas forzadas del Miño sobre el Duero, y del Duero sobre el Tajo, oponiendo á las vivas instancias de La Romana que le queria en Orense, las de Gregorio de la Cuesta que le llamaba á Mérida. A mediados de junio se hallaba en Abrantes, preparándose á volver á subir el Tajo, así que hubiera recibido pertrechos, vitualla y gente para su ejército, lo cual necesitaba en gran manera despues de la campaña que acababa de ejecutar sobre el Duero. Quejábanse vivamente de que le faltaba dinero, material y equipo, porque á pesar de su riqueza y sus inmensos medios de transporte, tambien el gobierno inglés hacia algunas veces esperar á sus soldados aquello que necesitaban. Sir Arturo Wellesley se quejaba sobre todo de su ejército, al cual acusaba en términos muy fuertes (1), de no saber sufrir los triunfos ni mas

(1) Cito las propias palabras del duque de Wellington en su lengua original, porque es el único medio de decir la verdad sin ofender á una nacion noble que nos ha acu-

ni menos que los descalabros, y de que robaba de un modo indigno al país que había ido a socorrer, añadiendo que saqueaba, no para mantenerse, sino para juntar dinero, pues revendía a las poblaciones

sado muchas veces de que devastamos la España, y que nos permitirá le digamos que no fuimos los únicos en asolar aquel país (1).

To the Right Hon. J. Villiers.

«Coimbra, 31st may 1809.

«My dear Villiers:

«Y have long been of opinion that a British army could bear neither success nor failure and I have had manifest proofs of the truth of this opinion in the first of its branches in the recent conduct of the soldiers of this army. They have plundered the country mor terribly, which has given me the greatest concern...

«They have plundered the people of bullocks, among other property, for what reason I am sure y do not know except it be, as I understand is their practice, to sell them to the people again. I shall be very much obliged to you if you will mention this practice to the Ministers of the Regency, and be ghem to issue a proclamation forbidding the people, in the most positive terms, to purchase any thing from the soldiers of the British army.

«We are terribly distressed for money. I am convinced that 300,000 l. would not pay our debts; and two

(1) En esto tiene razon Thiers. Unos y otros, lo mismo los franceses que nos declararon una guerra atroz é inicua, y los ingleses, que vivieron á secundar nuestros heroicos esfuerzos para sacudir el yugo estrangero, asolaban el territorio de la Peninsula. La Providencia nos ha sentenciado a que siempre seamos victimas de la rapacidad estrangera, ora se nos combata, ora se nos llame amigos.

(N. del T.)

el ganado que les quitaba. Lo había reunido en Abrantes, aguardando le llegaran de Gibraltar dos regimientos de infanteria, uno de caballeria y toda la brigada Crawford. Esperaba, pues, proporcio-

months' pay is due to the army. I suspect the Ministers in England are very indifferent to our operations in this country...

«Believe, me, etc.

ARTHUR WELLESLEY.»

To Viscount Castlereagh, secretary of State.

«Coimbra, 31st may 1809.

«My dear lord:

«The army behave terribly ill. They are a rabble who cannot bear success any more than Sir John Moore's army could bear failure. I am endeavoring to tame them: but I should not succeed, I must make an official complaint if them; and send one or two corps home in disgrace. They plunder in all directions...

«Believe me, etc.

«ARTHUR WELLESLEY.»

To Viscount Castlereagh, secretary of State.

«Abrantes, 47 the june 1809.

«My dear lord:

«Y cannot, with propriety, omit to draw your attention a gain to the state of discipline of the army, which is a subject of serious concern to me, and well deserves the consideration of his Majesty's Ministers.

«It is impossible to describe to you the irregularities an doutrages committed by the troops. They are never

narse veinte y seis ó veinte y ocho mil hombres vivos y efectivos, para volver á subir el Tajo hasta Alcántara, á donde pensaba llegar á principios de

out of the sight of their Officers, I may almost say never out the sight of the Commanding Officers of their regiments, and the general officers of the army, that outrages are not committed; and notwithstanding the pains which I take, of which there will be ample evidence in my orderly books, not a post or a courier comes in, nor an Officer arrives from the rear of the army, that does not bring me accounts of outrages committed by the soldiers who have been left behind on the march having been sick, or having straggled from their regiment, or who have been left in Hospitals.

«We have a provost marshal, and no less than four assistants. I never allow a man to march with the baggage. I never leave an hospital without a number of Officers and non-commanding Officers proportionable to the number of soldiers; and never allow a detachment to march unless under the command of an officer; and yet there is not an outrage of any description, which has not been committed on a people who have uniformly received us as friends, by soldiers who never yet, for one moment, suffered the slightest want, or the smallest privation...

«Believe me, etc.

«ARTHUR WELLESLEY.»

He aquí la traducción de estas cartas para uso de los lectores que no sepan el inglés.

Al honorable J. Villiers.

«Coimbra, 31 de mayo de 1809.

«Mi querido Villiers:

«Hace tiempo vengo pensando que un ejército inglés

julio, para ayudar á Gregorio de la Cuesta, mientras el general Beresford, encargado de organizar el ejército portugués, guardaria el Norte de Portugal con las tropas recién sacadas y el destacamento inglés que tenía á sus órdenes.

La concentración de las tropas francesas en

no podría sufrir ni los triunfos ni los descalabros, y la conducta reciente de los soldados del que mando, me prueba claramente la verdad de esta opinión en cuanto al triunfo, pues han saqueado el país del modo más terrible, lo cual me ha causado suma pena.

«Entre otras cosas, se han apoderado de todos los bienes, sin más objeto que venderlos á la misma población que han robado, según su costumbre. Os agradecería en extremo manifestáseis este hecho á los ministros de la regencia, y que les rogárais prohiban terminantemente á la población que compren nada absolutamente á los soldados del ejército inglés.

«Nos hallamos muy apurados de dinero, 300,000 libras no serían suficientes para pagar nuestras deudas, y ya se debe al ejército dos meses de sueldo. Sospecho que nuestros ministros miran con mucha indiferencia nuestras operaciones en este país...

«Soy, etc.

«ARTURO WELLESLEY.»

Al vizconde Castlereagh, secretario de Estado.

«Coimbra, 31 de mayo de 1809.

«Mi querido lord:

«El ejército se porta horriblemente mal: es una canalla que sufre nuestro triunfo como el ejército de sir John Moore sufría las derrotas. Hago esfuerzos para domarlos; pero como no lo consiga, tendré que quejarme de oficio,

medio del valle del Tajo, por sospechar se acercarian los ingleses en esta direccion, era, pues, una medida muy prudente de parte del estado mayor de Madrid; pero por desgracia la reunion de los tres cuerpos bajo el mando del mariscal Soult iba a convertirse en un obstaculo fatal para la espresada medida, y si fué de lamentar no se hubiesen reunido tres meses antes, iba a sentirse amargamente lo estuvieran en la actualidad. Aunque se habia conferido el mando al mariscal Soult antes de tener conocimiento de los sucesos de Oporto, y este mariscal podia temer todavia el efecto que causarían en el animo de Napoleon los informes enviados á Schönbrunn, estaba muy satisfecho con mandar á sus rivales; y envanecido con el papel que se le señalaba, imaginó un plan vasto, pero adecuado á

y enviar por castigo uno ó dos cuerpos á Inglaterra. En todas partes roban.

«Soy, etc.

«ARTURO WELLESLEY.»

Al vizconde Castlereagh secretario de Estado.

«Abrantes, 17 de junio de 1809.

«Mi querido lord:

«No puedo prescindir de volver á llamar vuestra atencion sobre el estado de la indisciplina en que se encuentra este ejército, lo cual es para mí motivo de pesar, y merece fijar la consideracion de los ministros de S. M.

«Me sería imposible describirlos todos los desmanes y violencias que cometen nuestras tropas. Apenas se separan de ellas sus oficiales ó por mejor decir, los gefes de cuerpo y los oficiales generales, cuando se entregan á excesos, y á pesar de todo el trabajo que me estoy tomando pa-

las circunstancias, que participó al rey José, pidiéndole ordenara lo oportuno para ponerlo en ejecucion inmediatamente. Como ese plan no se ejecutó, no mereceria lo refiriéramos, si no hubiese sido la causa que impidió mas tarde la reunion de las fuerzas francesas en el campo de batalla en que se decidió la suerte de la campaña. Héte aqui en pocas palabras.

Suponia el mariscal Soult, que cansados los ingleses de su espedicion sobre el Duero y el Miño, iban á detenerse, y que esperarían para volver á entrar en lucha á que terminada la recoleccion, pudiesen unirse los españoles y portugueses, lo cual aplazaba para setiembre la prosecucion de las operaciones militares. Habia, pues, tiempo para prepararse, y como él era el mas especialmente encargado, por tener bajo su mando los tres cuerpos de ejército del Norte, de arrojar á los in-

ra evitarlo, no recibo un pliego, un correo que no me traiga la relacion de ultrajes cometidos por los soldados que se han quedado atrás, sea por estar enfermos y haber pasado á los hospitales, sea por haberse separado de las filas.

«Tenemos un gran preboste y nada menos que cuatro asesores para juzgarlos; no permito marche con los bagages ni un hombre siquiera; nunca dejo establecido un hospital sin un número de oficiales proporcionado al de soldados que contiene; jamás permito marche un destacamento sin un oficial que lo mande; y sin embargo, no hay ultraje de cualquier clase que sea, que no cometan con una poblacion que nos ha recibido unánimemente como amigos, nuestros soldados, que hasta ahora no han sufrido la mas minima privacion...

«Soy, etc.

«ARTURO WELLESLEY.»

gleses de la Península, creía debía operar por la línea de Ciudad Rodrigo y Almeida sobre Coímbra. Según su opinión, este era el verdadero camino para penetrar en Portugal, y como con tal objeto era preciso emprender inmediatamente el sitio de Ciudad Rodrigo primero, de Almeida después, y emplear en la toma de estas dos plazas el intervalo de descanso con que podía contarse, él se encargaba de apoderarse de ellas con los cincuenta ó sesenta mil hombres que iba á tener á sus órdenes, hecha cuya conquista se proponía entrar en Portugal. Empero á fin de poder obrar con seguridad, necesitaba, según decía, tres nuevas concentraciones de fuerzas, una formada con tropas de Aragon y Cataluña (donde ya se sabe que difícilmente se sostenían los generales Suchet y Saint-Cyr) para proporcionarle un cuerpo de observación en el Norte; otra formada con parte de las tropas reunidas en el valle del Tajo (las cuales eran allí absolutamente indispensables) para flanquearle hacia Alcantara; y por último, la tercera formada con la reserva de Madrid (donde solo quedaba una guarnición muy corta cuando José hacia una salida), para servirle de retaguardia, así que hubiese penetrado en Portugal.

Pedia además el mariscal Soult un tren de batir, y una cantidad considerable de dinero para disponer el material. Es decir, que para tomar una plaza que tal vez serviría algún día en las operaciones contra Portugal, y hacer frente á los ingleses en setiembre en una provincia donde no había seguridad de encontrarlos, era preciso entregarles inmediatamente el Tajo, por cuyas orillas caminaban, y dejar sin tropas á Madrid, Aragon y Cata-

luña. Considerando el rey José y el mariscal Jourdan inadmisibles semejante plan, respondieron que no se podía sacar un hombre de Aragon ni de Cataluña, so pena de perder estas provincias; que las tropas que quedaban en Madrid casi no eran suficientes para reforzar de vez en cuando á los cuerpos del general Sebastiani y el mariscal Victor; que con solo estar hacia el Tajo estos cuerpos se flanqueaba lo bastante al mariscal Soult hacia Alcantara; que además en vez de aplazar los ingleses sus operaciones hasta el mes de setiembre, no tardarían en trasladarse al Tajo, siendo preciso operar allí, y no en la línea de Alcantara y Almeida; que no había dinero, teniendo el rey que mantenerse con la plata labrada que se acuñaba en la casa de moneda; y por último, que si el mariscal Soult quería empezar por poner sitio á Ciudad Rodrigo, se haría lo que se pudiese para proporcionarle un tren de artillería gruesa.

Lo mas sensible de todos estos proyectos era el haber mandado al mariscal Mortier que dejase á Villacastin por Salamanca. José reclamó contra esta orden, juzgando, y con razón, que trasladado Mortier á dicha ciudad entraba en la esfera de acción de un ejército que según los planes de su jefe iba á permanecer mucho tiempo sin hacer nada, mientras podía en Villacastin prestar servicios decisivos sobre el Tajo, esperando á que estuviesen dispuestas á obrar las tropas del mariscal Soult. Este insistió, sin embargo, y fué preciso privarse del mariscal Mortier, arrancándole así de un sitio en que, como se verá bien pronto, hubiera podido producir con su presencia inmensos resultados.

Efectivamente, contra las previsiones del ma-

riscal Soult, no era en setiembre cuando debian volver a presentarse en el teatro de la guerra los ingleses y españoles, sino inmediatamente, esto es, á principios de julio, así que hubieran reunido los recursos que aguardaban. Como era de esperar, sir Arturo Wellesley, andaba en contestaciones con el estado mayor español sobre el modo de obrar hacia el Tajo. Temeroso como siempre Gregorio de la Cuesta de verse solo en presencia de los franceses, queria absolutamente que el ejército inglés fuera á reunirsele hacia el Guadiana, para lo cual tenia que dar un larguísimo rodeo, bajando hasta Badajoz á fin de subir en seguida hasta Merida. Wellesley, creyendo estaria aun entre el Tajo y el Guadiana el mariscal Victor, queria seguir un plan mucho mas natural y fecundo en resultados, cual era subir de nuevo al valle del Tajo por Abrantes, Castello-Branco y Alcántara, coger de este modo la vuelta al mariscal, ocupando el valle por su retaguardia, y llegar quizá á Madrid antes que él. Para lograrlo bastaba con que Gregorio de la Cuesta detuviese al mariscal Victor sobre el Guadiana por medio de alguna tentativa simulada, y no temiese esponerse solo á tener un encuentro con los franceses durante unos cuantos dias; pero la vuelta del mariscal Victor del Guadiana sobre el Tajo fué á cortar todas aquellas disputas. Conviniéron entonces que trasladándose el general de Abrantes á Alcántara por el camino que tiempo atrás siguió Junot, y dirigiéndose el general español del Guadiana al Tajo por Trujillo y Almaráz, verificarían su reunion á orillas del Tajo entre Alcántara y Talavera, concertando allí el medio de que tuviese esa reunion consecuencias decisivas.

Consiguiente á esta resolucíon, habiendo recibido de Gibraltar sir Arturo Wellesley algunas tropas que esperaba todavia, y los recursos, tanto en dinero como en material de que tenia urgente necesidad, salió de Abrantes el 27 de junio y avanzó hácia Estremadura por Castello-Branco, Rosmaniñal y Zarza Mayor. El 3 de julio estaba en este último punto, el 6 en Coria y el 8 en Plasencia. Así que llegó á esta poblacion, quiso ponerse de acuerdo con Gregorio de la Cuesta, para lo cual se trasladó de su cuartel general, situado en el Tajo, al Puerto de Mirabete. Tenia orden de mantener con los generales españoles las menos relaciones posibles á causa de su estremada jaclancia, de no comunicarse con los ministros de la Junta sino por conducto del embajador de Inglaterra que estaba en Sevilla, en una palabra, de no multiplicar á no ser que hubiese una necesidad imperiosa, relaciones desagradables siempre, y que á menudo son motivo de desunion. Cuando vió lo orgulloso é intratable que era Gregorio de la Cuesta, conoció cuán acertadas fueron las instrucciones que le dió su gobierno. Dominando Cuesta por algunas horas la inconstancia de la revolucion española, obraba en aquel momento como dueño supremo, y trataba con singular arrogancia á la Junta insurreccional, á la cual, por lo demás, todos querian sustituir cortes. Hasta se decia que iba á anticiparse al voto público disolviendo la Junta, y creando un gobierno allí á su modo. El ceño con que miraba á sus aliados guardaba proporción con el papel que se le suponía, habiendo sido menester largos debates para concertar con semejante personaje un plan de operaciones algo acertado.

El que se presentaba á primera vista, y sobre el que era imposible no ponerse de acuerdo, consistía en reunir entre Almaráz y Talavera, ó entre Talavera y Toledo, á los tres generales Wellesley, Cuesta y Venegas, para marchar todos juntos sobre Madrid. Calculábase las fuerzas de Venegas, quien se hallaba en la Mancha con diez y ocho mil hombres, las de Cuesta en treinta y seis mil, y las de sir Arturo Wellesley en veinte y seis mil, sin exagerar. Era esta una fuerza imponente, que hubiera podido destruir á los franceses, á no componerse mas de sus dos terceras partes de tropas españolas (1). Puestos de acuerdo sobre la reunion, tratábase de saber cómo se ejecutaria, y segun el parecer bien fundado de sir Arturo Wellesley, se convino en que hacia el 20 ó el 22 de julio haria Venegas un alarde de fuerzas sobre Madrid, procurando pasar el Tajo en las inmediaciones de Aranjuez; que atraídos entonces los franceses sobre la parte alta del Tajo, se aprovecharia esta circunstancia para reunir el ejército inglés al principal ejército español, esto es, al de Cuesta; y que en seguida subirian el Tajo marchando por las dos orillas, para ir á ayudar á Venegas en las cercanias de Toledo. Hubo un punto que fué motivo de grandes dificultades. Hecho prisionero el valiente general Franceschi por un guerrillero famoso, el Capuchi-

(1) Si esto lo dice Thiers respecto á que nuestros soldados no eran tan aguerridos ni estaban tan bien organizados como los franceses, tiene sobrada razon; pero si habla de su condicion moral, de su valor, nuestras tropas eran tan valientes como las primeras, y lo demostraron mil veces bien á costa de los compatriotas del autor. (N. del T.)

no, bandido (1) que le maltrató horriblemente, esto probaba al general inglés de un modo seguro habia llegado á Zamora el mariscal Soult; pero sir Arturo Wellesley creia tendria éste que estar ocupado mucho tiempo en rehacerse, é ignoraba se habian reunido tantas fuerzas bajo su mando.

Pensaba, pues, que guardando las dos gargantas por donde se desemboca de Castilla la Vieja en Estremadura, esto es, las de Perales y Baños, estarian exentos de todo peligro por este lado. Por lo demas, él se encargaba de guardar la garganta de Perales, situada mas cerca de Portugal, por medio de los destacamentos de Beresford; pero la de Baños, situada mas cerca de Cuesta, le parecia debian defenderla las tropas españolas. Tenia para obrar de este modo una razon de mucho peso, cuál era no dispersar las tropas inglesas, únicas con que se podia contar en un dia de batalla, y dedicar á usos accesorios á los españoles, cuyo número importaba poco en un encuentro decisivo, pues mas servian de estorbo que de utilidad (2) Despues de

(1) ¿Por qué era bandido? ¿por mandar una partida contra los franceses, ó por haber maltratado al prisionero, suponiendo que esto fuese verdad? Si lo primero, ya conocerá Thiers en su *justicia histórica*, que tanto preciniza, no merece el nombre de bandidero quien defiende á su patria; si lo segundo, ¿qué tiene de extraño no respetaran á los prisioneros nuestros partidarios, cuando los franceses pasaban á cuchillo á cuantos cogian, segun cuenta el mismo Thiers?

(N. del T.)

(2) Figúrasenos un si es no es injusta la opinion que de las tropas españolas tenia el general inglés, quien sabia que, aunque no bien fogueadas ni adiestradas en la

vivos altercados, pusieron de acuerdo, enviando a las órdenes del general Wilson, unos cuantos miles de españoles, otro tanto número de portugueses y unos mil ingleses, a lo largo de las montañas que separan a Estremadura de Castilla, a fin de flanquear a los ejércitos combinados. Disputaron en seguida sobre los viveres y los medios de transporte que los españoles habían ofrecido proporcionar a los ingleses con tal que se los pagasen, y que no se los daban ni por dinero. A tal punto llegaron las cosas que viendo sir Arturo Wellesley que los españoles estaban bien provistos, y sus soldados carecían de todo, amenazó con que se retiraría si no se les proporcionaba con más exactitud lo que les hacía falta, á lo cual contestaron los españoles que nunca tenían los ingleses bastante, que no sabían sino quejarse, y que lo que les parecía un estado de miseria, éralo para los españoles de abundancia, contradicción que se explicaba fácilmente en la diferencia de costumbres y modo de vivir.

Arreglado todo esto bien ó mal, sir Arturo Wellesley volvió el 13 a Plasencia, y después de esperar algún tiempo para que se reunieran algunos destacamentos que todavía quedaban atrás, marchó hacia el Tietar, que atravesó sin dificultad el 18 de julio. En seguida se dirigió sobre Oropesa, se reunió con Gregorio de la Cuesta por los puentes de Almaráz y del Arzobispo, y rechazó la retaguardia del cuerpo de Victor hacia Talavera, donde entró el 22 de julio. Wellesley quería atacar á los

táctica moderna, se batían en batallas campales, de lo cual habían dado ya más de una prueba.

(N. del T.)

franceses inmediatamente, sabiendo que no se habían reconcentrado aun, y lisonjeándose poder derrotar con el ejército combinado, que se componía de más de sesenta mil hombres (veinte y seis mil ingleses, y treinta y seis mil españoles), á los veinte y dos mil franceses de Victor (1); pero Gregorio de la Cuesta declaró que no estaba preparado, y por esto dejaron que el cuerpo de Victor se retirara tranquilamente detrás del Alberche, arroyuelo que baja de los montes, y desagua en el Tajo algo más allá de Talavera.

En aquel momento fué cuando los franceses supieron al fin de un modo terminante la marcha de los generales coaligados, y la reunión por los boquetes de Almaráz y del Arzobispo de los ejércitos inglés y español. Hacia unos quince días que recibieron aviso del movimiento que emprendió sir Arturo Wellesley hacia Abrantes y Alcántara, pero dudaban cuál sería su dirección ulterior, donde se reunirían con los españoles, y el plan de campaña que adoptarían. Este plan era ya evidente, y del 20 al 21 de julio, lo participó el mariscal Victor á Madrid. Por lo demás, como no sabía si le apoyarían, pasó el Alberche, y estaba resuelto á retroceder más lejos todavía, hasta otro arroyuelo que se precipita en el Tajo desde las alturas de Guadarrama, cuyo nombre lleva.

Advertido José el día 22, y aconsejado por el mariscal Jourdan, tomó al instante un partido, y

(1) Las tropas inglesas no llegaban á veinte y dos mil hombres, y las que mandaba Victor ascendían á veinte y cinco mil. El número de españoles es exacto.

(N. del T.)

se decidió á dirigir todas sus fuerzas al encuentro del ejército combinado. De seguro no podía hacer cosa mejor, pues tenía á su disposicion el cuerpo del general Sebastiani (4.º cuerpo), que separando tres mil hombres para guarnecer á Toledo, todavía conservaba diez y siete ó diez y ocho mil soldados escelentes; tenía el del mariscal Victor, que, fuera de todo desfalco, contaba veinte y dos mil tan buenos como aquellos; y podía sacar de Madrid una brigada de la division Dessoles, la guardia y alguna caballería ligera, formando una reserva de cinco mil hombres y catorce piezas de artillería, lo cual presentaba un total de cuarenta y cinco mil hombres de la mejor calidad. Bajo el mando de un general habil, semejante fuerza hubiera sido mas que suficiente para derrotar al ejército combinado, que ascendía de sesenta y seis á sesenta y ocho mil hombres, incluyendo en ellos el destacamento del general Wilson situado en los montes, pero veinte y seis mil de los cuales únicamente eran verdaderos soldados. Ni siquiera hubiese habido tampoco la menor duda acerca del resultado si se hubiera dejado en Villacastin al mariscal Mortier, pues habria podido trasladarse á Toledo en dos jornadas, y con un refuerzo de diez y ocho á veinte mil soldados veteranos hubiera tenido tal superioridad el ejército francés que no hubiese podido resistir el anglo-español.

Desgraciadamente iba á sacrificarse esta ventaja de tanto precio á la idea de reunir en un solo cuerpo los tres del Norte, idea concebida por Napoleón, á seiscientas leguas de distancia del teatro de la guerra, y con tres meses de antelacion al momento en que debían verificarse los sucesos. No

obstante, aun podía repararse el inconveniente de esa reunion intempestiva, mandando que el mariscal Soult marchara de Salamanca hacia Avila para ir á desembocar entre Madrid y Talavera, y si no habia medio de poder reunir inmediatamente sus tres cuerpos, encaminar el que primero estuviese pronto, sin perjuicio de hacer se juntara á él el segundo mas tarde, y luego el tercero. Aunque solo llegara el del mariscal Mortier, que se hallaba dispuesto hacia tiempo, bastaba para asegurar á José una superioridad decisiva. Este y el mariscal Jourdan concibieron en efecto esa idea, pero juzgando se perderia mucho tiempo en llevar hacia Madrid las fuerzas del mariscal Soult, y que si se le hacia desembocar directamente de Salamanca sobre Placencia, podria estar el 30 ó el 31 de julio sobre la retaguardia de los ingleses, mejor quisieron darle esta orden que la de que fuese á desembocar por Avila entre Talavera y Madrid. Habia en esto un inconveniente, el de presentarse al enemigo divididos en dos masas, una de las cuales bajaria el Tajo de Toledo á Talavera, y la otra lo subiria de Almaráz al mismo Talavera, con lo cual se proporcionaba á sir Arturo Wellesley, que estaria situado entre ellas, la posibilidad de batirlas una tras otra, como tantas veces lo habia hecho el general Bonaparte en derredor de Verona. Empero aunque sir Arturo Wellesley era un escelente capitán, no era el general Bonaparte, y sobre todo sus soldados no marchaban como los soldados franceses. Además solo tenía veinte y seis mil ingleses, y con semejante número no podía batir uno tras otro á los cuarenta y cinco mil hombres de José, y á los cincuenta que debia llevar el mariscal Soult. Si este

último recibía el 24 de julio la orden enviada el 23 y se ponía en camino el 26, lo cual era posible, podía estar el 30 en Plasencia, y cogido por la cola el ejército inglés, mientras que se le embistiese de frente, debía sucumbir. Aunque el mariscal Soult no pudiera reunir el cuerpo del mariscal Ney, situado cerca de Benavente, bastaba con que marchara a la cabeza de su cuerpo, el cual constaría de veinte mil hombres, y del que mandaba el mariscal Mortier, que se componía de diez y ocho mil, para destruir a sir Arturo Wellesley que solo tenía veinte y seis mil, y que probablemente, ó sería vencido, ó al menos tendría que batirse en retirada y separado de los españoles, cuando se verificara el encuentro.

El rey José envió al mariscal Soult el general Foy con las instrucciones que acabamos de referir, rogándole eficazmente se pusiera al instante en camino. Por lo demás, Foy, que llegaba del campamento de Soult, afirmó una y otra vez que este último podía estar donde se desease en la época indicada (1). José mandó en seguida al general Sebastiani que se dirigiese por Toledo hacia Talavera á socorrer al mariscal Victor, y partió, el 23 por la noche con su reserva de cinco mil hombres para el mismo punto de reunion. En Madrid dejó al general Belliard con la segunda brigada de Dessoles, y una multitud de enfermos y convalecientes que podían refugiarse en el Retiro en caso de necesidad, y defenderse allí algunas semanas. Un regi-

(1) Esto lo escribo con arreglo á las Memorias del mariscal Jourdan, y la correspondencia de los mismos mariscales.

miento de dragones debía recorrer las orillas del Tajo mas arriba y mas abajo de Aranjuez, para avisar así que apareciese Venegas. A los tres mil hombres sacados del cuerpo de Sebastiani se les dió el encargo de custodiar á Toledo; de modo que desde donde nace el Tajo (1) hasta Talavera, estaban tomadas precauciones sobre la izquierda del ejército francés para paralizar la marcha de Venegas, mientras se hacía frente á don Gregorio de la Cuesta y á sir Arturo Wellesley. Estas disposiciones, que revelaban los consejos de un militar de experiencia (el mariscal Jourdan) y honraban la sensatez del rey que las había adoptado, debían, ejecutándolas bien, producir la total destruccion de los ingleses, pues iban á ser acometidos de frente por cuarenta y cinco mil hombres y á retaguardia por treinta y ocho mil; suponiendo lo menos favorable, ¿qué podían hacer sesenta y seis mil hombres, entre los cuales solo había una tercera parte de verdaderos soldados, contra semejante masa de fuerzas?

José, que, como hemos dicho, salió de Madrid el 23 de julio en la noche, marchó hacia Illescas, y el 25 llegó á Vargas, algo detrás del arroyuelo llamado Guadarrama, hacia el que se había reple-

(1) No solo equivoca Thiers los nombres de las poblaciones españolas y confunde unas provincias con otras, sino ignora el origen de los principales rios. Por si esta traduccion cae en sus manos, advertimosle que el Tajo no nace ni en Aranjuez, ni en Toledo, hácia donde José tomó precauciones, sino en la sierra de Cuenca, y que cuando llega allí ha recorrido ya considerable número de leguas.

gado el mariscal Victor para efectuar su reunion con el general Sebastiani. Aquel mismo dia 25, las tres masas, esto es, las de Victor, Sebastiani y José (Victor con veinte y dos mil quinientos cuarenta y dos hombres; Sebastiani, diez y siete mil seiscientos noventa; y José, cinco mil setenta y siete), se reunieron en Vargas, algo mas allá de Toledo. Si no se hubiera contado tanto con la pronta llegada del mariscal Soult a Plasencia, habria sido mas prudente no avanzar demasiado, mantenerse á tiro de Madrid para contrarestar cualquiera tentativa de Venegas y escoger al mismo tiempo una buena posicion defensiva para atraer á los ingleses al género de guerra que mejor sabian hacer, á la guerra ofensiva. De este modo se hubiera dado tiempo á que el mariscal Soult se preparase, y apareciera en el teatro de los acontecimientos; pero esperando con harta facilidad la pronta aparicion de éste en Plasencia, y no teniendo lo bastante en cuenta los retardos imprevistos que suelen frustrar en la guerra los cálculos mas exactos, no se vaciló en alejar á los coaligados de Madrid marchando en derrechura hacia ellos, y empujandolos hacia Oropesa y Plasencia, donde se creia encontrarian su perdicion. Resolvióse, pues, avanzar á la mañana siguiente, y volver á tomar la ofensiva energicamente, porque eran muy favorables las noticias que se tenían del mariscal Soult. Desengañado al fin sobre la época de la entrada en accion de los ingleses, y renunciando á sus primeros planes, escribió con fecha del 21 que el cuerpo de ejército del mariscal Mortier y el suyo podrian partir de Salamanca el 26, con lo cual, aun dejando atrás al mariscal Ney, podria haber hacia la retaguardia de los

ingleses del 30 al 31 fuerzas en masa suficientes. Conforme á esta noticia, se vaciló mucho menos en avanzar, y empujar á los coaligados hacia Plasencia que se suponía iba á ser para ellos un abismo.

Don Gregorio de la Cuesta, que el 23 no habia estado dispuesto para atacar al mariscal Victor entonces aislado, se animó al ver que los franceses se batian en retirada, y pasó el Alberche en pos de ellos, persiguiéndolos vivamente y escribiendo á su aliado Wellesley no se podia dar alcance á los miserables por la prisa con que huían. Habiendo marchado el 24 y el 25 sobre Alcabon y Cebolla, los encontró el 26 en Torrijos, resueltos aquella vez á dejar que los alcanzara segun habia deseado, al contrario de sir Arturo Wellesley, quien no cesaba de repetirle que marchando de aquel modo iba á hacer que le batieran. Ya veremos cuán acertado andaba el general inglés.

La caballeria ligera de Merlin, perteneciente al cuerpo del general Sebastiani, marchaba en la vanguardia con los dragones de Latour-Maubourg, y don Gregorio de la Cuesta, que sentia tanto la huida precipitada de los franceses, se paro al verlos dispuestos á resistir, apresurándose á retroceder para abrigarse de los ingleses. Entre Torrijos y Alcabon habia que pasar un desfiladero, y para resguardarse durante el paso, presentó en batalla cuatro mil hombres de infanteria y dos mil caballos al mando del general Zayas. El general Latour-Maubourg, que mandaba en gefe las tropas de la vanguardia, desembocó de unos olivares y desplegó sus escuadrones en linea paralela al enemigo. Los españoles hicieron cara al principio, no

viendo delante sino tropas de á caballo; pero así que divisaron la cabeza de la infantería, empezaron á replegarse á toda prisa, y se arrojaron en Alcabon. El general Beaumont se lanzó entonces sobre ellos con el 2.º de húsares y un escuadrón del 5.º de cazadores. El general Zayas trató de oponerse con los dragones de Villaviciosa; pero nuestros húsares los cargaron en todas direcciones, los envolvieron y los acuchillaron, habiendo escapado únicamente unos cuantos. Después de este acto de vigor, se precipitaron los nuestros sobre la retaguardia que huyó mezclada con los cuerpos de batalla (1). Si en aquel momento se hubiera hallado en situación de poder pelear el primer cuerpo (el del mariscal Víctor), todo el ejército español hubiera sido derrotado; pero las tropas estaban cansadas por el calor, el terreno ofrecía muchos obstáculos, y el mariscal no quiso aventurar una nueva acción, aunque el estado mayor de José le instaba á ello vivamente (2).

Limitáronse nuestras tropas á pernoctar en Santa Olalla, y al día siguiente, 27, partieron á las dos de la madrugada para aprovechar el fresco, y se dirigieron hacia el Alberche á fin de llegar aquel mismo día á Talavera, con intención de empujar al ejército combinado hacia Plasencia. El primer cuerpo precedido de la caballería de Latour-Mau-

(1) Esto no es exacto: lo que sucedió fué, que arre-  
drada la infantería al ver que el regimiento de Villavicio-  
sa no podía maniobrar por no permitirse la unos vallados,  
se retiró en desorden, es verdad, pero con una pérdida  
de poca consideración.

(N. del T.)

(2) Así lo asegura el mariscal Jourdan.

bourg, formaba como siempre la cabeza de la columna, y al acercarse al Alberche, se encontró á los españoles que pasaban en desorden aquel arroyo tributario del Tajo, para ir á replegarse hacia Talavera, y á la derecha con una columna de ingleses que habían ido hacia Cazalegas á socorrer á don Gregorio de la Cuesta, á pesar de la repugnancia que les causaba asociarse á sus imprudencias. Desde la cima de una colina que domina el curso del Alberche, se divisaba en la margen opuesta un extenso bosque de encinas y olivos, y mas á lo lejos una porción de cerros muy empinados, fuertemente ocupados, y que se enlazaban por un lado con una elevada cordillera de montañas, por otro con Talavera mismo, y con el Tajo que atraviesa esta población. La mayor parte del ejército inglés había tomado posiciones en aquellos cerros, detrás de una artillería numerosa, parapetos formados con escombros, y sólidos reductos (1). El polvo que se levantaba sobre el bosque de encinas y olivos, probaba que las tropas enemigas que habíamos batido la víspera, estaban en retirada por medio de aquel bosque, y podíamos alcanzarlas antes que hubiesen llegado á la posición atrincherada del ejército inglés. El mariscal Víctor, que tenía suma confianza en sus aguerridos soldados, que aun no conocía á los soldados ingleses, y que gracias á su alta graduación, creía poder tomar mucho sobre sí, se apresuró á pasar el Alberche vadeándolo con sus tres divisiones. En seguida

(1) No había mas que un reducto á medio construir en un altozano situado entre los españoles y los ingleses.

(N. del T.)

avanzó, llevando la division Ruffin á la derecha, la de Villatte en el centro, la de Lapisse en la izquierda, y á la Latour-Maubourg de flaqueador, y envió á decir al rey José mandara le apoyasen el cuerpo del general Sebastiani y la reserva. Bien familiarizado con los sitios, que habia recorrido muchas veces, lisonjébase, si le favorecian las circunstancias, y le apoyaban á tiempo, tomar la posicion por medio de un simple golpe de mano.

Las tropas atravesaron el Alberche en columna cerrada con el agua hasta medio cuerpo, y penetraron con impetu en el bosque. La division Lapisse, que estaba á la izquierda del mariscal Victor, se travó cerca de Casa de las Salinas con la brigada Mackenzie, que formaba la retaguardia inglesa, y empezó á tiros con ella. El 16.<sup>o</sup> de lieros estrechaba de cerca á los ingleses, y donde lo permitia el terreno, les acometia vivamente, hasta que en un claro favorable para poder desplegarse las tropas, el general Chaudron-Rousseau mandó dar una carga á la bayoneta. Los valientes soldados del 16.<sup>o</sup>, deseosos de probar que lo mismo temian á un ejército sólido y regular que á las no aguerridas tropas de los españoles, se lanzaron de pronto sobre los dos regimientos ingleses (el 31.<sup>o</sup> y el 87.<sup>o</sup>) que les oponian, los desbarataron, y les causaron una pérdida de consideracion. Los ingleses cayeron precipitadamente sobre el grueso de su ejército, que habia tomado posiciones, segun acabamos de decir, cerca de Talavera, entre el Tajo y los montes. El mariscal Victor queria seguirlos, pero era preciso esperar á la division Villatte que acababa de pasar el Alberche; era preciso esperar tambien á la caballería y á la ar-

tillería que no habian pasado aun; y sobre todo, era menester se reuniese con todos ellos el cuerpo del general Sebastiani, que se hallaba atrás todavía. Si en vez de un rey animoso, pero sin esperiencia y obligado á consultar con un mariscal anciano, hubiera dirigido el ejército un verdadero general en jefe, que hubiese ido personalmente á la cabeza de su vanguardia á reconocer los sitios, y tomar sus resoluciones á tiempo, se hubiera apresurado á atravesar el Alberche en masa, y aprovechándose del descabro de los ingleses, así como de la confusion con que se retiraban los españoles, quizás se hubieran tomado la posicion del enemigo; pero cada cual seguia su propia direccion, ó esperaba órdenes que no llegaban sino cuando ya estaba dado el golpe, y despues de largas consultas.

Con todo, es preciso reconocer, que era algo tarde para coronar la jornada con un acto tan decisivo, pues el mismo mariscal Victor no llegó al frente de la posicion de los ingleses hasta cerca del anochecer. Al salir del bosque de encinas (1) y olivos que se encontraba mas alla del Alberche, se presentaba una especie de meseta, desde la que se divisaba claramente la posicion de los ingleses. Habia, como hemos dicho, una porcion de cerros, el mas alto de los cuales se mostraba á nuestra derecha cubierto de tropas inglesas y de artillería, y los otros disminuyendo hácia Talavera se veian á nuestra izquierda cubiertos igualmente de tropas y de artillería, pertenecientes al ejército español. En el centro de aquella posicion existia

(1) No eran encinas sino moreras.

(N. del T.)

un gran reducto, erizado de cañones, y custodiado por las tropas de las dos naciones. Mas á lo lejos y á nuestra izquierda, se estendian hasta Talavera y la orilla del Tajo bosquecillos de encinas y olivos, unos derribos y varios cercados, los cuales servian de apoyo al valor del ejército español, que no brillaba, segun hemos dicho muchas veces, sino cuando encontraba amparo en la calidad del terreno (1). Habia alli veinte y cinco ó veinte y seis mil ingleses, treinta y tantos mil españoles, y ademas la division Wilson, á la cual se distinguia á la derecha en los montes dirigiéndose presurosa á reunirse con el ejército principal. Ibamos, pues, á combatir contra sesenta y cinco ó sesenta y seis mil enemigos con cuarenta y cinco mil soldados que nosotros llevábamos (2), pero excelentes, de suerte que suplían la inferioridad del número con su mejor calidad. Lo importante era pelear bien, y no comprometer torpemente su valor, tan firme como fogoso.

Ademas de ser fuerte la posicion de los ingleses y españoles, estaba en relacion con su principal cualidad, que consistia en resistir bien en un puesto defensivo. Para embestirles era preciso atravesar un barranco bastante hondo que los separaba de la meseta á la que nosotros habíamos ido á parar saliendo del bosque, y luego trepar

(1) Esta es una opinion aventurada, desmentida por los hechos.

(N. del T.)

(2) El ejército combinado no llegaba á sesenta mil hombres, y el de los franceses ascendia á cincuenta mil.

(Id.)

bajo el fuego á una cordillera de escarpados cerros. Sin embargo, podia darse la vuelta á esa cordillera por nuestra derecha, gracias á una circunstancia hija del terreno, que se hubiera podido aprovechar con ventaja. Efectivamente, el cerro mas cercano á la posicion de los ingleses, estaba separado por una estensa cañada de la cordillera de montes que rodea el valle del Tajo, y bajando al barranco de que acabamos de hablar, se podia marchar en derechura al enemigo, subir luego á la derecha para introducirse en el valle, y dar la vuelta al cerro que formaba el extremo de la posicion del enemigo, y donde estaba acampada la division Hill. Habia sido preciso llevar alli una porcion considerable de las fuerzas francesas sin que los ingleses lo echasen de ver, y en seguida atacar con decision su linea de frente y por el lado opuesto, siendo probable que con este conjunto de disposiciones se hubiese tomado, como van á convencerse nuestros lectores bien pronto.

El mariscal Victor, que habia notado gran confusion en la retirada de las tropas enemigas, se imaginó que con un ataque de pronto, dado á la caida de la tarde, tomaria el cerro que estaba á nuestra derecha, que dueño de este punto, no podrian sostenerse los ingleses, y que á él solo le cabria la honra de ganar la batalla. Con un general en jefe que hubiera mandado con autoridad y vigor, de seguro no se habria tomado esa resolucion espontanea, resultado de un celo escesivo y de un valor estremado. No se hubiera empezado sin que él lo supiese por un ala y á una hora tan avanzada una gran batalla, sin que él hubiese arreglado el momento y la manera de darla, y sobre

todo, sin haber decidido si era ó no preciso que se diese.

El mariscal Victor, arrastrado por su denuedo é ignorando con qué tropas tenia que habérselas, lanzó la division Ruffin hacia el cerro entre nueve y diez de la noche. Dicha division, una de las mejores del ejército grande, se componia de tres regimientos cabales, el 9.º de lijeros y los 24.º y 96.º de línea, siendo sus gefes dos oficiales de mucho mérito, el general de division Ruffin, y el general de brigada Barrois. El mariscal Victor mandó el 9.º de lijeros que atacase de frente el cerro principal que se alzaba delante de nosotros, al 24.º que diese la vuelta desembocando á la derecha por el valle que nos separaba de los montes, y al 96.º que se dirigiese á la izquierda para apoyar directamente al 9.º. El mariscal conservo las divisiones Villatte y Lapisse de reserva á fin de imponer respeto al enemigo hacia la izquierda. La artilleria asestada en la meseta hubiera podido obrar contra los ingleses disparando por encima del barranco; pero con la oscuridad se temió hacer fuego sobre los nuestros, y se la dejó quieta.

Nuestras tropas se adelantaron con resolucion aunque á oscuras hacia el punto señalado. El 9.º de lijeros que se habia puesto en marcha primero que los otros dos, bajó de la meseta al barranco, y embistió de frente al cerro que se trataba de tomar. Habiendo notado los ingleses este movimiento, rompieron un fuego mortífero, aunque dirigido en las tinieblas, sobre nuestros valientes soldados, pero no lograron detenerlos. Estos subieron las cuevas de la posicion, rechazando á la bayoneta la primera línea que se les puso delante, y siempre

bajo el fuego contrario, llegaron hasta la cima. Ya habian tocado algunas compañías del 9.º de lijeros á la cumbre del cerro, y hasta se habian apoderado de algunos ingleses, cuando al ver el general Hill que aquellos atrevidos soldados no tenían apoyo ni por la derecha ni por la izquierda, dirigió contra su flanco parte de sus tropas, y los paró en su triunfo. Atacado el 9.º de frente y por la izquierda, tuvo que retroceder, dejando en la cima del cerro un buen número de muertos y heridos. Causó este descalabro el haberse retardado el 96.º, cuyo regimiento, habiendo encontrado en el fondo del barranco obstáculos imprevistos, invirtió en atravesarle mas tiempo que el que se habia supuesto, y la tardanza tambien del 24.º, que penetró á la derecha en la cañada y se extravió en ella. Al llegar al terreno del combate esos dos regimientos, encontraron al 9.º de lijeros en retirada, pero no en derrota, y conservando bajo el fuego de los ingleses una serenidad imperturbable. Por lo demas, habia perdido trescientos hombres en aquella tentativa abortada, saliendo herido de tres balazos su coronel Meunier. Victor creyó que no debia llevar mas lejos aquella refriega nocturna, y pensó que convenia dar algun descanso á unas tropas, que habiendo salido de Santa Oalla á las dos de la madrugada, peleaban cerca de Talavera á las diez de la noche. Los nuestros acamparon en el mismo sitio donde se hallaban, en la meseta situada en frente de los ingleses. En la izquierda la caballeria enlazaba las tropas del mariscal Victor con las del general Sebastiani y de la reserva, que al fin habian pasado el Alberche, y se habian desplegado frente al centro del enemigo. Los dragones de Mil-

haud observaban en la extrema izquierda el camino real de Talavera, dónde empujados vivamente los españoles por nuestra caballería, se hallaban en una confusión extraordinaria, tomando posiciones como podían. Sumamente azorados, creyeron que les atacábamos al oír los tiros de fusilería de la división Ruffin, y se pusieron á disparar en la oscuridad, sin saber ni contra quien ni por qué (1). Así es que á la mañana siguiente sostuvieron habian tenido que rechazar la noche anterior un ataque violento; y lo mas imperdonable es que los ingleses situados tambien en aquella parte repitieron esta falsedad (2).

El dia 28, dia memorable en nuestras guerras de España, formando empeño el mariscal Victor en reparar el descalabro accidental de la vispera, quiso entrar en accion al amanecer, no dudando se apoderaria del cerro cuando se ejecutase el ataque con la homogeneidad conveniente. Al recorrer el

(1) Una alarma falsa fué la causa de ese fuego que cesó á poco tiempo.

(N. del T.)

(2) El segundo ataque que Thiers desmiente con tanta seguridad lo dió el general Lapisse contra una division inglesa, habiendo sido rechazado como el primero. Hubo pues, dos ataques, el de Ruffin, dado, no á las diez de la noche, sino al oscurecer, y el de Lapisse, ya bien entrada la noche. Y si no, ¿cómo es que habiendo resuelto el mariscal Victor, según cuenta el mismo Thiers, emprender la accion á la caída de la tarde (*chute du jour*), no lo verificó hasta entre nueve y diez de la noche? ¿Por qué no lo dice Thiers? Sus mismas palabras están, pues, en contradiccion con los hechos, y no sabemos por qué niega una cosa ajustada á su misma narracion.

(Id.)

terreno á caballo, viendo que el ejército inglés estaba situado en la porcion de cerros, el principal de los cuales se habia atacado, y el ejército español detrás de los cercados, los escombros y los bosques, se persuadió de nuevo que tomando el cerro que estaba situado frente por frente á nuestra derecha, arrancando en cierto modo de su posicion el ejército combinado, seria arrollado sobre Talavera, y probablemente precipitado en el Tajo. Resolvió, pues, atacar inmediatamente y con todo vigor, mandando decir al rey José dirigiese sin tardanza hacia el centro del enemigo las tropas del general Sebastiani y de la reserva, á fin de que los ingleses no se arrojasen en masa sobre él, mientras estuviese ocupado contra el extremo de su linea.

Tomando tambien espontaneamente esta atrevida resolucion, quiso proporcionar á la division Ruffin la ocasion de que se desquitara del no triunfo de la vispera, y le mandó cayera sobre el cerro con sus tres regimientos á un tiempo. En seguida situó la division Villatte de reserva detrás, y encargó á la division Lapisse con los dragones de Latour-Maubourg fingiese en la izquierda un movimiento sobre el centro de los enemigos. Empero no bastaba un ataque fingido si se queria impedirles que se arrojaran en masa sobre la division Ruffin.

Esa valiente division púsose en movimiento efectivamente al amanecer introduciendo solo un cambio en el orden de marcha. El 9.º, diezado ya en la primera tentativa, debia atacar á la derecha por la cañada; el 24.º que no habia llegado á entrar en lucha con el enemigo, debia atacar en el

centro y de frente, y el 96.º a la izquierda como la vispera. Estos tres regimientos bajaron al barranco, lo atravesaron bajo el fuego de toda la division Hill con una firmeza que causó admiracion al ejército inglés, subieron las primeras cuestas, y llegaron al terreno que formaba el primer piso, digamoslo así, de aquel cerro, oponiendo a los disparos de fusil y a la metralla una sangre fria incomparable. Sir Arturo Wellesley, que estaba colocado en medio de su ejército y se portaba como un verdadero general, conoció claramente que la division Lapisse, formada a la izquierda de la de Ruffin, no se hallaba a tiro de poder obrar, y mucho menos el resto del ejército francés. Cuidando entonces de lo que mas urgía, dirigió parte de su centro, compuesto de las tropas del general Sherbrooke, sobre la division Ruffin, y tratada ésta en aquel momento como lo habia sido el 9.º por la noche, es decir, cogida por el flanco, mientras sufría de frente un fuego terrible, se vió obligada a retroceder. Retrogradó leutamente, quitando a los ingleses el valor de que la persiguieran; pero pagó con una pérdida enorme su atrevido ataque, y su brillante retirada. Cerca de quinientos hombres por cada regimiento, ó lo que es lo mismo, mil quinientos por toda la division, quedaron tendidos en las gradas de aquel cerro fatal, contra el que habian ido a estrellarse dos ataques sucesivos ejecutados con extraordinario heroismo.

El mariscal Victor, que no habia escaseado su presencia en los sitios de peligro, conoció que contra semejantes tropas no se tomaba una posicion por asalto. No desanimandose, sin embargo, y teniendo fé en la victoria, dejó el ataque decisivo pa-

ra cuando pudiera obrar todo el ejército francés. Eran las diez de la mañana, cuando acudió José á donde se hallaba el primer cuerpo, para desempeñar al fin su papel de comandante en jefe, y deliberó con el mariscal Jourdan, el mariscal Victor y el general Sebastiani acerca del partido que se debía tomar. Antes de decidir cómo se atacaria, era preciso saber primero que nada, si se atacaria, es decir, si se daria la batalla: esta era la primera cuestion que habia que resolver, y en la que se dividieron los gefes. El mariscal Jourdan con su gran esperiencia se pronunció contra la idea de combatir, dando, para fundar su opinion, razones excelentes. Segun él, se habia frustrado la ocasion de tomar las posiciones del enemigo, que acababa de reconocer, y cuyos lados fuertes y endebles sabia ahora. Para tomarlas se debió, cuando todavia ignoraban los ingleses el verdadero punto de ataque, haber dirigido la noche anterior a la cañada una parte considerable del ejército francés, conservando el resto en linea para encubrir este movimiento, atacar luego de pronto, con vigor y homogeneidad, el cerro principal antes que el enemigo pudiera llevar allí suficientes medios de defensa, y tomado el cerro, arrollar el ejército combinado hacia Talavera y el Tajo, donde se le hubiera podido hacer sufrir un verdadero desastre. Ya no era tiempo de obrar de este modo, pues, sir Arturo Wellesley estaba advertido con las dos tentativas hechas, del verdadero punto de ataque, era de día y se notaria cualquier movimiento, y porque el general enemigo no dejaria de llevar a la izquierda tantas tropas como nosotros a la derecha; además que ejecutando este cambio de frente, no teniamos para retirarnos en caso de

ser derrotados, sino los caminos intransitables que conducen á Avila, y de ser necesario emprender la retirada, no podriamos verificarla sino sacrificando la artilleria y los equipages del ejército. En semejante estado de cosas, era dudoso el ataque de frente, y el de costado demasiado tardío á mas de peligroso para la retirada, siendo preciso por lo tanto contemporizar, replegarse detrás del Alberche, escoger allí una posicion defensiva, y esperar á que el mariscal Soult con sus tres cuerpos reunidos fuese á desembocar á retaguardia del ejército anglo-español.

Lleno de ardor el mariscal Victor, descoso de desquitarse de las dos infructuosas tentativas de la vispera y de aquella mañana, y confiando en la energia de sus tropas, sostuvo que sus ataques no habian tenido resultado por falta de apoyo hacia el centro, y que si el cuarto cuerpo, esto es, el del general Sebastiani, se dirigia seguido de la reserva contra el centro del ejército inglés, se comprometia solo con su cuerpo á apoderarse del cerro que era la llave de la posicion. Repitió varias veces que seria preciso renunciar á la guerra si con tropas como las suyas, no tomaba la posicion del enemigo; y José, colocado entre la fria prudencia del mariscal Jourdan, y la fogosidad entusiasta del mariscal Victor, vacilaba sin saber qué partido tomar, cuando llegó una carta del mariscal Soult anunciando que á pesar de lo que habia prometido, no podia estar hasta el 3 de agosto sobre la retaguardia de los ingleses. Sin embargo, el cuerpo del mariscal Mortier estaba el 26 en Salamanca, el del mariscal Soult, se hallaba el mismo dia, la mitad en Salamanca y la otra mitad en Toro, y al parecer nada debia im-

pedirle estar el 29 ó el 30 en Plasencia con treinta y ocho ó cuarenta mil hombres. Sea como quiera, estábamos á 28, y habia que esperar seis dias la aparicion del mariscal Soult: ¿se podria durante esos seis dias hacer frente á sir Arturo Wellesley y á don Gregorio de la Cuesta por un lado, y por otro á Venegas, cuando éste amenazaba ya á Toledo y Arañuez? Estas consideraciones y el ardor que sentia Victor por combatir, hicieron se inclinase la balanza en favor del proyecto de dar la batalla, y se decidió atacar inmediatamente.

Al momento se tomaron las disposiciones, conviniéndose en que el ataque fuese simultáneo de nuestra derecha á nuestra izquierda, á fin de que teniendo el enemigo que defenderse por todas partes, no pudiera llevar refuerzos á ningun punto. El mariscal Victor debia proceder de otro modo que la vispera, y aquella mañana, pues, en vez de trepar directamente al cerro, la division Ruffin penetraria á la deshilada en la cañada que separaba de los montes la posicion del enemigo, iria por el fondo de esa misma cañada á donde principiaba á presentarse el inglés Wilson, y no escalaria el cerro sino cuando hubiese rebasado de él completamente. Durante este tiempo, la division Villatte tendria una de sus dos brigadas al pie del cerro para amenazarle y retener en él á los ingleses, y la otra en la cañada para proteger allí á Ruffin contra la caballeria en masa que se divisaba á lo lejos. En cuanto á la division Lapisse, formando la izquierda de Victor, debia, de consuno con el cuerpo del general Sebastiani, atacar el centro de un modo vigoroso, para atraer allí las mayores fuerzas del enemigo. Cuando este ataque en el centro hubiera pro-

ducido su efecto, y la division Ruffin ganado bastante terreno en la cañada hácia la izquierda de los ingleses, entonces, decimos, debia el general Villatte acometer de frente con sus dos brigadas al cerro, como ya lo habia intentado la division Ruffin, siendo de esperar que si se obraba de esta manera tendria buen éxito el ataque. Los dragones de Latour-Maubourg, con la caballeria lijera del general Merlin, debian dirigirse á la derecha, y seguir á la division Ruffin á la cañada en que parecia, segun acabamos de decir, mucha caballeria inglesa y española. Los dragones de Milhaud estaban destinados á obrar hácia el fin de la izquierda, y á ocupar á los españoles por el lado de Talavera. La reserva de José, situada detras en el centro, tenia obligacion de socorrer á los que lo necesitasen; y por último, la artilleria del mariscal Victor, establecida en la meseta frente por frente á la posicion de los ingleses, debia cubrirlos de proyectiles, disparando por encima del barranco. Con estas disposiciones, ejecutándolas bien, era de esperar fuese nuestro el éxito del combate.

Trasmitidas y recibidas con presteza las órdenes del estado mayor, gracias á la poca estension del campo de batalla, no se principió, sin embargo, á ponerlas en ejecucion hasta las dos de la tarde, á causa de los muchos movimientos de tropas que era preciso verificar. La division Ruffin, bajando á la cañada por un portillo, volvió á subir en columna cerrada sobre el flanco de los ingleses, mientras las dos brigadas del general Villatte, bajando al barranco que nos separaba del enemigo, y haciendo frente una á la cañada, y la otra al cerro, estaban dispuestas á reunirse á Ruffin, ó á vol-

verse para atacar la oposicion disputada con tanta obstinacion desde la vispera. Durante este tiempo, tirando por cima del barranco la artilleria dirigida por el coronel de Aboville, cubria de fuego á los ingleses, y en fin, la division Lapisse se preparaba á caer sobre el centro de la linea, y el cuerpo del general Sebastiani se ponía en movimiento para tomar el reducto en que se juntaban los dos ejércitos combinados; pero mientras se ejecutaban estos movimientos con uniformidad, introdujo en ellos algun desorden un contratiempo. La division alemana Leval que del cuerpo del mariscal Victor habia pasado hácia algunos dias al del general Sebastiani, se hallaba situada á la izquierda de este último, para flanquearle en union con los dragones de Milhaud, en caso de que los españoles quisieran desembocar por Talavera. Teniendo orden de mantenerse á la altura del general Sebastiani, y no distinguiendo bien su puesto por entre los bosques de olivos y encinas que cubrian el terreno, se encontró de repente bajo el fuego del reducto del centro, acometida á la derecha por los ingleses, y á la izquierda por la caballeria española. Los alemanes, formados en cuadro, recibieron á esa caballeria con un fuego á boca de jarro y la dispersaron. En seguida marcharon adelante, y habiendo dejado atrás en su movimiento ofensivo a un regimiento inglés que los atacaba por la derecha, lo envolvieron é iban hacerlo prisionero, cuando fué muerto de un balazo el general de Porbeck que mandaba las tropas badeuses. Merced á este contratiempo, tuvieron tiempo los ingleses de rehacerse, retroceder y salvarse.

Al ver aquella accion prematura el estado ma-

yor de José, quiso detener á los alemanes temiendo que engolfados en la lucha demasiado pronto, hicieran falta mas tarde hácia el flanco de la division Sebastiani, y mandó al general Leval que se retirase. Mas hubiera valido proseguir vigorosamente ese ataque, usando de la reserva si los españoles aparecían de pronto sobre el flanco del general Sebastiani, que retroceder en presencia del enemigo. Sea como quiera, se llevó atrás á la division Leval, pero en medio de los olivos costó trabajo conducir la artillería cuyos caballos había matado el fuego del reducto, y abandonamos ocho piezas que el enemigo convirtió mas tarde en motivo de trofeo.

Después de haber remediado de este modo como se pudo aquel contratiempo, avanzaron los generales Sebastiani y Lapisse, dirigiéndose adelante. El último, á la cabeza del 16.º de lijeros y el 45.º de línea desplegados en batalla, y seguido del 8.º y el 51.º de línea en columna cerrada, embistió á las alturas que flanqueaban el cerro principal enlazándolo con el llano de Talavera, y á pesar del fuego de los ingleses, ganó terreno. El general Sebastiani con su brillante division francesa, compuesta de cuatro regimientos, atacó á la izquierda del general Lapisse. Los ingleses se atrojaron sobre él con furia, pero su brigada de la derecha, mandada por el general Rey, y compuesta de los regimientos 28.º y 32.º, les hizo frente, y los rechazó. La brigada de la izquierda, mandada por el general Belair, se vió acometida a un tiempo por los españoles y por los ingleses, pero se mostró no menos firme que la del general Rey, y como ella hizo frente á una multitud de enemigos. El 75.º y el

58.º contuvieron las cargas de la caballería española, mientras los alemanes de Leval avanzaban de nuevo formados en varios cuadros, y por aquel lado lo mismo que por el de la division Lapisse, se ganaba lentamente terreno. Mientras esto sucedía en la izquierda y en el centro, en la derecha frente al famoso cerro, continuando el fuego la artillería por cima del barranco, causaba un daño mortífero en la division Hill, el general Villatte aguardaba en el fondo del barranco la señal de ataque, y la division Ruffin caminaba en la cañada hacia la izquierda de los ingleses. En aquel momento la caballería portuguesa de Albuquerque, unida á la inglesa, quiso interceptar el camino de la cañada á la division Ruffin, y se dirigió sobre ella á galope. Esta division, al ver venir la carga, se alineó para dejarla pasar, y la caballería anglo-portuguesa, lanzada á escape, recibió de este modo el fuego de Wulfin y de Villatte. Parte volvió atrás; pero el 13.º de dragones ingleses, arrebatado por sus caballos, no pudo regresar. La brigada de caballería lijera del general Strolz, maniobrando con habilidad, esperó á que hubiera pasado, luego se arrojó en pos de él, y le cargó por el flanco y por la cola, mientras los lanceros polacos y los soldados de lijeros de á caballo wesfálenses le atacaban de frente. Aquel malhadado regimiento, envuelto por todas partes, fué acuchillado ó hecho prisionero.

Tal era el estado de las cosas hácia nuestra derecha, cuando en el centro el general Lapisse que guiaba su division personalmente, y se habia encaramado á las alturas ocupadas por el enemigo, á la cabeza del 16.º de lijeros, cayó muerto de un ba-

lazo. Su muerte produjo una especie de conmocion en su division, la cual, cargada al punto por las tropas de Sherbrooke, se hizo atrás. Sabedor el mariscal Victor de aquel contratiempo, partió á galope, y fué bajo el fuego á ordenar sus tropas, volviéndolas a colocar en linea; pero insistiendo el enemigo para conservar aquella primera ventaja, cayó en masa sobre la division Lapisse. En el mismo instante el cuerpo del general Sebastiani, descubierta con el movimiento retrógrado de la division Lapisse, se vió acometido vivamente por su derecha; pero el 28.º y el 32.º, portandose con su acostumbrado valor, se mantuvieron firmes á las órdenes del general Rey, y solo cedieron el terreno preciso para volver a colocarse en linea con las tropas que acababan de retroceder.

Aquel era el momento á propósito para redoblar la energia, llevar la reserva en auxilio de las divisiones Lapisse y Sebastiani y lanzar al fin las dos brigadas del general Villatte sobre el cerro que Ruffin habia conseguido dejar atrás. Efectivamente, todo hacia ver que iba á ser nuestra la victoria, pues metrallados los ingleses por nuestras baterias de la meseta, parecian como turbados, su artilleria desmontada, y casi apagado su fuego (1). Un

(1) Es cierto, hubo un momento en que estuvo comprometida la suerte de la batalla, pero un heroico esfuerzo de la caballeria inglesa, y los acertados disparos de la artilleria anglo-española, hicieron se rehiciesen los cuerpos ingleses que habian empezado á retroceder. Desde entonces, acometidos vivamente los franceses principiaron á ceder terreno, hasta refugiarse, protegidos por su artilleria, á la posicion que ocupaban desde antes de empezarse la accion.

(N. del T.)

esfuerzo simultáneo y vigoroso intentado entonces, debía vencer su tenacidad ordinaria; pero José, que, aunque se habia dejado llevar del ardor del mariscal Victor, conocia el valor de las reflexiones del mariscal Jourdan, viendo estaba el dia muy adelantado, y la victoria dudosa todavía, quiso suspender la accion, sin perjuicio de volver á empezar a la mañana siguiente. De seguro no habia porque desanimarse, pues iba á alcanzar el triunfo; pero como ni estaba acostumbrado á pelear, ni tenia la tenacidad que se necesita en un campo de batalla, mandó suspender el ataque. Eran las cinco poco mas ó menos, y en el mes de julio se podia contar aun con algunas horas de dia para terminar la batalla, de suerte que acudió al instante Victor, haciendo valer la certeza del triunfo si Ruffin, que habia penetrado en la cañada a la altura conveniente, atacaba á los ingleses por detrás, mientras Villatte los atacaba de frente. Alegó ademas la conmocion que se notaba en el enemigo, y todas las razones que habia para llevar á cabo la jornada, oponiendo á sir Arturo Wellesley una constancia igual á la suya. Movido José de estas razones, iba á dejarse llevar del dictamen del mariscal Victor, cuando fueron á decirle algunos oficiales que destacamentos de tropas españolas subian por las orillas del Tajo con direccion segun parecia al Alberche: al mismo tiempo llegaron a toda prisa otros oficiales procedentes de Toledo con la alarmante noticia de haberse presentado Venegas delante de Aranjuez y Madrid. El caracter indeciso de José no resistió al doble efecto de estas comunicaciones: temió le cogieran la vuelta, y confirmado en su aprension por el ma-

riscal Jourdan, que criticaba la batalla, envió á decir al mariscal Victor que se retirase, e indicó al general Sebastiani el momento preciso de su retirada para que éste verificara la suya simultáneamente.

No atreviéndose Victor á desobedecer aquella vez, mandó al general Sebastiani tocarse retirada á eso de media noche, pero reiteró sus instancias á José para que le autorizara á continuar la batalla al día siguiente. José pasó parte de la noche entregado á crueles dudas, rodeado de oficiales que decían unos que nos habia tomado la delantera el enemigo por derecha é izquierda, y otros al contrario que los ingleses permanecian inmóviles en su posición sin poder dar un paso adelante. Colocado de esta suerte entre el temor de que le cogieran la vuelta si perseveraba en combatir, y el que le acusaran de debilidad á los ojos del emperador, si mandaba emprender la retirada, supo de pronto que el ejército dejaba sus posiciones, con lo cual fueron los acontecimientos que él no conducía á sacarle de su irresolución. Efectivamente, habiendo recibido el general Sebastiani el aviso que Victor le dió por obedecer, dedujo de él que debía replegarse, y se replegó en efecto. El mariscal Victor por su parte, que hubiera querido permanecer en posición para volver á empezar el combate á la mañana siguiente, al ver que Sebastiani se retiraba, acabó por retrogradar también, y el 29 al amanecer todo el ejército estaba en movimiento para repasar el Alberche. Así, pues, la casualidad dió principio á aquella batalla, y la casualidad la concluyó (1). A mayor abundamiento

(1) La orden de retirada espedida casi sin motivo, y

to, nuestro ejército pasó el Alberche sin ser perseguido, y llevándose consigo todos sus heridos, todos sus bagages y toda su artillería, excepto las ocho piezas que la division Leval dejó en un olivar (1). Los ingleses, temiendo á suerte el haberse librado de nosotros, se hubieran guardado muy bien de perseguirnos, pues habian tenido varios generales muertos ó heridos, y de siete á ocho mil hombres fuera de combate, cinco mil de los cuales eran de sus tropas, y el resto de los españoles, siendo nuestra artillería la que principalmente

que el mariscal Victor no comunicó al general Sebastiani sino por obedecer, pero con la esperanza de que seria revocada, fué motivo de disputa entre el rey José y el mismo Victor. Yo he leído las Memorias de uno y otro dirigidas al emperador, juez de todos ellos, y comparándolas imparcialmente, he extractado los pormenores que refiero aquí. He creído que debía reunir los documentos de ese proceso singular, y por lo estensos que son, los dejo para la conclusion de este tomo, á fin de dar una idea del caos de voluntades que habia donde no estaba Napoleon. Con eso se verá también que al pintar las pasiones de la época, estoy muy lejos de asociarme á ellas y de reproducir su lenguaje.

(1) Los que ocultaron á Napoleon la pérdida de su artillería, como mas adelante verán nuestros lectores, naturalmente rebajarian también en sus partes y escritos el número de piezas. Las que los franceses dejaron en el campo de Talavera, fueron diez y seis ó diez y siete, de algunas de las cuales se apoderó el ejército combinado en el olivar de que habla Thiers, no porque no pudieran los franceses sacarlas, como refiere mas atrás, sino porque la caballería española se las quitó, atropellando á las tropas que las protegían. Las demás, cayeron despues en poder del ejército anglo-español.

(N. del T.)

hizo ese destrozo en sus filas. No fué menor nuestra pérdida, pues tuvimos seis mil heridos y uaos mil muertos, figurando entre estos últimos el general Lapisse, militar dignísimo, y varios otros generales y coroneles, también muertos ó heridos.

Indudablemente se hubiera ganado la batalla que quedó indecisa (1), si el mariscal Victor no

(1) No estamos conformes con el autor, á quien ofusca sin duda el amor patrio, pues á pesar de que se muestra en su obra tan injusto con los españoles, no queremos hacerle el agravio de suponer preside siempre el espíritu de parcialidad en sus juicios. Si se entiende por batalla perdida, como al parecer quiere Thiers, aquella en que queda completamente derrotado un ejército, y los soldados que no mueren ó caen heridos huyen desbandados, ni se ganó ni se perdió la de Talavera; pero si como dicta la razón y enseñan los buenos principios militares, se pierde una acción de armas cuando uno de los dos ejércitos combatientes no logra el intento que se propone al atacar, deja en el campo mucha gente, sale de él sin una gran parte de la artillería, y abandona sus posiciones tocando retirada de noche, puede y debe decirse que ha sido vencido. Y si el ejército derrotado consta de cerca de cincuenta mil hombres agueridos contra unos veinte y dos mil, (Thiers dice que aunque el ejército anglo-hispano se componía de sesenta mil hombres, sola una tercera parte eran verdaderos soldados, sirviendo los otros mas que de utilidad de estorbo); si las posiciones que ataca una y otra vez están muy lejos de ser insuperables, pues ya hemos manifestado en otra nota que solo había un reducido por concluir, con doble mayor motivo es perdida la batalla. Lo mas que podrá decirse es que los franceses se batieron en Talavera con su fogosidad acostumbrada, que dieron muestras de valor, que mataron mucha gente á los españoles, ingleses y portugueses, y que se retira-

hubiese atacado intempestivamente y en solo un punto, lo mismo la víspera que aquella mañana; si cuando el ataque parcial se convirtió en general, se hubiera dado tiempo a que la derecha secundara la acción de la izquierda; si no se hubieran retirado demasiado pronto nuestras tropas; si no se hubiese terminado la acción como empezó, esto es á la aventura; si en todo, por último, no hubiese reinado la confusión, por no entenderse y por falta de voluntad. La batalla de Talavera es una de las mas importantes é instructivas de la guerra de España, pues ofrece por si sola una imagen completa de lo que pasaba en aquel país, donde se veía a soldados heroicos perder los frutos de su heroísmo por falta de dirección. Si el rey José y el mariscal Jourdan se hubiesen dejado llevar únicamente de lo que les dictaba al uno su buen criterio y al otro su experiencia, de seguro hubieran obrado mucho mejor que no colocados por una parte entre generales insubordinados, y por otra la autoridad demasiado lejana de Napoleon; entre una desobediencia que desconcertaba todos sus planes, y una voluntad que por lo largo de la distancia, los paralizaba sin guiarlos. Talavera resumía completamente ese triste estado de cosas.

José, á quien llevaba hacia Madrid mas que ron en orden. En cambio se dirá del ejército combinado que se defendió con bizarría, que rechazó varias veces al enemigo, que le cogió artillería, que mató tanta ó mas gente que la que perdió él, y que le obligó con su resistencia á levantar el campo. En una palabra, que ganó la batalla.

(N. del T.)

nada el temor de los peligros que amenazaban á aquella capital, se dirigió hácia Santa Olalla, de ningún modo, preciso es reconocerlo, con la precipitación de un vencido, pues no lo era, sino al contrario, con la lentitud de un enemigo temible á quien el cálculo y no la derrota obliga á alejarse. Sus soldados mostraban la arrogancia que convenia á su valor, y querian volver á encontrarse con los ingleses; pero la actitud de estos últimos probaba no serian perseguidos, y se esperaba por otra parte verlos reducidos bien pronto á una situación cruel, con la próxima llegada del mariscal Soult sobre su retaguardia. Sin embargo, José dejó á Victor hácia el Alberche para que los observara, y tomara en los acontecimientos la parte que le tocara así que apareciera Soult. En seguida á fin de contener al general Venegas y proteger á Madrid, se dirigió hácia Toledo y Aranjuez con el cuerpo de Sebastiani y la reserva, que á pesar de la gente que habían perdido eran mas que suficientes para hacer frente al ejército de la Mancha, al cual habia ya batido de plano el general Sebastiani solo.

Aunque sir Arturo Wellesley recibió al día siguiente de la batalla de Talavera la brigada Crawford, es decir, un refuerzo de tres ó cuatro mil hombres, habia salido tan maltratado que le era imposible dar una nueva batalla. La mayor parte de sus cañones estaban desmontados, sus municiones habían disminuido mucho, y en cuanto á sus soldados, tenían absoluta necesidad de reponerse de los violentos esfuerzos que habían hecho. Así no era de temer renovase una maniobra propia de Napoleon y por cuya no ejecución se le criticó despues, la de

ir á caer sobre el mariscal Soult despues de haber hecho frente al rey José, y batirlos de este modo uno tras otro. En cada siglo, cuando ciertas maneras de obrar han tenido buen éxito, se las convierte en tipo obligado, y se quiere que este tipo sirva de modelo á todo, criticandose con arreglo á él los actos de todos los hombres de la época. Efectivamente, Napoleon censuró despues al mariscal Jourdan por haber llevado el mariscal Soult hácia Plasencia, en vez de llevarle por Villacastin á Madrid, cuando con ello se colocaba á sir Arturo Wellesley entre los dos ejércitos franceses, proporcionándoles la ocasion de alcanzar un brillante triunfo; y á su vez los críticos que han juzgado á Wellesley le censuraron por haber dejado escapar esa ocasion venturosa; pero ninguna de estas dos censuras es fundada. Para llevar al mariscal Soult hácia Madrid por Villacastin, y de Madrid hácia Talavera, se necesitaban ocho ó diez dias mas, y de tal suerte se veian los nuestros acosados por los tres ejércitos de sir Arturo Wellesley, don Gregorio de la Cuesta y Venegas, que era peligroso esponerse á semejante retardo. Además, desembocando con cincuenta mil hombres sobre Plasencia, tenia el mariscal Soult bastantes fuerzas para no temer encontrarse él solo con el ejército inglés. Lo mas sencillo seguramente, hubiera sido dirigir el cuerpo del mariscal Mortier hácia Talavera por Avila, sin perjuicio de encaminar mas tarde el mariscal Soult por Plasencia sobre la retaguardia de los ingleses derrotados; pero las órdenes de Schœnbrunn impidieron se obrase de este modo tan natural, colocando á Mortier á las órdenes de Soult. No habia, pues, por qué criticar al mariscal Jourdan. En

cuanto á sir Arturo Wellesley, sus soldados no marchaban como los del general Bonaparte en Italia, y con los diez y ocho mil ingleses que le quedaban despues de la batalla de Talavera, que quizá ascenderian á veinte y dos mil con la llegada de la brigada Crawford, ¿qué hubiera hecho contra los cincuenta mil hombres del mariscal Soult? Evidentemente nada, sino esponerse á un desastre. No hay, pues, motivo para criticarle por no haber conseguido una gran victoria.

Por lo demás, apenas había tenido sir Arturo Wellesley veinte y cuatro horas para reponerse de aquella ruda batalla, cuando supo por los hijos del país se preparaban viveres aquende y allende el puerto de Baños, en el camino que va de Castilla á Estremadura. Los avisos recibidos solo hablaban de unos doce mil hombres, lo cual era para alarmarle mucho; de suerte que quiso salirles al encuentro, dejando á don Gregorio de la Cuesta á retaguardia para que observara al mariscal Victor. En su consecuencia se dirigió hacia Oropesa, camino de Plasencia, para recibir á los franceses que avanzaban por aquella parte, y que, segun conjeturaba, debian ser el cuerpo del mariscal Soult batido en Portugal.

Al fin iba á llegar este mariscal, pero tres ó cuatro dias despues del momento en que hubiera podido producir inmensos resultados su presencia. El 26 tenia á mano el cuerpo del mariscal Mortier en Salamanca, y el suyo una jornada mas atrás; poniéndose en marcha el mismo dia 26 ó el 27, hubiera podido en tres ó cuatro dias ir á desembocar hacia Plasencia, y estar el 30 ó el 31 sobre la retaguardia de sir Arturo Wellesley. Sorprendien-

dole despues de una batalla en que había quedado exhausto de fuerzas, debía con los treinta y ocho mil hombres que llevaba, arrojarle en desorden hacia el Tajo, y hacerle pagar caro la semi-victoria (1) que consiguió en Talavera; pero no atreviéndose á aventurarse sin tener todas sus fuerzas reunidas, quiso esperar al mariscal Ney, que aunque se había apresurado á obedecer, iba de muy lejos para que pudiera juntarse con él en la época indicada. Tambien quiso reemplazar alguna parte de la artilleria que le faltaba, y hasta el 3 de agosto no pudo estar con su vanguardia en Plasencia, lo cual justifica nuestro aserto de que la reunion de los tres cuerpos de los mariscales Ney, Mortier y Soult, causó tanto daño al fin de la campaña como el que había causado su separacion al principio. Sin esa reunion, en libertad el mariscal Mortier, segun hemos dicho varias veces, de poder moverse, y estando en Villacastin á disposicion de José, le hubiera seguido á Talavera, decidiendo la victoria. Batido en aquella jornada, no sabemos cómo hubiera pasado el Tajo el ejército británico, ó llegado á Alcántara, perseguido por soldados franceses, que marchaban doble mas aprisa que los ingleses.

Sea como quiera, habiendo sabido en Oropesa sir Arturo Wellesley que las noticias comunicadas del puerto de Baños eran incompletas, pues llega-

(1) No sabemos como conciliará Thiers eso de llamar semi-victoria al triunfo que consiguió el ejército combinado despues de haber dicho que la batalla quedó indecisa.

ban por él cuarenta ó cincuenta mil hombres en vez de doce mil que se anunció en un principio, creyó no podía tomar mejor partido que ponerse á cubierto detrás de la línea del Tajo, con lo cual de vencedor que se jactaba ser, iba a pasar al estado de vencido, con todas las consecuencias de la derrota mas completa. No había que perder momento hallándose como se hallaba entre Victor, que podía revolverse sobre él, y el cuerpo de Mortier, que avanzaba presuroso precediendo al mariscal Soult. Resolvió atravesar el Tajo por el puente del Arzobispo que estaba mas cerca, aunque pasando ese puente, era preciso para ir al camino real de Estremadura, bajar por la margen izquierda del rio hasta Almaráz por caminos casi intransitables. Afortunadamente para él, el mariscal Victor, á quien José había dejado hácia el Alberche para que observara a los ingleses, receló de los flanqueadores de Wilson que recorrían los montes, y al ver que avanzaban por su derecha, hácia Madrid, se replegó en direccion a esta capital. Si hubiera estado en el Alberche, acometido el ejército español al pasar el rio, hubiese podido sufrir enorme daño. Sir Arturo Wellesley repasó, pues, el puente del Arzobispo, abandonando en Talavera cuatro ó cinco mil heridos, que recomendó á la humanidad de los generales franceses, y mucho material que no pudo llevarse. Esos heridos equivalían a otros tantos prisioneros que nos proporcionaban todos los trofeos de la victoria, como si hubiéramos ganado la batalla de Talavera. Wellesley fué á tomar posiciones frente por frente á Almaráz, en las alluras que dominan el Tajo, y allí aguardó á que su artillería hubiera recorrido los caminos espantosos de

la margen izquierda del rio, desde el puente del Arzobispo hasta el de Almaráz. Los españoles de Cuesta se encargaron de defender el primero de esos dos puentes, y oponerse á la marcha de los franceses.

El mariscal Mortier, que iba á la cabeza, desembocó de los montes, y se encontró frente al Arzobispo los dias 6 y 7 de agosto, seguido muy de cerca del mariscal Soult, que formaba el cuerpo de batalla. El ejército que llegaba tan tarde, queria como es natural, señalar su presencia, y no podia dejar evadirse al enemigo sin tratar de causarse alguna descalabro. En su consecuencia, se resolvió tomar el puente, lo cual era un alarde de fuerza mas bien que una operacion seria. El mariscal Mortier se encargó de esa empresa atrevida, y la ejecutó el 8 de agosto. Los españoles habian obstruido el puente construyendo en él parapetos, colocado infanteria en dos torres situadas en medio del puente, levantado en la margen opuesta, tanto á la derecha como á la izquierda, fuertes baterías, y formado en las alturas de detrás el grueso de su ejército. Protegidos por semejantes obstáculos, se creian invencibles, pero el mariscal Mortier buscó un vado algo mas arriba, y descubrió uno á algunos centenares de toesas, por donde podian pasar la caballería y la infantería. Mientras la artillería francesa acribillaba el puente asi como las baterías establecidas á derecha é izquierda, los dragones del general Caulaincourt atravesaron el vado, protegidos por una multitud de volteadores (1), y seguidos por

(1) Alguno de nuestros apreciables lectores ha estrañado usemos esta palabra, y justo es espliquemos por qué

los regimientos de línea 34.º y 4.º Don Gregorio de la Cuesta quiso detenerlos oponiéndoles la infantería formada en varios cuadros, pero los dragones se lanzaron sobre ella y la acuchillaron. No tardó sin embargo, en echárseles encima toda la caballería española, tres ó cuatro veces mas numerosa (1), y se hubieran visto en grave peligro, si no hubiesen maniobrado con mucha habilidad y sangre fría, sostenidos por la infantería que les habia seguido. Afortunadamente durante aquella accion tan viva,

rendimos tributo á la moda, introduciendo en el idioma castellano *volteadores*, de *voltigeurs*, que dicen los franceses. Napoleon tenia en sus ejércitos regimientos de cazadores tanto de infantería como de caballería, los cuales se llamaban *chasseurs*, y como con el nombre de *voltigeurs* se designa en Francia á los soldados que en España componen la compañía de cazadores de cada batallon, si tradujéramos simplemente que Caulaincourt iba protegido por una multitud de cazadores (*nuée de voltigeurs*), no se sabria si estos cazadores eran de los de á caballo, de los regimientos de cazadores de á pie, ó de la compañía de cazadores de cualquier batallon de lijeros de línea. Para evitar esta confusion, tienen los franceses dos palabras en vez de una como los españoles, y siguiendo nosotros el ejemplo de nuestros soldados y paisanos en la guerra de la independencía, que, en su ignorancia de la lengua francesa, llamaban con sumo instinto *voltisures* á los *voltigeurs*, lo cual prueba la necesidad de distinguirlos de *chasseurs*, traducimos *volteadores*, voz que á lo menos es castellana.

(N. del T.)

(1) Esto es inexacto: los que pusieron en aprieto á la caballería francesa, fueron únicamente unos trescientos húsares del regimiento de Estremadura, bizarros ginetes que cesaron por no haberles apoyado á tiempo los de Alburquerque.

(Id.)

dirigiéndose hacia el puente el primer batallon del 40.º a pesar del fuego que hacian los españoles, forzó los parapetos, y abrió paso á la infantería del mariscal Mortier. Este atacó por detrás las baterías de los españoles, y se apoderó de ellas, desde cuyo momento no pudiendo mantenerse firmes los españoles, huyeron abandonándonos treinta piezas de artillería, gran número de caballos, y ochocientos hombres entre heridos y prisioneros. Ese acto de vigor probaba lo que eran los cuerpos del antiguo ejército, y los oficiales que los mandaban.

Dueños de los puentes del Tajo, tratábase de saber si los franceses perseguirian al ejército anglo-español fugitivo á la sazón, pero que se tenia por victorioso unos cuantos dias antes. Tenian á su disposicion los puentes del Arzobispo y de Talavera; mas para llegar á la carretera de Estremadura, única por donde podia transitar la artillería de grueso calibre, era preciso bajar hasta el de Almaráz, cuyo arco principal estaba cortado, habiéndose suplido esta falta momentáneamente con barcas destruidas ya. Para conducir los ingleses su artillería por la margen izquierda hasta el camino real de Estremadura, frente al portillo de Almaráz, habian invertido cinco dias, empleando en ello todos los brazos del pais. Era preciso, pues, ó seguirlos casi sin artillería, para combatirlos en posiciones inexpugnables, ó echar en Almaráz un puente, para lo cual faltaban materiales. Por lo tanto, no era de ningún modo oportuno perseguirlos, á no ser que se quisiera ocupar el pais desde el Tajo al Guadiana, desde Almaráz á Mérida, ó bien emprender inmediatamente la marcha á Andalucía; pero la primera de estas operaciones era de poca utilidad, porque

con haber estado durante meses los ejércitos beligerantes en el país comprendido entre el Tajo y el Guadiana, había quedado arruinado, y en cuanto á la segunda, la estación era sobrado calorosa y los víveres andaban demasiado escasos para emprenderla en la actualidad. Mas valia esperar á la recolección, á que concluyeran los grandes calores, y sobre todo á que llegasen instrucciones de Napoleón, las cuales eran indispensables despues del trastorno que había sufrido el plan de campaña de aquel año. Detuvimos, pues, en el puente del Arzobispo, despues del brillante hecho de armas que nos valió su conquista, y mientras no se emprendian las operaciones ulteriores, el estado mayor de José distribuyó en el Tajo las tropas del mariscal Soult, volviendo á enviar á Castilla parte de ellas. El 3.º cuerpo (el del mariscal Mortier) se situó en Oropesa para observar el Tajo desde Almaraz á Toledo. El 2.º (el del mariscal Soult) se estableció en Plasencia para vigilar las salidas de Portugal; y por último, el mariscal Ney, á quien era conveniente alejar de Soult, regresó á Salamanca, para disolver las partidas del duque del Parque, que infestaban á Castilla la Vieja. El intrépido mariscal se puso en marcha el 12, atravesó el puerto de Baños combatiendo y dispersando á las hordas de Wilson, y probó, ejecutando esa penosa marcha en menos de cuatro días, que se hubiera podido llegar mas pronto á espaldas del ejército inglés.

Durante este tiempo se había retirado á Trujillo sir Arturo Wellesley, y de Trujillo se proponia marchar hácia Badajoz. Reducido á unos veinte mil hombres, obligado á dejar á los franceses sus enfermos y heridos, é indispuerto con los generales

españoles por los víveres, por las operaciones que se debian ejecutar, por todo, en una palabra, no había salido mejor librado que el general Moore en su expedición al interior de España. Así se volvió convencido mas que nunca de que era preciso reducirse á la defensa de Portugal, y no penetrar en España sino en caso de urgencia, y con probabilidades de buen éxito casi seguras. Por lo demas, nada mas triste que las cartas que escribia á su gobierno (1).

Al separarse de los generales españoles, les aconsejó no se aventuraran á dar una batalla, sino que se limitaran á defender el terreno montuoso de Estremadura entre el Tajo y el Guadiana, barrera tras de la cual podrian reorganizarse, y aun recibir ayuda del ejército británico, si merecian se les continuara dando esa ayuda; pero eran muy poco capaces de apreciar y seguir tan prudentes consejos.

El primero que debió haber hecho uso de ellos era Venegas, que se había dirigido hácia Madrid, mientras sir Arturo Wellesley y Cuesta se reunian en Talavera, y contra quien marchaban en aquel momento subiendo hácia Toledo, José y el general Sebastiani. Despues de hacer avanzasen algunas partidas hasta mas alla del Tajo, se había apresurado á replegarse á la parte de aca, al saber la vuelta del ejército francés, y se había detenido en Almonacid, frente por frente á Toledo, en una fuerte posición, donde creia desafiar con treinta mil hombres á las fuerzas que José podia dirigir contra él. Mejor hubiera hecho seguramente en seguir los

(1) Al fin del tomo se verán estas cartas, con los documentos relativos á la batalla de Talavera.

consejos de sir Arturo Wellesley; pero no hizo ningun caso de ellos, y resolvió esperar á los franceses en las alturas de Almonacid.

Habia situado su izquierda en una colina elevada, el centro en una meseta y la derecha en las alturas escarpadas de Almonacid, alturas dominadas por otra posicion mas escarpada todavia, en cuya cresta se divisaba un castillo del tiempo de los moros. El general Sebastiani, adelantandose al rey José, se habia dirigido por el puente de Toledo al encuentro de Venegas, y habia llegado delante de él el 40 de agosto por la tarde. Despues de las pérdidas de Talavera, contaba a lo sumo con quince mil hombres, y el rey José le llevaba cinco mil. El 41 por la mañana mandó á la division Leval que atacara la izquierda de Venegas, siendo los polacos los primeros que se encaramaron á la colina que ocupaban los españoles. Venegas arrojó sobre ellos parte de su reserva; pero los alemanes que acudieron á socorrer a los polacos, resistieron el choque, y tomaron la izquierda de los españoles, mientras los cuatro regimientos franceses de la division Sebastiani, números 28.º 32.º 58.º y 75.º embestian al centro y la derecha, seguidos de la brigada Godinot que pertenecia á la division Dessoles. De todo nos apoderamos, y los españoles se vieron obligados á replegarse hacia el castillo de Almonacid. Hubiéramos podido coger la vuelta á esta posicion; pero los aguerridos regimientos de Sebastiani y Dessoles no querian ahorrarse dificultades. Treparon bajo el fuego á posiciones casi inaccesibles, y acabaron de derrotar á los enemigos que quedaban. Matamos ó herimos á los españoles tres ó cuatro mil hombres,

hicimos prisioneros otros tantos, y les cogimos diez y seis piezas de artilleria. Los franceses, á causa de las posiciones atacadas, perdieron mas gente que de costumbre, pues tuvieron trescientos muertos y cerca de dos mil heridos.

Retirado hácia Badajoz el ejército inglés, obligado á seguirle el ejército de Cuesta, y disperso enteramente el de Venegas, nada tenia ya que hacer José sino regresar á Madrid. Volvió, pues, á él despues de enviar al mariscal Victor á la Mancha y dejar al general Sebastiani en Aranjuez. Por lo demás parecia como victorioso á los ojos de los españoles, pues Gregorio de la Cuesta, Venegas y sir Arturo Wellesley (este con mas reserva, cual convenia á un general de tanto mérito), habian anunciado su próxima ida á Madrid, y la libertad de España. Lejos de poder realizar estas pomposas promesas, se retiraban unos y otros hácia el Guadiana, los ingleses desanimados, y los españoles, no desanimados, pero sí dispersos. José podia, pues, presentarse en su capital con todas las apariencias de la victoria. Solo los jueces sensatos, los que conocian los medios acumulados en España, y las esperanzas que se concibieron respecto á aquella campaña, podian apreciar las operaciones de aquel año, comparando los resultados que se esperaban con los obtenidos.

Con trescientos mil soldados veteranos, los mejores que ha tenido nunca Francia, y cuyo número efectivo ascendia á doscientos mil combatientes, nos habiamos prometido estar en julio en Lisboa, en Sevilla, en Cadiz, en Valencia; y sin embargo, estabamos, no en Lisboa, no en Oporto siquiera, sino en Astorga; no en Cadiz, no en Sevilla, sino

en Madrid; no en Valencia, sino en Zaragoza! La tenacidad de los españoles, su furia patriótica y brutal (1), su presunción que les libertaba de caer en el desaliento, el auxilio eficaz de los ingleses, la desunión de nuestros generales, lo distante que se hallaba Napoleon, su direccion que de tan lejos impedía que Jourdan y José aprovecharan con su buen juicio las ocasiones que les ofrecía la fortuna, eran las causas generales de la gran diferencia que había entre lo que se esperaba y lo realizado. Pasando de las causas generales á las particulares, preciso es añadir, que si en vez de enviar el mariscal Soult á Portugal con solo su cuerpo, se le hubiera enviado con el mariscal Mortier; que si resignándose Soult á intentar esa expedición con medios insuficientes, no hubiera dejado á su espalda á La Romana sin destruirle; que si no hubiera perdido el tiempo en Oporto, no se hubiera dejado sorprender, ó hubiese emprendido una retirada mejor; que si de vuelta á Galicia, hubiera ayudado mejor al mariscal Ney; que si habiendo obtenido una reunión de tropas, de desear en marzo y sensible en junio, no las hubiera retenido inútilmente en Salamanca; que si pudiendo como pudo José entonces reunir á sí el cuerpo de Mortier, se hubiera presentado en Talavera con fuerzas irresistibles; que si no teniendo estas fuerzas, hubiera contemporizado y aguardado al mariscal Soult, ó si no aguardándolo hubiera atacado en

(1) Despues de la inexactitud en unos hechos, de la exageración en otros, y de la parcialidad en casi todos, solo faltaba la injuria.

(N. del T.)

Talavera con mas homogeneidad y constancia; y si no realizándose nada de esto, el mariscal Soult hubiera marchado mas aprisa hácia Plasencia, los ingleses habrían sido victoriosamente rechazados de España, y castigados de un modo cruel por su intervencion en la Peninsula. Con una ó dos de estas faltas menos, hubiera cambiado la suerte de la guerra!

Cuando Napoleon, que se hallaba en Schœnbrunn, ocupado en negociar y en preparar sus ejércitos de Alemania por si principiaban de nuevo las hostilidades, supo los sucesos de la Peninsula, se afectó profundamente, porque para que las negociaciones fuesen ventajosas necesitaba no verse obligado á combatir otra vez, que todo le saliese bien donde quiera, y que Austria no encontrara motivos de esperanza en los acontecimientos que tenían lugar en otras partes. Sin acusarse á sí propio por lo que le tocaba en las faltas cometidas, sin dejar de ser hombre, á pesar de lo grande que era, y no queriendo ver faltas sino en los demas, juzgó con severidad á todo el mundo. Manifestó mucho sentimiento por haber cortado tan pronto la disputa entre los mariscales Ney, Mortier y Soult, con la reunión de tres cuerpos al mando de este último, y censuró al mariscal Soult porque marchó á Portugal sin haber destruido á La Romana, porque no tomó un partido en Oporto, porque no abrió comunicaciones con Zamora, y porque emprendió una triste retirada. Concibió extrañas sospechas sobre lo que había pasado en Oporto, y hasta tuvo momentos en que se enfureció tanto que pensó someter el mariscal á un juicio criminal; pero existía ya el proceso del general

Dupont, asunto espinoso y grave, había tenido que castigar a medias al príncipe de Ponte-Corvo, y demasiado rigor a un mismo tiempo ofrecía el inconveniente de mostrarse severo para con sus compañeros de armas, á los cuales pedía sin cesar su sangre, y sobre todo revelar la necesidad de acudir á la severidad. Efectivamente, cuántas llagas no iban á descubrirse con el escándalo de semejante proceso! Entre sus lugartenientes, unos habían acabado por desmayar ante la inmensidad de los peligros; otros trataban de insubordinarse, y algunos se hacían ambiciosos, pensando en el destino que había cabido á los hermanos del emperador! Sin embargo, Napoleón no tomó ningún partido: lo que hizo fue llamar á su lado á los oficiales principales que figuraron en Oporto, y mandar se abriese información contra el capitán Argenton y los cómplices que pudiera tener, para castigarlos con todo rigor. Autorizó al mariscal Ney á que volviese á Francia, para sacarle de la posición falsa en que le habían colocado, y guardó silencio con respecto al mariscal Soult, dejándole durante algunos meses en la mayor perplejidad. Por último, no perdonó á José y mucho menos á su jefe de estado mayor, Jourdan, con quien acostumbraba ser injusto. A uno y otro les censuró amargamente porque habían hecho que el mariscal Soult desembocara por Plasencia y no por Avila, reconvenccion no merecida, como hemos demostrado en otra parte. Con más razón les reconvinó por no haber esperado para dar la batalla, á que llegara el mariscal Soult; luego por no haberla dado con uniformidad, ni haber insistido con mayor energía en atacar las posiciones ene-

migas: en fin, por haber peleado con cuarenta y cinco mil hombres contra sesenta y seis mil, cuando con Victor, Sebastiani, Soult, Mortier y Ney había cerca de cien mil. Estas reconvencciones eran justas; pero en parte tenía él la culpa por las disposiciones adoptadas desde Schönbrunn sin conocimiento de los hechos. Su crítica, por lo demás, llena de esa exactitud, de esa penetración de que solo él se hallaba dotado en grado tan eminente, nada reparaba, y únicamente tenía la triste ventaja de desahogar su descontento, afligiendo á su hermano. Se enfureció más que nada por que no se le dijo había perdido su artillería la división Leval, y añadió con razón que así que pudiera ir á pasar algún tiempo en España, acabaría pronto la guerra. En fin, mandó se esperase á que hubieran terminado los calores para proseguir las operaciones, y sobre todo á que hubiesen concluido las negociaciones de Altenburgo, porque, firmada la paz se proponía enviar hacia la Península las fuerzas que atraía en aquel momento hacia Austria. A mayor abundamiento, mientras escribía á José que la batalla de Talavera se había perdido, decía, en Altenburgo que se había ganado (asertos tan falso el uno como el otro), y hacia referir con todos sus pormenores el estado lastimoso en que se retiraba á Portugal el ejército inglés, porque los sucesos le interesaban únicamente por el influjo que podían ejercer en las negociaciones entabladas con Austria.

Empero aun tenía que luchar con dificultades que le preparaban los ingleses, ora para ir á socorrer al Austria, á la cual habían vuelto á comprometer, ora para satisfacer su ambición maríti-

ma. Desde que principió la campaña, no habian cesado de prometer a la corte de Viena harian una expedición a las costas del continente, y por costas del continente entendian las costas septentrionales, porque cualquiera expedición que se enviara á España, aunque fuese muy útil para la política marítima de la Gran Bretaña, era en aquel momento casi indiferente para el Austria. Un ejército inglés de mas ó de menos en España no podia hacer ir á Austria ó sacar de ella un regimiento francés; pero sucedia lo contrario con una tentativa hacia las costas de Francia, Holanda ó Alemania, pues dirigiendo esa tentativa contra las costas de Francia ó de Holanda, se atraia allí los esfuerzos destinados á Austria, y contra las de Alemania, se podia causar en ella una explosion. Así, desde que empezaron las negociaciones habian estado pidiendo á los ingleses cumplieran su promesa. Por otra parte, como se trataba de destruir puertos, incendiar astilleros, ejercer en una palabra, daño por mar, podia confiarse en su celo, y si tardaban, era preciso imputarlo unicamente á la indole de las cosas, ó á falta de habilidad de su gobierno, que por muy rencoroso y potente que fuera, no obraba con el genio que presidia entonces las operaciones del ejército francés. Habian perdido a Nelson y Pitt, y aunque les quedaba sir Arturo Wellesley, superior á uno y otro, éste se hallaba encerrado en un teatro estrecho, y la administración estaba muy lejos de ser hábil.

Consistia el proyecto de los ingleses, además de los esfuerzos que estaban haciendo por librar á España de los franceses, en destruir en todo el litoral del imperio, los inmeasos preparativos marítimos

de Napoleon. Ya hemos visto antes de ahora que no pudiendo éste sostenerse en el mar con sus escuadras contra la marina británica, no habia renunciado, sin embargo, a combatir á la Inglaterra en su elemento, y habia ideado para conseguirlo vastas combinaciones. En todas partes donde reinaba, donde quiera que ejercia algun influjo, habia preparado innumerables construcciones navales, y segun habia podido, tripulaciones proporcionadas á estas construcciones, reservandose, así que estuviesen disponibles sus ejércitos, formar campos militares cerca de los buques, para enviar de improviso, ya de un punto, ya de otro, grandes expediciones para la India, las Antillas, Egipto, y quizá Irlanda. En Venecia, en Espezia, en Tolon, en Rochefort, en Lorient, en Brest, en Cherburgo, en Boloña, donde la escuadrilla empezaba á podrirse en la inacción, y sobre todo en Amberes, establecimiento predilecto de Napoleon, daban que hacer á los ingleses armamentos de toda clase, les inquietaban de un modo excesivo (con lo cual se justificaban las miras de Napoleon), y les inspiraban el ardiente deseo de alejar de ellos peligros tanto mas alarmantes cuanto menos conocidos eran.

Dos puntos llamaban especialmente su atención durante el año cuya historia referimos; Rochefort y Amberes. En el primero se habia efectuado, de orden de Napoleon, la reunion de escuadras que estaban ancladas en la rada de la isla de Ex, y en el segundo se preparaba un establecimiento inmenso, que por su posicion frente por frente al Tamesis, causaba en Lóndres verdaderos insomnios. El socorro que los ingleses querian llevar á

Austria, socorro interesadísimo, era destruir á Rochefort y Amberes, por muchos esfuerzos que pudiera costarlos. En vista de que habia mas facilidad de obrar contra Rochefort, donde solo existia una escuadra á que prender fuego, se aprestaron pronto; pero como los preparativos contra Amberes eran mas largos, vastos y costosos, esta última tentativa no era sino una amenaza mientras se combatia en Wagram y Talavera.

A principios del mes de abril estaba ya lista la expedición contra Rochefort, donde habia reunidas á la sazón dos bonitas divisiones navales á las órdenes del vice-almirante Allemand, á consecuencia de una combinación de Napoleon muy ingeniosa, pero arriesgadísima, como todas las que tenia que adoptar por mar. Con arreglo á órdenes suyas, el contraalmirante Villaumez, debia salir de Brest con una división de seis navios y varias fragatas, recoger á su paso la división de Lorient, luego la de Rochefort, trasladarse á las Antillas, dejar en ellas socorros de viveres, municiones y gente, volver en seguida á Europa, atravesar el estrecho de Gibraltar, y anclar en Toton, donde se iba preparando poco á poco una gran fuerza naval, ya para reunir la Sicilia á Nápoles, ya para abastecer á Barcelona, ya en fin para amenazar á Egipto, que Napoleon no habia renunciado á recobrar algun día. El almirante Villaumez salió efectivamente en el mes de febrero; pero habiendo tomado la división de Lorient por temor de detenerse allí demasiado, y no encontrando la de Rochefort dispuesta á hacerse á la vela así que él apareciese, se vió obligado á detenerse en el mismo Rochefort. Con esta reunion ascendia á once navios y cuatro fragatas la fuerza

naval surta en aquel puerto. El valiente vice-almirante Allemand que con tanta suerte atravesó en 1808 el estrecho de Gibraltar para hacer se le reuniera Ganteaume, y que habia ejecutado con él la expedición de Corfú, acababa de obtener el mando de la escuadra de Rochefort, con orden de hacerse á la mar á la primera ocasión. El armamento de que disponia era brillante, aunque bajo el aspecto del personal dejaba mucho que desear, como sucede siempre cuando se vé reducida una marina á tener que formarse en las radas. Los ingleses habian concebido el proyecto de destruir la escuadra de Rochefort, por los medios mas terribles que se pudiera imaginar, aun cuando escudiesen á todo lo que permite la guerra en materia de crueldad y barbarie.

No abrigaban la pretension de subir el Charente para presentarse en Rochefort, pues una tentativa de este género exigia un ejército, y no tenían dos á su disposición, sino destruir en bahia la escuadra francesa. Enviaron, pues, al almirante Gambier con trece navios, y gran número de fragatas, corbetas, briks y bombardas delante de la isla Ex, y dicho almirante fué á fondear con osadía en la rada de los Vascos, aprovechándose de que en aquella época no estaban bastante defendidos esos parages, pues entonces solo existia en proyecto el fuerte de Boyardo. Habian resuelto los ingleses convertir en brulotes una masa considerable de embarcaciones, y sacrificarlas, costáralas lo que les costara, á trueque de incendiar la escuadra francesa. Por lo regular cuando se quiere emplear este medio de una legitimidad disputada en la guerra, porque es atroz (como el bombardeo de

plazas si no es absolutamente indispensable), cuando se quiere, decimos, emplear este medio, se echa mano de embarcaciones viejas, á las cuales se las carga de materias incendiarias, y algunas veces hasta de máquinas de explosion. Despues de trasformarlas de este modo en volcanes dispuestos á hacer erupcion, se las conduce delante de una escuadra, y luego, escogiendo el momento en que el viento y la corriente las llevan hacia el objeto, se las abandona prendiéndoles fuego y no retirando las tripulaciones hasta que la inminencia del peligro obliga á salvarlas en lanchas. Una sola basta muchas veces para producir inmensos destrozos, siendo este medio mas peligroso cuando la escuadra que se ataca es numerosa y está apiñada, pues en cualquier parte donde caigan los brulotes, hay seguridad de que causaran daño. Como es natural se aumenta el riesgo segun es la cantidad de brulotes, y á los ingleses se les ocurrió la idea de que fuesen treinta, lo cual no se habia visto nunca, y solo era posible á una marina infinitamente poderosa, que tenia en su material viejo recursos considerables que poder sacrificar. El dedicar treinta embarcaciones á perecer para destruir quizá tres ó cuatro, era obrar con un furor que no calcula el mal que sufre, con tal de hacerlo al enemigo. Se llevó la pasion por destruir hasta el extremo de colocar entre esas embarcaciones-brulotes, fragatas y aun navios, á fin de que la fuerza de impulso fuese mayor contra los obstáculos que los franceses pudieran oponerles. Los ingleses permanecieron anclados unos veinte dias para preparar aquella expedicion de que no habia ejemplo en los anales de la marina, disponiendo á medida que las iban

recibiendo, en las embarcaciones destinadas á perecer, las materias que debian hacerlas tan formidables.

El vice-almirante Allemand, al verlos fondear tanto tiempo en la rada de los Vascos, no dudó existia un proyecto incendiario contra el puerto de Rochefort y la escuadra. Colocó, pues, sus once navios y sus cuatro fragatas en dos líneas muy inmediatas la una de la otra, y apoyadas á la derecha por los fuegos de la isla de Ex, y á la izquierda por los de la parte baja de la playa, presentaban una direccion, no opuesta á la corriente, sino paralela, de manera que los cuerpos flotantes destinados á dar sobre ellos, en vez de chocar, pasaran por delante. El vice-almirante añadió á esto la precaucion de una doble estacada, una á cuatrocientas toesas, y otra á ochocientas, formada de madera flotante fuertemente atada, sujeta á unos anclotes que se habian echado á cierta distancia unos de otros. A medida que iba acercándose el momento critico, organizó en varias divisiones las lanchas y los botes de los buques, los armó con cañones, y mandó tripularlos con hombres intrépidos, que provistos de ganchos, estaban encargados de empujar los brulotes y apartarlos. Dispuso estuviesen de guardia por las noches á lo largo de las estacadas, ordenó se desarbolasen todas las velas inútiles para dar al fuego el menos alimento posible, colocar en la sentina todas las materias inflamables, quitar, en fin, todos los objetos que pudieran servir de asidero á los ganchos, pues lo peligroso en los brulotes es que al caer sobre los buques con que tropiezan, se quedan agarrados á ellos por las partes salientes que hay en la arboladura ó en el

caso. Pidió además al puerto de Rochefort muchos materiales que no pudieron proporcionarle, porque casi siempre se carece de ellos después de una larga guerra que no ha sido afortunada. Sea como quiera, con los recursos de que disponía, hizo cuanto pudo para libertarse de la catástrofe, que creía temible, pero que estaba lejos de poder figurarse tan terrible como debía serlo.

El 11 de abril en la noche, con viento muy pronunciado de Noroeste que soplabá hacia nuestra línea de fondeadero, y á hora en que la marca seguía igual dirección, aparecieron los ingleses en varias divisiones de buques grandes y pequeños, con intención manifiesta de envolver nuestra escuadra. Una división de fragatas y corbetas se destacó en seguida dirigiéndose hacia la estacada: eran las fragatas y corbetas que escoltaban los brulotes. Esperando el vice-almirante Allemand, con arreglo á los ejemplos que se conocían, habérselas con cinco ó seis brulotes quizá, había mandado que los botes estuviesen sin cesar estacionados á lo largo de las dos estacadas, cuando se vió de pronto una línea inflamada de treinta brulotes, los cuales abandonados repentinamente por sus tripulaciones, continuaron dirigiéndose hacia la escuadra francesa, arrastrados por el viento y el oleaje. Jamás se había visto un espectáculo semejante. Tres de aquellas espantosas máquinas saltaron cerca de las estacadas y las rompieron. Las demás, arrojando mixtos encendidos de todo género como volcanes en erupción, se llevaron al impulso de las olas y del viento los restos de las estacadas, y se esparcieron alrededor de nuestros buques. En vano quisieron las divisiones de botes

empujar con los harpones aquellas embarcaciones-brulotes: eran de demasiado calibre para que pudiesen detenerlas simples lanchas, y arrastraban consigo á los temerarios que se asian á su costado. Al ver aquellas treinta máquinas inflamadas, pocos corazones había que no se conmoviesen, no por el riesgo, al cual está acostumbrado la gente de mar, sino por el temor de que fueran destruidos todos los buques sin pelear.

En aquella confusión horrible, mezclada de espantosas detonaciones, y aterradoras llamaradas que mostraban el peligro sin alumbrar la defensa, era imposible recibir órdenes ni darlas. Cada capitán, entregado á sí propio, no tenía que pensar sino en su buque, y hacer lo que pudiera para salvarse. Lo primero que todos hicieron fué tratar de libertarse de los brulotes que iban á asirse á sus costados. El navío almirante *Océano*, tenía tres con que luchar. El medio mas seguro de zafarse de aquellas funestas embestidas, era picar los cables, y huir á donde se podía, aferrándose á nuevas anclas para no destrozarse en la playa. También se empleaba otro medio, disparar sobre los brulotes á fin de echarlos á pique; y como cada cual había perdido su puesto en la línea de fondeadero, y todos andaban mezclados, se disparaba sobre los nuestros al mismo tiempo que sobre los enemigos. Por fortuna salvaronse nuestros buques sin gran daño en varios puntos de la costa, escurriéndose por medio de anclas echadas una tras otra. Los en que se declaró fuego á bordo, consiguieron apagarlo; y en cuanto á los brulotes, encallados acá y allá en las islas inmediatas, unos saltando en el aire con horribles detonaciones, y otros lanzando

cohetes, granadas y bombas, ardian iluminando á lo lejos la rada. Al amanecer, tuvimos la satisfaccion de ver a las treinta embarcaciones incendiarias encalladas como nosotros, acabando de consumirse y sin haber incendiado á ninguno de nuestros buques. Hasta allí los ingleses solo habian destruido en su rabia riquezas inglesas.

Empero no habia terminado la escena. Nuestros buques, segun acabamos de ver, picaron cables, y fueron a encallar en el desembocadero del Charente, desde el fuerte de Fouras hasta la isla de Euett. Desgraciadamente, cuatro de ellos sorprendidos por la marea baja, se habian quedado sujetos en las puntas de una cadena de rocas que se llaman las Palas, y que forman uno de los dos lados del desembocadero de Charente. Esos buques eran el *Calcuta*, el *Trueno*, el *Aquilon* y el *Varsovia*. Casi todos los capitanes obedeciendo a un impulso espontaneo, habian arrojado la polvora al mar, por miedo de una explosion en caso de incendio, y otros se vieron privados en medio de aquella confusion de sus botes y de los marineros que los tripulaban, de modo que no se hallaban en estado de poder defenderse. Exasperados los ingleses con el poco efecto que habian producido sus brulotes, querian, veyendo á atacar á los cuatro buques encallados en las Palas, apresarlos ó destruirlos, y desquitarse así de la inutilidad de su atroz combinacion. El *Calcuta*, acometido por varios navios y fragatas, acribillado á cañonazos en todas direcciones, y pudiendo apenas hacer uso de su artilleria, se defendió algunas horas, pero en seguida lo abandonó el capitan Lafon, quien, teniendo únicamente doscientos treinta hombres,

creyó, en la imposibilidad en que se hallaba de defender su navio, debía salvar la tripulacion. ¡El desventurado ignoraba á qué rigores iba á esponerse! El *Calcuta* así abandonado, saltó en el aire algunos instantes despues. El *Aquilon* y el *Varsovia*, no pudiendo defenderse, se vieron obligados á arriar pabellon, y los ingleses los incendiaron, prendiéndoles fuego ellos mismos. Otras dos explosiones enteraron á la escuadra de la suerte de esos dos navios. Por último, el *Trueno*, haciendo agua se arrastro con trabajo á la isla Madame, y á pesar de que el capitan Clemente Laronciere echó al mar la artilleria, el lastre, todo cuanto pudo sacrificar para alijerarlo, no consiguió levantarlo. Despues de hacer esfuerzos inauditos bajo el fuego de los ingleses, viéndose condenado á zozobrar en la marea alta, desembarcó su gente en la punta de una roca, desde donde podian trasladarse cuando estuviese baja la marea á la isla Madame, y en seguida saltó él en tierra el último, prendiendo antes fuego á su navio, que se fué á pique de este modo bajo el pabellon francés.

Así, pues, de once navios perecieron cuatro, no por el choque con los brulotes, sino por el deseo de evitarlos. El bravo almirante Allemand estaba desesperado aunque habia salvado á siete, sin contar con las fragatas, que, escepto una sola, todas se libertaron. Mandó conducirlos á bahía y desarmarlos, convirtiéndose su desesperacion en una irascibilidad tan grande, que fué imposible dejarle el mando de Rochefort. El ministro Decrès le envió á Tolon con las tripulaciones, las cuales, hicieron el viage por tierra, á fin de armar los buques del Mediterraneo, pues antes de que en Rochefort

podiera formarse una nueva division, era preciso construir otras obras. El almirante Gambier regresó á las costas de Inglaterra, con la gloria dudosa de una expedicion atroz, que habia costado á aquella nacion mucho mas que á la Francia. El resultado mas positivo de esa nueva expedicion fué intimidar profundamente á todas nuestras escuadras surtas en radas, é introducir una especie de alarma en el ánimo de la mayor parte de nuestros gefes de escuadra, quienes veian brulotes en todas partes, é ideaban las precauciones mas estrañas para librarse de ellos. El ministro Decrès, á pesar de su estraordinario talento, no se eximió tampoco de aquella fuerte emocion, y propuso al emperador hiciera entrar en Flesinga la brillante escuadra construida en los astilleros de Amberes, y anclada á la sazón en las bocas del Escalda; pero el almirante Missiessy, que era un hombre impasible, inteligente y enérgico, se negó á ello, diciendo que en Flesinga estaria espuesta á perecer por las bombas ó las calenturas de Walcheren, en una inmovilidad deshonorosa. Respondió de que maniobraria en el Escalda, de manera que no perderia su honra ni la escuadra, y obtuvo una libertad de accion de que no tardó en hacer un uso glorioso. El emperador no dispuso otra medida sino que se sometiera á un consejo de guerra á los infelices capitanes que perdieron sus buques en la rada de Rochefort.

No era la expedicion referida la que mas empeño tenian en ejecutar los ingleses. Sin duda se hubieran mostrado muy satisfechos si hubiesen destruido en bahía á una de nuestras principales escuadras; pero mas que nada querian librarse de la

inquietud, exagerada por lo demás, que les causaba Amberes. Figurábanse como siempre que con el tiempo podrian salir de aquel puerto, no los diez buques que entonces estaban anclados en Flesinga, sino veinte y treinta que Napoleon tenia medios de construir, y sobre todo una flotilla, mucho mas peligrosa que la de Boloña, pues podia en una marea desembarcar un ejército de las bocas del Escalda en las del Támesis. El gran armamento que habian prometido á Austria para antes que concluyeran las hostilidades, y que desde la tregua de Zaaim ofrecian para antes que terminaran las negociaciones, lo acababan en aquel momento, no con el fin de insurreccionar la Alemania, sino con el de destruir los establecimientos marítimos de los Países Bajos.

Por dos razones se decidian á dirigirse hácia Amberes: por lo importante que era este puerto, y porque esperaban no hallar en él ningun preparativo de defensa. Unos espías enviados á aquellos sitios les habian manifestado que solo habia siete ú ocho mil hombres en las orillas del Escalda, desde Gante hasta Berg-op-Zoom. Con osadía, podian ir mas lejos aun, causar inmensos destrozos, y esparcir un colorido bien fatal sobre la politica que llevando todas nuestras fuerzas á Lisboa, á Madrid, á Viena, no guardaba ningunas para proteger nuestras playas. Estremado era, pues, su ardor por una expedicion á las bocas del Escalda, y habian resuelto dedicar á ella cuarenta mil hombres á lo menos, y mil dcientos á mil quinientos buques. En ningun siglo se habia visto una expedicion naval tan considerable, si sus armamentos llegaban á tomar la estension proyectada; pero el tiempo que

se invirtiera en preparar esa expedición debía ser proporcionado á su magnitud.

Puesta á discusión desde el mes de marzo, y resuelta en abril, en el momento en que Napoleón partía para Austria, no estaba armada el día de la batalla de Wagram, ni había llegado el de la de Talavera. El gabinete británico quería consagrar á ella el ejército del general Moore, experimentado ya, y una masa considerable de embarcaciones de todos tamaños; pero se necesitaba completar ese ejército, y aumentarlo mucho para que ascendiera á cuarenta mil hombres; y como era preciso embarcar un gran tren de batir, había que reunir la enorme cantidad de cien mil toneladas de transporte. La marina real podía proporcionar veinte y cinco mil; quedaban, pues, setenta que buscar, ya sacándolas de los arsenales del Estado; ya pidiéndolas al comercio; pero muchas embarcaciones habían sido enviadas á las costas de España para el servicio de sir Arturo Wellesley, y no quería quitársele este medio indispensable de retirada, porque siempre había que preveer podía ocurrir un descalabro en la Península. Era preciso, pues, procurarse nada menos que la inmensa suma de setenta y cinco mil toneladas de transporte, y tan apasionado estaba el gabinete británico por la realización de esa empresa magna, que pensó echar mano por su propia autoridad sin perjuicio de pagarlos mas tarde, de todos los buques neutrales que había á orillas del Tamesis. Se renunció, sin embargo, á este recurso por no introducir un nuevo motivo de alarma en las relaciones comerciales, contentándose con subir el flete á un precio exorbitante. Hecho esto, se preparó

el material, se aumentó el ejército con voluntarios escogidos entre los antiguos milicianos, y de plazo en plazo se fué pasando de mayo á junio, y de junio á julio. Apenas estaban listos á fines de este mes, y era preciso apresurarse, pues si no se obraba antes que Napoleón hubiera recabado la paz del Austria, tendrían al frente los ejércitos franceses sacados de las márgenes del Danubio, y cualquier expedición de ese género se convertiría en una empresa insensata, sin contar con que se dejaba otra vez destruir á los aliados mas seguros.

Del 24 al 25 de julio estaban listos para marchar con treinta y nueve mil hombres de infantería, tres mil de artillería y dos mil quinientos de caballería (el total cerca de cuarenta y cuatro mil hombres), nueve mil caballos y ciento cincuenta piezas de á veinte y cuatro ó gruesos morteros, todo lo cual se embarcó en cuarenta navios de línea, treinta fragatas, ochenta y cuatro corbetas, bricks y bombardas, cuatrocientos ó quinientos transportes, y una infinidad de lanchas cañoneras. No se había visto una cosa por el estilo. Debían salir de Portsmouth, Harwich, Chatham, Douvres y las Dunas, pues, dueños como eran del mar, solo presidia el espíritu de conveniencia en la elección de los puntos de salida. Sir John Strachan mandaba la escuadra, y lord Chatham el ejército, siendo la comisión que llevaban tomar á Flesinga si se podía y destruir al mismo tiempo la flota del Escalda, ir en seguida á prender fuego á los astilleros de Amberes, y en fin, obstruir el paso del Escalda sumergiendo en él cuerpos de gran dimension que imposibilitasen el tránsito á la navegacion. Como se ve el objeto era de igual magnitud que los medios.

Habian invertido mucho tiempo en discutir qué plan seria mejor, consultando ya á holandeses emigrados, ya á oficiales ingleses retirados que hicieron las campañas de Flandes en 1792 y 1793. Dos fueron los planes principales propuestos: desembarcar en Oostende, y trasladarse por tierra á Amberes, marchando por Brujas y el Sas de Gante, ó bien ir por agua subiendo el Escalda. Andar veinte y cinco ó treinta leguas por tierra, en territorio francés y á presencia de una nacion tan beligerá como la nuestra, les pareció demasiado espuesto, y sin embargo, era el único plan que tenia probabilidades de buen éxito, pues apenas hubieran encontrado en su camino tres ó cuatro mil hombres diseminados por todo Flandes. Poniéndose en marcha antes que pudiéramos nosotros enviar socorros (el envío de estos socorros exigia quince ó veinte dias cuando menos), hubieran llegado á Amberes sin disparar un tiro, incendiado los artilleros así como la escuadra, y reembareándose en los buques de transporte conducidos al pie de Amberes, así que empezaran á aparecer tropas francesas; pero la idea de atravesar semejante estension del territorio del imperio, fué un espantajo que les hizo renunciar á ese plan. Quedaba el de subir el Escalda navegando hasta Batz y Santvliet, punto en que el Escalda de golfo se convierte en rio; pero este proyecto se prestaba también á dudas y disputas.

Diez leguas mas abajo de Amberes se divide el Escalda en dos brazos: el uno de ellos corriendo directamente á Oeste, desemboca en el mar entre las baterías de Flesinga y de Breskens, de suerte, que á causa de su dirección se llama Escalda Occidental; y el otro se ladea en Santvliet al Norte,

pasa entre el fuerte de Batz y la plaza de Bergop-Zoom, va á desembocar á Noroeste, y lleva el nombre de Escalda Oriental, únicamente porque no corre como el anterior tan directamente á Oeste. Uno y otro, mas anchos y menos profundos que el Escalda superior compuesto de los dos brazos reunidos, se dirigen al mar por entre una porcion de bajos, ofrecen por lo tanto muchos obstaculos á la navegacion, y bañan una comarca llamada Zelândia. Esta comarca, que es la mas baja de Holanda y que está formada de terrenos inferiores, la mayor parte de los cuales se hallan al nivel del mar, debe su existencia á diques muy altos, y presenta en el verano verdes praderas, frondosos sauces y eriguídos alamos, pero bajo ese aspecto risueño encubre una muerte horrorosa, pues descubierta por la marea dos veces al dia, exhala miasmas pestilenciales que salen del légamo que las olas le llevan sin cesar con su flujo y reflujo. Así entre todas las fiebres, no hay ninguna mas funesta que las calenturas llamadas de Walcherea.

El Escalda Occidental, el que va á parar directamente al mar del Este á Oeste, es el mas espedito de los dos para la navegacion, pudiendo contener navios de linea. Ese brazo es el que destinaba Napoleon para conducir sus escuadras desde Amberes al mar, y el que protege las baterías de Flesinga establecidas en la isla de Walcheren, y las de Breskens situadas en la de Cadzand.

Decidiéndose á tomar el camino por mar para ir á Amberes, ¿cuál de los dos Escaldas era preciso escoger el Occidental ó el Oriental? En esto también era mejor plan el mas atrevido, pues cuando se quiere hacer una sorpresa, el camino que va á

parar mas pronto al objeto es no solo el que promete mejor éxito, sino el que lo promete mas seguro. Era menester entrar con osadía en el Escalda Occidental arrojando el fuego de las baterías de Flesinga y de Breskens, à riesgo de encallar mas de una vez, porque las boyas que señalaban los canales, debian haber desaparecido como es natural; avanzar precedidos de embarcaciones pequeñas que navegaran con la sonda en la mano, destruir la escuadra francesa si la encontraban, desembarcar el ejército en Santvliet, y marchar à Amberes en derecha. Hubieran invertido en ello mas tiempo, y hallado mas obstáculos que en el tránsito por tierra de que acabamos de hablar, pero de seguro hubieran llegado en menos de diez dias, y en diez dias no podia recibir Amberes los auxilios que necesitaba para defenderse, como se verá bien pronto. En esto tambien se adoptó la ejecucion mas tímida de una expedicion atrevida, y como suele suceder, se recurrió à un plan que conteniendo ideas de todos, corria el riesgo de reunir lo peor que habia en los planes propuestos.

Se convino en que una division naval, mandada por el contra-almirante Ottway, desembarcaria unos doce mil hombres en la isla de Walcheren, para que con ellos tomase à Flesinga su segundo Eyre-Coote; que otra division, al mando del comodoro Owen, desembarcaria en la isla de Cadzand, unos cuantos miles de soldados, para que el marqués de Huntley se apoderase con ellos del fuerte de Breskens y las baterías de esa isla; y que apagados de este modo los fuegos de derecha é izquierda con la toma de las dos islas que forman la entrada del Escalda Occidental, penetrarian con el

grueso de la expedicion à las órdenes del contra-almirante Keates, los tenientes generales John Hope, Rosslyn y Grosvenor, y los dos generales principales John Strachan y lord Chatham, los cuales debian desembarcar cerca de Santvliet con veinte y cinco mil hombres, y encaminarse en seguida hacia Amberes.

Tal era el plan adoptado definitivamente en el momento de hacerse à la vela. El 25 de julio, la mayor parte de la expedicion habia salido de Portsmouth, Harwich, Douvres y las Dunas, debiendo irse embarcando el resto y reunirse à los demas. El 29 se encontraban à la vista de las hondonadas del Escalda; pero un viento peligroso que podia hacer zozobrar las embarcaciones ó estrellarlas en la costa cuando se quisiera desembarcar las tropas, impidió tomar tierra al instante. Las dos divisiones que debian dirigirse, una hacia la isla de Walcheren al Norte del desembocadero del Escalda Occidental, y la otra hacia la isla de Cadzand al Sur de ese mismo desembocadero, se apostaron delante de dichas islas aguantando la mar lo mejor que pudieron, à pesar de que hacia un tiempo bastante malo. La columna principal que al mando del contra-almirante Keates y sir John Hope, debia embocarse audazmente en el Escalda para subir por él, aguardó tambien à que serenase el mar.

Pero como el viento no cambiaba y se supo por un aviso impensado que en lugar de haber subido la escuadra francesa à Amberes, se hallaba todavia en Flesinga, se modificó el plan arreglado à la salida. Antes que nada para precaverse del temporal se resolvió darla vuelta à la isla de Wal-

cheren subiendo al Norte, con lo cual se iria á parar á la entrada del Escalda Oriental, dirigirse por el paso del Roompot al brazo interior de Weere-Gat, y desembarcar allí las tropas al abrigo de la resaca que amenazaba sumergir las embarcaciones si se intentaba desembarcar fuera. Teniendo en cuenta además el aviso recibido relativo á la flota, se juzgó arriesgado atacarla en medio de las baterías que la protegían, en canalizos que conocía bien, y se ideó, en vez de abordarla de frente, cogerle la vuelta, aprovechándose del movimiento que se iba á hacer alrededor de la isla de Walcheren para penetrar en el Escalda Oriental. Se decidió, pues, avanzar por él todo lo mas que se pudiera, con gran parte de la expedición, mientras la otra parte atacaría las islas de Walcheren y Cadzand, desembarcar las tropas en las islas del Norte y el Sur de Beveland, y conducir las por tierra al punto en que se juntan los dos Escaldas hacia el fuerte de Batz y Santvliet, lo cual permitiría interceptar el paso á la escuadra francesa, é impedirle subiese hacia Amberes. Con esto se la capturaría bien pronto, y aunque no se pudiera llegar hasta Amberes, siempre sería un brillante resultado haberse apoderado de las islas de Walcheren y Cadzand, la plaza de Flesinga y la escuadra francesa. Al instante se dieron las órdenes con arreglo á este plan, que ya era el tercero. Se aguardó á que llegara la última división al mando de los tenientes generales Rosslyn y Grosvenor, para disponer de ella según lo que ocurriera, y se colocó al almirante Gardner á la entrada del Escalda Occidental para que hicieran allí frente á la escuadra francesa, ya quisiese aventurar una batalla

naval, socorrer á Flesinga ú operar contra la división destacada hacia la isla de Cadzand.

Dispuestas así las cosas, mientras el contra-almirante Gardner se mantenía en el mar con sus navios de línea, y el comodoro Owen se preparaba con sus fragatas y embarcaciones menores á desembarcar las tropas del marqués de Huntley en la isla de Cadzand, la fuerte división del contra-almirante Ottway, encargada de desembarcar doce mil hombres en Walcheren, subió al Norte de la isla el 29 y el 30, y penetrando en el Escalda Oriental zarpó á la entrada del Weere-Gat. Como el mal tiempo no era un obstáculo así que se internaba en los canales interiores de la Zelandia, y no se estaba espuesto á los golpes de pleamar, al momento se hicieron los preparativos de desembarque. Los ingleses tenían tal masa de embarcaciones que era una operación facilísima el poner en tierra á un mismo tiempo gran número de tropas.

No se podía sorprender el territorio francés en momento mas favorable para quedar impunes, pues no se había hecho ningun preparativo de defensa en la isla de Walcheren y la region circunvecina, no por falta de avisos, sino por no haber dado á los recibidos la importancia que merecían. Seguramente era imposible se reunieran tantas fuerzas en las playas de Inglaterra, sin que se supiese algo en las de Francia, á pesar de estar interrumpidas las comunicaciones. Electivamente, por unos prisioneros que se escaparon, y por espías bien pagados, tuvieron noticia las autoridades del litoral, y estas informaron á su vez á los ministros de Marina y de la Guerra; pero acordán-

dose de Rochefort el de Marina, creyó se reduciría a enviar brulotes destinados á incendiar la escuadra del Escalda, y quiso, como hemos dicho, encerrarla en Flesinga, lo cual se negó á hacer el almirante Missiessy por razones que los sucesos justificaron. En cuanto al ministro de la Guerra, no teniendo nada que poder enviar á Amberes contra un ejército de cuarenta mil soldados, y no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de dirigir hacia el Escalda ladeándolo del Danubio el torrente de hombres y material que se dirigia hacia Austria, aun despues de la tregua, no tomó ninguna medida, y prefirió creer, lo mismo que el ministro de Marina, que la expedicion anunciada consistiria en brulotes, contra los cuales era preciso preceaverse interceptando los diferentes canales del Escalda.

No habia, pues, cerca de Amberes sino el campo militar de Boloña, algunas compañías de guardias nacionales dedicadas bajo el mando del senador Rampon á vigilar las costas, y algunas semi-brigadas provisionales, pero todo ello diseminado, sin organizacion, sin artilleria, sin caballeria, etc. En la isla de Walcheren especialmente, nada estaba dispuesto para sostener un sitio. Hacia muchos años que se habia dividido la isla entre Francia y Holanda, ocupando los franceses la plaza de Flesinga por motivo del puerto y de las baterias que dominan el Escalda Occidental, y custodiando los holandeses el territorio de la isla, con la capital Middleburgo, y los fuertecillos que dominaban el Escalda Oriental. El general Monnet, hombre valiente que se distinguió en las guerras de la revolucion, descansaba de sus campañas

anteriores mandando en Flesinga, y no tenia para defender la isla ni artilleria montada, ni caballeria, ni nada de lo que constituye un cuerpo destinado á sostener una guerra. En cuanto á la defensa de la plaza, solo contaba con un monton de tropas compuesto de un batallon irlandés, otro colonial, dos de desertores prusianos y algunos centenares de franceses, en todo tres mil hombres. El comandante holandés tenia en Middleburgo y en los puertos de la costa, unos cuantos centenares de veteranos. La fortificacion de la plaza de Flesinga consistia simplemente en una camisa con baluartes, rodeada de un foso, vadeable por todas partes; y solo habia fuertes baterias por el lado del mar. Nada mas fácil de conseguir que apoderarse de la isla de Walcheren y de la plaza de Flesinga, cuando el enemigo desembarcaba con cuarenta y cinco mil hombres y quinientos ó seiscientos buques.

Asi que se vió á los ingleses apostarse obstinadamente en las bocas del Escalda, fué fácil adivinar el objeto de su expedicion. No queriendo el general Monnet alejarse de Flesinga, se apresuró á enviar el general Osten con mil doscientos á mil quinientos hombres, es decir, con la mitad de su guarnicion, á la playa del Norte de la isla, para que se opusiera lo mejor que pudiese al desembarque, y con el resto se dedicó á preparar la defensa de Flesinga. Dispúsose al general Osten una artilleria de campana, tomando de la plaza dos piezas de á tres y otras dos de á seis, de las cuales debian tirar caballos del país no enseñados y guiados por paisanos; y Osten, que era muy valiente, avanzó con su escasa tropa, colocándola á derecha

é izquierda desde el fuerte de Den-Haak hasta Domburgo, á lo largo de los diques, para hacer fuego sobre los ingleses en el momento que pudiesen el pie en la playa.

Estos se habían adelantado con fuerzas respetables, y saltado en tierra, protegidos por la artillería de mas de sesenta embarcaciones. Los soldados del general Osten, faltos de disciplina y de espíritu nacional, no se mantuvieron firmes así que empezaron á sufrir el fuego de los buques, aunque estaban resguardados con diques, y se replegaron en desorden, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus gefes para conducirlos al enemigo. Las cuatro piezas de Osten disparadas con oportunidad contra los ingleses que avanzaban hácia los diques, hubieran podido contenerlos, ó al menos hacer que alojaran su marcha; pero los caballos sin enseñar se encabritaron, y los paisanos cortaron los tiros, huyendo con ellos, por lo cual quedaron abandonadas en el campo dos de las cuatro piezas. El general Osten, despues de hacer inútiles esfuerzos por mantener en el campo su tropa, la condujo hácia Serooskerke, en lo interior de la isla, y anunció al general Monnet lo que había pasado.

Mientras el general Osten se veía, merced al mal espíritu de sus soldados, privado de la honra de disputar los diques á los ingleses, un general holandés, Bruce, los entregaba el fuerte de Den-Haak, el de Terweere, y hasta la plaza de Middleburgo, porque no tenía deseo de esponer su vida por los franceses, sentimiento de que participaban entonces todos sus compatriotas. Podía por otra parte decir para justificarse que no había medios

suficientes con que resistir á las fuerzas enemigas.

El 31 de julio esparcieron los ingleses unos quince mil hombres por la isla de Walcheren, y la circundaron con varios centenares de embarcaciones, pues fueron á colocarse con la mayor parte de sus fuerzas navales en los brazos del Weere-Gat y del Sloë, que separan la isla de Walcheren de las del Norte y el Sur de Beveland. En seguida se trasladaron hácia Middleburgo, y de Middleburgo hácia Flesinga. El general Osten se replegó lo mejor que pudo, defendiendo el terreno palmo á palmo cuando el valor de su tropa correspondía al suyo, y aunque no consiguió de sus soldados todo lo que hubiera querido, cubrió honrosamente su retirada con la pérdida de doscientos ó trescientos hombres, y la destruccion de mayor número de enemigos.

El general Monnet salió á recibirle en el glasis de Flesinga, y se juntaron bajo el fuego de la plaza, resueltos á defender los aproches, antes de encerrarse en su estrecho recinto. Monnet ocupó varios puestos esteriore, especialmente uno á la derecha, hácia Rameskens, á fin de poder cortar los diques é inundar toda la isla, cuando no quedase mas medio de resistencia. Se apresuró á organizar algo mejor su guarnicion, convertir á soldados de infanteria en artilleros de que carecía, formar con los habitantes legiones de homberos para ocurrir á lo que pudiera resultar de un bombardeo, y escribir á la isla de Cadzand, para que le enviaran tropas francesas, mientras estuviese todavía espedito el Escalda Occidental. La travesia era fácil, la distancia unos tres ó cuatro tiros de cañon, y podía

hacerse lo que pedía, habiendo en la isla de Cadzand las fuerzas necesarias.

Mandaba dicha isla el general Rousseau, activo y valiente y pertenecía al departamento del Escalda, comprendido en la vigésima cuarta division militar. Apenas se enteró el general Rousseau de que los ingleses se acercaban, lo avisó al general Chambarlhac, comandante de la espresada division militar, y atrajo hácia si las tropas situadas en las inmediaciones. Empezó por distribuir en las baterías de la costa la poca gente de que podia disponer desde luego, y por organizar algunas piezas de artillería de campaña. En seguida, habiendo recibido dos cuartos batallones, el uno del 65.º y el otro del 48.º, se puso a su cabeza a lo largo de la playa, dispuesto á caer sobre las primeras tropas enemigas que desembarcasen.

Desde alta mar debía verse perfectamente estas precauciones tomadas con prontitud y resolucion, pues el terreno ofrecía una llanura baja y plana como el mar mismo, y cualquiera podia suponer habia detrás un cuerpo considerable de tropas. El comodoro Owen y el marqués de Huntley, que mandaban las fuerzas destinadas á la isla de Cadzand, al divisar desde el canalizo de Vielingen, donde luchaban con el mal tiempo, las tropas del general Rousseau, no osaron desembarcar. Veian mil doscientos á mil quinientos hombres que tomaron por tres ó euatro mil, y como solo tenian lanchas para poner en tierra setecientos hombres á la vez, temieron los arrojarámos al mar si desembarcaban. Si en aquel momento el almirante Strachan y lord Chatham hubieran dirigido hácia la isla de Cadzand todas las fuerzas y todos los medios de desembar-

que empleados sin utilidad en el Escalda Oriental, hubieran penetrado en ella infaliblemente, apoderándose de todas las baterías de la izquierda del Escalda, y llegando á la Cabeza de Flandes, arrabal de Amberos, antes que cualquier socorro; pero afortunadamente no sucedió asi.

Intimidados el comodoro Owen y el marqués de Huntley con la actitud del general Rousseau, pidieron al contra-almirante Gardner que mandaba la division de navios de línea en el ancho canalizo de Deurloo, les enviase las embarcaciones de que pudiera disponer á fin de desembarcar mas gente á la vez; pero este las necesitaba para las operaciones ulteriores de que estaba encargado, ademas de que el mal tiempo le impedia hacer que llegaran, y el ataque de la isla de Cadzand, que debía tener buen resultado no se ejecutó ni en el 20, ni el 30 ni el 31. Los gefes de la expedicion, satisfechos con haber podido desembarcar en Walcheren, y hallándose muy á sus anchas en lo interior del Escalda Oriental resguardados del temporal, imbuidos siempre en la idea de apoderarse de las islas del Norte y el Sur de Beveland que separan los dos Escaldas, y cuya posesion permitria coger la vuelta á la flota, llamaron á donde ellos estaban al comodoro Owen y á sir Huntley, para llevarlos al Escalda Oriental. Tambien atrajeron alli el resto de la expedicion que acababa de llegar, mandada por los tenientes generales Grosvenor y Rosslyn, y de este modo llenaron los brazos del Weere-Gat y el Sloë. En seguida empezaron a desembarcar en las islas del Norte y el Sur de Beveland todas las tropas que no habian desembarcado en la isla de Walcheren, á fin de acudir al punto en que se juntan los dos Escal-

das, esto es, al fuerte de Batz, y coger así la vuelta á la escuadra francesa, mientras el resto del ejército pondría sitio á Flesinga.

Por fortuna había allí en aquel momento dos hombres enérgicos, el general Rou-seau y el almirante Missiessy. El primero, al ver que se alejaba la division naval que amenazó á la isla de Cadzand, no tenía tanto recelo con respecto á la margen izquierda del Escalda, y se privó sin vacilar de los dos batallones del 65.º y el 48.º para enviarlos embarcados de Breskens á Flesinga. Era preciso atravesar el Escalda Occidental, de algunos centenares de toesas de ancho en aquel parage, é hizo pasar sucesivamente todos los destacamentos que le llegaban, pensando en su vecino, cuyo riesgo veía, mas que en sí mismo.

Por su parte el almirante Missiessy, que había pedido no se le obligara á encerrarse en Flesinga donde hubiera perecido por las bombas y las calenturas, coronaba lo acertado de sus consejos con la firmeza y la habilidad de su conducta. Su constancia en permanecer delante de Flesinga, sin encerrarse en ella, había bastado ya para dar á la expedición inglesa un curso diferente, curso peligroso para ella y ventajoso para nosotros, como se verá bien pronto, el del Escalda Oriental. Ahora era preciso no dejarse sorprender tampoco en el punto en que se juntan los Escaldas, esto es, hacia Batz y Santvliet. Así despues de haberse mostrado firme en Flesinga los días 29 y 30, tomó su partido decididamente, como hombre sensato y enérgico que sabía lo que tenía que hacer, y se puso en marcha el 31, aprovechándose de que el viento era favorable para subir el Escalda. El 34

en la tarde dejó atrás el fuerte de Batz, y entró en el Escalda superior, compuesto de los dos Escaldas reunidos. En aquel parage encallaron dos de sus buques en un bajo blando y cenagoso, pero sin riesgo de permanecer atascados mucho tiempo. Con efecto, á la mañana siguiente volvió á hacerse á la vela, y flotando los buques con la marca alta, fueron á apostarse entre los fuertes de Lillo y de Liefkenshoek, que cierran el paso del rio por medio de fuegos cruzados difíciles de atravesar. Todos estos puntos, los fuertes de Batz y de Santvliet, y los de Lillo y de Liefkenshoek, estaban descuidados, como pudiera en una paz profunda y en una nación poco precavida; pero el almirante Missiessy, que veía en esos fuertes su propia seguridad, se ocupó de defenderlos. Colocó una fragata en medio del canal que une el Escalda Occidental con el Escalda Oriental, canal llamado Berop-Zoom, y el cual dominan los fuertes de Batz y de Santvliet. Desembarcó un centenar de artilleros holandeses en el fuerte de Batz, y puso guarnición francesa en los fuertes de Lillo y de Liefkenshoek, cuidando de abastecerlos de las municiones necesarias. Hizo construir en seguida varias estacadas para resguardarse de los brulotes, y no quiso encerrarse en Amberes, reservándose moverse libremente por el rio, y cubrir de este modo los alrededores, con fuego hecho por las mil piezas de artillería que llevaba su escuadra. Seguíale una flotilla, desmembrada en otro tiempo de la de Boloña, y establecida en el Escalda; y gracias á todas estas hábiles disposiciones se preparaba á hacer en Amberes, no el papel de refugiado, sino el de defensor.

Obró cueradamente retirándose á la parte alta del Escalda, pues dos dias mas tarde le hubieran cogido la vuelta los ingleses, colocándose entre Batz y Santvliet, y habrian conseguido de este modo con su expedicion un primer resultado muy importante; apoderarse de toda una escuadra nueva, llevársela ó destruirla. Efectivamente, las tropas de la division Hope bajaron á las islas del Norte y el Sur de Beveland por los canalizos de Weere-Gat y Sloë, caminaron con toda la rapidez que pudieron, y llegaron el 2 de agosto delante del fuerte de Batz, donde habia una guarnicion holandesa mandada por el general Bruce, que habia entregado ya los puestos atrincherados de la isla de Walcheren. Provisto dicho fuerte de treinta piezas de artilleria, colocadas á flor de agua, y muy peligrosas para las embarcaciones que lo atacaran, tenia pocos medios de defensa por la parte de tierra. Sin embargo, con una guarnicion y un comandante valiente, hubiera podido sostenerse algunos dias; pero si tenia lo uno, no asi lo otro. No queriendo el general Bruce, como tampoco quiso en Middleburgo, resistir á todo trance en un fuerte donde no habia ni casamatas ni blindages, y donde iba á verse la tropa inundada de fuego, por cuenta de los franceses á mayor abundamiento, evacuó el fuerte en el cual entraron los ingleses sin disparar un tiro. Desde ese momento eran ya dueños del paso de un Escalda al otro, y si se hubiesen apresurado á llevar su ejército por el camino de las islas del Sur y el Norte de Beveland, como hicieron con la division Hope, hubieran podido llegar en pocos dias á Amberes, plaza cerrada, es verdad, pero con obras viejas á medio des-

truir, donde habia á lo sumo dos mil hombres, sin un cañon en las murallas, y donde reinaba tanta alarma entre las autoridades sorprendidas con la aparicion del enemigo, como malevolencia en la poblacion flamenca por su origen y sus sentimientos. Afortunadamente pensaron los dos comandantes de la expedicion inglesa, sir John Strachan y lord Chatham, que era preciso antes acabar el sitio de Flesinga, lo cual permitiria introducir toda la escuadra en el Escalda Occidental, y llegar por mar á Batz y Santvliet, punto de partida para conducir la expedicion de tierra hasta á Amberes. Esta disposicion daba algunos dias al gobierno francés para organizar los primeros medios de defensa.

Por el telégrafo se supo el 31 de julio el desembarque de los ingleses en la isla de Walcheren, y el 1.º de agosto todo el gobierno estaba enterado de lo grave del peligro. Componian el gobierno durante la ausencia de Napoleon los ministros presididos por el archi-canciller Cambaceres, y entre ellos solo tres podian hacer papel en aquella ocasion, Mrs. Clarke y Decrés, ministros de la Guerra y de Marina, por su especialidad en un asunto en que estaba interesada la seguridad del territorio, y de la escuadra, y el ministro de Policia Fouché, por ser el único que conservaba cierta importancia política desde que Mr. de Talleyrand se retiró de los negocios. Habia visto amenazada su existencia cuando este último cayó en desgracia, y se hizo mas revoltoso que de costumbre, ora para volver á conquistar favor si conseguia distinguirse por su celo en momentos graves, ora para convertirse en un personaje principal si llegaban á peli-

grar los asuntos del Estado, como lo empezaban muchos á temer, y otros á esperar. Efectivamente, habia muchas personas que veian signos de decadencia para el poder de Napoleon en la guerra de España que tenia trazas de eternizarse; en la de Alemania, que apareció dudosa un instante; en la inquietud que iba apoderandose de los animos, y en el descontento que causaban los asuntos eclesiásticos cuyas consecuencias diremos á conocer bien pronto. Era, pues, ocasion de moverse para un hombre inquieto, poco sentado, y que queria estar al frente de todos los cambios de fortuna.

Aunque Mr. Fouché adulaba mucho al emperador, seguia siendo aliado oculto de todos los descontentos, y se lamentaba á solas con ellos de sus disgustos, ó de los males del imperio, cuya gloria ensalzaba en público. Así, el almirante Decrès, ese ministro de tanto talento, pero que no habia tenido sino desgracias en su ramo, estaba descontento porque atribuyéndole el emperador injustamente los descabros de la marina, y ofendiéndole con su lenguaje cáustico y atrevido, no se habia apresurado á hacerle duque. Mr. Fouché se hizo al momento amigo y confidente de Mr. Decrès. El mariscal Bernadotte, despedido del ejército por su orden del día á los sajones, llevó á Paris su orgullo y sus resentimientos, y al instante le dió la mano de amigo Mr. Fouché, lamentándose de la ingratitude con que le trataban, y tomando en público el papel de un Mentor que queria moderar la ira del príncipe mariscal, para impedirle que cometiera nuevas faltas. La expedicion de Walcheren fué motivo para que se declararan estas diver-

sas disposiciones de ánimo, y si algo podia efectivamente revelar ya la decadencia del reinado, era el que habia quien osaba bajo el imperio de un soberano como Napoleon, aspirar á un papel político cualquiera.

Apenas llegó la noticia del desembarque, corrió Mr. Decrès á casa de los ministros y en busca del archi-canciller, para provocar medidas extraordinarias. Y como desde lo de Rochefort no dormia, mostró un calor excesivo, queriendo se hiciera salir de Paris á todos los obreros que hubiera disponibles, se ocurriera á una leva en masa de guardias nacionales, se pusiera á su cabeza un mariscal de Francia, como Bernadotte, por ejemplo, y se impusiese respeto á los enemigos, desplegando fuerzas aparentes ya que no efectivas. Mr. Decrès hablaba en esto con la sinceridad de un ministro alarmado en favor de los intereses de su ramo; y Mr. Fouché que por un concurso particular de circunstancias, desempeñaba internamente el ministerio de lo Interior á causa de hallarse Mr. Crétel mortalmente enfermo, tuvo, en las funciones que ejercia como tal ministro interino, un motivo muy natural para mezclarse mucho en la expedicion de Walcheren. Convocar la guardia nacional, casi en su nombre y por su cuenta, dirigir proclamas, poner en movimiento mucha gente, escoger un jefe militar, todo esto convenia á su doble mira de aparecer en Schœnbrunn como muy receloso, y en Paris como muy influente. Aprobó, pues, las ideas de Mr. Decrès, y habiéndose reunido el consejo el 1.º de agosto por la mañana bajo la presidencia del archi-canciller Cambaceres, apoyó las proposiciones del ministro de Marina, quien con su na-

tural vehemencia y como hombre alarmado por los peligros que corría Amberes, pidió la convocacion extraordinaria de cien mil guardias nacionales, y el nombramiento del mariscal Bernadotte para que los mandara.

Estas proposiciones, que se prestaban á que se las tuviera por excesivas aun en el caso mas grave, sorprendieron é hicieron desconfiar al ministro de la Guerra Clarke, cuyo caracter no era mas sentido que el de Mr. Fouché, pero que tenia mucho criterio y penetracion, y dudaba en extremo fuese Napoleón aficionado, ya á la guardia nacional, ya el principe de Ponte-Corvo. Espuso sus dudas al consejo, y enumeró en seguida los medios que tenia á su disposicion sin recurrir á los guardias nacionales, medios que consistian en las semi-brigadas provisionales instituidas por Napoleón, en la gendarmeria, en los guardias nacionales escogidos y ya organizados que mandaba el senador Rampon, y en las tropas del campo de Boloña. Todo ello podia ascender á unos treinta mil hombres, á las órdenes del senador Sainte-Suzanne, veterano del ejército del Rhin, á quien, previendo Napoleón una expedicion inglesa, habia dado el mando de la costa desde la Picardia hasta Holanda. Dicho senador, aunque enfermo, habia declarado estaba pronto á tomar el mando. Quedaba, por último, el rey de Holanda, que acudia con algunas tropas hacia Amberes, y que como condestable, obtuvo de Napoleón en 1806 el mando del litoral. Con esto habia lo bastante para pasarse sin levantamientos en masa, y sin un gefe que como el principe de Ponte-Corvo se hallaba en desgracia.

El archi-canciller, que por un lado desconfiaba

del celo de Mr. Fouché, y por otro temia no se hiciese todo lo que exigian las circunstancias, no se declaró abiertamente, sino calmó el arrebato de Mr. Decrès, y al parecer se inclinó al dictamen del ministro de la Guerra. Desde entonces, no sosteniendo Mr. Fouché á su nuevo amigo Mr. Decrès con tanto ahinco, se contentó con decirle al oido que era de su opinion, y que á mayor abundamiento él haria de su gefe lo que no se iba á resolver en consejo. Separárouse sin haber adoptado las proposiciones de Mrs. Decrès y Fouché, y se consideró suficiente por el pronto las medidas ideadas por Mr. Clarke, sin perjuicio de lo que ordenase bien pronto el emperador, á quien se enviaron correos extraordinarios participandole los últimos acontecimientos.

El ministro de la Guerra dió al instante órdenes arregladas á las ideas que emitió en el consejo. Habia en Paris dos semi-brigadas compuestas de cuartos batallones, la 3.<sup>a</sup> y la 4.<sup>a</sup>, y las hizo marchar en posta; habia en el Norte un batallon del Vistula, algunos escuadrones de lanceros polacos y varias baterias de artilleria destinadas á encaminarse hacia el Danubio; habia ademas las 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> semi-brigadas situadas entre Boloña y Bruselas, y cuatro batallones de diversos regimientos acantonados en Louvain; todo lo cual dirigió hacia la isla de Cadzand y Amberes. El general Rampon estaba encargado, como en otras ocasiones, de mandar cerca de seis mil guardias nacionales escogidos, cuya organizacion se habia principiado ya, y el ministro Clarke ordenó se trasladaran á Amberes. Encargó al mariscal Moncey que reuniera toda la gendarmeria de á caballo de los depar-

tamentos del Norte, la cual ascendía á unos dos mil ginetes, y en fin, dispuso que así que no hubiera cuidado con respecto á Boloña, salieran para Amberes todas las tropas de que se pudiese disponer. Las tres semi-brigadas del Norte, las dos de París, los cuatro batallones de Louvain, y el del Vistula formaban poco mas ó menos diez mil hombres de infantería, y los guardias nacionales escogidos cinco mil. Con la gendarmería, la artillería, y los depósitos sacados de las inmediaciones, se podía contar con una fuerza de veinte mil hombres, á la cual debía añadirse las tropas del campo de Boloña y una división de holandeses que el rey Luis llevaba consigo. El total era treinta mil hombres, suficientes, apoyándose en Amberes, para impedir un golpe de mano. La dificultad consistía únicamente en hacer que llegaran á tiempo, pues el mayor riesgo que se corría en aquél momento, era la prontitud que desplegasen los ingleses en su operación. Eran menester quince dias al menos para que dichas fuerzas estuviesen reunidas en Amberes con los caballos, los oficiales y el material necesario, y en quince dias podian muy bien los ingleses haber tomado á Flesinga, y puesto sitio á Amberes. El número de fuerzas no importaba pues tanto como la celeridad, en atención á que detras de los muros y las inundaciones de Amberes, la cantidad y la valía de las tropas eran de una importancia secundaria. El general Clarke dió las órdenes necesarias para que todos esos movimientos se ejecutasen lo mas pronto posible; envió á Amberes un oficial de ingenieros de gran mérito, Mr. Decaux, que despues fué ministro, y escribió al rey de Holanda insinuándole que si queria el

mando, en su mano estaba tomarlo, como condesable que era.

Entretanto Mr. Fouché principió por su parte á dar á las medidas el impulso que al parecer no aprobaba el consejo, y escribió á todos los departamentos de la frontera del Norte, invitándoles en nombre del emperador á poner en pie de guerra á los guardias nacionales. En la carta que dirigió á los prefectos, carta destinada á publicarse, apelaba al honor, al patriotismo de las poblaciones, diciéndoles que al alejarse Napoleon de sus fronteras para internarse en Austria contó con ellas, y que sin duda no sufrirían viniere á insultar el territorio sagrado del imperio un puñado de ingleses. Esa carta, que era una especie de proclama, se rescata del estilo declamatorio de 1792, y evidentemente tenia por objeto conmover los animos. La carta del ministro iba acompañada de unas circulares administrativas, en las cuales se indicaba los medios que debian emplearse para llamar los mozos á las armas, alistarlos, equiparlos y reunirlos, y se encargaba á los prefectos obrasen con la mayor celeridad.

Mientras se anunciaban estas medidas de aparato, ejecutábanse las mas modestas y eficaces del ministro de la Guerra, pero por desgracia no tan pronto como era menester. Reinaba gran confusión en Amberes, donde apenas habia algunos centenares de hombres y trabajadores que colocar en las murallas. El rey de Holanda con laudable celo, se habia trasladado allí á toda prisa, llevando consigo unos cinco mil holandeses, únicas tropas de que pudo disponer, y que situó entre Bergop-Zoom y Amberes. Aquel príncipe, dado á la

economía por agradar á los holandeses, solo tenia sobre las armas esos cinco mil hombres, cuatro regimientos en Alemania, y uno ó dos batallones en España. Habia dejado perderse su ejército y su escuadra por dar gusto á sus nuevos súbditos, y con llevar los soldados que tenia al Escalda, dejaba espuesta la Holanda á las tentativas de los ingleses. Aquel pais, amigo en otro tiempo de Francia y hostil á Inglaterra, estaba completamente mudado desde que la alianza con Francia le valió la interdiccion de los mares, y veia venir á los ingleses casi como á unos libertadores. Todo Bélgica pensaba del mismo modo por iguales razones, y ademas por espíritu religioso, de suerte que un triunfo por parte de los ingleses podia producir un levantamiento en masa en su favor, mucho mas cuando el clero, tan influyente en aquel pais, se mostraba desde el rompimiento con el papa, ardiente enemigo de la dominacion francesa, y escepto el arzobispo de Malinas, nombrado por Napoleon, todos sus individuos trabajaban en sentido inglés.

Así que el rey Luis llegó á Berg-op Zoom, colocó sus tropas entre Santvliet y Amberes, á fin de poder socorrer esta última plaza, y en vista de la insinuacion que contenia la carta del ministro Clarke, tomó el mando general. Dejandose entonces llevar de su viva imaginacion, propuso medidas que hubieran trastornado prematuramente el pais, y causado mucho daño á Amberes, pues quería que se inundase todo el pais desde el mismo Amberes hasta la parte baja del Escalda, que se somergera en los canalizos cascos de buques, en una palabra, que para alejar á los ingleses se

hiciera tanto daño como el que ellos podian causar. El comandante Decaux, hombre de mucho juicio é ingeniero muy hábil, consiguió calmar la efervescencia de ánimo del rey de Holanda, se ocupó de mejorar el estado de los fuertes de Lillo y de Liefkenshoek, hizo estender la inundacion alrededor de dichos fuertes con el fin de que fuese imposible acercarse á ellos, la retardó en torno de Amberes, se puso de acuerdo con el almirante Missiessy para establecer varias estacadas en el Escalda, mandó componer las murallas de Amberes, é introdujo por último algun orden en las medidas de defensa. Habiendo llegado ya alguna gente de la 3.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> semi-brigadas, los aduaneros y la gendarmeria, y acudiendo unos tras otros los guardias nacionales, habia de el 10 al 12 de agosto ocho ó diez mil hombres mal organizados, pero suficientes para guarnecer la plaza. Por otra parte, afortunadamente se obstinaban los ingleses en sitiar á Flesinga, y como el general Monnet recibió unos dos mil hombres antes que quedara cerrado el Escalda Occidental, podíamos lisonjearnos ya que no de que, resistiera hasta el fin, al menos que proporcionaria el tiempo necesario para organizar la defensa de Amberes. Por su parte el general Rousseau habia recibido la 8.<sup>a</sup> semi-brigada y algunos guardias nacionales escogidos, y seguia ocupando la margen izquierda del Escalda, en la isla de Cadzand. De este modo se retardaba los progresos del enemigo, y esto bastaba para hacer que se frustrara la expedicion británica. La flota se habia libertado de los ingleses; Amberes iba poniéndose por horas en un estado que les seria difícil tomarla; solo Flesinga esta-

ha espuesta á caer en su poder, y en todo caso, habia esperanzas de que este fuera su único trofeo.

Cuando Napoleon supo por correo extraordinario la noticia de la expedicion de Walcheren, no se sorprendió, porque esperaba alguna intentona hácia la costa, y previéndola habia dejado en Francia las dos semi-brigadas provisionales de Paris y las tres del Norte, asi como cierto número de compañías de artilleria que no necesitaba indispensablemente. Si no se sorprendió, mucho menos se alarmó, pues al momento calculó la importancia de aquella expedicion, convencido de que escepto algunos gastos que le originaria, todo el daño lo haria á los ingleses, los cuales perecerian inútilmente por las calenturas, sin apoderarse de Amberes ni de la escuadra, á no ser que esta fuese mal dirigida. Si hubiera juzgado su situacion con mas desinterés, habria visto, no obstante, que esa expedicion causaba á su gobierno un daño de un género bastante grave, el de revelar de un modo palpable los riesgos de una politica, que teniendo trescientos mil hombres en España, cien mil en Italia y trescientos mil en Alemania, no tenia un soldado para custodiar á Amberes, Lila y Paris.

Lo singular es que desde luego no fué del dictamen de los que creyeron pensaban como él, estos, del general Clarke y el archicanciller Cambaceres (1). Uno y otro suponian no aprobaria ni la

(1) En este curioso asunto, ni mas ni menos que en los demas, no hago suposiciones, ó conjeturas siquiera. Hablo con arreglo á documentos auténticos, á la correspondencia de Napoleon, Clarke, Fouché, Cambaceres y

reunion de los guardias nacionales ni el nombramiento del mariscal Bernadotte; pero se equivocaron, pues aunque no le gustaba á Napoleon recurrir á poblaciones que racionan y ponen condiciones á su auxilio, y presentia el rencor que allá en su corazon le profesaba el principe de Ponte-Corvo, sabia, no obstante, sacrificar sus celos cuando conocia interesaba mucho hacerlo. Por lo pronto no estaba enterado exactamente de la importancia de la expedicion de Walcheren, y si bien columbró con su penetrante sagacidad el resultado definitivo, no se hallaba, sin embargo, exento de toda inquietud al oír hablar de cuarenta á cincuenta mil soldados ingleses, soldados cuya valia le habia demostrado España. Pensaba que

Decrés, y á las Memorias inéditas del archicanciller Cambaceres. Puedo, por lo tanto, apoyándome en estos documentos desconocidos hasta el día, rectificar los errores pueriles esparcidos acerca de este suceso importante. Asi, pues, se ha creído que el disfavor de Mr. Fouché provino de haber convocado la guardia nacional y hecho que se nombrara á Bernadotte contra el mandato ó la voluntad del emperador; pero es todo lo contrario. Mas tarde, á no dudarlo, empezó á censurar Napoleon la conducta de Mr. Fouché en la convocacion de la guardia nacional, y su correspondencia permite fijar con exactitud el momento y el motivo de este cambio de opinion, como diremos á su tiempo. En cuanto á los hechos militares de la expedicion, la voluminosa informacion sumaria hecha en Inglaterra, y la correspondencia del ministerio de la Guerra en Francia, suministran documentos ámplios y suficientes. De todos estos materiales me he valido, despues de compulsarlos con esmero, para deshacer los errores cometidos acerca de este asunto, referido con inexactitud, lo mismo que los demas, por los historiadores contemporáneos.

era preciso no mirar con desden semejante fuerza, y sobre todo no queria permaneciese el país indiferente á su aparicion: hubiera deseado, pues que á la primera señal se mostrase indignada la nacion, y deseosa de caer sobre el enemigo que llevaba su insolencia hasta violar el territorio del imperio; pero esto era reunir el entusiasmo de 1792 con el orden profundo de 1809, y no se liga como se quiere cosas tan contrarias.

No obstante, como con los años se encariña el poder de sí propio, por grande que sea su talento, pues la duracion engendra la debilidad, aunque Napoleon empezaba á causar al país, aunque lo evidente de su ambicion daba á las guerras emprendidas un sentido nada favorable para él, creia que todo se le debia; que al primer riesgo suscitado por culpa suya, todos los franceses debian levantarse; y se habia formado por otra parte la preocupacion de todo hombre de genio, que consiste en creer que cuando un gobierno quiere una cosa, hace de una nacion cuanto le agrada. Le disgustó, pues, que sus ministros no hubieran apelado á la nacion así que aparecieron los ingleses en el territorio del imperio, provocado su entusiasmo y reclamado su adhesion. Creia que debieron y pudieron haberlo hecho, y censuró su estremada frialdad, juzgando utilísimo, no por debilidad, sino por razones de gran peso, quitar las ganas á los ingleses de emprender expediciones como aquella, oponiéndoles el pueblo en masa. Tenia por muy conveniente en aquellos momentos probar á los austriacos, con quienes andaba en negociaciones, que la Francia estaba dispuesta á unirse á él; y por último, si se quiere saber otro motivo que confiesa

francamente en sus cartas, deseaba, al ver iba faltándole de donde sacar reclutas, proporcionarse un nuevo recurso, valiéndose de una fuerte alarma para hacerse con setenta ó ochenta mil guardias nacionales jóvenes, que una vez llamados á las armas retendria en las filas, dedicándolos al servicio, y convirtiéndolos en brillantes conscriptos, pues todos tendrian de veinte á treinta años. Reconvinó por tanto agriamente al general Clarke y al archicanciller Cambaceres por su prudencia escesiva, y mucho mas todavía á Mrs. Fouché y Decrès porque no habian insistido en el dictamen que opusieron, dictamen con que no estuvieron conformes monsieurs Clarke y Cambaceres. A unos y otros les escribió diciendo que no comprendia sus vacilaciones; que á la primera señal debieron haber llamado á las armas sesenta mil guardias nacionales, convocado el senado, validose de él para hablar á la Francia, y probar que detrás de los ejércitos empleados lejos de su territorio, quedaba la nacion dispuesta á apoyarlos y hacer sus veces en cualquier parte. Comparando estas ideas con las que se le han atribuido en todas las narraciones contemporáneas, se ve cuán pocas veces esta bien informada la historia.

Lejos de mirar mal á Mr. Fouché, porque agitaba á la nacion, Napoleon le censuró porque no la habia puesto lo bastante en movimiento, y en cuanto á la eleccion de comandante en jefe, demostró cuán superior era su juicio á sus pasiones cuando lo exigia un gran interés. El mariscal Bernadotte le causaba profunda aversion por su vanidad, por su ambicion, por su carácter, adivinaba perfectamente el emperador la traicion que para el presente

y para lo futuro abrigaba el alma del mariscal; y sin embargo, creyendo era el único hombre capaz entre todos los que se hallaban cerca del teatro de la expedición británica, de tomar el mando, sintió en extremo no se le hubiera nombrado general en jefe de las tropas reunidas en el Norte. Reconvinó, pues, á sus ministros porque no le habian elegido, les ordenó le dieran el mando, si era tiempo aun, y condenó la idea de conferirlo al rey Luis, porque empezaba á impacientarle el ver que su hermano gobernaba la Holanda en un interés estrecho, toleraba el contrabando, favorecía las relaciones clandestinas con Inglaterra, secundaba medianamente y á menudo abandonaba la causa del bloqueo continental, abundaba, en fin, en un sistema de economías, grato para los holandeses, pero destructor para su ejército y marina. Exagerando las faltas de su hermano con respecto á la política imperial, hasta desconfiaba de él, y reprendió á sus ministros porque no vieron que el rey Luis mas pensaria en aquella ocasion en Holanda que en Francia, y con tal de preservar á Amsterdam dejaria tomar á Flesinga ó quemar á Amberes. Nada mas injusto que semejante suposición, pues el rey Luis acudia en aquel momento á socorrer al territorio francés, y por proteger á Amberes esponia á Amsterdam; pero irritado con una correspondencia cada vez mas agría que sostenian los dos hermanos, Napoleón criticó la confianza que se habia tenido en Luis, y añadiendo la burla á las reconvenciones, escribió á sus ministros: «¿Habeis escogido á Luis porque tiene el título de condestable? Murat tiene el de gran almirante: ¿qué diriais si le diera á mandar una escuadra?»

Arreglados estos puntos, es decir, adoptada la convocación de la guardia nacional, y designado el mariscal Bernadotte para mandar en jefe, dió sobre la conducta que se debia observar instrucciones admirables por lo prudentes, hábiles y previsoras. «No trateis, escribió á sus ministros, de venir á las manos con los ingleses, porque *el hombre no constituye el soldado* (1), y vuestros guardias nacionales, vuestros conscriptos de las semi-brigadas provisionales, conducidos en tropel á Amberes, casi sin oficiales, y con artillería apenas formada, para que luchen con las tropas de Moore que dieron que hacer á las del ejército veterano, serian batidos, proporcionando á la expedición inglesa un objeto que no tardará en fallarle, si como espero, no se ha apoderado de la escuadra, y si, como estoy seguro de ello, no toma á Amberes. A los ingleses no hay mas que oponerles sino la fiebre, la cual no tardará en devorarlos á todos, y soldados parapetados en trincheras é inundaciones para organizarse é instruirse. Dentro de un mes se irán los ingleses avergonzados y diezmados por las calenturas, y yo habré ganado con esa expedición un ejército de ochenta mil hombres, que me prestará muchos servicios si continúa la guerra de Austria.»

Consiguiente á esto, Napoleón mandó al gene-

(1) Expresion testual de Napoleón, lo que sigue es un fiel analisis de un centenar de cartas admirables sobre la expedición de Walcheren. He creído que debia publicar algunas, y al fin de este tomo se hallarán para que se vea como juzgó Napoleón esa celebre expedición, y cuán diferente es su modo de pensar del que le atribuye el público.

ral Monnet que defendiese á Flesinga á todo trance, á fin de detener á los ingleses el mayor tiempo posible en la region de las fiebres, y que hubiera espacio para completar la defensa de Amberes. Le encargó formalmente que sin pérdida de momento rompiera los diques, é inundara de agua toda la isla de Walcheren. En seguida dispuso se condujera la escuadra á Amberes y aun mas arriba, si no se habia hecho aun; que se extendiera la inundacion solamente hasta donde fuese necesario, y se guardaran bien de echar en los canalizos esqueletos de buques, porque no queria se perdiera el Escalda con la intencion de defenderle: que se reunieran en Amberes bajo el mando del mariscal Bernadotte las semi brigadas provisionales, los guardias naciona es escogidos del general Rampon, los batallones de depósito que estuviesen disponibles, la gendarmeria del mariscal Monecy, y los holandeses del rey Luis, todo lo cual podia constituir un ejército de veinte y cinco mil hombres, que se colocaria alrededor de Amberes detras de los diques y las inundaciones de modo que fuese imposible llegar á la plaza, sin necesidad de dar una batalla, pues las calenturas, repitió, darian buena cuenta de los ingleses; que se formara despues de ese primer ejército otro compuesto esclusivamente de guardias nacionales, y distribuido en cinco legiones mandadas por otros tantos senadores, militares antiguos, el cual se estenderia desde la Cabeza de Flandes (arrabal de Amberes) hasta la isla de Cadzand, para custodiar la margen izquierda del Escalda, por si los ingleses intentaban bajar alli; que se organizara lo mejor que se pudiese ese nuevo ejército, no con oficiales reformados, que hubieran

servido á la república, sino con otros sacados de los depósitos de infanteria, especialmente los mayores, que casi todos eran excelentes; que se reuniera el material y el personal de ochenta piezas de artilleria, para lo cual proporcionaba medios dejando en Francia diez compañías de las que habia pedido; y que, en fin, se diera el mando de ese segundo ejército al mariscal Bessieres, quien habia sanado de la herida que recibió en Wagram, con cuya adhesion contaba, y á quien no sentia poner al lado del príncipe Bernadotte para que secundara y vigilara á este último.

Como Napoleón sabia que en materia de ejércitos nunca se obtiene sino la mitad de lo que se manda sacar y se paga, quiso añadir á los dos ya referidos otro á orillas del Mensa, que iria del Rfín, y se compondría de algunas semi brigadas destinadas al principio á trasladarse al Danubio. Había ya recibido de los hospitales, de los depósitos de Italia, y de las semi-brigadas venidas de Strasburgo y embarcadas en el Danubio, una masa considerable de soldados, que habian ingresado en el ejército de Alemania, aumentando su número vivo y efectivo. Podia, pues, pasarse sin parte de los recursos que habia pedido, y en su consecuencia mandó detener en Strasburgo todo lo ya organizado, como, por ejemplo, las semi-brigadas, que se las condujera por el Rhin hacia el Meusa; que no se siguiera enviando hacia Viena sino puramente los destacamentos á propósito para cubrir las bajas de los batallones, y que se principiara á reunir en Maestricht á las órdenes del general Kellermann, un peloton de diez mil hombres de todas armas, á fin de flanquear al mariscal Bernadotte al pie de

los muros de Amberes. Calculando el cuerpo de Bernadotte en treinta mil hombres, el de Bessieres en cuarenta mil, y el de Kellermann en diez mil, Napoleón esperaba tener en Flandes un ejército de ochenta mil hombres, cincuenta mil de ellos á lo menos bastante bien organizados, que por otra parte iban á instruirse en poco tiempo, y que quizá iría á mandar mas tarde de improviso, si habia que tender algun lazo á los ingleses. Deteniendo á estos en un laberinto de islas, pantanos y brazos de mar, no desesperaba de poder agregar á las calenturas alguna combinacion repentina que les hiciera pagar caro su inmensa expedicion, de suerte que lejos de alligirse por una tentativa que en el fondo descubria, segun hemos dicho, uno de los puntos vulnerables de su politica, se alegró en estremo, porque vislumbraba la probabilidad de un desquite ruidoso, y la creacion de un ejército mas añadido á los que ya tenia.

Cuando estas instrucciones llegaron á Paris, Mr. Fouché se llenó de orgullo, y Mrs. Clarke y Cambaceres de rubor; pero cada cual puso manos á la obra para obedecer lo mejor que sabia y podia las intenciones de Napoleón. Mr. Fouché que habia tocado á rebato respecto á la guardia nacional recurriendo á diez departamentos, recurrió á veinte despues de las cartas de Schönbrunn, y se dispuso á recurrir á mayor número de ellos. El Escalda, Lis, Meusa Inferior, Jemmapes, Ardenes, Marne, Aisne, el Norte, el Paso de Calais, Somme, Sena Inferior, Oise, Sena y Oise, Sena, Sena y Marne, Aube, Yonne, Loiret, Eure y Loira, y Eure, fueron puestos á contribucion, para proporcionar contingentes de guardias nacionales. Los

prefectos convocaron á los *meres*, y organizaron una especie de conscripcion, que debia ser voluntaria en la apariencia, pero que era obligatoria en realidad, y de la cual se eximian los que pagaban en su lugar á los obreros sin trabajo, ó á los pillos que no se sabia qué destino darles. Efectivamente, hubo muy pocos ciudadanos celosos que se ofreciesen á servir de motu proprio, porque veian una nueva forma de conscripcion en aquella reunion de guardias nacionales, no creian fuese tan grave el riesgo de la expedicion britanica, y en todo caso la imputaban á la politica que dejaba descubiertas las fronteras francesas por invadir las del extranjero. En los departamentos belgas, donde reinaba mal espíritu, y en los del Centro y el Mediodia, donde por lo distante no se apreciaba bien el peligro, se prestaron pocos á esos nuevos alistamientos; pero en los departamentos antiguos inmediatos á la frontera del Norte y al litoral, donde siempre ha sido muy vivo el odio á los ingleses, se presentaron con cierto afán. Estos últimos habian ya dado al general Rampon compañías escogidas, compuestas de soldados licenciados; pero proporcionaron todavia gente para los nuevos cuerpos cuya formacion habia decretado Napoleón. Obrando Mr. Fouché revolucionariamente, no vaciló en hacer gastos considerables para equipar los guardias nacionales, gastos que cargó al presupuesto del ministerio de lo Interior, y mitad por celo, mitad por ostentacion, desplegó una actividad que debia concluir por dar bien pronto que sospechar, porque salia de los límites de lo sencillo y lo útil.

Mostró sobre todo un ardor que causó estrañe-

za, en París, capital que como habituada á pasar rápidamente del entusiasmo á la burla, habia cambiado de sentimientos para con Napoleon desde la guerra de España. Tener los ingleses tan cerca de casa estando nosotros en Madrid y en Viena; estar el papa preso en Roma, cuando tanto se le habia acariciado en la iglesia de Nuestra Señora; todo esto parecia tan inconsecuente, que ni siquiera se tomaba el público el trabajo de andarse con miramientos al hablar de ello. París, si se ha de creer lo que decian los boletines de la policia (1), no estaba conocido de un año á aquella parte, y lo sensible es que por haber abusado de la guerra, habia cansado Napoleon de tal modo el patriotismo, que circulaban en secreto los boletines falaces del archiduque Carlos, en que se negaban los triunfos del ejército francés, no porque se llevase ya la falta hasta desearlos, sino porque sin dudar del genio de Napoleon, empezabase á dudar de su fortuna, y porque habia hecho renacer la peligrosa afición á la crítica. Por estos motivos costo trabajo á Mr. Fouché mover la juventud amiga de caballos y uniformes, y organizar en París algunos batallones de guardia nacional, habiendo tenido que decir iba á formarse una guardia de honor para escoltar la persona de Napoleon sin ir muy lejos en el extranjero, y aun vistose obligado para

(1) Todavía existe la coleccion de estos boletines, aunque Mr. Fouché mandó destruir todo lo perteneciente á la policia. Se halla entre los papeles de Napoleon, y revela el cambio singular que se realizó en los ánimos desde 1809, dando á conocer hasta qué punto mudó la suerte del imperio la guerra de España.

poblar sus filas pagar gente que carecia de trabajo. En seguida se entregó al placer de pasarles revista, placer arriesgado que debia costarle caro mas tarde. En cuanto á Mr. Clarke, ministro de la Guerra, se ocupaba en cosas mas serias. Asi que se recibieron las cartas de Napoleon, llamó al príncipe de Ponte-Corvo, y le hizo salir para Amberes, cuando ya iban acercandose al Escalda las semi-brigadas disponibles, cuando la gendarmeria reunida por el empeño que en ello se tomó el mariscal Moncey, habia proporcionado dos mil caballos, cuando caminaba hacia Flandes la artilleria que se dirigia á Alsacia, y cuando aunque con mucha confusion se principiaba á amontonar medios de defensa en los puntos desmantelados antes de Amberes, la Cabeza de Flandes, el Sas de Gante, Breskens y la isla de Cadzand.

Afortunadamente los ingleses habian sacado poco partido del tiempo trascurrido. Acabaron de reunir en el Escalda Oriental todas sus fuerzas de mar y tierra; su escuadra estaba esparcida por los diversos canales que separan la isla de Walcheren de las del Norte y el Sur de Beveland; y tenian apostadas las tropas en la isla de Walcheren alrededor de Flesinga, y en la del Sur de Beveland alrededor del fuerte de Batz. Creyeron no podrian caminar seguros hasta no haber abierto á su escuadra el paso del Escalda Occidental con la toma de Flesinga, lo cual debia permitirles llevar por mar el ejército entero á Batz y Santvliet, y gracias á esta determinacion, emplearon los primeros dias de agosto en construir aproches delante de Flesinga, dedicando á estos trabajos sus mejores tropas. El general Monnet, que habia reci-

bido, como se ha visto, dos mil hombres de varios regimientos, especialmente dos batallones franceses, uno del 48.º y otro del 65.º, los utilizó para disputar el terreno mejor de lo que se había hecho en los primeros días, pues las nuevas tropas que le enviaban, aunque bisonas, tenían pudonor, y cumplían con su deber mejor que la mezcla de extranjeros de que se componía al principio la guarnición de Flesinga.

Después de haber perdido mil doscientos á mil quinientos hombres, se hallaba el 10 de agosto enteramente encerrado en la plaza, y solo se comunicaba por la derecha con el puesto de Rameskens, en cuyo punto había tratado de cortar los diques, con arreglo á las órdenes apremiantes de Napoleón; pero ya porque la marea no fuese bastante elevada, ya porque el terreno no estuviese dispuesto á la inundación, había entrado poca agua en la isla, y apostados los ingleses en el remate de las calzadas, pudieron permanecer delante de Flesinga, donde trabajaban en establecer baterías para someterla ciudad por medio de fuegos destructores en masa. Aquel era el momento crítico para la defensa, pues el general Monnet carecía de casamatas donde poner á cubierto sus tropas. Había en la ciudad una población poco dispuesta en favor de la Francia, como todas las poblaciones marítimas, y la guarnición se componía de una tercera parte de franceses poco aguerridos pero fieles, y de dos terceras partes de extranjeros, verdaderos bandidos que se aprovechaban del desorden de un sitio para saquear y exasperar á los habitantes. Eran estas condiciones muy malas para resistir á los apuros espantosos que se preparaban.

Conformándose los ingleses con los buenos principios del ataque de plazas, habían resuelto no emplear los recursos de la artillería sino á un mismo tiempo, de suerte que por una parte trabajaban en construir sus baterías incendiarias, y por la otra en introducir en el canalizo de Deurloo una porción de la división Gardner que consistía en navios de línea y en fragatas, á fin de batir la plaza por mar y tierra. Hasta habían conseguido ya cogerle la vuelta por dentro, siguiendo el Weere-Gat y bajando al Sloë.

El 11 de agosto, sin embargo de que les costó trabajo penetrar por falta de piloto, y por haber desaparecido todas las boyas, empezaron á introducirse las fragatas en el canalizo de Deurloo, y á desfilar por delante de Flesinga dirigiendo sobre sus murallas un fuego de cañón á que se contestó vigorosamente. Verificaron su reunión con las embarcaciones de menor tamaño, que habían bajado por el Sloë hasta Rameskens, y habiendo entrado el 12 los navios por el canalizo tras de las fragatas, el general inglés, después de pasar una intimación á Flesinga, hizo obrar á la vez las baterías de mar y tierra. Jamás dispararon en tan pequeño espacio tantas piezas de artillería. Las baterías de tierra constaban de mas de sesenta piezas de grueso calibre, ya en cañones de á 24, ya en gruesos morteros, y la división de navios, fragatas y bombardas que había entrado por el canalizo de Deurloo, tenía de mil á mil y ciento, que no cesaban de vomitar balas, proyectiles y bombas. A las veinte y cuatro horas de aquel espantoso fuego de cañón, ardia la ciudad, todas las casas estaban cuarteadas, y todos los techos estaban horadados,

por manera que la poblacion gritaba desesperada. Las baterias que miraban al mar contestaban con vigor, y causaban á la escuadra británica serios destrozos; pero esta era bastante numerosa para reemplazar en la línea á los buques deteriorados, y además, gracias á que podía moverse, se habia colocado de modo que hacia fuego sobre nuestras baterias por la parte opuesta.

No podía sostenerse la lucha mucho tiempo sin que todos nuestros artilleros quedasen fuera de combate. El 14 la mayor parte de ellos habian sido muertos ó heridos, y se trató de reemplazarlos con soldados de línea, pero como estos no tenían ninguno esperiencia, no podian suplir á artilleros; y por otra parte casi todas las piezas estaban desmontadas. Viendo el general inglés casi apagado el fuego de la plaza, le concedió algun respiro para hacerle otra intimacion, y como no tuviese respuesta inmediatamente, volvió á empezar el tiroteo. Los nuevos disparos pusieron á Flesinga en tal estado que no era posible resistir mas: no se contestaba, porque todas nuestras baterias habian quedado destruidas; las tropas, excepto los franceses, que formaban el menor número, se negaban á hacer el servicio, ocupándose únicamente en saquear, y la poblacion desolada queria rendirse, porque habian venido á tierra varios lienzos de muralla, y se hallaba espuesta á un asalto. En estas circunstancias consintió en capitular el general Monnet, firmando la rendicion de la plaza el 16 de agosto. Aunque nunca se debe disculpar las capitulaciones, preciso es conocer que era imposible aqui defenderse mas tiempo, y que esto solo hubiera retardado un dia la rendicion, esponiendo á la guarnicion y

á los habitantes á todas las consecuencias de un asalto. Por lo demas, el general Monnet con haber detenido al enemigo diez y siete dias delante de Flesinga, y el general Rousseau con haber impedido el desembarque en la isla de Cadzand, habian arruinado la expedicion británica.

Tomado Flesinga, era preciso avanzar inmediatamente hacia Amberes; pero esta operacion era mas delicada y peligrosa, puesto que se trataba de marchar de lleno por territorio francés por entre vastas inundaciones para ir á sitiár una plaza importante, llena ya de los refuerzos que se le habia enviado de todas partes. Lo mas sencillo, si el enemigo hubiese tenido en aquel momento la misma resolucion que al ponerse en camino, hubiera sido desembarcar todas las tropas con el material en las islas del Norte y el Sur de Beveland, atravesar estas islas á pie como habia hecho la division Hope para ir á tomar el fuerte de Batz, y dirigirse de este modo todo derecho hacia Santvliet, sin perder el tiempo en traer al fondo de los dos Escaldas la innumerable cantidad de navios, fragatas y transportes que llevaban consigo. Sobre este punto suscitóse un vivo altercado entre los dos comandantes de los ejércitos de mar y tierra, como sucede siempre en las expediciones de este género, á que concurren fuerzas de indole tan diferente. El almirante, que queria desembarcar sin demora para trasladarse por tierra á Batz, alegaba lo difícil que era conducir por medio de los dos Escaldas, bajo el fuego de las baterias que quedaban á los holandeses y á los franceses, y atravesando canalizos cuyo fondo no conocian, una multitud de embarcaciones tanto de guerra como de transporte, que ascendian

con las lanchas cañoneras á mil doscientas ó mil quinientas, teniendo que subir la corriente á remolque, lo cual exigiria un número de dias indeterminado, mientras que desembarcando donde se hallaban, se trasladarian á Batz en cuarenta y ocho horas. El comandante de las fuerzas de tierra al contrario queria tener desembarcado todo el material en Batz ó en Santvliet, alegando la imposibilidad de recorrer con ese material tan pesado terrenos cortados por tanto trozos de mar, canales y diques, para llegar al interior de los dos Escaldas. Hacia valer sobre todo la necesidad de tener medios de paso para atravesar el canal de Berg-op-Zoom, y trasladarse de la isla del Sur de Beveland hacia el continente en que está situado Amberes. Es probable que el general sobre quien pesaba la responsabilidad de la empresa de tierra no sentia dar largas á una expedicion que le asustaba ahora que era preciso caminar por el territorio del imperio.

Despues de un fucite altercado, el general conde de Chatham, á quien pertenecia decidir cómo emplearia su ejército, exigió que se trasportara las tropas y el material por agua hasta Batz y Santvliet, y el almirante tuvo que someterse, emprendiendo la introduccion en los dos Escaldas de aquel inmenso armamento. Asi lo procuró efectivamente, tanto por el Escalda Oriental como por el Occidental, introduciendo en el primero los buques pequeños y en el segundo los de gran tamaño, tales como fragatas y navios; pero era preciso esperar todos los dias la marea, y cuando el viento no era favorable, subir á remolque ó halando á lo largo de la playa. Desde el 4.º de agosto se emplearon en

este penoso trabajo todos los marineros de la escuadra.

Durante este tiempo, el principe de Ponte-Corvo se habia trasladado á Amberes, donde entró el 15, llevando muy á propósito la autoridad de su grado. El rey Luis, que en medio de aquella confusion de gente despavorida y de tropas apenas organizadas, no sabia á quien entender, se apresuró á entregar el mando al principe mariscal, y se retiró á Berg-op-Zoom, y de Berg-op-Zoom á Amsterdam, para cuidar de la seguridad de sus propios estados. Por lo demas, dejó sus cinco mil holandeses entre Santvliet y Berg-op-Zoom á disposicion del mariscal Bernadotte, que estaba autorizado para agregarlos á sus tropas.

Cuando llegó el mariscal encontró ya reunidas tres semi-brigadas varios cuartos batallones sacados de la vigésima cuarta division militar, uno polaco, tres ó cuatro mil guardias nacionales escogidos, cerca de dos mil gendarmes de á caballo, unos mil ginetes procedentes de los depósitos y varias compañías de artillería, entre todos veinte y tantos mil hombres sobre las armas, doce ó quince mil de los cuales eran capaces de presentarse en linea, con veinte y cuatro piezas de artillería bastante mal montadas. Esa mezcla de tropas hubiera figurado mal delante del ejército inglés, sobre todo si hubiera estado mandado como lo estaba en España; pero detrás de las inundaciones del Escalda y las murallas de Amberes, y bajo el mando de un mariscal acostumbrado á la guerra y que inspiraba confianza, era suficiente para frustrar el ataque que se preparaba. Es verdad que era grande la confusion que reinaba en Amberes, y bastante favora-

bles todavía los momentos para un enemigo audaz, que, una vez tomada Flesinga, hubiera marchado hacia Amberes, donde podía hallarse el 17 cuando recién llegado el mariscal, no había tomado aun el mando por no conocer la plaza ni su ejército. El triunfo, fácil el 1.º de agosto si no se hubiera detenido en la toma de Flesinga, era difícil el 16 después de tomada esta, cuando ya había en Amberes un peloton de tropas considerables aunque mal organizado, municiones y un gefe; y de difícil iba haciéndose imposible de día en día, pues además de que las tropas debían aumentarse sin cesar, iban á organizarse, lo cual valia mas que aumentarse.

Efectivamente, poniéndose de acuerdo el mariscal Bernadotte con dos hombres de cabeza, el almirante Missiessy y el comandante de ingenieros Decaux, completó las disposiciones tomadas para en caso de que los ingleses marcharan hacia Amberes. Púsose en estado completo de defensa los fuertes de Lillo y de Lielkenshoek, y se les rodeó de inmensas inundaciones. Detrás de dichos fuertes, protegían la escuadra dos estacadas, y de la parte acá de estas estacadas recorriendo las orillas del Escalda una numerosa flotilla, debía cubrirlas de fuegos rasantes. Como los diez navios de la escuadra, libres en sus movimientos, no tenían nada que temer de los brulotes, podían secundar la defensa de Amberes con ochocientas á novecientas piezas de artillería de grueso calibre. En fin, la plaza en cuyo derredor estaban los nuestros dispuestos á estender las inundaciones, se cubría de trincheras, empalizadas y cañones, y se llenaba de tropas. El mariscal Bernadotte pasaba revista

á estas tropas, las organizaba, las preparaba á ver al enemigo de cerca, les infundía un principio de confianza en sí propias, y acababa de montar la artillería, mientras que detrás desde la Cabeza de Flandes hasta Brujas se formaban numerosos pelotones de guardias nacionales, destinados á componer el ejército del mariscal Bessieres. El valiente general Rousseau, con una semi-brigada enviada á aquellos sitios, guardaba todas las avenidas de la isla de Cadzand, y la margen izquierda del Escalda.

Después de dedicar diez y siete días á la toma de Flesinga, los ingleses invirtieron diez mas en conducir, ya á vela, ya haciéndose remolcar, las mil doscientas ó mil quinientas embarcaciones al fondo de los dos Escaldas. El 25 tenían entre Batz y Santvliet doscientas ó trescientas fragatas, corbetas, briks y lanchas cañoneras, y se hallaban en situacion de atravesar con su ejército el canal de Berg-op-Zoom que forma, según hemos dicho, el punto de reunion del Escalda Occidental con el Oriental. Podían atravesarlo, ó en sus numerosas embarcaciones ó vadeándolo en la baja mar con el agua hasta los hombros; pero mas allá era preciso arrostrar el territorio del imperio; un general de experiencia, y un ejército al que la fama abultada con las exageraciones de los franceses y el miedo de los ingleses, daba cuarenta mil hombres; y no era esto todo sino que el azote que había respetado al cuerpo encargado de atacar á Flesinga, porque en lo general se libraban con la actividad los ejércitos de la fiebre, invadió no solo las tropas que habían bajado al Sur de Beveland, sino á la division que, terminado el sitio de Flesinga,

se hallaba descansando en la isla de Walcheren. La ociosidad y la mala agua que se bebía, la cual era pantanosa, obraron con tanta mas violencia cuanto mayor era el número de gente, y desde el 16 de agosto, época en que se rindió Flesinga, hasta el 26, que fué cuando llegaron delante de Batz las fuerzas navales, enfermaron de la fiebre doce ó quince mil hombres, muchos de ellos de gravedad. Así es que morían á millares, y no se sabía donde aljarlos, porque había pocos recursos en las islas semi-inundadas siempre de Zelandia, y Flesinga no tenía techo bajo el que pudieran albergarse los enfermos. Despues de dejar en Flesinga algunos miles de hombres, no quedaban rebajando los heridos y enfermos, sino veinte y cuatro ó veinte y cinco mil soldados que conducir á Amberes, de cuarenta y cuatro mil que eran.

Al ver lord Chatham este estado de cosas, é intimidado además por lo que se decía sobre los medios que tenía á su disposición el mariscal Bernadotte, celebró un consejo de guerra en Batz el 26 de agosto á fin de deliberar acerca del giro que había de darse á la expedición; consejo á que asistieron todos los tenientes generales. En el punto á que se había llegado, era evidente sería imposible atravesar el canal de Berg-op-Zoom, ya vadándolo, ya en embarcaciones, y marchar en seguida en dirección á Amberes sin esponerse á un desastre. Efectivamente, debían encontrar en su camino dificultades insuperables, si los franceses tenían la prudencia de no dar batalla y oponer solamente los obstáculos del terreno. No podían, pues, dejar de detenerse ante esos obstáculos, mientras, siguiendo la fiebre en sus estragos, re-

duciría de veinte y cuatro mil á veinte, y quizá á quince, el ejército activo. De suceder esto, frustrado el plan de Amberes, según todo lo anunciaba, ¿cómo se las compondrían para retirarse en presencia de los franceses, que se apresurarian á salir de sus trincheras, y á perseguir á un ejército desmoralizado por las calenturas y el no logro de sus intentos? Gracias que pudieran conservar la probabilidad de repasar sanos y salvos el canal de Berg-op-Zoom.

Estas razones eran excelentes, y si el 4.º de agosto todas las probabilidades estaban por el logro de la empresa, si el 16 quedaban algunas, el 26 no había ni una siquiera, y era una locura llevar mas allá el objeto de la expedición. Era preciso, pues, contentarse con la toma de Flesinga, aunque bien es verdad que no conservarían esta conquista, comprada con enormes dispendios, quince ó veinte mil enfermos, y la mengua de ver reducida á una empresa ridícula la expedición marítima mas grande del siglo; pero no era cosa de deliberar. Sin demora, se envió el dictamen del consejo de guerra á Londres, calculando que en cuarenta y ocho horas podía ir y volver con la respuesta un buque, y mientras se ocupó el ejército en retrogradar, embarcando los enfermos para trasladarlos á Inglaterra.

El 2 de setiembre aprobó el gabinete británico el dictamen del consejo de guerra, y ratificó el abandono de una expedición que había costado tantos esfuerzos, y prometido tan vastos resultados. Los ingleses dieron principio otra vez á la difícil operación de arrastrar á lo largo del Escalda mil doscientas á mil quinientas embarcaciones de

todas formas y de todos tamaños, y embarcar su gente, caballos y cañones. Gran número de buques se hizo á la vela para las Dunas; pero como no se podia dejar al ejército donde se hallaba, y quince á diez y ocho mil soldados que habian caído enfermos no se encontraban en estado de servir, se les embarcó como se pudo, ejecutando un viage continuo de la isla de Walcheren á las Dunas y viceversa. No queriendo confesar se habia malogrado completamente la expedicion, si evacuaban desde luego á Flesinga, decidieron dejar allí una guarnicion de doce mil hombres, y como el agua que se habia era la principal causa de las calenturas, resolvieron enviar ochocientas toneladas de agua al día, de las Dunas á Flesinga. Los buques de transporte continuaron pues, aquella travesia incesante llevando agua, y trasladando enfermos, cuatro mil de los cuales habian ya perecido en Walcheren, y siendo trasportados doce mil á Inglaterra, donde morian muchos al llegar. En cuanto á la guarnicion de Flesinga, viendo que disminuia diariamente, decidieron dejar allí el número de tropas estrictamente necesario para defender la plaza, y se reservaron evacuarla definitivamente haciendo volar las obras si la paz, que debir firmarse bien pronto, llevaba los ejércitos franceses del Danubio al Escalda.

Cuando los franceses advirtieron el movimiento retrógrado de los ingleses (y no tardaron en advertirlo), brilló en ellos el regocijo, al regocijo se siguieron las chanzonetas, y Amberes presentó el espectáculo tumultuoso de vencedores que se engriaban con una victoria que les habia costado poco. El triunfo alcanzado se debia esclusivamente á

la firmeza del general Rousseau que habia preservado la isla de Cadzand, á la resistencia del general Monnet que habia hecho perder á los ingleses un tiempo precioso, y en fin á la sangre fria del almirante Missiessy que habia salvado la escuadra por medio de hábiles maniobras. No obstante, el mariscal Bernadotte, dispuesto siempre a elogiarse á sí propio, dirigió á sus tropas otra orden del día aplaudiendo el triunfo que acababan de conseguir contra los ingleses, orden del día que debia tener en Schönbrunn la misma acogida que la que dirigió á los sajones despues de la batalla de Wagram.

Era llegado el caso de suspender el llamamiento á las armas de los guardias nacionales, que traian conmovido el país desde Lila hasta Gante, y desde Gante hasta Amberes; que se ponian en marcha disgustados, que desertaban en el camino, y que se mostraban tan bulliciosos como indisciplinados. Así opinaba el general Clarke, pero el ministro Fouché que habia visto aprobó Napoleon su primer llamamiento y que encontraba en las revistas de Paris, y el movimiento general de las poblaciones, ocasion de hacerse valer, continuó las levás, estendiéndolas á todo el litoral del imperio, y hasta Tolou y Génova, bajo pretesto de que, obligados los ingleses á dejar la Zelandia, eran capaces de ir á vengarse en Guyena, Provenza y el Piamonte, del desastre que habian sufrido en Flandes.

Todo esto se le participó á Napoleon desde principio de setiembre, y le causó suma alegría mezclada de mucho orgullo, porque atribuia ese triunfo á su venturosa estrella, y habiendo visto á

punto de oscurecerse esta estrella dos ó tres veces desde los asuntos de España, creyó verla en aquel momento brillar con nuevo esplendor. Asi escribió diciendo: «en las circunstancias actuales es una série de ventura esa expedición que reduce á la nada el mayor esfuerzo hecho por la Inglaterra, y nos proporciona un ejército de ochenta mil hombres con que de otro modo no hubiéramos podido hacernos.» Quiso se siguiera organizando el ejército del Norte, reuniendo cinco legiones de guardias nacionales al mando de cinco senadores, pero compuestas únicamente de jóvenes robustos y aptos para el servicio, y acabando de montar la artillería, á fin de arrojar á los ingleses de Flesinga si intentaban permanecer en ella, ó dirigirse hacia Alemania si volvían á romperse las hostilidades con Austria. Por último, Napoleon, disgustado otra vez con el mariscal Bernadotte por la afición que tenía á alabarse despues de las operaciones más sencillas, y viéndole con desconfianza á la cabeza de un ejército compuesto de antiguos oficiales republicanos y de guardias nacionales, encargó al ministro Clarke le diera las gracias por sus servicios y confirió al mariscal Bessieres el mando general del ejército del Norte.

Tales fueron los esfuerzos que hicieron aquel año los ingleses para disputar la Península á Napoleon, y destruir en las costas sus vastos armamentos marítimos. Con pocos soldados y un buen general hicieron frente en España á tropas admirables, mandadas con flojedad, y en Flandes, con tropas escelentes privadas de general, sufrieron un desastre á manos de los reclutas de que estaba lleno Amberes. Empero en uno y otro teatro

sobrepujaba todavía la fortuna de Napoleon, pues perseguido sir Arturo Wellesley por los ejércitos franceses en masa, se retiraba á Andalucía, descontento de sus aliados los españoles, y no esperando casi nada de aquella guerra, y lord Chatham regresaba á Inglaterra avergonzado. Podía Napoleon por lo tanto arrancar á Austria abandonada una paz brillante, y salvar su poderío y el nuestro, si aprovechaba las lecciones de la fortuna, que volvía á tratarle mal un instante más bien que para destruirle para que le sirviera de advertencia.

U A N L

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ERAL DE BIBLIOTECAS



## LIBRO TREINTA Y SIETE.

## El divorcio.

Cómo marchan las negociaciones en Altenburgo. — Napoleón hubiera deseado quedasen separadas las tres coronas de la casa de Austria ó se refundiesen en la del duque de Wurzburg. — No queriendo sostener otra campaña mas por conseguir este objeto, se contenta con adquirir mas territorio en Italia, Baviera, y Polonia. — Resistencia por parte del Austria á los sacrificios que le piden. — Lentitud calculada de Mr. de Metternich y del general Nugent, plenipotenciarios austriacos. — Trátase de dar un paso directo con Napoleón, enviándole Mr. de Bubna con una carta del emperador Francisco. — Trasládanse á Viena las negociaciones de Altenburgo. — Ultimos debates: se firma la paz el día 14 de octubre de 1809. — Astucia de Napoleón para asegurar la ratificación del tratado. — Orden de evacuar á Austria, y enviar á España todas las fuerzas disponibles de resultados de la paz. — Intentan asesinarle en la corte del palacio de Schenbrunn. — Su regreso á Francia. — Asuntos eclesiásticos durante los sucesos militares y políticos del año 1809. — Situación intolerable del papa en Roma con las tropas francesas. — Para que cese, da Napoleón el decreto del 17 de mayo, reuniendo al imperio francés los estados de la Santa Sede. — Bula de excomunion fulminada en contestación á ese decreto. — Prision del papa y su traslación á Savona. — Estado de los ánimos en Francia á consecuencia

de los sucesos políticos y religiosos de aquel año. — Profunda alteración en la opinion pública. — Llegada de Napoleón á Fontainebleau. — Su estancia allí, y su nuevo modo de portarse. — Reunión en París de principes, ya parientes ya aliados. — Vuelta de Napoleón á París. — Durante los últimos acontecimientos madura en su cabeza la resolución de divorciarse. — Confía esta resolución al archicanciller Cambaceres y á Champagny, ministro de relaciones esteriore. — Napoleón llama á París al principe Eugenio, para que este prepare á su madre para el divorcio, y solicita la mano de la gran duquesa Ana, hermana del emperador Alejandro. — Llegada á París del principe Eugenio. — Sentimiento y resignación de Josefina. — Formas adoptadas para el divorcio y consumación de este acto el día 15 de diciembre. — Retirase Josefina á la Malmaison y Napoleón á Trignon. — Acordada hecha en San Petersburgo á la petición de Napoleón. — El emperador Alejandro consiente en conceder su hermana, pero quiere que á esa union vaya unido un tratado contra el restablecimiento eventual de Polonia. — Lentitud calculada de la Rusia é impaciencia de Napoleón. — Secretas comunicaciones por las que se sabe el deseo del Austria de dar á Napoleón una archiduquesa. — Consejo de los grandes del imperio en que se discute la elección de esposa. — Cansado de la lentitud de Rusia, Napoleón rompe sus relaciones con ella, y se decide repentinamente á casarse con una archiduquesa de Austria. — Firma el mismo día, siendo intermediario el principe de Schwarzenberg, su contrato de matrimonio con Maria Luisa, copiado del de Maria Antonieta. — Envía á Viena el principe Berthier para que pida oficialmente la mano de la archiduquesa. — Acoge con afán su petición la corte de Austria. — Matrimonio celebrado en Viena el 11 de marzo. — Matrimonio celebrado en París el 2 de abril. — Cambio momentáneo de la opinion pública en favor de Napoleón, y últimas ilusiones de Francia sobre la duración del reinado imperial.

Lo que mas le interesaba á Napoleón en el suceso de Valcheren, era la influencia que esta expedición iba á causar sobre las negociaciones de Altenburgo. El tiempo trascurrido desde la tregua de Znaim lo habia empleado en poner el ejército de Alemania en el estado mas floreciente, á fin de poder aniquilar á los austriacos sino le convenian las condiciones de la paz propuesta. Su ejército, acampado en Krems, Znaim, Brünn, Viena, Presburgo,

Oedenburgo y Gratz, bien alimentado, bien descansado, cubiertas ampliamente las bajas con la llegada y disolución de las semi-brigadas, remontada la caballería, y provisto de una artillería numerosa y soberbia, era superior á lo que habia sido en ninguna época de la campaña. Napoleon habia formado á las órdenes del general Junot, con las guarniciones que quedaron en Prusia, algunas semi-brigadas confiadas al general Rivaud, las reservas reunidas en Augsburgo, los regimientos provisionales de dragones, y algunos wurtembergenses y bávaros, un ejército de treinta mil infantes y cinco mil caballos para vigilar la Suabia, la Franconia y la Sajonia, é impedir las correrías ora del duque de Brunswick-Oels, ora del general Kienmayer. El mariscal Lefebvre con los bávaros hacia la guerra en el Tirol; y por último, quedaba el nuevo ejército de Amberes, cuyo número y valía se exageraba mucho, pero que no por eso dejaba de ser una fuerza mas añadida á todas las que poseia ya. Hallábase, pues, en situación de tratar ventajosamente con una potencia que por mas esfuerzos que hacia por su parte para reorganizar sus tropas, no se encontraba en estado de levantarse de su postracion. No obstante, a pesar de los inmensos recursos de que disponia Napoleon, queria la paz, y la queria con sinceridad por motivos excelentes.

Lisonjeándose al principio de la guerra destruiria al Austria al primer golpe, y olvidando demasiado la magnitud de los medios que aquella habia preparado, se sorprendió Napoleon de la resistencia que encontraba, y aunque nunca decayó la confianza que tenia en sí propio, creyó algo me-

nos en la facilidad de derribar la casa de Habsburgo. No pensando ya absolutamente, ó casi no pensando, en destruirla, la guerra no tenia objeto para él, pues habiendo como habia quitado á dicha potencia los Estados venecianos y el Tirol en 1805, nada tenia que desmembrar para sí. Arrebatar todavía al emperador de Austria dos ó tres millones de habitantes para reforzar el ducado de Varsovia hacia la Galicia, Sajonia hacia Bohemia, Baviera hacia el Austria Alta, é Italia hacia la Carniola, no era tan interesante que valiese otra campaña, por muy brillante que pudiera ser. Lo que hubiera satisfecho todos sus deseos, era separar las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungria, dispersarlas sobre cabezas austriacas ó alemanas, rebajar de este modo para siempre la antigua casa de Austria, ó bien hacer que abdicara el emperador Francisco, enemigo irreconciliable, para reemplazarle con su hermano el duque de Wurzburg, que habia ido siendo soberano de Toscana, Salzburgo y Wurzburg, principe amable é ilustrado, amigo en otro tiempo del general del ejército de Italia, y hoy amigo tambien del emperador de los franceses. En este caso no hubiera exigido Napoleon ni un solo sacrificio de territorio, satisfecho su orgullo con destituir á un emperador que le habia faltado á la palabra, y tranquilizada su política al ver ocupado el trono de Austria por un principe con cuya adhesión contaba.

Empero separar las tres coronas, era destruir la casa de Austria, y para ello se necesitaba todavía dar dos ó tres batallas terribles, que Napoleon tenia grandes probabilidades de ganar, mas que acaso suscitarian un levantamiento general en la Europa

desesperada, sin exceptuar Rusia, alarmada y disgustada con nuestra alianza. En cuanto á variar de príncipe, no era fácil conseguir que el emperador Francisco cediese su puesto al duque de Wurzburg, aunque se decía no le gustaba reinar. Por otra parte, no era decente hacer semejante proposición, siendo preciso que esa idea ocurriese á los mismos austriacos, con la esperanza de ahorrarse sacrificios de territorio. Así el segundo plan presentaba tan pocas probabilidades como el primero. El único proyecto hacedero en aquel momento era debilitar al Austria en Galicia en provecho del gran ducado de Varsovia, en Bohemia en beneficio de Sajonia, en el Austria Alta en favor de Baviera, y en Carintia y Carniola para crearse una ancha continuidad de territorio de Italia á Dalmacia, y abrirse camino por tierra hácia el imperio turco. Napoleón resolvió, pues, pedir lo mas que pudiera bajo este aspecto, y aun pedir mas de lo que aspiraba á conseguir, á fin de cobrarse en dinero la porción de sus pedidos de que se desprendería al fin de la negociación. Si encontraba á la córte de Viena demasiado rebelde, demasiado altanera, demasiado confiada todavía en sus fuerzas, entonces se decidiría á darle el golpe de gracia, volviendo á sus proyectos primitivos de destrucción, pensara lo que pensara la Europa entera, inclusa Rusia.

Respecto á esta última potencia, Napoleón se proponía seguir mostrándose amistoso, observar la conducta propia de un aliado, pero sin ocultarle había advertido la tibieza de su celo durante la última guerra, y que no contaba ya con ella para los casos difíciles. Seguro por otra parte de que no estaba dispuesta á volver á entrar en guerra con

Francia, y creyendo no se espondría á ella por mejorar la suerte de Austria, no quería desafiarla sino hasta donde fuese preciso para debilitar suficientemente el poderio de Austria, y privar á Inglaterra para siempre de esa aliada. Sin embargo, como siempre se mostraba pronto á tomar resoluciones estremas, estaba determinado, si las dificultades de las negociaciones le hacían luchar por última vez con el Austria, á aventurarlo todo con cualquiera que fuese, á fin de cerrar cuanto antes esa larga carrera de hostilidades que le había valido la gigantesca estension de su ambición. En su consecuencia, después de haber guardado un prolongado y aun desdenoso silencio con Alejandro, le escribió participándole sus triunfos, anunciándole había dado principio á las negociaciones con Austria, é invitándole á que enviase á Altenburgo un plenipotenciario provisto de instrucciones relativas á las condiciones de paz. Sin indicar por lo demás ninguna de las condiciones de esta paz, pidió fuese el sugeto que enviase en clase de negociador amigo de la alianza, de esa alianza que ya había proporcionado á Rusia la Finlandia, y le prometía la Moldavia y la Valaquia. Accediera ó no Alejandro á esta proposición, enviara ó no un negociador á Altenburgo, Napoleón veía en ello tantas ventajas como inconvenientes, pues si un negociador ruso podía complicar la negociación, también, obligado á caminar de acuerdo con los franceses, volvería á comprometer otra vez á su córte contra el Austria, si debían volver á empezar las hostilidades.

Tales eran, pues, las disposiciones de Napoleón cuando se abrieron las conferencias para la

paz: tenia, segun acabamos de decirlo, deseo de acabar de una vez, é intencion de pedir mucho mas de lo que queria, á fin de cobrarse la diferencia en contribuciones de guerra, lo cual era bastante justo, habiendo como habian sido enormes los gastos de aquella campaña.

En su consecuencia, Mr. de Champagny marchó á Altenburgo, poblacion pequeña situada entre Raab y Comorn, á unas cuantas leguas del castillo de Dotis, á donde se retiró el emperador Francisco despues de la batalla de Wagram. Mr. de Champagny tenia encargo de sentar por base de negociacion el *uti possidetis*, es decir, el abandono en manos de Francia del territorio que ocupaban nuestros ejércitos, dejando que Austria escogiera en lo que ocupabamos lo que le conviniese, para reemplazarlo con concesiones equivalentes. Asi nosotros teniamos Viena y Brünn, y como era evidente que no podiamos guardar estos puntos, en el sistema del *uti possidetis*, Austria cederia en Bohemia, Galicia é Iliria tanto territorio y poblacion como se le restituyera en el centro de la monarquia. Al mismo tiempo que se le ofrecia esta facilidad en el reparto de los sacrificios se le pedia cerca de nueve millones de habitantes, es decir, mas de la tercera parte de sus estados, lo cual equivalia á destruirla; pero esto no era mas que para entablar las conferencias.

Abriéronse las negociaciones cuando principiaba á saberse en Austria que la expedicion de Walcheren tendria poco éxito; y naturalmente se arrastraron perezosamente hasta el día que se supo de un modo definitivo que aquella expedicion no produciria otro resultado que hacer perder á la Ingla-

terra algunos miles de soldados y muchos millones, y proporcionar á Napoleon un ejército mas. El emperador Francisco, obligado por la pérdida de la batalla de Wagram, el riesgo que corrió su ejército en Znaïm, y la desmoralizacion de todos los gefes militares, obligado, decimos, mal su grado, á entrar en tratos, habia encargado á Mr. de Metternich, su embajador en Paris, que negociara con Mr. de Champagny aprovechando relaciones ya establecidas, Mr. de Metternich debia reemplazar en la direccion de los negocios á Mr. de Stadion, constituido en representante de la politica de guerra, no tanto por impulso propio como por el de su hermano, sacerdote apasionado y fogoso, y que habia conocido despues de la batalla de Wagram tenia por necesidad que presentar su dimision, para ceder el puesto á los partidarios de la politica de paz. Sin embargo, Mr. de Metternich no habia consentido en suceder en el ministerio á Stadion, sino cuando las dos potencias hubieran optado formalmente entre la paz y la guerra, por medio de un tratado definitivo. Hasta entonces, Mr. de Stadion tenia que permanecer con el ejército en las cercanias de Olmutz, y desempeñar el ministerio interinamente. El emperador habia ido á residir en Dotis, castillo de Hungría, y Mr. de Metternich, para quien la paz debia ser un triunfo asegurándole la entrada al gabinete, habia aceptado la comision de negociar en Altenburgo. Agregáronle Mr. de Nugent, gefe de estado mayor del ejército austriaco, para todos los pormenores militares, y para discutir los puntos relativos al trazado de las fronteras. Por lo demas, mientras se negociaba, tambien procuraban, co-

mo lo hacia Napoleon escitar el celo de las provincias que conservaba aun la monarquía, cubrir las bajas del ejército, y construir material.

Verificáronse las primeras conferencias á fines de agosto, mas de un mes despues del combate de Znaim y de haber firmado la tregua: tanto tiempo fué menester para reunir los plenipotenciarios y darles instrucciones. Habíase consentido facilmente en esta prolongacion de la tregua, la cual solo debia durar un mes, porque ninguno tenia prisa; Napoleon porque vivia a costa del Austria y esperaba refuerzos, y el Austria porque aunque pagaba el costo de nuestra estancia, queria rehacer sus fuerzas, y saber el resultado de la expedicion de Walcheren. Entre tanto queria mas que nada que los negociadores franceses se esplicasen sobre la verdadera estension de sus pretensiones.

Desde luego se mostró Mr. de Champagny afable y tranquilo, como acostumbraba serlo; pero envanecido con el soberano a quien representaba; Mr. de Nugent, taciturno, quisquilloso y ofendido, como debia estarlo en su orgullo de militar; y Mr. de Metternich, frio, astuto bajo formas dogmáticas, racionando largamente, y tratando, como convenia al papel que desempeñaba, de reparar las salidas de tono del que le habian dado por compañero (1). Al cabo de algun tiempo sucedió un principio de confianza á la mortificacion de los primeros dias; Mr. de Nugent se presentó con menos

(1) No necesito repetir de nuevo que amante solamente de la verdad y no de las pinturas al capricho, he tomado de las correspondencias intimas de Napoleon, Champagny, Maret y Caulaincourt, la relacion exacta de esta curiosa negociacion.

acritud, Mr. de Metternich apareció menos formalista, y Mr. de Champagny, que variaba poco, permaneció como antes, es decir, terminante; no porque tal fuese su carácter, sino por el de las instrucciones que tenia. Mr. de Metternich dijo habia dos modos de concebir la paz, uno amplio, generoso, fecundo en resultados, que consistia en volver á Austria todas las provincias que le acabáramos de quitar, dejarla tal como estaba antes de las hostilidades; que entonces, agradecida á semejante proceder, abriria los brazos á quien se los hubiese tendido a ella y se convertiria para Francia en una aliada mucho mas segura que la Rusia, porque no era tan voltaria como ella, y á lo menos tan poderosa, como habíamos podido conocer en las últimas batallas; que semejante resultado valia mas que una nueva dislocacion de territorio en provecho de unos aliados ingratos, impotentes é insaciables, tales como Baviera, Wurtemberg y Sajonia, que nos empujaban á la guerra para enriquecerse, y que no valian lo que costaban. Mr. de Metternich dijo que habia ese medio de concebir la paz, y ademas otro, mezquino difícil, poco seguro, cruel para aquél á quien se arrancasen nuevos sacrificios, y poco provechoso para el que los obtuviese; que tras de él vendria el disgusto de los unos respecto á los otros, y el sacrificado se resignaria á la paz mientras no pudiese volver á emprender la guerra; que ese medio de tratar, consistente en cómputos de territorio, era un verdadero mercado; que si era esto lo que preferiamos, como lo temia en gran manera, debíamos decir lo que queríamos, y hablar primero que ellos, porque al fin no le tocaba á Austria despojarse á sí propia.

Mr. de Champagny respondió á este modo de entrar en materia que el primer sistema de paz se ensayó despues de la batalla de Austerlitz, pero en vano y sin provecho; que en aquella época, vencedor Napoleon de los ejércitos austriacos y rusos, recibió al emperador de Austria en su tienda de campaña, y habiéndosele dado palabra de que no se le volvería á hacer guerra, restituyó toda la monarquía austriaca, escepto algunas desmembraciones; que despues de conservar un imperio que podía haber destruido, debía contar con una paz duradera, y sin embargo, apenas entró en lucha con los ingleses en España, se olvidaron todas las promesas, y se acudió otra vez á la guerra y sin acordarse absolutamente de la palabra dada; que con semejante lección, no habia ya términos hábiles para ser generosos, y que era preciso gravitase la guerra sobre los que la principiaban con tanta facilidad y tan poco escrúpulo.

Mr. de Metternich replicó alegando los mil motivos de queja que tan fácil era encontrar en la ambición de Napoleon. Objetó, y con razón, la destrucción de la casa de España, el espanto causado en todas las cortes por esa empresa atrevida, y en vez de tranquilizarlas, el haber establecido una intimidad profunda con Rusia, intimidación que hacia temer los proyectos mas alarmantes contra la seguridad de todos los estados, en fin, el haberse negado á admitir al Austria en esa intimidad, y hasta á darle á conocer al menos lo que Rusia y Francia preparaban en el mundo. Despues de enumerar largamente estas quejas, en lo cual se invirtió mas de una conferencia oficial, y mas de una conversacion particular, fué preciso venir á parar

en articular una pretension, insistiendo los austriacos en que los franceses debian hablar primero puesto que pedian sacrificios. Aunque Mr. de Champagny conocia la enormidad de lo que iba á enunciar, obedeciendo á su soberano, presentó como base el *uti possidetis*, con arreglo al cual cada uno conserva lo que tiene, sin perjuicio de cambiar ciertas porciones de territorio por otras. Mr. de Metternich contestó que si se hacia seriamente esa proposición, era preciso prepararse á batirse, y batirse con furia, pues lo que se pedia era nueve millones de habitantes, es decir, la tercera parte de la monarquía cuando menos, ó lo que es lo mismo, su destrucción, y que en tal caso no se podía entrar en tratos.

Despues de estas palabras, callaron unos y otros algunos dias, aumentando la frialdad de las negociaciones una precaucion de Napoleon. Por temor de que con motivo de la Galicia y el ensanche del ducado de Varsovia, se le atribuyera lo que no dijese, como por ejemplo, que tenia el proyecto de restablecer la Polonia, á fin de indisponerle con Rusia, quiso se llevase un acta de las conferencias; precaucion que no carecia de utilidad, pero que iba á hacer interminable la negociacion.—No somos negociadores, sino puramente unas maquinas, observó Mr. de Metternich. La paz es imposible, repetia sin cesar, y mostrándose triste, desanimado, confesó á Mr. de Champagny que consideraba aquella negociacion ilusoria, porque se parecia á todas las que Francia habia entablado con Inglaterra, y porque creia que allá en su interior estaba resuelto Napoleon á continuar la guerra.—Mr. de Champagny, que sabia lo con-

trario, respondió que no era así, que Napoleón deseaba la paz con las ventajas que tenía derecho á esperar de los resultados de la guerra. «Entonces, replicó Mr. de Metternich, ¿por qué se principia la negociacion con proposiciones que no son aceptables? ¿á qué vienen esas formalidades interminables que matan toda confianza?»

Era preciso salir de aquel atolladero, y Napoleón, satisfecho del resultado ya visible de la expedicion de Walcheren, no queriendo sacar de él un medio para continuar la guerra, sino al contrario para celebrar una paz ventajosa, autorizó á Mr. de Champagny á que diera un paso preliminar de arreglo. Si Austria, por ejemplo, dejaba entrever consentiría en sacrificios, sacrificios como los en que consintió en Presburgo, los cuales consistian en el abandono de tres millones de súbditos, se respondería á esta concesion con otra, se tomaría un término medio entre nueve millones y tres, es decir, cuatro ó cinco, y ya se vería en seguida el modo de arreglarse sobre los pormenores.

Este paso dado confidencialmente para con Mr. de Metternich, le reveló lo que ya suponía, que se quería separarse de las primeras exigencias, pero se pretendía aun demasiado para que él se explicara en nombre de su corte. La palabra esencial, la de que estaba pronta á hacer nuevos sacrificios de territorio, le costaba tener que pronunciarla, pues hasta entonces habia partido de la base de que daría dinero y no territorio. Sin embargo, Mr. de Metternich se refirió á su corte, que estaba á unas cuantas leguas de Altenburgo, es decir, en Dotis, y entre tanto pidieron los dos diplo-

máticos austriacos nos esplicáramos formalmente sobre lo que queríamos conservar, y lo que queríamos devolver: además pidieron se dejara á un lado esos principios generales de negociacion, tales como el *uti possidetis*, y lo que se llamaba *sacrificios de Presburgo*, que no significaban nada, ó significaban cosas que no podian ser aceptadas.

Napoleón, que deseaba la paz, se decidió, pues, á dar otro paso, y estendió él mismo una nota muy corta en que empezó á hablar con claridad, pidiendo en el Danubio, el Austria Alta hasta la línea de Ens, para agregarla á Baviera, y reservándose indicar mas tarde el sacrificio que creyese debía exigir por la parte de Italia. Era aquella una pérdida de ochocientos mil habitantes, que privaba á Austria de la importante ciudad de Lintz y de las líneas del Traun y el Ens, llevando la frontera bávara á algunas leguas de Viena. Los diplomáticos austriacos recibieron la nota sin hacer ninguna observacion, tomándola *ad referendum*, es decir, sin perjuicio de comunicarla á su corte. Mr. de Metternich se contentó con decir á Mr. de Champagny en conversacion particular: «parece que vuestro soberano no quiere que el emperador Francisco vuelva á Viena, puesto que coloca á los bávaros á las puertas de esta capital.» Es cierto que concediendo lo que pedia Napoleón, solo quedaba para proteger á Viena la posicion de Saint-Polten, y el emperador Francisco no tenía otro remedio que trasladar su capital á Presburgo ó á Comorn. ®

Al cabo de dos dias, esto es, el 27 de agosto, respondieron los diplomáticos austriacos por medio de una declaracion que se consignó en el acta verbal de las conferencias, que mientras no supiesen lo que

se exigía por el lado de Italia, les sería imposible explicarse, por lo cual rogaban al negociador francés tuviese á bien declarar por completo los deseos de su gobierno. Obligado entonces Napoleon á manifestar sus pretensiones una tras otra, estendió una nota que de orden suya debía hacer saber en Altenburgo Mr. de Champagny. Quería, dijo, por el lado de Italia, reservarse la Carintia, la Carniola, y partiendo de esta última, la márgen derecha del rio Sava hasta las fronteras de Bosnia. Así, pues, reservábase Napoleon, primeramente la parte opuesta de los Alpes Carnicos, el valle alto del Drava, Villach y Clagenfurth; y en segundo lugar la parte opuesta de los Alpes Julianos, el valle alto del Sava, Laybach, Trieste y Fiuma, lo cual enlazaba por medio de una provincia estensa y rica la Italia y la Dalmacia, y le llevaba por una contigüidad no interrumpida de territorio hasta las fronteras del imperio turco. Este nuevo sacrificio dejaba sin proteccion á Viena por el lado de Italia, como ya lo estaba por el lado del Austria Alta, puesto que pasaban á poder nuestro las posiciones de Tarvis, Villach y Clagenfurth, y solo quedaba para defender aquella capital las posiciones que de Léoben van á parar á Neustadt, es decir, la estension de los Alpes Nóricos. Como poblacion, era una pérdida de un millon cuatrocientos á un millon quinientos mil habitantes.

Esta segunda nota comunicada á la diplomacia austriaca la encontró tan silenciosa y triste como la primera. Los plenipotenciarios tambien la recibieron *ad referendum*, y Mr. de Metternich, que veía todas las noches á Mr. de Champagny, se limitó á decirle que así se desmembraba la monarquía

pieza por pieza; que se dejaba descubierta la capital por todas partes; que se derribaba en los caminos de Alemania e Italia los puntos de defensa que la protegían, y era evidente no se quería la paz; que á mayor abundamiento nos engañábamos si creíamos destruido el poderio austriaco, que las provincias que le quedaban á la monarquía mostraban un celo extraordinario, y que si continuaba la guerra, lo sería encarnizada por desesperacion: á lo cual contestó Mr. de Champagny que bajo el pie de los sacrificios pedidos en la actualidad, y añadiendo á ellos lo que tenemos intencion de reclamar en Bohemia, y en Galicia, no ascendería á la mitad del *uti possidetis* el total de las pretensiones de Francia. Dijo además que no temíamos la guerra, que Napoleon había invertido los dos meses de tregua en aumentar sus fuerzas en un doble que sin sacar ni un soldado siquiera de los ejércitos de España, tenía trescientos mil combatientes en el Danubio, fuera de cien mil que había en el Escalda, gracias á la espedicion de Walcheren, y que con un mes mas de guerra, quedaría destruida la casa de Austria. A estas declaraciones replicaba Mr. de Metternich con espresiones de dolor, las cuales daban á conocer que su opinion difería poco de la del negociador francés.

El 4.º de setiembre se recibió otra notificacion de los plenipotenciarios austriacos, que tendía á pedir se manifestara la totalidad de las pretensiones francesas. ¿El abandono, decían, del Austria Alta, la Carintia, la Carniola y parte de la Croacia era todo lo que se pretendía? ¿no quería nada Francia en otra parte? Se necesitaba saberlo antes de entrar en esplicaciones.

Napoleon que dirigia toda la negociacion desde Schönbrunn, interpolando este trabajo diplomático con correrías á caballo por los sitios en que estaban acantonadas sus tropas, hizo se respondiera el 4 de setiembre por medio de una nota, que tambien estendió él, en la cual decia que como la ciudad de Dresde, capital de su aliado el rey de Sajonia, se hallaba á una jornada de la frontera de Bohemia, situacion cuyo riesgo habia revelado la última campaña, reclamaba tres circulos de la Bohemia, para alejar otro tanto la frontera austriaca. Era este un nuevo sacrificio de cuatrocientos mil habitantes, sacrificio que naturalmente por proteger á Dresde, dejaba sin proteccion á Praga. En fin, para dar á conocer Napoleon enteramente sus pretensiones, indicaba de un modo general que en Polonia habria que estipular una especie de *uti possidetis* aparte, que, aunque no se espresaba, suponía el abandono de la mitad de la Galicia, es decir dos millones cuatrocientos mil habitantes de cuatro millones ochocientos mil que constituían la poblacion de las dos Galicias. Napo' con no queria entrar en ninguna explicacion sobre este asunto, por temor de que no le comprometieran con Rusia, hablando del restablecimiento de Polonia. El total de los sacrificios exigidos en las diversas provincias de la monarquía ascendia, pues, á cinco millones, en vez de nueve que suponía el *uti possidetis*. Con especialidad en Alemania, en premio de la Austria Alta, algunos circulos en Bohemia, la Carintia y la Carniola, Napoleon devolvía la Stiria, el Austria Baja y Moravia, provincias soberbias, que contenian Viena, Znaim, Brünn y Gratz, y formaban el centro de la

monarquía. Por lo demas, por especiosa y suavemente que estuviera escrita la nota de 4 de setiembre, por mucho cuidado que se pusiera en hacer resaltar la diferencia de las pretensiones actuales con las enunciadas al principio, era cruel tener que recibirla. La legacion austriaca calló tambien, pero Mr. de Metternich siguió deplorando en sus conversaciones particulares el sistema de paz adoptado por Napoleon, paz á la que llamaba mezquina, cruel, de compra y venta, cuando podia acudirse á la paz generosa, que hubiera proporcionado un reposo duradero, y una pacificacion definitiva.

Sin embargo, habiéndose explicado del todo los franceses, era preciso que los austriacos lo hiciesen á su vez, ó rompieran con nosotros, pues no era posible hacerse ilusiones acerca de la situacion. Las fuerzas de Napoleon se aumentaban de dia en dia; la expedicion de Walcheren no habia producido mas consecuencia que la de autorizarle á sacar mas tropas (asi lo escribian á sus córtes los diplomáticos alemanes); y por último, Rusia acababa de pronunciarse, enviando á Mr. de Czernicheff con una carta para el emperador Napoleon, y otra para el emperador Francisco. Declaraba en ellas el czar que no queria tener plenipotenciario en Altenburgo, y dejaba á Francia el manejo de la negociacion, con lo cual quedaba Rusia en libertad de aceptar ó negar el resultado, pero tambien quedaba Austria sin apoyo. Aconsejaba al emperador Francisco hiciese sacrificios cuanto antes, y al emperador Napoleon que tuviera moderacion; y solo pedia formalmente á este último no crease una Polonia con el nombre de

gran ducado de Varsovia. Con tal que no cometiese esta infraccion de la alianza, era evidente que Napoleon podía hacer cuanto quisiera, y aun resaltaba del lenguaje ruso se veria con mejores ojos las pretensiones de Napoleon en Alemania y en Italia que las de Galicia. En semejante estado de cosas debian resignarse los austriacos a entrar en tratos.

A la sazón habia sido llamado Mr. de Stadion cerca del emperador para que le aconsejase por última vez, y con él fueron convocados los personajes principales del ejército austriaco, tales como el príncipe Juan de Liechtenstein, Mr. de Bubna y otros, para manifestar su opinion sobre los recursos que quedaban a la monarquía, y en caso necesario para salir comisionados cerca de Napoleon. Todos esos personajes estuvieron de acuerdo sobre que era preciso hacer las paces; que aunque era posible prolongar la guerra con los recursos que se preparaban, sería demasiado peligroso; que nada debía esperarse ni de la expedición de Wálcheren ni de la intervención de Rusia, y que era preciso, pues, resignarse a hacer sacrificios, los cuales serían menores que los que reclamaba Napoleon. Entre esos mismos hombres, rivales unos de Mr. de Metternich, como Mr. de Stadion, y otros inclinados como militares a burlarse de los diplomáticos, juzgándolos lentos, formalistas y pesados, hubo quien creyó que la legación austriaca manejaba mal la negociación; que estaba perdiendo un tiempo precioso: que debía acabar por indisponer e irritar a Napoleon, y que si iba un militar a franquearse con él, pidiéndole por medio de una carta del emperador Francisco

se contentase con sacrificios moderados, probablemente lograría mas que todos los diplomáticos con su marcha pesada y tortuosa. Adoptóse este dictamen, y se decidió enviar a Schöenbrunn a Mr. de Bubna, ayudante de campo del emperador Francisco, militar y hombre de talento, para que tratase de mover ciertas cualidades del carácter de Napoleon, como por ejemplo, su benevolencia y buena índole, cualidades que era fácil despertar en él sabiendo conducirse.

Así, por una parte debía la legación de Viena en Altenburgo, contestando a un protocolo con otro, ofrecer Salzburgo, y además algunos sacrificios en Galicia indicados de un modo vago; y por otra Mr. de Bubna debía franquearse con Napoleon, calmarle sobre lo módico de la oferta que le hacían, é inducirle a que prefiriera territorios en Galicia en vez de ser en Alemania ó en Italia, cosa que deseaba mucho Austria, porque no se le habia mostrado muy fiel la Galicia, y hubiera querido arrojar de esta manera una manzana de discordia entre Francia y Rusia. Por último, Mr. de Bubna debía insinuarle que estaba engañado acerca del carácter de Mr. de Stadion, y que con este ministro no solo sería mas pronta y segura la paz, sino que á pesar de lo duro de sus condiciones, la aceptaría con mas facilidad el emperador Francisco.

Mr. de Bubna partió el día 7 de setiembre para el cuartel general de Napoleon, quien habia salido á visitar sus campamentos. A su vuelta recibió á Mr. de Bubna política y amistosamente, como acostumbraba cuando se recurría á sus buenos sentimientos, y habló con tal franqueza que hu-

biera podido pasar por imprudencia á no hallarse en una situacion en que casi era inútil el disimulo diplomático. Quejóse Mr. de Bubna de la lentitud con que caminaba la negociacion y de las exigencias de Francia, culpó por lo demas en todo á Mr. de Metternich, quien, segun dijo, manejaba mal las conferencias, invocó en seguida la generosidad del vencedor, y repitió el tema ordinario de los austriacos sobre que nada ganaba Napoleon con engrandecer á Sajonia y á Baviera, y apropiarse uno ó dos puertos en el Adriático y que valia mas para él aumentar el poderio de la nueva Polonia, ponerse de acuerdo con Austria, atraérsela, y pensar bien de Mr. de Stadion, que habia abandonado sus ideas de guerra.

Escitado Napoleon por Mr. de Bubna, se dejó llevar, y le descubrió su modo de pensar con una sinceridad tanto mas astuta en el fondo, cuanto que tenia la apariencia de ser hija de un impulso involuntario (1). Teneis razon, le dijo, en que no debemos atenernos á lo que hacen nuestros diplomáticos, los cuales por arreglarse á lo que exige su profesion pierden tiempo, y piden mas de lo que vosotros y yo queremos. Si hay decision para obrar francamente conmigo, podemos terminar el asunto en cuarenta y ocho horas, pues efectivamente es cierto que no tengo gran interés en proporcionar un millon de habitantes mas á Sajonia ó á Baviera. ¿Quereis saber cuál es mi verdadero interés? O

(1) En los archivos imperiales existe mas de un actade esta conversacion, referida por el mismo Napoleon y por Mr. de Bubna.

destruir la monarquía austriaca separando las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría, ó atraerme el Austria por medio de una alianza íntima. Para separar las tres coronas, seria preciso volver á batirnos, y aunque quizá acabaremos por hacerlo, os doy mi palabra de que no lo deseo. El segundo proyecto me convendria; pero ¿cómo puedo esperar de vuestro emperador una alianza íntima? Indudablemente tiene buenas cualidades; pero es débil, se halla dominado por los que le rodean, y se guiará por lo que le diga Mr. de Stadion, quien obrará á instigaciones de su hermano, cuya animosidad y violencia conoce todo el mundo. Hay un medio seguro de labrar la alianza sincera y completamente, medio que yo pagaria, como vais á ver, de un modo espléndido; que abduque el emperador Francisco, y pase la corona á las sienes de su hermano el gran duque de Wurzburg, príncipe prudente, ilustrado, que me quiere bien y á quien yo quiero; que no abrigo ninguna preocupacion contra Francia, y que no se dejaria llevar ni por los Stadion, ni por los ingleses. ¿Sabeis lo que yo haria por esto? Me retiraria al punto, sin pedir ni una provincia, ni un escudo, á pesar de lo mucho que me ha costado esta guerra, y quizá haria mas, quizá devolveria el Tirol, que tan difícil es mantener en manos de Baviera. Empero por brillantes que sean estas condiciones, ¿puedo yo entablar una negociacion de este género, exigiendo el destronamiento de un príncipe, y la elevacion de otro? No, no puedo.

Al decir esto dirigió Napoleon una mirada penetrante á Mr. de Bubna como interrogándole, y éste se apresuró á responderle, si bien con la cor-

tedad de un súbdito fiel, que el emperador Francisco era tan adicto á su casa que si supiese tal cosa, abdicaria al instante, queriendo mejor asegurar á sus sucesores la integridad del imperio, que la corona en sus propias sienes. Pues bien, contestó Napoleon con marcada incredulidad, si es así, os autorizo á que digais que devuelvo todo el imperio al momento, con alguna cosa mas, si vuestro soberano, que suele manifestar está disgustado de reinar, quiere ceder el trono á su hermano. Los miramientos que se deben entre si los soberanos me impiden proponer nada sobre este asunto, pero tenedme por comprometido, si llega á realizarse la suposicion que hago. Sin embargo, añadió Napoleon, no creo en ese sacrificio: de consiguiente, no queriendo separar los tres reinos á costa de prolongar las hostilidades, y no pudiendo asegurarme la alianza del Austria por medio de la trasmision de la corona al duque de Wurzburg, me veo obligado á indagar qué interés pueda sacar Francia de esta negociacion, y de hacer que triunfe. Adquirir territorio en Galicia me interesa poco, lo mismo en Bohemia, en Austria algo mas, porque se trata de alejar vuestra frontera de la nuestra; pero lo que es en Italia, tiene Francia un interés grande y verdadero, cual es abrirse ancho camino hacia Turquía por la costa del mar Adriático. La influencia en el Mediterráneo pende de la que se tenga sobre la Puerta, y nunca tendré esta influencia mientras no sea vecino del imperio turco. Con impedirme destruir á los ingleses siempre que iba á conseguirlo, y obligarme á traer mis recursos del Océano al continente, vuestro soberano me ha puesto en el caso de buscar el camino de tierra en vez

de la via marítima, para estender mi influencia hasta Constantinopla. No pienso, pues, en mis aliados, sino en mí, en mi imperio, cuando os pido territorio en Iliria.

Con todo, prosiguió Napoleon, acerquémonos mutuamente para acabar de una vez. Voy á consentir en nuevos sacrificios en favor de vuestro soberano: aun no habia renunciado formalmente al *uti possidetis*, pero renuncio á él para siempre; habia reclamado tres circulos en Bohemia, no se volverá á tratar de esto; habia exigido el Austria Alta hasta el Ens, abandono el Ens y hasta el Traun: ademas restituyo Lintz. Buscaremos una linea, que, devolviéndoos Lintz, no os coloque al pie de los muros de Passau como lo estais hoy. En Italia renunciaré á una parte de la Carintia, conservaré Villach, y os restituiré Clagenfurth; pero me quedaré con la Carniola, y la margen derecha del rio Sava hasta la Bosnia. Os pedia dos millones seiscientos mil súbditos en Alemania; no os pediré ya sino un millon seiscientos mil. Queda la Galicia: alli necesito redondear el gran ducado, hacer algo por mi aliado el emperador de Rusia, y me parece que así vosotros como yo, debemos arreglarnos sobre esto, puesto que no tenemos interés en esos territorios. Si quereis volver dentro de dos dias, terminaremos el asunto en unas cuantas horas, y os devolveré Viena sin demora, mientras que si dejamos obrar á nuestros diplomáticos en Altenburgo, no acabarán nunca, y harán de modo que volvamos á degollarnos.

Terminada esta larga y amistosa conversacion en que Napoleon llevó su familiaridad hasta el estremo de coger y tirar de los bigotes á Mr. de Bub-

na (1), le hizo un regalo soberbio, y le despidió, separándose este de él agradecido, encantado y dispuesto á abogar en Dotis por la causa de la paz, de una paz inmediata, á costa de sacrificios mayores que los que estaban decididos á hacer al principio.

Para ir á Dotis había que volver á pasar por Altenburgo, y Mr. de Bubna que por su profesion era del partido de los militares y no de los diplomáticos, contó en aquella poblacion lo que se habia hablado concerniente á las dos legaciones, y las chanzonetas de Napoleon respecto á una y otra, lo cual affligió á la legacion austriaca, y persuadió mas y mas á los personages que estaban en Dotis que era preciso pasarse sin diplomaticos, y continuar valiéndose de la mediacion de militares.

Mr. de Bubna se empeñó en tranquilizar al emperador Francisco acerca de las intenciones de Napoleon y del deseo que abrigaba de evacuar el Austria, particularmente Viena, así que se firmara la paz. Le habló de lo que concernia á un cambio de reinado con los miramientos que exigia semejante proposicion, y como de una oferta poco seria, á la cual no debia darse importancia. En cuanto á las nuevas condiciones obtenidas de Napoleon, no le fué fácil hacer las acogieran bien, porque la legacion de Altenburgo se esforzaba en mostrarlas como desastrosas, y por otra parte alimentado el emperador Francisco por los que le rodeaban con

(1) Esta circunstancia familiar, indigna de la historia si no pintara el carácter de Napoleon y su conversacion mezclada de astucia, atraccion y halago, la cuenta el mismo Mr. de Bubna.

continuas ilusiones, no podia figurarse fuese preciso para tener paz abandonar todavia sus mejores provincias, especialmente los puertos del Adriático, único punto por el que tocaba con el mar el territorio austriaco. Ese principe habíase acostumbrado á la idea que con Salzburgo, esto es, la parte de Galicia desmembrada de Polonia mas recientemente, podria solventar los gastos de la guerra, y que á lo sumo seria preciso añadir á ello algun dinero: habíase acostumbrado de tal suerte, decimos, á la idea que este seria el peor sacrificio que no podia apreciar mucho lo que le llevaba Mr. de Bubna. Era indispensable con todo tomar un partido, ceder ó combatir, y se resolvió que Mr. de Bubna regresara á donde se hallaba Napoleon, con otra carta del emperador de Austria, á fin de darle las gracias por sus pacificas disposiciones, pero diciéndole que casi eran nulas las concesiones que hacia, y pidiéndole otras con el objeto de que fuese posible la paz.

El 13 de setiembre fué cuando Mr. de Bubna regresó á Dotis, y el 21 estaba de vuelta en Schœnbrunn con la nueva carta del emperador Francisco. Cuando la recibió Napoleon, sintió un vivo impulso de impaciencia, se enfureció contra los que pintaban al emperador Francisco el estado de las cosas de un modo tan inexacto, y dijo que ni el uno ni los otros sabian siquiera la geografia de Austria. «No habia renunciado todavia, exclamó, á la base del *uti possidetis*, y renuncié porque lo deseaba así nuestro emperador! ¡Habia reclamado cuatrocientas mil almas de poblacion en Bohemia, y he cesado de exigir las! ¡Quería ochocientas mil en el Austria Alta y me contento con cuatrocientas mill

¡Había pedido un millon cuatrocientas mil en la Carintia y la Carniola, y abandono Clagenfurth, ó lo que es lo mismo doscientas mill! ¡Resituyo, pues, á vuestro soberano un millon de súbditos, y dice que nada le he concedido! ¡No conservo sino lo que necesito para alejar al enemigo de Passau y del Inn, lo que me hace falta para establecer una contigüidad de territorio entre Italia y Dalmacia, y, sin embargo, le aseguran que no me ha separado de ninguna de mis pretensiones! Así es como se pintan las cosas al emperador Francisco, y se le ilustra acerca de mis intenciones. ¡Con engañarle de este modo, se le ha conducido á la guerra, y se le traerá definitivamente á su perdición!»

Napoleon detuvo á su lado á Mr. de Bubna hasta muy tarde, y bajo el imperio de lo que sentía, dictó una carta muy agria para el emperador de Austria. Sin embargo, luego que se calmó, se abstuvo de entregarla á Mr. de Bubna (1), haciendo

(1) He aquí una carta para Mr. Maret, que espresa perfectamente lo que en él pasó sobre este asunto.

«Schönbrunn, 23 de setiembre de 1809.

«Adjunta hallareis mi respuesta al emperador, que entregareis al general Bubna. Os envío la copia, para que la leais, diciéndole que al principio escribí una carta de tres páginas, pero por si contenía cosas que disgustasen al emperador, he salido del paso tomando el partido de no escribirle. Efectivamente, no es propio de mi dignidad escribir á un príncipe que no sabe lo que se dice, y esto es lo que me veía obligado á manifestarle, pues su carta se funda en una falsedad.

NAPOLEON.»

do la observacion que unos soberanos no debian escribirse para injuriarse, acusándose de *no saber lo que se decian*. Mandó llamar á Mr. de Bubna, repitió en su presencia lo que ya habia dicho la vispera, y volvió á declarar que las proposiciones hechas eran su ultimatum, que fuera de ellas estaba la guerra, que la estacion avanzaba, que queria entrar en campaña el otoño, y que de consiguiente se apresuraran á contestarle ó rompía la tregua. Añadió que en el primer momento habia escrito una carta que no hubiera sido muy grata al emperador, que se decidia á no enviarla por no ofender á este monarca; pero que encargaba á Mr. de Bubna refiriese en Dotis cuanto habia oido y volviese lo mas pronto posible con una contestacion definitiva.

Empero lo que no quiso escribir directamente al emperador, mandó decirlo á los negociadores en Allenburgo, dirigiéndoles por conducto de Mr. de Champagny una nota veheméntísima, en que exhalaba todos los sentimientos que creyó no debia manifestar al mismo emperador (1).

(1) Cito esta nota porque espresa completísimamente el estado de la negociacion.

A Mr. de Champagny.

«Schönbrunn, 22 de setiembre de 1809. ®  
Al medio dia.

«He recibido vuestra carta del 21, con el protocolo de la sesion del mismo dia, y me parece que vuestra respuesta no tiene el carácter de superioridad que debe tener todo lo que sale de nosotros. Quédense para ellos las ma-

Esta controversia le hizo variar enteramente, y aunque no creía valiesen la pena de apelar á una nueva guerra unas cuantas leguas de territorio y unos cuantos miles de súbditos, que era lo que se disputaba, no desechaba de la imaginación

chaqueras y las patochadas. Además, vuestra contestación no llena mis fines, por lo cual es preciso estender otra en los términos que espresa la adjunta nota.

«P. S. Como esa nota va según la he ido dictando, y sin linar, tiene mucho que arreglar tocante al estilo: cuidad vos de ello.

NAPOLÉON.»

NOTA.

«El que abajo firma ha transmitido á su soberano el emperador el protocolo de la sesión del 21, recibiendo la siguiente respuesta á las observaciones de los plenipotenciarios austriacos.

«Las bases que contiene el protocolo del... son el ultimatum del emperador, del cual no puede separarse. Con poner en la frontera de Inn y en la de Italia el un millón seiscientos mil almas, creía su S. M. hacer una cosa grata para el Austria, puesto que la dejaba dueña de formar ella misma los recortes, consultando las localidades y la conveniencia; pero es de un carácter tan particular la negociación, que todo cuanto se hace en sentido ventajoso para el Austria y con el fin de disminuir las cargas que se le piden, se considera en sentido inverso, bien porque los plenipotenciarios austriacos no quieren reflexionar sobre ello, bien porque se hayan propuesto aferrarse en todo cuanto pueda contrariar la marcha de la negociación.

«Así, pues, S. M. ha hecho una cosa mas ventajosa para el Austria con pedir un millón seiscientos mil almas en la frontera del Inn y en la de Italia, dejando el clasificarlo á gusto de los plenipotenciarios austriacos, que si, marcando ella misma los límites de este millón seis-

la idea de que la corte de Austria obraba con mala voluntad, é iba renaciendo en él poco á poco la resolución de destruir á esta potencia. Efectivamente dió órdenes formales para proseguir las hostilidades. Su ejército habíase aumentado por

cientas mil almas, se hubiese espuesto á perjudicar mas los intereses del Austria.

«Otro aserto no menos singular es sostener los plenipotenciarios austriacos que apenas contienen un millón seiscientos mil habitantes Salzburgo, el Austria Alta, la Carintia, la Carniola, el litoral, y la parte de Croacia que está al Sur del rio Sava. Con esta maligna interpretación se quiere persuadir al emperador Francisco que el emperador no le ha hecho ninguna concesión, y que la confianza que tenia en él es asunto perdido. En esto demuestran su mala voluntad los ministros que dirigen los negocios, pues Salzburgo, el Austria Alta, la Carintia, la Carniola y la Croacia desde el Sava forman una población de dos millones doscientos mil habitantes, y los círculos de Bohemia cuatrocientos mil. De consiguiente, se pidieron dos millones seiscientos mil habitantes, con lo cual no se renunciaba á la base del *uti possidetis*; pero de un golpe ha hecho S. M. inmensas concesiones, ha renunciado á la base del *uti possidetis*, y ha declarado que se contenta con un millón seiscientos mil en vez de dos millones seiscientos mil, concediendo en esto un millón. Además S. M. ha declarado que estas un millón seiscientos mil almas se repartiría como quisieran los plenipotenciarios austriacos, entre las fronteras de Inn y de Italia, lo cual quiere decir, supuesto que es preciso explicarse al fin, y los plenipotenciarios austriacos, quejándose de que no marcha la negociación, se empeñan en no comprender nada, que S. M. se reduce á cuatrocientas mil almas en el Inn, cuando había pedido ochocientas mil; que se contenta con un millón doscientos mil habitantes en la frontera de Italia, siendo así que antes pidió un millón cuatrocientos mil; y que esto forma una concesión de seiscientos mil

días desde que principiaron las negociaciones; la infantería estaba completa, descansada, y brillante cual nunca; se había remontado toda la caballería; tenía 300 piezas de artillería rodada, y

almas, independiente de la renuncia de las cuatrocientas mil de los círculos de Bohemia.

«Pidiendo cuatrocientos mil habitantes en el Ion en vez de ochocientos mil, vuelve á adquirir Austria la frontera del Ens, la del Traun, la ciudad de Lintz, y la mayor parte del Austria Alta; y pidiendo únicamente un millón doscientas mil almas por la parte de Italia, renuncia S. M. al círculo de Clagenfurth.

«He aquí lo que hubieran podido comprender fácilmente los plenipotenciarios austriacos, si trataran de allanar el camino de la negociacion y de arreglarse, en vez de enfadarnos y agriarnos. Los plenipotenciarios austriacos siempre están amenazando con que proseguirán las hostilidades, lenguaje nada pacífico: el porvenir probará, como ya lo ha probado la experiencia más de una vez, para quién será funesta la continuacion de la guerra. Jamás se ha visto desplegar en una negociacion menos destreza, espíritu conciliador y amenidad. No parece sino que los papeles están trocados. Los plenipotenciarios son los únicos que merecen la reconvencion de que no dan un paso, de que á todo ponen trabas, de que sin cesar echan en cara al plenipotenciario francés que no avanza, de que tienen siempre la férula levantada, y no se les cae la amenaza de la boca. Esto es lo que verá en los protocolos toda persona imparcial, y las naciones valientes lamentarán que se trate de este modo tan particular sus negocios.

«Solo resta ya á lo que abajo firma reiterar la proposicion hecha por S. M., el emperador su soberano, de ceder un millón seiscientas mil almas, segun se explica en la presente nota, y repetir es la intencion de S. M. que los plenipotenciarios austriacos tengan facultad para repartirlos entre las fronteras arriba mencionadas, como los parezca más conveniente.»

otras 300 bien servidas en los muros de las plazas austriacas que ocupaba; había reforzado el cuerpo de Junot en Sajonia; y quería agregarlo á Massena y Lefebvre en Bohemia, para formar en aquella provincia un cuerpo de ejército de ochenta mil hombres. Con los cuerpos de Davout y de Oudinot ámpliamente aumentados, la guardia, compuesta en la actualidad de veinte mil hombres, y el ejército de Italia, todo lo cual formaba unos ciento cincuenta mil hombres, se proponía desembocar por Presburgo, donde había hecho grandes obras, entrar en Hungría, y dar allí el último golpe á la casa de Austria. Había empleado los materiales de la isla de Lobau en crear cuatro trenes de puente para atravesar todos los rios que los austriacos dejasen entre unos y otros; y acabado de poner en estado de defensa á Passau, Lintz, Molck, Krems, Viena, Brünn, Raab, Gratz y Clagenfurth, con lo cual poseía una base formidable en el centro de la monarquía. Luego, aunque los ingleses solo tenían guarnicion en Walcheren, mandó se acabara de organizar el ejército de Flandes, reuniendo en divisiones las semi-brigadas que había allí, completando los tiros de la artillería, y reduciendo los guardias nacionales á gente dispuesta á servir. En fin, había dado un decreto para sacar de las conscripciones antiguas (recurso reciente que se proporcionó), treinta y seis mil hombres, última contribucion de sangre, los cuales debían ingresar en los cuartos batallones enviados á Francia. Esos treinta y seis mil conscriptos, de 21 á 25 años de edad, iban á procurarle una buena reserva si la guerra continuaba, ó si se firmaba la paz, á cubrir las bajas del ejército de España. Así mandó al ar-

chicanciller Cambaceres presentase inmediatamente al Senado este decreto para que se volase antes de poner fin á las negociaciones.

Al frente de esta fuerza respetable, aguardó la contestacion de Dotis, tan inclinado á la guerra como á la paz, á consecuencia de lo mal dispuesta que creia á la corte de Austria; y previendo proseguirian las hostilidades, fué á visitar ya en la parte de Hungría, ya en la de Stiria, posiciones que no habia visto aun, y que queria reconocer por sí mismo para en caso de que hubiera que dirigir operaciones ulteriores en aquellas comarcas.

Al presentarse de nuevo en Dotis Mr. de Bubna, conocieron que era preciso adoptar un partido, decidiéndose por la guerra ó por sacrificios conformes con las exigencias de Napoleon. El enfado que votaron en él, y que habia hecho recaer con bastante injusticia sobre la legacion de Altenburgo, la cual despues de todo, queria la paz, aunque habia desacreditado mucho las concesiones obtenidas por Mr. de Bubna, no permita en manera alguna dejar en manos de Mrs. de Metternich y de Nugent la continuacion de las negociaciones. Ocurrióseles agregar á Mr. de Bubna el príncipe Juan de Liechtenstein, militar valiente, de poca cabeza, pero de mucho corazon, y que habia sabido agradar á Napoleon con su humor belicoso y franco. Enviaron, pues, los dos á Schœnbrunn por Altenburgo, con poder para consentir en las bases principales sentadas por Napoleon, pero encargándoles se resistieran á acceder á los sacrificios que exigia hácia la parte del Austria Alta, á las contribuciones de guerra cuyo pedido previan,

y en fin, á todos los pormenores del tratado, de modo que fuera lo menos desventajoso posible.

Como esa legacion enteramente militar reducía á la nulidad la legacion que quedaba en Altenburgo, no quiso Mr. de Metternich prolongar su estancia en un punto donde solo servirían los plenipotenciarios para disimular la negociacion verdadera que se efectuaría en Viena, y regresó á Dotis poco satisfecho del papel que Mr. de Stadion ó el emperador, le habian hecho ejecutar en aquella circunstancia. Pronto debia desquitarse, tomando para conservarla por espacio de cuarenta años, la direccion de los negocios del Austria. Por lo demas, previa que los militares, excelentes para resistir en un campo de batalla, pero muy poco hábiles en el terreno de una negociacion, no tardarian en ser vencidos por Napoleon; y en su consecuencia les advirtió se mantuvieran sobre aviso; pero mas bien consiguió de este modo asustarlos del papel que les esperaba, que ponerlos en guardia contra el ascendiente de Napoleon. Por otra parte, valía mucho mas para él que los militares que habian tenido la gloria de figurar en Essling y en Wagram (pues gloria era, hubiesen sucumbido ó salido vencedores en aquellas jornadas) cargasen con la responsabilidad de los crueles sacrificios que iban á verse obligados á hacer, aun despues de haberse batido con valentia. Así, viendo que asustado Mr. de Liechtenstein con sus preveniciones, casi vacilaba en marchar, Mr. de Metternich le animó á que persistiese, y á que se trasladase á Schœnbrunn.

El 27 de setiembre llegaron á aquel punto Mrs. de Liechtenstein y de Bubna, siendo perfec-

tamente acogidos por Napoleón, y colmados de todas clases de atenciones. Ya Mr. de Liechtenstein, sin pedir nada, había conseguido muestras lisonjeras de Napoleón, pues éste mandó se respetaran las posesiones que tenía en los alrededores de Viena, y que no se alojara en sus palacios de recreo ni un soldado. Los dos plenipotenciarios dejaron entrever á Napoleón que iban autorizados á aceptar sus principales condiciones, escepto ciertos pormenores sobre los que tenían encargo de resistir. Así, viendo era dueño de ellos, y que iba á acabar de una vez a costa de algunos pies cuadrados, algunos miles de habitantes y unos cuantos millones, quiso ahorrar gastos inútiles, y mandó al ministro de la Guerra suspendiese todos los movimientos de tropas hacia Austria que habían empezado desde que no causaba inquietud la expedición de Walcheren (1).

El día 30, después de haber llevado á los negociadores al teatro, y colmándolos de atenciones, les obligó á encerrarse con él en su gabinete, y arregló las principales bases del tratado. Por la par-

(1) Citamos la carta siguiente, que revela muy bien las impresiones que experimentó Napoleón al ver al príncipe Juan de Liechtenstein.

*Al ministro de la Guerra.*

«Schönbrunn, 27 de setiembre de 1809

«Me apresuro á participaros que al fin parece ha adoptado mis bases la corte de Viena.

«El príncipe Juan de Liechtenstein ha llegado aquí, y la paz puede firmarse dentro de pocos días. Quiero que

de Italia estaban de acuerdo en que sería el círculo de Villach sin el de Clagenfurth (lo cual nos facilitaba el paso de los Alpes Noricos) y Laybach y la margen derecha del Sava hasta la Bosnia. Por la parte de Baviera, Napoleón había querido al principio por límite el Enns, y luego el Traun; pero renunció también en este lado á algunas porciones de territorio, y á unos cuantos miles de súbditos para facilitar la negociación. Consintió en una línea tomada entre Passau y Lintz, que partía del Danubio en las cercanías de Esserding, que dejaba por consiguiente, un territorio alrededor de Lintz, que iba á parar á Schwanstadt, que abandonaba hacia este punto el territorio de Gmünd, y en fin, que volvía á enlazarse por el lado de Kanmer-See con el país de Salzburgo que se cedia á Baviera. Por la parte de Bohemia se contentó con algunos terrenos enclavados en otros que Austria tenía en Sajonia, á las puertas de Dresde, y que no comprendían cincuenta mil almas de población. En suma, en vez de un millon seiscientos mil súbditos en Italia y en Austria que habían pedido por último, Napoleón no exijía mas que un millon cuatrocientos mil ó un millon quinientos mil.

esto permanezca oculto, y con tal fin solo os escribo á vos para que si hay tropas en marcha con destino al ejército, podáis detenerlas, como, por ejemplo, la caballería que estaba en el Norte, y se dirigía hacia Hannover. Podéis dirigirla á París, como también la gente que existe en los depósitos, pues me propongo hacer que toda ella desfile hacia España, para acabar pronto por aquel lado.

«Si hubiese convoyes de balería, pólvora, etc., detenedlos donde se hallen.

NAPOLÉON.»

En Galicia era mas difícil la cuestion , como mas nueva , porque Napoleon habia retardado el esplicarse acerca de este punto á causa de la Rusia. Componíase la Galicia de la parte antigua que Austria obtuvo cuando se hizo la primera particion de las provincias polacas , la cual rodeaba todo el Norte de Hungría , y de la parte nueva obtenida en el último reparto , la cual bajaba por las dos orillas del Vistula hasta las puertas de Varsovia. Esta comprendia por un lado el territorio que existe entre el Bug y el Vistula , y por el otro el que hay entre este último rio y el Pilica. Napoleon habia querido que le cedieran por una parte toda la Nueva Galicia para redondear el gran ducado de Varsovia , y ademas dos círculos alrededor de Cracovia para formar un territorio á esta antigua metrópoli , y por otra parte tres círculos , los de Solkiew , Lemberg y Zloczow , hácia el lado de Oriente , para que regalándoselo á Rusia , se consolase del engrandecimiento del gran ducado de Varsovia. Era este un sacrificio de dos millones cuatrocientas mil almas , de los cuatro millones ochocientas mil que componian las dos Galicias reunidas. En este punto tambien abandonó Napoleon cuatrocientas ó quinientas mil almas de poblacion para facilitar el arreglo , y noexigió sino la Nueva Galicia desde el Vistula hasta el Pilica á la izquierda , y desde el Vistula al Bug á la derecha , y ademas el círculo de Zamosc , con menos terreno en derredor de Cracovia , pero con un territorio que aseguraba á los polacos la posesion de las minas de sal de Wieliczka. En fin , renunció al círculo de Lemberg , y se contentó con destinar para Rusia los círculos de Solkiew y de Zloczow , lo cual reducía

la totalidad de sus pretensiones en Galicia á cerca de un millón novecientas mil almas.

Puede decirse que sobre estas bases estaban de acuerdo; pero quedaban por arreglar dos puntos de gran importancia ; la reduccion del ejército austriaco , y la contribucion de guerra con que quería indemnizarse Napoleon de los gastos hechos. Prusia se habia obligado en un tratado secreto á no tener sobre las armas arriba de cuarenta mil hombres , y á pagar una contribucion enorme , y Napoleon queria obligar del mismo modo al Austria , no á reducir el número de tropas á cuarenta mil hombres , sino á disminuir en mucho su ejército , y pagar parte del costo de la guerra. Tratóse de estos objetos de viva voz , y nada se escribió sobre ello , porque en semejante debate estaban comprometidos en gran manera el honor y el interés rentístico de Austria. Napoleon pretendia que esta potencia se redujera en lo sucesivo á ciento cincuenta mil hombres , y que abonase cien millones en pago de los doscientos de contribuciones de guerra , de los cuales solo habia percibido unos cincuenta. Los dos negociadores consentian en reducir el ejército austriaco á ciento cincuenta mil hombres , porque el estado de la hacienda no permitia absolutamente sostener mas , pero necesitaban tiempo , pues sin él semejante sujecion se convertia en un vasallage insufrible. Para dar á esta condicion un sentido menos humillante , se convino en que Austria no estaria obligada á limitarse al número de tropas referido sino durante la guerra marítima , á fin de que á la Inglaterra no le quedase en el continente ningun aliado.

Por último , Napoleon consintió en evacuar sin

demora los países conquistados, y en dejar de percibir parte de las contribuciones no solventadas, pero pidió se le dieran cien millones en un breve plazo. Sobre este punto no podían ensancharse los dos negociadores austriacos, de suerte que después de una discusión que duró algunas horas, se separaron sin haberse puesto de acuerdo, si bien conviniendo en que iría á Dotis Mr. de Bubna para allanar las últimas dificultades.

Aunque se creyó al principio se acabaría el arreglo en tres ó cuatro días, hasta el 6 de octubre se llevaron disputando con el mapa en la mano sobre ciertos ámbitos de territorio, sobre si debía tomarse de aquí ó de allí unos cuantos miles de súbditos, y principalmente sobre los millones que pedía Napoleon. La contribucion mas que nada presentaba una dificultad insuperable, al parecer, y habiendo empezado otra vez Napoleon á perder la paciencia, dejó á Mr. de Champagny un ultimatum formal, que no consentía mas tergiversaciones. Aun era propicia la estacion, y habia en Stiria ciertas posiciones que deseaba volver á ver, llevado de ese instinto que le inducia á examinar por sus propios ojos los sitios á que podría llevarle algun día la guerra. Resolvió, pues, ir á visitarlas, en la inteligencia de que cuando regresara á Viena hallaría decidida la paz ó la guerra; pero una ú otra de un modo positivo que no admitiese duda. Sin embargo, mas bien queria intimidar que venir á un rompimiento, pues de seguro no hubiera vuelto á principiar la guerra por las diferencias que le separaban de los austriacos, aunque la contribucion le interesaba, porque su hacienda habia menester de un auxilio extraño é inmediato.

Los dos negociadores austriacos recurrieron á Dotis, y en ese postrer momento se vaciló mucho en torno del emperador Francisco antes de resignarse á semejantes sacrificios. Perder en Italia la frontera de los Alpes, y en Austria la del Inn, engrandecer con el abandono de la Galicia el granducado de Varsovia, gérmen de una nueva Polonia, perder de este modo tres millones quinientos mil súbditos, pagar cien millones, además de los cincuenta ya satisfechos, sufrir por último, la humillacion de que se pusiera límite al número de soldados del ejército austriaco, era un castigo cruel de la última guerra. Consultaron entre si sobre si no podría esperarse alguna otra batalla como la de Essling, y sobre todo, algun socorro de parte de una potencia de Europa; pero por un lado todos los militares opinaban de comun acuerdo era imposible resistir, y por otro llegaban noticias muy fatales de toda Europa. España, á pesar de la jactancia de sus generales, estaba vencida, á lo menos por el pronto (1), de lo cual podía persuadirse todo el que leyera las cartas de sir Arturo Wellesley. Inglaterra acababa de perder en Watcheren la mitad de su mejor ejército, y esa expedicion habia venido á ser en ella una verdadera manzana de discordia arrojada á todos los partidos. Prusia temblaba con motivo de la imprudencia cometida por

(1) No tardó en demostrar la esperiencia que unos y otros se equivocaban, como lo prueba los combates que nuestras tropas se atrevieron á dar, entre ellos el desgraciadísimo de Ocaña. Un pueblo que pelea no está vencido ni aun momentáneamente.

(N. del T.)

el mayor Schill. Rusia era la única que estaba en pie, poco satisfecha del papel bastante brillante que los polacos habían hecho en aquella guerra, y del engrandecimiento que iba á valerles su conducta; pero enredada en los lazos de la alianza francesa, no pudiendo dar otra vez como en Tilsit, el ejemplo de un cambio político ejecutado en veinte y cuatro horas, habiendo ganado la Finlandia con esa alianza, y esperando ganar la Moldavia y la Valaquia, no quería separarse de la amistad de Napoleon para pasarse al emperador Francisco; y como la continuacion de la guerra debia ponerla en el mayor apuro, puesto que, empezadas de nuevo las hostilidades, tendria que romper con los franceses, ó caminar con ellos, acababa de esplicarse en Dotis de un modo categórico, declarando que si se prolongaba la guerra, obraría resueltamente á favor de Napoleon. Se espresó así para hacer que cesara con más certeza la guerra entre Francia y Austria; y efectivamente lo consiguió, pues agobiado el emperador Francisco con este conjunto de circunstancias, cedió al fin, autorizando á Mrs. de Liechtenstein y de Bubna á que consintiesen en los sacrificios exigidos, excepto, no obstante, la cantidad reclamada como indemnizacion, sobre la cual recibieron orden los negociadores de insistir todavía, á fin de obtener una nueva reduccion. A lo más estaban autorizados á suscribir á cincuenta millones, en vez de los cien que pedia Napoleon.

El 10 de octubre se abocaron con Mr. de Champagny, y se mostraron muy alligidos de las exigencias de Napoleon respecto á la contribucion de guerra, únicas á que no podian acceder, á causa

del estado deplorable en que se hallaba la hacienda austriaca. Nada se dijo ni de una ni de otra parte que pudiera significar un rompimiento, empleando al contrario los tres dias siguientes en tocar y retocar los articulos del tratado. El 13 en la noche se valió Napoleon de todo su ascendiente sobre Mrs. de Bubna y de Liechtenstein, y les indujo á aceptar que la contribucion de guerra fuese de ochenta y cinco millones, sin contar lo ya percibido de los doscientos millones impuestos al dia siguiente de la batalla de Wagram. El príncipe Juan, que era el personage más elevado de la corte de Austria, tomó sobre sí el salirse de las instrucciones que tenia, para libertar á su país del desastre de una nueva campaña; además de que su valor heroico le autorizaba á inclinarse abiertamente en favor de la paz. Para decidirle le repitió Napoleon que ese tratado no era más que un proyecto sometido á la ratificacion de su soberano, y que á éste le quedaba el recurso de no ratificarlo si no le convenian las condiciones. Al fin el 14 de octubre por la mañana, Mr. de Liechtenstein firmó con Mr. de Champagny el tratado de paz, llamado tratado de Viena, el cuarto desde 1792, y destinado por desgracia nuestra á no durar más tiempo que los otros. La paz era comun á todos los aliados de Francia, y Austria cedia cuanto se ha referido antes: en Italia, el círculo de Villach, la Carniola y la margen derecha del Sava hasta la frontera turca; en Baviera, el Innwiertel, con una línea desde Eferding hasta el país de Salzburgo; en Polonia, la Nueva Gallicia con el círculo de Zamosc para el gran ducado, y además los dos círculos de Solkiew y de Zloczow para la Rusia. Los articulos secretos

contenian el compromiso de hacer que el ejército austriaco no pasara de ciento cincuenta mil hombres, hasta la paz marítima, y la obligación de aprontar ochenta y cinco millones en pago de lo que debian las provincias austriacas, debiendo ser treinta millones al contado el día que se evacuase á Viena. Para la ratificación solo se concedieron seis días.

Firmado este tratado por duplicado, Napoleon se alegró en extremo, despidió á Mrs. de Bubna y de Liechtenstein colmándolos de atenciones, y mandó anunciar con cañonazos el suceso. Esta era una astucia habil, porque el pueblo de Viena, que deseaba terminase la guerra, entraba de este modo á poseer una paz ansiada con ardor, y ya no sería posible privarle de ella negando la ratificación. Napoleon se propuso tambien añadir á esa astucia otra mas profunda todavía, y mas difícil de burlar, cual era ponerse él en marcha para Paris, dejando que Berthier cuidara de los pormenores de la evacuación de los países conquistados. Dió, pues, al instante con su actividad de costumbre las órdenes que requería la paz que acababa de firmar, mandando al mariscal Marmont que fuera á situarse en Laybach (Carniola), al príncipe Eugenio que se volviese al Frioul con el ejército de Italia, al mariscal Massena que se trasladase de Znaim á Krems, al mariscal Oudinot que dejara á Viena por Saint-Polten, y en fin, al mariscal Davout que abandonara á Bruna por Viena. Este último debía formar la retaguardia del ejército con su magnífico cuerpo, los coraceros y la artillería, mientras que la guardia imperial formaría la vanguardia. Parte de los caballos de la artillería debía ir á vivir á Carniola,

otra seguir al mariscal Davout á las provincias del Norte de la Alemania, y otra pasar á España. Habíase convenido en que empezaría la evacuación el día de las ratificaciones, y se continuaría á medida que se fuese pagando la contribucion de guerra.

Entregado enteramente Napoleon á la idea de acabar de una vez sin demora con los asuntos de España, enviando allí una masa considerable de fuerzas (1), sin distraer, no obstante, ninguna de los cuerpos organizados que acababan de ejecutar la campaña de Austria, dirigió hácia los Pirineos todas cuantas tropas estaban en marcha hácia el Danubio. El cuerpo del general Junot, agregándole lo que habia en Suabia y las guarniciones de Prusia, podía presentar unos treinta mil hombres de infantería, y añadiéndole los dragones provisionales, los regimientos en marcha de húsares y cazadores de á caballo, y la artillería, cuarenta mil hombres poco mas ó menos de todas armas. El ejército del Norte, así que tomase el mariscal Bessieres á Walcheren, y sin incluir los guardias nacionales, debía contar quince mil hombres de tropas de linea. Los depósitos del centro, de la Breña y de los Pirineos, contenian unos treinta mil conseriptos formados del todo. Ocho regimientos nuevos de la guardia (cuatro de conseriptos y otros cuatro de tiradores) representaban cerca de diez mil soldados jóvenes y descosos de distinguirse. Por último, la division Rouyer, compuesta de los contingentes de los príncipes alemanes de menor

(1) Prueba de que no la creía vencida.

(N. del T.)

escala, y que Napoleon se proponia enviar á España, debía dar cinco mil hombres. Todos estos cuerpos reunidos no formaban menos de cien mil soldados, á cuyo frente queria entrar en España, despues que hubiese despachado en París los asuntos mas urgentes, para cuyo tiempo estarian concluyéndose los frios del invierno.

Hasta tal punto bullia en su mente la idea de terminarlo todo con la Europa, y poner término á sus continuas guerras, que mandó dirigir inmediatamente hacia España las fuerzas que acabamos de enumerar, á fin de que cuando llegase á París se hubiesen empezado á ejecutar las órdenes dadas, en cuyo cumplimiento se tarda siempre, é instó vivamente al mariscal Bessieres á que se apresurara á tomar á Walcheren con los quince ó veinte mil hombres de tropas de línea, y los treinta mil de la guardia nacional de que disponia. Habíase sacado sesenta y cinco mil guardias nacionales, lo cual conmovió hondamente las provincias del Norte, y atrajo gastos considerables. So pretexto de custodiar las costas del Mediterraneo, Mr. Fouché iba á poner en movimiento hasta los departamentos del Mediodia. Al mismo tiempo se concedió la vuelta al servicio á muchos oficiales de la revolucion, licenciados, unos por incapacidad, y otros por su mal espíritu. No le pesaba á Mr. Fouché halagar de este modo á cierto número de ellos, y el ministro Clarke, por no tener otros mejores, no pudo menos que aceptar sus servicios; pero Napoleon, que siempre estaba dispuesto á desconfiar, reconvino fuertemente á Mr. Fouché porque alarmaba á Francia con un peligro muy remoto ya á la sazón, sobre todo de las provincias á las que se agitaba con llama-

mamientos á las armas intempestivos. Dijo que comprendia se sacaran treinta ó cuarenta mil hombres en el Norte, cerca del punto en que habian desembarcado los ingleses, al dia siguiente del desembarque, pero *era una locura* pedir hasta doscientos mil hombres en Provenza y en el Piamonte tres meses despues de la espedición. Hasta insinuó que veia en ello algo mas que falta de prudencia y de sensatez. Mandó pues, licenciar la guardia nacional de París, compuesta de jóvenes que tenian la pretension, no de que servian, sino de que guardaban la persona del emperador, y encargó se les dijese que para tener esa honra necesitaban cuatro cuarteles de nobleza, esto es, cuatro heridas recibidas en otras tantas batallas, y que él no habia menester de gente que no queria los riesgos, sino bonitos uniformes. Ordenó se enviase á sus hogares á la mayor parte de oficiales retirados, encargando se buscase sujetos en los mayores de regimiento, todos ellos de mérito. En fin, despues de manifestar severamente la desconfianza que le inspiraba la agitación causada tan temerariamente, dió instrucciones para que antes de su vuelta hubiese entrado todo en orden, y de todas partes se dirigiesen fuerzas hácia España.

Tomadas sus disposiciones en veinte y cuatro horas, se preparó para partir sin aguardar la respuesta de Dotis, á fin de que fuese imposible negarse á ratificar el tratado, pues no era probable se atrevieran á correr en su busca para decirle no querian la paz. Antes de ponerse en marcha ocurrió un incidente que dió mucho en que pensar tanto á él como á los que le rodeaban. El dia 12 por la mañana pasaba en Schœnbrunn una de esas grandes

revistas en que figuraban las tropas mas hermosas de Europa, y á las que acudia la gente con tanta curiosidad en Viena, en Berlin, en Varsovia, y en Madrid como en París. Asistia á aquel espectáculo imponente inmensa multitud de curiosos que salieron de la capital, avidos de ver á su vencedor, á quien admiraban al mismo tiempo que le aborrecian. Por otra parte, habiase anunciado la paz como cosa segura, y empezaba á suceder una especie de júbilo al justo pesar de la nacion austriaca. Napoleón presenciaba tranquilo y risueño el desfile de sus tropas, cuando un jóven vestido con un leviton, como si fuera militar retirado, se presentó diciendo queria entregar un memorial al emperador de los franceses. Rechazárale, pero volvió con una tenacidad que llamó la atención al príncipe Berthier y al ayudante de campo Rapp, hasta el extremo de que lo entregaron á los gendarmes escogidos que cuidaban de la policía en los cuarteles generales. Habiendo notado un oficial de esos gendarmes al apoderarse del jóven que llevaba un cuerpo duro bajo el leviton, le registró y le encontró un cuchillo muy largo y cortante, destinado indudablemente á cometer un crimen. El jóven, con la calma y resolución de un fanático, declaró que al seguir los pasos al emperador Napoleón, armado de aquel modo, llevaba el proyecto de matarle. Sabedor de ello Napoleón, quiso ver é interrogar á su asesino asi que se concluyera la revista: condujéronle á su presencia, y le preguntó delante de Corvisart, á quien habia llamado á Schœnbrunn, porque le gustaba hablar con el célebre médico, y deseaba consultarle acerca de su salud, aunque generalmente era buena.

El jóven preso, de rostro apacible y aun hermoso; y cuyos ardientes ojos revelaban un alma axaltada, era hijo de un ministro protestante de Erfurt, y se llamaba Staaps. Por lo demas, se habia escapado con algun dinero de casa de sus padres, dando á entender que alimentaba un gran designio, y afligiéndoles con su huida y sus proyectos, que temian, aunque sin conocerlos bien. Según dijo, iba á librar á la Europa del conquistador que la traía trastornada, y sobre todo á librar á su patria, sosteniendo que obraba por inspiracion divina, y estaba resuelto á sacrificar por ella su vida. No tenia complices, y embriagada su alma con esa locura criminal, se habia aislado en sí misma en vez de comunicarse con otros. Habiéndole preguntado Napoleón con dulzura qué habia ido á hacer en Schœnbrunn, confesó que á asestarle un golpe mortal, é interrogándole que por qué, respondió que para libertar al mundo de su genio funesto, particularmente á Alemania que hollaba con sus plantas. «Sin embargo, replicó Napoleón, lo que es esta vez, para ser justo, deberiais dirigir vuestros golpes contra el emperador de Austria y no contra mí, pues él es quien me ha declarado la guerra.» Staaps demostró en sus respuestas que no sabia tanto, y que dejandose llevar del sentimiento universal, atribuía únicamente al emperador de los franceses la causa de las desgracias de Europa. Napoleón, mirando al jóven con benévola compasion, mandó que le examinara Corvisart el médico, quien declaró no estaba enfermo, porque tenia el pulso sosegado, y todo indicaba en él salud. Napoleón preguntó en seguida al jóven Staaps si renunciaria á su proyecto criminal, caso de que le per-

donasen, y éste contestó: «Si, siempre que deis la paz á mi país, pero no si no se la dais.» No obstante, conducido á la cárcel el asesino, se mostró admirado de la dulzura, de la benévola altivez del que habia querido matar, y necesitó despertar en su corazón su feroz patriotismo para no tener remordimientos. Luego se preparó para morir rogando á Dios, y escribiendo á sus padres.

Napoleon se conmovió al parecer muy poco con aquel incidente, y se jactó de que era difícil asesinar á un hombre como él, contando, además de la dificultad de acercársele, con el prestigio de su gloria y con su buena suerte, á la que tantas veces habia confiado su vida con heroica indiferencia. Sin embargo, le dió mucho en que pensar la reflexion de que no era ya la revolucion francesa, sino él solo el objeto del odio universal, como único autor de los males del siglo, como la causa de la agitacion incesante y terrible á que se hallaba entregado el mundo. Á nadie sino á él nombraba ya la Europa en sus dolores: ¡ojalá hubiera sacado de la confesion de aquel fanático una leccion profunda y duradera, en vez de una impresion pasajera, mezclada de cierta compasion por su asesinato, y alguna tristeza por sí mismo! Todo revelaba, efectivamente, que iba naciendo en los corazones un sentimiento violento, pues la policia recogió palabras que atestiguaban se pensaba en asesinato, y hasta obtuvo la revelacion de un soldado á quien hicieron en la isla de Lobau la proposicion de matar al emperador.

Napoleon empezaba á conocer su aislamiento moral, y se propuso pensar en ello; pero mandó no se diese ninguna importancia á aquella aventu-

ra (1), y hasta pensó un instante en perdonar al delincuente, pero luego reflexionando era preciso asustar á los fanáticos alemanes, entregó Staaps á una comision militar, y se puso en marcha el día 15 de octubre por la noche, dejando dispuesto le comunicasen á Passau por medio de señales lo que resolvieran en Dotis. Estas señales estaban organizadas de Viena á Strasburgo, á lo largo del Danubio, con el auxilio de pabellones. Un pabellón

(1) Al ministro de policia.

«Schœnbrunn, 12 de octubre de 1809.

«Un jóven de diez y siete años, hijo de un ministro luterano de Erfurt, ha tratado hoy de acercarse á mí en la parada. Detenido por los oficiales, como se notara en él alguna turbacion, escitó sospechas, y habiendo sido registrado se le encontró un puñal.

«Le he hecho venir á mi presencia, y el miserable, que me parece mancebo bastante instruido, me ha dicho queria asesinar para libertar á Austria de los franceses. No he encontrado en él ni fanatismo religioso, ni fanatismo político, y creo que no sabe siquiera lo que fué Bruto. La fiebre de exaltacion en que se hallaba ha impedido saber mas. Cuando se haya enfriado y esté en ayunas, se le interrogará; y será posible que eso no sea nada. Voy á someterle á una comision militar, pero os noticio este suceso á fin de que no se le dé mas importancia que la que al parecer tiene. Espero no se trasluirá, y de lo contrario será preciso hacer pasar á este individuo por loco. Guardad el secreto, si no se habla de ello. En la parada no ha causado ruido, y ni yo mismo lo noté.

«P. S. Os vuelvo á repetir, y ya comprendereis el motivo, que es preciso no se trate absolutamente de ese hecho.

NAPOLEON.»

blanco seria señal de que habia sido ratificada la paz, y uno encarnado de que no, en cuyo último caso se proponía regresar sin demora para proseguir las hostilidades. Al contrario, si se ratificaba el tratado, debía empezar inmediatamente la evacuación, haciendo volar antes las fortificaciones de Viena, Brünn, Raab, Gratz y Clagenfurth, triste modo de despedirse de los austriacos, aunque conforme con los derechos de la guerra.

Mientras subía Napoleon rápidamente el valle del Danubio en medio de las columnas de la guardia que estaban ya en marcha hacia Strasburgo y que le saludaban victoreándole, la corte de Dotis se hallaba como desesperada con el tratado celebrado en Viena. En vano hicieron valer Mr. de Liechtenstejn y de Babna la imposibilidad en que se habían visto de obtener otra cosa mejor, y la certeza que tenían de que hubieran principiado inmediatamente las hostilidades si no hubiesen cedido. Fueron reconvenidos dura y violentamente, y los diplomáticos, de quienes tantas veces se habían burlado los militares por su lentitud, se vengaron de ellos, tratándolos de haberse dejado engañar. A pesar de que Mr. de Liechtenstein se había cubierto de gloria en la última campaña, y no obstante el favor de que gozaba Mr. de Babna, cayeron en desgracia, por decirlo así, y se los envió al ejército. Sin embargo, se aceptó el tratado de que hablaban tan mal, por no volver á entrar en guerra con Napoleon, y sobre todo, por no arrebatar al buen pueblo austriaco una paz de que aquel le habia puesto en posesion con su publicación anticipada. Eligióse un nuevo negociador, Mr. de Urbna, gran chambelan del emperador,

para que fuese el portador de las ratificaciones, encargándole reclamara algunos cambios en la cantidad y en los plazos de la contribucion de guerra. A estas reclamaciones, oidas con politica, pero enviadas al emperador para que decidiese sobre ellas, se siguió el cange inmediato de ratificaciones, que se verificó el 20 de octubre por la mañana.

El principe Berthier que aguardaba la señal para empezar la evacuación, mandó al momento al mariscal Oudinot, que estaba acampado al pié de los muros de Viena, se pudiese en movimiento para seguir por el camino de Strasburgo á la guardia imperial; al mariscal Davout que se trasladase de Brünn á Viena; al mariscal Massena que se dirigiese de Znaim á Krems; al mariscal Marmont, acampado en Krems, que tomase la ruta de Laybach por Saint-Polten y Lillienfeld; y al principe Eugenio que emprendiera el camino de Italia por Oedenburgo y Leoben. Al mismo tiempo se dispuso se prendiera fuego á las minas abiertas debajo de las murallas de la capital, y mientras los vieneses veian marchar á nuestras tropas con ojos en que ya no se pintaba la cólera, oyeron detonaciones repetidas que les anunciaban la destruccion de sus murallas. Sintiéronto amargamente, y quizá hubiera podido evitárseles ese postrer disgusto, renunciando á un acto de prevision, de utilidad muy dudosa.

Napoleon se habia trasladado en un principio á Passau para mandar hacer allí obras por medio de las que queria convertir esta ciudad en una gran plaza de la confederacion, y sabedor por las señales de que no habia nada de nuevo, marchó á

Munich, donde esperó en compañía de la familia del príncipe Eugenio los despachos que debían hacerle ir á París ó á Viena. Habiendo al fin recibido por un correo la noticia de las ratificaciones, se despidió de sus aliados, engrandecidos otra vez mas con su proteccion, y partió para Francia, donde se habian ido aglomerando asuntos graves, descuidados harto tiempo ó dirigidos con demasiada rapidéz desde los campos de batalla.

Entre los negocios de que iba á verse asaltado, el mas sério y alictivo era el de Roma, cuyas tristes vicisitudes es ya tiempo de dar á conocer. Sin duda recordarán nuestros lectores que cuando, dispuesto Napoleon á destruir el antiguo orden de cosas europeo, quiso romper con la casa de España y con el papa, se apoderó de las Legaciones, las cuales agregó al reino de Italia con el título de departamentos, mandando que el general Miollis ocupase á Roma. Para justificar esta ocupacion, pretestó la necesidad de enlazar por el centro de la Península sus ejércitos del Norte y del Mediodía de Italia, y además la precision de ponerse en guardia contra los manejos hostiles de que constantemente era teatro Roma. Desde aquel día se habia hecho intolerable la situacion, pues el papa dejó el Vaticano por el Quirinal, encerróse en éste último palacio como si fuese una fortaleza, y dió en el lugar á escenas tan deplorables para el poder opresor como para el oprimido. Condenado el general Miollis á hacer un papel ingrato, para el que no habia nacido, pues ese intrepido militar era de un talento bien poco cultivado y de ánimo esforzado, trataba inútilmente de hacer dulce su mision.

Pio VII, indignado estraordinariamente como

pontífice de la violencia con que se trataba á la Iglesia, y ulcerado como príncipe de la ingratitud de Napoleon, á quien habia ido á consagrar en París, no podia contener los sentimientos que abrigaba, sentimientos que sin disminuir el tierno y generoso interés que merecia, le hacian perder parte de su dignidad. El general Miollis quiso visitarle el primer día del año al frente de su estado mayor, pero se negó á recibirle, y por su parte los cardenales no aceptaron los convites que el general les hizo, so pretesto de enfermedad, enviando éste á preguntar cómo se hallaban, á pesar de que conocia el embuste. En fin, no teniendo ya el papa á su disposicion las arcas públicas, y estando resuelto á no pedir nada, empenó la hermosa tierra que Napoleon le regaló cuando fué coronado; triste comercio de epigramas que debia rebajar las relaciones ya tan espinosas que entre si tenían unas potencias grandes por tan diferente concepto! Era imposible que ese ofensivo modo de obrar no viniese á parar bien pronto en violencia. Habiéndose sabido que el papa dirigia protestas á las córtes estrangeras, fueron detenidos los correos, lo cual probaba suficientemente la verdad que tan bien comprendió en otro tiempo el primer cónsul, que para que el papa sea independiente, debe ser soberano temporal del territorio en que resida. Entonces diciendo Pio VII que estaba preso, no quiso sostener correspondencia con nadie, ni con el gobierno francés ni con los demas.

Halagadas con destreza por el general Miollis las tropas romanas, á las que persuadió que incorporándose en las francesas, cesarian de ser cono- cidas con el antiguo apodo de *soldados del papa*,

habian consentido en esa incorporacion; pero queriendo castigarlas éste despojándolas del carácter de nacionalidad, varió el uniforme y la escarapela de las tropas romanas, y no concedió la nueva escarapela sino á las que habian permanecido siéndole fieles, es decir, á la guardia noble y á la guardia suiza que ocupaban su palacio. A poco ofendidos los hijos de familia que componian la guardia noble de lo que estaba experimentando su soberano, desafiaron á los franceses con una arrogancia que en su posicion era un valor meritorio. Dejándose llevar el general francés á su vez de un sentimiento de vanidad ofendido, invadió el Quirinal, derribó las puertas, y desarmó á la guardia noble en el propio palacio del soberano pontifice. Despues de semejante ultrage, cualquier violencia podia cometerse. Desde que Pío VII se privó del cardinal Consalvi, nombró secretario de Estado primero al cardinal Gabrielli, y luego al cardenal Pacca. Quiso prender á este último en medio del Quirinal, pero desplegando en aquella ocasion el papa toda la magestad de su edad y de su dignidad suprema, fué con el traje pontifical á proteger á su secretario de Estado, y no se atrevieron los nuestros á prenderle en su presencia. Desde entonces le hizo acostar en un aposento al lado del suyo, y vivia rodeado de algunos domésticos fieles que turnaban en la vigilancia dia y noche de todas las salidas del palacio Quirinal, cuyas puertas y ventanas estaban constantemente cerradas.

Metido de este modo Napoleon en una lucha encarnizada contra el orden antiguo europeo, lucha cuyo primer acto fué la deplorable catástrofe de Vincennes, el segundo el despojo de Bayona, y

el tercero y no menos triste, el cautiverio de Pío VII, olvidaba, tocante al pontifice, el respeto que debia á su rango, edad y virtudes, la gratitud á que para con él estaba obligado, y sobre todo las contemplaciones con una potencia que habia restablecido, y la cual no podia derribar sin incidir en la inconsecuencia mas lamentable. ¡Cuanto motivo de risa no daba, á pesar de toda su grandeza, á los filósofos que quedaban en París alrededor de Mrs. Sieyes, Cabanis, y de Tracy, y que tanto habian criticado el concordato! Es bien seguro en efecto que antes que llegar á las escenas del Quirinal, hubieran tenido razon en querer que en vez de entrar en relaciones y firmar tratados, se hubiesen olvidado enteramente las dos potencias, viviendo absolutamente estrañas una á otra.

Emperó ciego por la pasion, olvidando que despues de haberse hecho en Vincennes émulo de los regicidas, é igual en Bayona á los que declaraban guerra á la Europa por establecer en ella la república universal, se igualaba en el Quirinal cuando menos con los que destronaron á Pío VI, para crear la república romana, sin acordarse de que habia menospreciado á unos y otros, obteniendo la corona por haber hecho gala de no parecerse á ellos, pronto puso colmo Napoleon á su inaudito proceder, formando la resolucion de destronar á Pío VII, y de quitarle el cetro dejándole la tiara. Que obraran de este modo los que idearon la constitucion civil del clero y crearon la república romana, nada mas sencillo, pudiéndose justificar honrosamente, porque tal era su conviccion, ¡pero conducirse así el autor del concordato! Era este un olvido de sí propio, afflictivo para los que

admiraban su genio extraordinario, alarmante para los que pensaban en el futuro de la Francia, é imposible de explicar sino se desprendiera de ello la lección, tantas veces reproducida en la historia, de que por grande que sea el hombre, se convierte en niño cuando las pasiones se apoderan de él.

*Es preciso que se acabe esa comedia*, dijo Napoleón en una de sus cartas, y efectivamente no podía durar más tiempo. Mas hubiera valido degollar al pontífice, de lo cual seguramente era incapaz el noble corazón de Napoleón, que dejarle agitarse en el Quirinal, degradándose casi con la ira que sentía. Napoleón tomó, pues, el partido de suprimir el poder temporal del papa, y aguardó para dictar su sentencia á no tener que guardar miramientos con el Austria. En efecto, el 17 de mayo, después de las batallas de Ratisbona y Ebersberg, así que entró en Viena, decretó en Schoenbrunn la supresión del poder temporal del papa, y declaró reunidos al imperio los Estados de la Santa Sede, nombrando para regirlos una consulta compuesta de príncipes é individuos de la clase media de Roma, proclamando la abolición de las sustituciones, la inquisición, los conventos y las jurisdicciones eclesiásticas, y aplicando en fin al Estado romano todos los principios de 1789. Dejó á Pio VII los palacios de Roma, una lista civil de dos millones, y toda la representación pontifical, diciendo que los papas no necesitaban el poder temporal para ejercer su misión espiritual; que había perjudicado á esta misión el doble papel de pontífices y soberanos; que nada variaba en la iglesia, en sus dogmas y en sus ritos; que la dejaba independiente, rica y respetada, pero que como sucesor de

Carlo-Magno, retiraba la dotación de un reino temporal que este emperador había hecho á la Santa Sede. ¡Todo esto se decía en un lenguaje altanero, grandioso y especioso, pero muy extraño en boca del antiguo primer cónsul!

Este decreto se publicó en Roma el 11 de junio á son de trompeta, en medio de una población dividida entre sí, pues el populacho y el clero se mostraban indignados de la violencia que se hacía á su pontífice, y la clase media, aunque desconfiaba en extremo de todo lo que provenía del hombre que comprimiera la revolución francesa, aparecía dispuesta á pasarse sin el gobierno eclesiástico. Solo aguardaba el papa ese postrer acto para recurrir á las únicas armas que le quedaban, las de la excomunión. Mas de una vez había ya pensado en valerse de ellas; pero el temor de que estuvieran embotadas esas armas tan poderosas un tiempo, y de que si tenían alguna eficacia contra un príncipe de nuevo cuño, le redujeron á adoptar medidas terribles, había hecho vacilar á los consejeros de la Santa Sede. No obstante, estaban de acuerdo en que si llegaba á decretarse la supresión del poder temporal, era preciso fulminar el anatema, habiendo llevado la prevision hasta estender las bulas anticipadamente, escritas de puño y letra del papa, y con su firma ya. Pronunciábase en ellas el anatema con sus consecuencias, no contra Napoleón nominalmente, sino contra todos los autores y cómplices de los actos de violencia y despojo ejercidos sobre la Santa Sede y el patrimonio de San Pedro. Apenas se verificó la publicación del decreto de 17 de mayo, por medio de inteligencias que el Quirinal mantenía con los de

fuera, manos atrevidas y fieles fijaron en San Pedro y en la mayor parte de las iglesias de Roma la bula de excomunion, que osaba atacar á Napoleon en su trono, y que no teniendo en su favor la fuerza del sentimiento religioso, debilitado ya hacia mucho tiempo, debía encontrarla sin embargo en la justicia humana, indignada de las violencias é ingratitud cometidas por el guerrero con el pontifice que le consagrara.

La policia francesa quitó esos atrevidos carteles; pero la bula corrió de mano en mano, y no debía tardar en comunicarse hasta los confines de Europa. Estos dos actos, uno de los cuales guardaba relacion con el otro, debian llevar al último grado de exasperacion á las dos potencias personificadas en el general francés y el pontifice romano, no siendo ya posible continuaran la una al frente de la otra, sin llegar á la violencia material. Napoleon se entendia acerca de los asuntos de Roma con el general Miollis, y sobre todo con su cuñado Murat, que como rey de Nápoles, mandaba en jefe las tropas de la ocupacion. Preveyendo lo que pudiera suceder, le habia escrito que si encontraba resistencia el decreto de 17 de mayo, era preciso tratar al papa como al arzobispo de Paris en Paris mismo, y en caso de necesidad arrestar al cardenal Pacca y á Pio VII. Esta instruccion, que despues sintió haber dado, contenida en varias cartas de 17 y 19 de junio (1), llegó á Roma por conduc-

(1) He aqui estas cartas:

*Al rey de Nápoles.*

«Schœnbrunn, 17 de junio de 1809.

«He recibido la carta de V. M. del 8 del corriente. Ya

to de Murat en momentos en que reinaba la mayor inquietud acerca de la situacion. Hallábase á la vista de Civita-Vecchia un armamento naval inglés cuya importancia se exageraba, y que no era mas

habreis sabido la muerte de Lannes y de Saint-Hilaire. Durosnel y Fowler han quedado prisioneros en cargas muy lejanas que se dieron. Mucho desearia que estuviérais á mi lado; pero en estas circunstancias conviene no os alejéis de Nápoles. En otra campaña, cuando todas las cosas hayan entrado en caja por esa parte, será preciso llamaros al ejército.

«Ya habreis visto por mis decretos que he hecho mucho bien al papa, pero es con la condicion de que se mantenga tranquilo. Si forma una reunion de maquinadores como el cardenal Pacca, etc., es preciso no sufrirlo, y obrar en Roma como yo obraria con el cardenal arzobispo de Paris. He querido daros esta explicacion, para que sepais se debe hablar claro al papa, y no sufrir ninguna especie de oposicion. A los frailes y agentes que cometan excesos, los juzgarán comisiones militares.

«Una de las primeras medidas de la consulta debe ser suprimir la inquisicion.

NAPOLÉON.»

*Al rey de Nápoles.*

«Schœnbrunn, 19 de junio de 1809.

«Os envío nuestro ayudante de campo, el cual os participará la noticia de la batalla que el príncipe Eugenio acaba de ganar al archiduque Juan y al archiduque palatino reunidos, el aniversario de la de Marengo.

«Os he escrito por conducto de Caffarelli, que salió de aqui el 17 con encargo de enviarnos mis pliegos por un correo asi que llegase á Italia. Ya os he dicho es mi intencion se manejen los asuntos de Roma con prontitud y que no se contemple ninguna especie de resistencia. Sino

que un alarde de fuerzas de las tropas británicas que residían en Sicilia; el pueblo de Roma estaba muy agitado; la abolición en todos los departamentos del gobierno eclesiástico, y la sustitución de autoridades civiles interinas, causaban un trastorno general; á cada instante se decía que iba á tocarse á rebato en Roma, á cuya señal se arrojarían los transteverinos sobre los franceses, que solo eran de tres á cuatro mil, porque el rey Murat se había llevado todas sus fuerzas hácia el litoral, para observar á la marina británica; esperábase ese acontecimiento para el 29 de junio, que era la festividad de San Pedro; y corría la voz de que revestido Pio VII del traje pontifical saldría aquel día del Quirinal, pronunciaría él mismo el anatema, declararía á todos los súbditos del imperio libres del juramento prestado á Napoleon, y daría la señal de una insurrección general en Italia.

Había entonces en Roma, á donde fué enviado para que dirigiese la policía, un oficial de gendarmes, el coronel Radet, hombre muy astuto, muy atrevido y muy á propósito para un golpe de mano,

se someten á mi decreto, no debe respetarse ningún asilo ni sufrir la menor contrariedad sea cual fuere el pretexto. Si contra el espíritu de su estado y del Evangelio, predica el papa la rebelión, y quiere valerse de la inmunidad de su casa para hacer imprimir circulares, se le debe arrestar. Ya pasó el tiempo de esas escenas. Felipe el Hermoso mandó prender á Bonifacio, y Carlos V tuvo preso mucho tiempo á Clemente VII, y eso que esos dos papas hicieron mucho menos. Un sacerdote que en vez de la paz predica á las potencias temporales la discordia y la guerra, abusa de su poder.

NAPOLÉON.

encargado de organizar la gendarmería en Italia. Alojado cerca del Quirinal en el palacio de Ros-pigliosi, había llenado de espías la morada del papa, y colocado personas seguras junto á la torre del Quirinal, para que se apoderaran de la campana que debía tocar á rebato. Aunque estas voces no se realizaron, dieron en que pensar á las autoridades francesas, persuadiéndolas no habría en Roma seguridad ninguna, mientras se sufriese allí al papa, y sobre todo á su ministro el cardenal Pacca, que pasaba por el agente principal del partido eclesiástico mas exaltado. Prender al cardenal y no al papa, de quien no se separaba nunca, parecía una cosa imposible é insuficiente, y prender á los dos se creía el único medio de salvación. Sin embargo, retrocedíase ante semejante atentado, digna consecuencia del de Bayona, cuando fueron á disipar todos los escrúpulos las cartas escritas con tanta imprudencia por Napoleon á Murat, y comunicadas por este último al general Miollis. No obstante, éste vacilaba todavía, pero como el coronel Radet insistiese, por la razón de que no podía mandarse en Roma si no se apelaba á ese acto de vigor, se resolvió prender al papa con las precauciones convenientes, y trasladarle á Toscana, donde se decidiría lo que habría de hacerse con este personaje sagrado, que estorbaba mucho en Roma, pero que estaba destinado á estorbar en todas partes, porque en todas partes sería testimonio viviente de una violencia odiosa é inútil.

Tomadas las disposiciones, la gendarmería se escalonó en el camino que va de Roma á Florencia, y el coronel Radet asaltó el Quirinal el 6 de julio á las tres de la mañana, precisamente en el momen-

to en que se desplegaba en batalla nuestro ejército para dar la de Wagram. Como las puertas estaban cerradas, escalaron los nuestros las paredes del jardín, penetraron por las ventanas en lo interior de palacio, y llegaron al aposento del papa, quien, habiendo sido avisado de aquel asalto, se había puesto de prisa y corriendo el traje pontifical. El cardenal Pacca se hallaba á su lado, con unos cuantos personajes eclesiásticos y civiles de su servidumbre. El pontífice estaba indignado; de sus ojos, vivos pero dulces por lo regular, brotaban llamas. Al ver al coronel Radet á la cabeza de nuestros soldados, tan odiosamente convertidos en vencedores de un anciano indefenso, el papa preguntó qué es lo que iba á hacer allí por semejante camino. Turbado el coronel, se disculpó alegando se veía obligado á cumplir órdenes superiores, y le dijo tenía encargo de llevarle fuera de Roma. Conociendo Pio VII era inútil cualquier resistencia pidió le acompañaran el cardenal Pacca y algunas personas de la servidumbre, en lo cual se consintió con condición de que partiría al instante, y que los sujetos que quería le siguiesen, no se reunirían á él hasta dentro de algunas horas. Habiéndose resignado el pontífice, se le metió en un carruaje, y sentándose en el pescante el coronel Radet, atravesaron á Roma y las primeras paradas sin ser conocidos. Corrieron la posta sin detenerse hasta Radicofani, donde cansado el papa, y viendo no llegaban las personas que había pedido, se negó á ir mas lejos. Por otra parte, hábale acometido una calentura bastante fuerte, y era imposible no concederle algun descanso. Despues de permanecer allí un dia, volviéronse á poner en camino, atra-

vesaron á Siena en medio de un pueblo arrodillado, pero sumiso, y el 8 en la noche llegaron á la Cartuja de Florencia.

La gran duquesa Elisa, hermana mayor del emperador, la cual empleaba tanto cuidado como inteligencia en gobernar bien su hermoso ducado de Toscana, y á quien costaba algun trabajo contener los animos que allí tambien iban emancipándose del ascendiente de Napoleon, se asustó de tener que guardar semejante depósito, y temió perder el afecto de todos sus súbditos si sospechaban era cómplice en aquella violencia. No quiso, pues, estuviera el papa en Florencia, y como por la prontitud con que se había verificado el rapto, habíanse anticipado á todas las órdenes que hubieran podido emanar de Schönbrunn en tal circunstancia, cada cual podia exonerarse de la carga echandola sobre su vecino. En su consecuencia, dispuso la gran duquesa se hiciese salir al papa para Alejandria, donde estaria en una plaza fuerte, y en brazos del príncipe Borghese. Se le puso en camino el dia 9 para Génova, escoltado por un oficial de gendarmes italiano, de caracter dulce, y á propósito para agradar á Pio VII. La gran duquesa dió su mejor coche de camino para colocar en él al augusto viajero, envió su propio médico, y añadió todo lo que podia hacer el viage menos pesado. El noble anciano, viéndose con pena alejar de Italia, irritado con el cansancio, y afligido al ver caras nuevas, se enfureció un momento contra lo que se exigia de él, pero sin embargo, partió para Génova. Poco á poco fué calmándose al ver los miramientos que le dispensaban, y sobre todo arrodillarse alrededor de su coche las poblaciones que

dejábamos acercarse, en lo cual no había gran inconveniente, pues si en todo el imperio empezaba á suceder el odio al cariño, subsistia por completo el temor, y aunque se compadecia al papa, nadie se hubiera atrevido á desafiar la autoridad imperial por libertarle. No obstante, súpose en las puertas de Génova que la poblacion se había puesto en movimiento para ir á saludar al pontifice, y le embarcaron á alguna distancia de la ciudad en un bote de la aduana, conduciéndole por mar á San Pedro de Arena, desde donde fué trasladado á Alejandría.

El príncipe Borghese, gobernador general del Piamonte, asustado tambien de tener que guardar semejante prisionero, y por no haber recibido órden para ello, quiso librarse de la carga, y envió el papa á Grenoble, á donde llegó el 21 de julio con el cardenal Pacca, separado momentáneamente de su lado, y que le devolvieron en Alejandría.

En Grenoble hospedaron al papa en el obispado, llenándole de atenciones y de muestras de respeto, pero teniéndole preso.

Cuando el emperador supo en Schœnbrunn el uso inconsiderado que se había hecho de sus cartas, censuró la prision del papa, y sintió mucho se hubiese recurrido á semejante violencia (1). Em-

(1) *Al ministro de policia.*

«Schœnbrunn, 48 de julio de 1809.

«En este mismo momento recibo las dos cartas adjuntas del general Miollis, y otra de la gran duquesa. Siento que hayan preso al papa: es una gran locura. Era preciso arrestar al cardenal Pacca y dejar al papa tranquilo en

pero no queriendo tenerle en Francia, como el príncipe Borghese no había querido tenerle en Alejandría, y la gran duquesa Elisa en Florencia, é ignorando por otra parte que el papa estuviese ya en Grenoble, designó á Savona en la playa de Génova, donde había una buena ciudadela y un alojamiento decente para recibir al papa. Asi que el ministro de policia recibió esta carta, hizo que Pío VII saliese de Grenoble para Savona, lo cual criticó tambien Napoleon cuando lo supo, temiendo que esas mudanzas repetidas pareciesen una serie de vejaciones indecentes para con un anciano Augusto, á quien queria aun á pesar de oprimirle, y de quien era querido igualmente no obstante esa opresion. Mandó se enviase de Paris uno de sus chambelanes, Mr. de Salmatoris, con una porcion de lacayos y un ajuar considerable, á fin de preparar al papa una ostentacion digna de él. Dispuso le dejaran hacer cuanto quisiera, desempeñar todas las ceremonias del culto y recibir los homena-

Roma: pero ya no tiene remedio, y lo hecho hecho. No sé lo que habrá ejecutado el príncipe Borghese; pero mi intencion es que el papa no entre en Francia. Si está todavía en las playas de Génova, el mejor sitio en que podría ponerse sería Savona, pues allí hay una casa bastante espaciosa donde estaria con decencia, hasta que se sepa lo que de esto debe resultar. No me opongo, si cesa su demencia, á que vuelva á ser enviado á Roma. Si ha entrado en Francia, haced que retroceda hácia Savona y San Remo. Mandad se vigile su correspondencia. (R)

«En cuanto al cardenal Pacca, disponed le encierren en Fenestrelle, y hacedle saber que si es asesinado un francés por instigaciones suyas, será el primero que pague con su cabeza.

NAPOLEON.»

ges de las numerosas poblaciones que irian á verle. Al mismo tiempo ordenó la traslacion á París de los cardenales, los generales de las diversas órdenes religiosas, los personajes de la cancillería romana, los individuos de los tribunales de la Dataria y de la Penitenciaría, y por último los archivos pontificales, porque rodaba allá en su cabeza el proyecto de colocar el soberano pontífice al lado del jefe del nuevo imperio de Occidente, creyendo que de este modo podria establecer en París el centro de toda autoridad temporal y espiritual, muestra singular del vértigo que tan estraños progresos habia hecho ya en aquella poderosa cabeza (1).

Tales eran los diferentes sucesos que habian ocurrido durante aquella pronta campaña de Austria, siendo fácil adivinar el efecto que habrian causado en los animos. Hacia un año, esto es, desde los acontecimientos de España, que no habia cesado de alterarse la conviccion universalmente esparcida de que todo pudo haber concluido con lo

(1) He aqui una carta muy corta, como todas las que escribia Napoleon cuando decia cosas de tanta magnitud, carta que expresa claramente su modo de pensar sobre ese asunto.

*Al ministro de policia.*

«Schœnbrunn 15 de setiembre de 1809.

«He leído la carta que el papa escribe al cardenal Caprara, y como este cardenal es un hombre seguro, podeis remitirselo despues de haber sacado copia de ella. El movimiento de Grenoble á Savona ha sido funesto como todos los pasos retrógrados. No comprendisteis mi intencion,

de Tilsit, y á lo menos reinar la paz en el continente, sin el acto imprudente que derribó á los Borbones de España para sustituirles los Bonaparte. La guerra de Austria, aunque la corte de Viena tomó la ofensiva, se achacaba por todos á la de España, mirándose la segunda como causa segura y evidente de la primera. Los franceses estaban asustados con esas guerras incesantes que ponian en peligro á la Francia, su poderio, su reposo, y al emperador, pues al mismo tiempo que desaprobaban su insaciable ambicion, tenianle por un salvador, y tan mal le querian porque arriesgaba su persona como porque comprometia á la Francia, lo cual estaba haciendo diariamente.

El cansancio, que era general, habia corrompido casi el patriotismo, y hombres malévolos, segun ya hemos dicho, espendieron en secreto la traduccion de los mentirosos boletines del archiduque Carlos. La batalla dudosa de Essling avivo todavia mas estos sentimientos, y la insurreccion del mayor Schill, asi como la aparicion de partidas ale-

y con semejante paso se ha infundido esperanzas á ese fanático. Ya veis que queria reformásemos el código Napoleon, que perdiésemos nuestras libertades, etc. No puede llevarse mas lejos la insensatez.

«Ya he dispuesto que todos los generales de órdenes religiosas y los cardenales que no tienen obispado ó que no residan en él, sean italianos, toscanos ó piamonteses, se trasladen á París, y probablemente acabará todo esto por hacer venir tambien al papa, el cual situaré en las cercanías de París. Justo es que esté al frente de la cristiandad: esto se mirará como una gran novedad los primeros meses, pero concluirá bien pronto.

«NAPOLEON.»

manas rebeldes tanto en Sajonia como en Franco-  
nia, dieron creces al descontento hasta el punto de  
convertirse casi en odio. La batalla de Wagram dis-  
sipó esos sentimientos fatales, pero los sucesos  
de Wálcheren los hicieron renacer, y aunque el  
desastre sufrido por los ingleses, desvaneció á su  
vez la alarma que causaron con su desembarque,  
pudo notarse harto bien la repugnancia que mos-  
traban los guardias nacionales á partir para la guer-  
ra, y su indisciplina ya que llegaron á marchar,  
indisciplina llevada hasta el extremo de que el ge-  
neral Lamarque que mandaba en Amberes una di-  
vision de guardia nacional, se vió obligado á fusil-  
lar unos cuantos hombres. Vióse en París á los ofi-  
ciales retirados que volvieron al servicio, haciendo  
el papel de descontentos aunque se habia recurri-  
do á ellos, y usando un lenguaje lamentable. En  
torno de Mrs. Fouché, Bernadotte y Talleyrand  
se agruparon muchos enemigos del imperio, mas  
osados que de costumbre, y los realistas rancios se  
agitaron en el barrio de San German, acordandose  
algo de los Borbones. Ademas acudian en tropel á  
oír en San Sulpicio los sermones de un predicador  
ya célebre, Mr. de Frayssinous, con un afán que  
no esplicaban lo bastante sus sentimientos reli-  
giosos.

Desarrollabase en aquellos sermones, con gran  
satisfaccion suya, doctrinas que no estaban muy  
conformes con las del decreto de 17 de mayo, que  
suprimió la soberanía temporal del papa. Una ór-  
den de la policia mandando cesaran, dió lugar á  
hablillas mas fatales que los mismos sermones. El  
clero sobre todo se consternó cuando se esparció la  
noticia de que despues de muchas escenas escan-

dalosas, habian llegado las cosas en Roma hasta el  
extremo de prender al papa. Hiciéronse en las igle-  
sias rogativas por él, riéronse del concordato en  
las tertulias donde quedaba algun vestigio del es-  
piritu filosófico antiguo, y en todas partes se oían  
quejas, reconvencciones y desprecios contra Napo-  
leon como hombre político, si bien admirando en  
él, cual siempre, el gran capitán. Varias veces tam-  
bien se esparció la voz de que habia sido asesina-  
do, como si el sentimiento que induce á unos á me-  
ditar este crimen, indujese á otros á preveerlo. En  
fin, era evidente estaba ya realizándose una revo-  
lucion en la opinion pública, y que empezaba á  
alejarse de Francia de Napoleon el movimiento en los  
ánimos que sublevaba la Europa contra él. Con to-  
do, la última guerra, milagrosamente llevada á  
término en cuatro meses, la gloriosa paz que á ella  
se siguió, y el ver pacificado otra vez el continen-  
te, devolvieron la esperanza. Con esta, renació la  
satisfaccion, la admiracion, el deseo de ver á ese  
reinado calmarse, consolidarse, moderarse, perpe-  
tuarse por medio de un heredero, y si bien se te-  
nia cariño, no obstante su frivolidad, á Josefina, á  
la cual se miraba como una soberana amable que  
representaba la bondad y la gracia al lado de la  
fuerza, deseábase, aunque sintiéndolo, otro matri-  
monio que diese herederos al imperio. Y no se li-  
mitaba el público á desearlo, sino que lo anunciaba  
indiscretamente como cosa ya resuelta, compade-  
ciendo á la misma á quien pedía el sacrificio, dis-  
puesto quizá á censurar al emperador que la sa-  
crificase, y á ver, segun fuese la eleccion, hecha  
para reemplazarla, en un nuevo enlace otro acto de  
ambicion.

Tal era el estado de los ánimos que Napoleón había discernido perfectamente, pero que no le disgustaba se lo presentaran en toda su realidad, contentándose con adivinar las cosas que no le agradaban, y no queriendo oirlas de boca de otros. Durante la guerra de Austria, calló el príncipe Cambaceres por no tener que decirlas; pero Napoleón mismo provocó á su discreto archicanciller, y obligado éste á explicarse, lo dijo todo con sumo miramiento, pero con una sinceridad que le honraba. Deseoso Napoleón de hablarle de esos objetos importantes antes que á nadie y con toda estension, le citó para Fontainebleau el 26 de octubre, día en que esperaba llegar allí.

Efectivamente, el 26 se hallaba Napoleón en Fontainebleau antes que todo el mundo, antes que su servidumbre, antes que la emperatriz, antes que sus ministros. El archicanciller, tan exacto como discreto, estaba allí desde el amanecer, y Napoleón le acogió con confianza, con amistad, pero con una altivez que no solía verse en él. Cuanto mas conocía que la opinion se alejaba de él, tanto mas orgulloso se mostraba para con ella, aun respecto á los que la representaban tan amistosamente á su lado. Quejóse al archicanciller de la debilidad con que habían sufrido en París las angustias de aquella corta campaña, de las alarmas que con tanta facilidad habían concebido por unas cuantas correrías del mayor Schill y algunos otros insurrectos alemanes, y de la agitacion á que se habían entregado con motivo de la expedicion del Escalda, que, segun dijo, fué efecto de su venturosa estrella. Manifestó algun desden por el poco carácter que habían demostrado en esas diversas circunstan-

cias, y se quejó mas que nada de que se hubiesen mostrado tan indecisos en llamar á las armas los guardias nacionales cuando podian ser útiles, y tanta indiscrecion en convocarlos tumultuosamente, cuando no podian servir sino para turbar el pais. Dejó ver mas desconfianza que de costumbre con respecto á los republicanos y realistas rancios, desconfianza que al parecer se estendia á sus deudos: fingió que consideraba los asuntos del clero como de mediana importancia, reservándose ahora que estaba de vuelta arreglarlos de acuerdo con el príncipe Cambaceres; habló, en fin, con singular desprecio de la muerte, de los peligros que había corrido, manifestado creia, y creyendo en efecto, que para un instrumento de la Providencia como él, no eran de temer ni las balas ni los puñales.

En seguida llegó al objeto esencial, al que mas le ocupaba, á la disolucion de su matrimonio con la emperatriz Josefina. Aunque no guardaba á su antigua compañera por toda la vida escrupulosa fidelidad, la amaba, y sentia en extremo separarse de ella; pero á medida que la opinion iba alejándose, se complacía en suponer que no tenia él la culpa, sino el porvenir que amenazaba á su glorioso trono con una caducidad precoz. Predominaba en él la idea de consolidar lo que sentia temblar bajo sus pies, como si escogiendo y obteniendo otra esposa, colocándola en las Tullerías, y logrando diese á luz un heredero varon, no fuesen ya mas que causas sin efectos las faltas que habían hecho se levantase el mundo contra él. No hay duda que hubiera sido útil tener un heredero cuya legitimidad no se disputase, pero mejor, cien veces mejor, ser prudente y juicioso. Sin embargo,

Napoleon, que á pesar de la necesidad de tener un hijo, no habia podido, despues de lo de Tilsit, en la cumbre de la gloria y del poder, decidirse á sacrificar á Josefina, acababa de resolverse á ello al fin, porque habia sentido estremecerse el imperio, é iba á buscar en un nuevo matrimonio la solidez que era preciso fiar en una conducta hábil y moderada (1).

Habló, pues, de este grave objeto al archicanciller Cambaceres; declaró que no habia en su familia ningun principe que pudiera sucederle; arrojó sobre las miserias de esa familia una mirada triste y profunda, y dijo que sus hermanos eran incapaces de reinar, que se tenían mutuamente envidia, y en manera alguna estaban dispuestos á obedecer á su sucesor, si el heredamiento directo no les imponia como ley la obligacion de reconocer en ese sucesor el continuador del imperio. Sin embargo, mostró notoria preferencia hacia el principe Eugenio, le elogió, y celebró sus servicios, su modestia, su adhesion sin limites, pero manifestó no seria suficiente el haberlo adoptado por hijo para que, muerto él, se le aceptara como heredero del imperio; y añadió que estando seguro de tener hijos de otra muger que Josefina, habia tomado la resolucion de divorciarse; que nada ha-

(1) El archicanciller Cambaceres cuenta con discrecion en sus Memorias la larga conferencia que tuvo aquel dia con el emperador, y no ha hecho mas que indicar los títulos de los objetos de que trataron. En las muchas cartas de Napoleon es donde he podido hallar el sentido de esa conversacion, y de estos documentos auténticos he tomado, reproduciéndolo con escrupulosa exactitud, el pensamiento de Napoleon sobre cada objeto de por sí.

bia dicho de ello, sobre todo á la que iba á ser sacrificada; que le era muy penoso hacer esta confasion; que aguardaba al principe Eugenio, encargado de preparar á su madre, y que hasta entonces queria se guardase el mas profundo secreto.

El principe Cambaceres supo con sumo disgusto esa grave determinacion, porque lo mismo que todo el mundo queria á Josefina, y conocia harto bien que repudiándola Napoleon, iba á alejarse mas y mas de su vida pasada, vida de ideas sanas y designios moderados, vida á que estaban asociados todos los hombres de la revolucion, y de la cual no se separaria Napoleon, sin romper tambien con ellos. La misma prudencia que le indujera á condenar la conversion del consulado en imperio, le inducia á condenar el enlace con alguna antigua dinastia, sabiendo perfectamente que la duracion era el mejor modo de consolidar, y que esta dependia únicamente de una conducta acertada.

Hizo, pues, algunas tímidas observaciones fundadas en el favor de que disfrutaba en Francia Josefina, en el cariño que le habia consagrado el pueblo, y sobre todo, los militares, acostumbrados á ver en ella la esposa benévola de su general, en los recuerdos revolucionarios que despertaba, y en el nuevo paso que parecia iba á dar Napoleon hácia el régimen antiguo, alejando á la viuda de Beauharnais para casarse con una hija de los Habsburgo ó de los Romanoff. A todos estos reparos, presentados, por lo demas, con estremada reserva, contestó Napoleon como dueño absoluto, cuya voluntad, cerniéndose sobre el mundo, se habia

convertido, por decirlo así, en el destino mismo. Necesitaba un heredero, conseguido el cual, se fundaría el imperio, según él, definitivamente. El anciano consejero del primer cónsul, confundido con la altivez de su soberano, se sometió en silencio; encontrando en él una benevolencia infinita, en desquite de la inflexibilidad de voluntad que había procurado combatir (1), y convino en callar hasta la llegada del príncipe Eugenio.

La infortunada Josefina no llegó á Fontainebleau hasta por la tarde, alarmada al ver no se la había recibido primero que á los demas. Napoleon la acogió con cariño, pero cortado con el incómodo secreto que no se atrevía á decir. Esta princesa, que sin tener talento, tenía infinito tacto y la penetración del interés personal, se sintió herida de muerte, por decirlo así. Al oír por todas partes al tropel de aduladores, más afanados en adular á medida que la opinión iba empezando á criticar, repetir que era preciso consolidar el imperio; al ver que todo tendía á lo que se llamaba estabilidad, volvió á derramar las lágrimas que tantas veces vertiera cuando columbró su triste porvenir. Su

(1) He aquí cómo espresa el príncipe Cambaceres lo que experimentó con aquella conversacion:

«Estuvimos solos por espacio de algunas horas, pues el emperador lo quiso así, á fin de hablarme á sus anchas de una multitud de objetos... Durante la conversacion me pareció Napoleon muy lleno de su grandeza: parecía que se paseaba en medio de su gloria. Lo que dijo tenía un carácter de altivez que me hizo temer no se obtendría de él ninguno de esos miramientos de delicadeza, que él mismo había reconocido son necesarios para gobernar un pueblo libre, ó que quiere parecerlo.»

hija, que había llegado á ser reina de Holanda, y era desgraciada por los celos de su esposo, de quien estaba separada, acudió al lado de su madre para consolarla, y al encontrarla tan afligida, acabó casi por desear la esplicacion de ese secreto funesto, cualquiera que fuese.

Poblaba á Fontainebleau una multitud numerosa, y cuanto mas se había alarmado esa multitud con los sucesos de España y la batalla de Essling, tanto mas fingía proclamar invencible al que creyó tan próximo á ser vencido. El que la oyese creería que nadie había temido, nadie había dudado, nadie había concebido inquietud. Según ella, los ingleses habían sido unos ineptos, los austriacos unos locos, unos presuntuosos, y los españoles iban á ser aniquilados. Del papa, de la violencia odiosa é inútil que había sufrido, no decía una palabra. Napoleon no quería que se hablara de ello, y no se hablaba, á fin de que fuese, como él mandaba, cosa de poca consecuencia, asunto de clérigos, indigno de que de él se ocupara el grave siglo XIX. Y luego toda conversacion sobre los negocios públicos acababa por decirse al oído en confianza que era una desgracia ver ocupado el trono por una soberana atractiva pero estéril. Era preciso guardarse de sondear el pensamiento del omnipotente emperador, pero imposible que él no pensara en completar el edificio que había levantado, dando un heredero al imperio. ¡Todos los tronos de Europa, al decir de aquella gente, se apresurarian á ofrecer la madre del dueño futuro del Occidente, y una vez nacido ese niño, el imperio sería eterno! En fin, mientras que en París se empezaba á hablar y á contradecir, aunque admi-

rando todavía, en Fontainebleau se callaba, á no ser para decir en un lenguaje rastrero, vulgar é insípido lo que se columbraba en las dominantes miradas de Napoleon.

Toda su familia pidió se le permitiera ir á espiar, estos algunas debilidades y resistencias, aquellos algunas hablillas de que habian sido causa involuntaria. Gerónimo, rey de Westfalia, habia dirigido mal los pocos movimientos militares que tuvo que ejecutar, gastando demasiado en sus placeres, y no lo bastante con el ejército. Luis, rey de Holanda, no por satisfacer su afición al lujo, sino por dar gusto al espíritu oscatimador de los holandeses, no habia sostenido tropas bastantes, y sobre todo favoreció, ó á lo menos no reprimió en manera alguna el contrabando con Inglaterra. Murat, alejado del ejército para reinar en Nápoles, donde procuraba halagar á todos sus súbditos, de cualquier clase que fuesen, sin saberlo probablemente, habia dado lugar á hablillas transmitidas por la policia á Schœnbrunn. Decíase que preveyendo una catástrofe en el Danubio que derribase la persona ó la fortuna de Napoleon, habian puesto la vista en Murat Mrs. Fouché y de Talleyrand, y convenido en preparar en el camino de Italia los tiros que debian llevarle de Nápoles á Paris. Por lo demás, se atribuían estas hablillas, no tanto á su ambicion como á la de su esposa.

Napoleon acogió á Gerónimo con indulgencia, aunque á sus ojos era el mayor de los yerros sacrificar los negocios por los placeres; pero tenia mucho en cuenta para perdonar el cariño de su hermano, y le infundió esperanzas de un arreglo ventajoso respecto á Hannover. Mas severó se mostró

con Luis, á quien apreciaba, pero cuya triste independencia, asi como su estremado servilismo para con los holandeses, eran una verdadera desercion á la politica de Francia. Dió á entender, pues, al rey de Holanda pensaba adoptar siniestras resoluciones tocante á su territorio. En cuanto Murat, á quien no habia visto hacia mucho tiempo, y cuyo nombre, presente en la imaginacion de todos los intrigantes, le ofuscaba de vez en cuando, le manifestó su disgusto, pero no tanto á él como á su esposa, cuyo inquieto espíritu presagiaba mas de una falta capital. Amistoso por otra parte, como siempre lo era con sus parientes, mostró para con ellos mas que nunca la actitud de un soberano, pues al avanzar por el camino de la vida habia visto de muy cerca, lo mismo en ellos que en cuantos le rodeaban, el fondo de las pasiones humanas, y al acercarse, sin verlo, pero presintiéndolo algunas veces, al término de su grandeza, parecia que abrigaba contra todo el mundo no se sabe qué pesar oculto, que no bastó á disipar el pronto y venturoso fin de la guerra de Austria, y que se revelaba en una espresion de autoridad mas absoluta (1).

No fué á Francia la familia de Napoleon únicamente, sino que pidieron permiso para visitarle los reyes sus aliados, porque todos tenían intereses que debatir, ó algo por que darle las gracias. Esos aliados eran el rey de Sajonia, el rey y la reina de Baviera y el rey de Wurtemberg. El emperador

(1) Es seguro que desde aquella época empezó á cambiar el tono de su correspondencia, y se hizo mas severo, mas desconfiado, mas absoluto, no pareciendo sino que estaba descontento de todo el mundo.

contestó á sus peticiones del modo mas fino, y todo anunciaba que para fines de otoño habria en París una reunion brillante de testas coronadas. Entre tanto sucedianse en Fontainebleau fiestas magnificas, y se invertia el tiempo en el teatro, en bailes ó cazando. La caza de vezados sobre todo era, segun parecia en aquel momento, la diversion que mas gustaba á Napoleon; de suerte que pasaba á caballo horas enteras, y hacia que lo dijese los periódicos porque durante la última campaña se dudó de su salud tanto como de su suerte. Por haber querido tener á su lado el médico Corvisart con el fin de disfrutar de su conversacion en sus ócios de Schenbrunn, y consultarle acerca de unos dolores sordos, presagio de la enfermedad de que murió doce años mas tarde, dió lugar á muchos inútiles comentarios sobre el estado de su salud. Para desmentir esas voces corria, pues, desde por la mañana hasta por la noche, jactándose de su fuerza, grande todavia, y queriendo se creyese en ella.

En aquella época cambió de un modo singular el aspecto de su persona, convirtiéndose de melancólico y flaco, en ingenuo, resuelto, lleno de carnes, sin que por eso fuese menos bello su rostro. De taciturno pasó á hablador afluente, siendo escuchado con gusto por los que le admiraban y por los que eran para con él bajos y dóciles. Antes era brusco y seco, pero ahora impetuoso, ardiente, duro algunas veces, aunque siempre tranquilo en los peligros, y bueno cuando veia sufrir. En una palabra, se habia dilatado completamente su poderosa naturaleza, é iba á decrecer lo mismo que su fortuna, porque nada se para. En fin, en medio de la afluencia de gentes que concurría á su corte,

distinguió á una ó dos mugeres, y no se anduvo con miramientos en demostrar su aficion hácia ellas, á pesar de los arrebatos de celos de la emperatriz Josefina, á quien no contemplaba ya, á quien desesperaba, mejor dicho, con su modo de portarse, como si quisiera prepararla á que renunciara á él, ó sacar de los disgustos matrimoniales valor para un rompimiento. Tal era su vida de vuelta de la guerra de Austria, no siendo menor que despues de Tilsit el brillo de que se hallaba rodeado, pues no parecia sino que con atenciones sin límites trataban de hacer que olvidase las dudas concebidas un momento acerca de su prosperidad.

Por lo demas, siempre trabajando en medio de los placeres, dió órdenes en Fontainebleau mismo sobre una multitud de objetos, acelerando la organizacion, la reunion y el relevo de los cuerpos destinados á ir á España, los cuales se componian, segun se ha visto, del que mandaba el general Junot, disperso de Augsburgo hasta Dresde, el del mariscal Bessieres consagrado á la toma de Walcheren, de las reservas preparadas en el centro y el Oeste del imperio, de los dragones provisionales, y de los modernos regimientos de la guardia. Habiendo acabado los ingleses de retirarse enteramente de las bocas del Escalda, no sin hacer volar los depósitos de agua y las obras de Flesinga, Napoleon puso en marcha definitivamente hácia el Mediodia las tropas de línea de aquel cuerpo, y disolvió los guardias nacionales, escepto algunos batallones compuestos del corto número de hombres que se habian aficionado á servir. Hizo continuara la evacuacion de Austria á medida que iban efectuándose los pagos, y dirigió el cuerpo del ma-

riscal Oudinot hacía Maguncia, el del mariscal Massena hacía Flandes, y el del mariscal Davout hacía la parte de Alemania que todavía le quedaba á Francia, tal como Salzburgo, Bayreuth y Hannover. Quería disolver el cuerpo del mariscal Oudinot compuesto de cuartos batallones (escepto la antigua division Saint-Hilaire), para devolver el cuarto batallon á cada regimiento. Reforzó y regularizó las brillantes divisiones del cuerpo del mariscal Massena, queriendo darles á guardar el litoral del continente, desde Brest hasta Hamburgo. En cuanto al cuerpo del mariscal Davout, lo reunió á la caballería, y se proponía hacer que viviera en Hannover, ó á costa de este pais, ó á la del rey Gerónimo, si se lo cedía. Por último, dirigió el cuerpo del mariscal Marmont hacía el campo militar de Laybach, para que viviera en Carpiola.

De este modo buscaba las combinaciones mejores para no disminuir en realidad sus fuerzas, y para que fuesen al mismo tiempo menos costosas, porque la guerra de Austria no le produjo lo que esperaba (habia producido ciento cincuenta millones poco mas ó menos), y la expedicion de Walcheren le costó mucho dinero, por el armamento y equipo de los guardias nacionales. La hacienda era en aquel momento lo que mas cuidado daba á Napoleon, y la causa de la mayor parte de sus determinaciones. Queriendo poner término á los asuntos del continente, estaba en tratos con Baviera para la pacificacion del Tirol, el reparto de los territorios de Salzburgo, Bayreuth, etc.; con Westfalia para la cesion del Hannover; y con Sajonia para el regalo de la Galicia. Pedia á unos dotaciones para sus generales, á otros suministros para

sus ejércitos, y á todos un arreglo definitivo que hiciera cesar las ocupaciones extraordinarias de tropas, y al fin proporcionase al continente un aspecto de paz y de estabilidad. Para todos esos arreglos no habia que vencer ninguna dificultad, porque Napoleon daba territorios, y por lo mismo era árbitro de fijar las condiciones á su gusto. En todos los casos, pues, no podian menos de quedar contentos.

La única dificultad formal que encontraba Napoleon era con su hermano Luis, pues estaba sumamente irritado por la condescendencia con que éste habia mirado el contrabando, y exigia en castigo se le entregara el territorio comprendido entre el Escalda y el Rhin, desde Amberes hasta Breda, esperando de impedir mejor el contrabando cuando tuviese esa línea; hasta amenazaba con tomar toda la Holanda si continuaban reproduciéndose los abusos de que se quejaba. Organizó el acervo extraordinario dirigido por Mr. Defermon, y formado con el tesoro del ejército y las propiedades de todo género que habia reservado en diferentes paises, para que de este modo descansara en bases estables la fortuna de los que bien le servian. En fin, Napoleon se ocupaba de la iglesia y pensaba en fundar un nuevo establecimiento que colocase á su gefe en la situacion de los patriarcas de Constantinopla con respecto á los emperadores de Oriente.

Ya hemos dicho que mandó tratar al papa con mucho miramiento, y le envió su chambelan Mr. de Salmatoris, con una gran servidumbre, para que estuviese rodeado del brillo propio de un soberano. El papa volvió á su acostumbrada dul-

zura al cabo de algunos dias de irritación; pero perseverando en su resistencia, contestó que le bastaba con lo necesario; que no convenia el esplendor en su situacion actual; que soberano no lo era, y sería una irrisión rodearle de magnificencia estando preso; que un trato modesto, el mismo que se concede á los presos á quienes se respeta, sería suficiente para su persona y la de sus servidores. No se dió oídos á Pio VII, y quedó con el trato de príncipe. En cuanto á los asuntos eclesiásticos, el papa se negó á mezclarse en ninguno mientras no le devolvieran un consejo de cardenales, y un secretario de Estado elegido por él. También se hizo sordo respecto á la institucion de los obispos, negocio urgente como siempre. Anteriormente, y aun despues de haber entrado en Roma el general Miollis, consintió Pio VII en instituir los obispos nombrados por el gobierno imperial, mediante la supresion de una formalidad puramente de deferencia, y que se referia al emperador. Asi es que concedió la bula que instituye el obispo aceptado por la iglesia, la que se dirige al clero, y la que habla con los fieles de la diócesis, pero negó la que se dirige al soberano temporal en cuyos estados debe ejercer sus funciones el nuevo prelado. Napoleon propuso que fuese lo mismo en lo sucesivo, pero el papa no quería conceder ese término medio, desde su cautiverio en Savona. Las dispensas y todos los actos ordinarios se concedian en Roma por el cardenal di Pietro, á quien se dejó en la capital de la iglesia para que desempeñara lo relativo al gobierno espiritual, conforme al uso adoptado en ausencia de los papas.

Napoleon no se alarmó con estas dificultades, y se lisongeaba poder resolverlas asi que tuviese á su lado á Pio VII, pues tenia el proyecto de traerle á Fontainebleau, ejercer allí el influjo de la dulzura, la seduccion del talento, y hacer luego que aceptara un magnífico alojamiento en San Dionisio, donde estaría rodeado el soberano pontífice de tanto esplendor como en Roma. Persuadido de que con la fuerza todo se logra, habiase imaginado que despues de alguna resistencia, acabaria el papa por ceder, cuando viera no tenia nada que obtener; que los cardenales, y los altos personajes de la iglesia, traídos á Paris en pos del pontífice y magníficamente tratados, acabarian tambien por preferir una situacion opulenta y respetada á la persecucion, y que los romanos, á quienes destinaba una corte mas brillante que ninguna despues de la suya (mas tarde diremos cual), se pasarían de buen grado sin un pontificado que los sometia al gobierno de sacerdotes; que los católicos de Francia se envanecerían de tener al papa entre ellos, que los de Europa, reducidos á muchos otros sacrificios, se resignarian á verle en Francia, y que sucederia con las rancias costumbres del catolicismo, mas antiguas, arraigadas y tenaces que ningunas en las poblaciones europeas, lo que con una de esas fronteras que mudaba á su sabor, escribiendo en los tratados con la punta de su espada un nuevo artículo, al dia siguiente de haber conseguido una victoria. Y poniendo inmediatamente en ejecucion su voluntad como lo tenia de costumbre, repitió el orden de traslacion de los cardenales que tenian la sede en Roma, de cualquier nacion que fuesen,

los generales de las órdenes religiosas, como dominicos, barnabitas, servitas, carmelitas, capuchinos, teatinos, etc. y los individuos de los tribunales de la Dataría y la Penitenciaria. Mandó además que se cargaran en cien carruages los archivos tan preciosos de la corte romana, y los encaminaran a París, al mismo tiempo que envió á San Dionisio al ministro de los Cultos para que visitase el edificio y combinara los medios materiales de formar un gran establecimiento. Sin embargo, como las conciencias no se prestaban á sus novedades tan fácilmente como creía Napoleon, y el clero, no atreviéndose á resistir abiertamente, empleaba un medio torcido para exhalar su descontento, el de misiones extraordinarias, á las cuales acudían en tropel los realistas del Mediodía y de la Bretaña, prohibió lisa y llanamente las misiones, tanto dentro como fuera del imperio. Para el servicio interior, dijo, basta el clero ordinario: conozco bastante sus luces y su celo para creer necesita predicadores ambulantes que hagan sus veces. En cuanto al exterior, no llevo mi celo hasta querer hacer prosélitos: me contento con proteger el culto en mi casa, y no tengo la ambicion de propagarlo á las ajenas. El cardenal Fesch quiso manifestar que semejante prohibicion alarmaria á los fieles mucho mas que todo lo que hasta allí los habia afligido; pero Napoleon le previno se abstuviera de toda reflexion, y le dijo fuese el primero en dar ejemplo de obediencia, pues la muestra mas leve de resistencia seria castigada en él mas severamente que en cualquier otro.

Mientras mezclando Napoleon los asuntos serios con los placeres, y las resoluciones sensatas

de un gobierno esceleute con las ilusiones de una politica ciega, descansaba en el hermoso sitio real de Fontainébleau de las fatigas y peligros de la guerra, le decidió á trasladarse á París la llegada de los soberanos aliados, á los cuales queria recibir. Esos soberanos eran el rey y la reina de Baviera, el rey de Sajonia y el de Wurtemberg, que iban á juntarse con los principes parientes del emperador, esto es, los reyes de Holanda, Westfalia y Napoles con sus esposas. Napoleon entró á caballo el 14 de noviembre en París, donde no se habia presentado desde que marchó al ejército, es decir, el 12 de abril. Las funciones por la paz aumentaron el brillo de una reunion de principes de que no habia ejemplo, y Paris disfrutó de un otoño brillante, que llegaba á propósito, despues de una primavera y un verano solitarios y tristes.

Empero en medio de aquellas fiestas, preparaba al fin Napoleon la gran resolucion que tanto debia costar á su alma y agradar á su orgullo, pero que tan poco debia servirle para su poderío: hablamos del divorcio y del matrimonio que á él iba á seguirse. Las escenas de celos, cada vez mas agrias á medida que la desgraciada Josefina iba creyendo descubrir que le ocultaban algo mas grave que una infidelidad, irritaban á Napoleon, pero no le daban sin embargo fuerzas para un rompimiento. Trataba de adquirirlas haciéndose cada vez mas frío, reservado y duro, pero érale insoportable semejante estado, y tenia prisa de acabar de una vez. Mandó salir para Milan un correo portador de una orden al principe Eugenio, para que inmediatamente viniese á París, y detuvo á la reina Hortensia, á fin de que en aquel mo-

mento difícil se viese Josefina rodeada de sus hijos, y recibiera los consuelos que pensaba debían serle mas dulces. En seguida, llamó al archicanciller Cambaceres, y á Mr. de Champagny, y se franqueó con ellos, con ellos únicamente, y habiéndoles por separado, sobre la resolución que habia tomado definitivamente, y á la cual debían concurrir cada uno por su parte.

Con el archicanciller Cambaceres se ocupó de la forma en que habia de verificarse el divorcio, diciendo que Josefina sospechaba lo que estaba preparándose: pero que aguardaba al principe Eugenio para confesárselo todo; que hasta entonces se guardase el mas profundo secreto, y que inmediatamente debía terminarse el asunto. Le repitió las razones que tenia para divorciarse, hijas de la necesidad de dar un heredero al imperio, un heredero cuya legitimidad no se pusiese en duda, y ante el cual se desvaneciese la envidia de su familia. Dejó ver de nuevo todas las ilusiones que se forjaba acerca de la duracion de su reinado, ilusiones fundadas no en la prudencia, sino en un matrimonio que aunque tuviese utilidad, seria de poca importancia contra la Europa conjurada. Habló por lo demas para ordenar, no para consultar, y se mostró resuelto á rodear ese acto de fórmulas afectuosas y honoríficas para Josefina. No queria nada que pudiera parecerse á un repudio, y solo admitia una simple disolución del vinculo conyugal, apoyada en el consentimiento mútuo, consentimiento fundado en el interés del imperio. Convino en que despues de un consejo de familia en que los esposos manifestarian su voluntad al archicanciller Cambaceres, un senatus-consultus da-

do por el Senado con toda solemnidad, declararía la disolución del vinculo civil, y que en esa misma acta se aseguraria magníficamente la suerte de Josefina. Napoleon habia decidido que tuviese un palacio en Paris, un sitio real en el campo, tres millones de renta, y el primer rango entre las princesas despues de la futura emperatriz reinante. Además se proponia conservarla á su lado como su mejor y mas tierna amiga.

En todos estos arreglos olvidó Napoleon el vinculo espiritual, que era preciso disolver tambien para que el divorcio fuese completo. Segun parecia daba á esto poca importancia, creyendo habrían guardado secreto el cardenal Fesch y Josefina sobre la consagración religiosa que se dió á su matrimonio la vispera de su coronación; pero el cardenal habia hablado de ello al archicanciller Cambaceres, y éste manifestó á Napoleon que las córtes extranjeras en quien pensase para contraer nuevo enlace, podrian muy bien dar á la cuestion religiosa mas importancia que la que él le daba, y que por lo mismo era preciso ocuparse de disolver el vinculo espiritual igualmente que el civil. Napoleon se enfadó mucho con el cardenal Fesch, y dijo que la ceremonia hecha sin testigos en la capilla de las Tullerías, no tenia ningún valor, que su único objeto fue tranquilizar la conciencia del papa, y que era una perfidia de su tío el cardenal querer suscitarle en aquel momento semejante obstáculo. Convino sin embargo en que asi que no hubiera precisión de guardar el secreto, reuniría el archicanciller Cambaceres algunos obispos para buscar un medio de disolver el vinculo espiritual sin recurrir al papa, de quien nada

podía esperar en el estado en que se hallaban las relaciones del imperio con la iglesia romana.

Napoleon se ocupó en seguida de la princesa que llamaría a reemplazar á Josefina en el trono de Francia, y sobre ello tomó por único confidente á Mr. de Champagny, lo mismo que había tomado al príncipe de Cambaceres por único confidente respecto á las cuestiones de fórmula. Era preciso que el nuevo casamiento, dándole un heredero, y sirviéndole así á su política de fundador de imperio, sirviese también á su política exterior, consolidando su sistema de alianzas. Podía escoger esposa ó en las cortes pequeñas ó en las grandes, como hacen los monarcas preponderantes. Buscando sus esposas en las grandes cortes, se refuerzan con la buena voluntad de los estados importantes; pero no por mucho tiempo, según demuestra la experiencia, pues los grandes estados se tienen necesariamente envidia, y los enlaces de familia no son sino treguas á esa misma envidia. Enlazándose con los pequeños, se ligan con más solidez las únicas cortes que pueden serles fieles, porque no teniendo razón para ser envidiosas, les es dado guardar fidelidad cuando está no obstante plenamente satisfecho su interés. De pedir su nueva esposa á una corte secundaria, Napoleon podía hacer una elección sencilla y honrosa, cual era la de la hija del rey de Sajonia, el príncipe alemán que le era más adicto, que más le debía, y que más merecedor era de aprecio. La princesa era de edad madura, de buena constitución y de respetables costumbres: era, pues, ese enlace fácil y seguro en todos conceptos, aunque se presentase como poco brillante.

De dirigir sus miradas hácia las cortes principales, Napoleon no podía elegir sino entre Austria y Rusia. Nada más noble, nada se acercaba tanto ó lo que se llama legitimidad, como una alianza con el Austria, y esta alianza era posible, pues los representantes de la corte de Viena habían insinuado de cien modos que aquella corte tendría muy á bien unirse á Napoleon; ¡pero eran tan recientes los odios! Acababan de degollarse, y si se abrazaban, si se enlazaban tan pronto después de las batallas de Essling y Wagram, ¿no sería esto una inconsecuencia chocante para el buen sentido de los pueblos? Por otra parte (y esta era la razón principal), era renunciar á la alianza rusa que desde lo de Tilsit constituía el fundamento de la política imperial. Hacía más de seis meses que Napoleon tenía más de un motivo para mirar con frialdad á Alejandro, especialmente por lo mal que le había ayudado en la última guerra; pero todavía consideraba la alianza rusa como la principal, como la que le bastaba para tener el continente sujeto y á la Inglaterra aislada, suponiendo que por lo fría no produjese sino la neutralidad. Quería, pues, conservarla, sin dejar por eso de decir al emperador Alejandro, como lo había hecho en las últimas comunicaciones, en qué tenía motivo para estar contento ó descontento de él.

Un matrimonio con la corte de Rusia estaba naturalmente indicado por todo cuanto había pasado antes, pues Napoleon habló en Erfurt al emperador Alejandro de que sería posible se casase con una princesa rusa, con la gran duquesa Ana que permanecía soltera, y el czar se mostró por lo que hace á él, enteramente dispuesto á consen-

tir en ello, dando á entender que solo preveía dificultades por parte de su madre, princesa digna de respeto, pero orgullosa y llena de las preocupaciones de la aristocracia europea. Dicha princesa se apresuró á entazar á la gran duquesa Catalina, princesa notable por su hermosura, su talento y su caracter, y de edad á propósito para casarse, con un simple duque de Oldenburgo, á fin de evitar una petición que preveía y temía. Era, pues, de recelar no estuviere dispuesta en manera alguna á dar su segunda hija á Napoleon, cuando no habia vacilado en precipitar el casamiento de la primera por evitar un enlace contrario á sus sentimientos personales. Alejandro, no obstante, prometió su mediacion y casi el éxito, aunque sin comprometerse á ello, porque estaba resuelto á no violentar á su madre; y con esto, segun hemos dicho en su lugar, se separaron encantados el uno del otro. Despues de estas conferencias, era imposible pensar en otro enlace sin romper la alianza, y esto es lo que no queria Napoleon. Por otra parte, esperaba que semejante matrimonio volveria á la alianza rusa todo el calor que habia perdido, y toda la influencia que aguardaba en Europa.

En su consecuencia mandó á Mr. de Champagny dirigiese á San Petersburgo un despacho en cifra que escribiría de su puño y letra, que Mr. de Caulaincourt por su parte descifraría él mismo, que sería un secreto para todo el mundo, hasta para Mr. de Romanzoff, y del que solo tendria conocimiento el emperador Alejandro en persona. En ese despacho de fecha 22 de noviembre (1), decía Mr. de Champagny:

(1) Hablo, como se comprende, con arreglo á los mis-

«En Erfurt llegaron á oídos del emperador Alejandro voces de divorcio, y habló de ello al emperador, diciéndole estaba á su disposicion su hermana la princesa Ana. S. M. quiere que abordeis la cuestion franca y sencillamente con el emperador Alejandro á quien hablareis en estos términos:

«Señor, tengo motivos para pensar que instado mi emperador por toda la Francia, se dispone á divorciarse. ¿Puedo decir que no hay dificultad en contar con vuestra hermana? Piense en ello dos dias V. M., y deme una contestacion franca, no como al embajador de Francia, sino como á una persona que quiere con pasion á las dos familias. No os hago una petición formal, sino solicito me manifesteis vuestros intentos, aventurando, señor, este paso porque estoy muy acostumbrado á decir á V. M. lo que pienso, sin temor de comprometerme jamás.

«No hablareis de esto á Mr. de Romanzoff bajo ningun pretesto, y cuando hayais tenido esta conversacion con el emperador Alejandro, y la que debe haber al cabo de dos dias, olvidareis enteramente la comunicacion que os hago. No os quedará ya entonces otra cosa que hacer sino darme á conocer las cualidades de la princesa, y sobre todo la época en que podrá hallarse en estado de ser madre, porque en los cálculos actuales constitu-

mos originales, desconocidos hasta ahora. Nada tan curioso ni que haya sido mas desfigurado en las narraciones públicas, como lo concerniente al divorcio y al matrimonio de Napoleon. Escribo segun lo que de sí arroja la correspondencia secreta, y lo que dicen las memorias inéditas del principe de Cambaceres y de la reina Hortensia.

yen un objeto seis meses de diferencia. No necesito encargar á V. E. el secreto mas inviolable, porque sabe lo que debe al emperador tocante á este punto.»

Enviados estos despachos y dispuesto todo para atraer la disolucion del matrimonio con la emperatriz Josefina, y la formacion de un nuevo enlace con una princesa rusa, Napoleon aguardaba con impaciencia la llegada del príncipe Eugenio para decirselo todo á Josefina, cuando se le escapó á pesar suyo el temible secreto. Como cada dia estaba la infeliz mas triste, agitada é importuna con sus quejas, cansado Napoleon, acordó sus reconvencciones, diciéndole era preciso pensar en otros vinculos que los que los unian; que la salvacion del imperio exigia al fin una gran resolucion de su parte, y que contaba con su valor y adhesion para consentir en un divorcio, al cual le era muy difícil resolverse él mismo. Apenas pronuncio estas palabras terribles, se deshizo en lágrimas Josefina, y cayó casi desmayada. El emperador llamó al momento á Mr. de Beausset, chambelan que estaba de servicio, le dijo que le ayudara á levantar á la emperatriz que habia sido atacada de violentas convulsiones, y sosteniéndola ambos en sus brazos la trasladaron á sus aposentos.

Avisóse á la reina Hortensia, la cual corrió en busca del emperador, encontrándole conmovido á la par que irritado de los obstaculos que se oponian á sus designios. Este le dijo bruscamente, casi con dureza, que habia tomado su partido, y que con lagrimas y gritos no se le haria variar de una resolucion inevitable para la salvacion del imperio. Mostrábase duro como para contener los

llantos que conocia no podia ver sin perder la energia. La reina Hortensia, cuyo orgullo se resintió en aquel momento por ella y por su madre, se apresuró á responder al emperador que no oiria lloros ni lamentos, que la emperatriz no dejaria de someterse á sus deseos, y bajar del trono como habia subido, por su voluntad; y que sus hijos, satisfechos con renunciar á grandezas que no les habian dado la dicha, consagrarían de buen grado su vida á consolar á la mejor y mas tierna de las madres. La desgraciada esposa del rey Luis tenia muchos motivos para hablar así; pero al oirla Napoleon, pasando al instante de la dureza que fingia á la emocion verdadera que sentia en el fondo de su corazon, rompió tambien á llorar, y manifestó á su hija adoptiva todo el dolor que experimentaba, toda la violencia que tenia que hacerse para tomar el partido que habia tomado, toda la gravedad de los motivos que le decidian á obrar de esta suerte, y le suplicó que no le dejase, que permaneciese á su lado con el príncipe Eugenio, para ayudarle á consolar á su madre, á hacer que tuviese calma, resignacion, hasta que fuese feliz, convirtiéndose en amiga, de esposa que ya no podia ser.

Napoleon contó entonces cuanto queria hacer por ella, á fin de disimularle hasta donde fuese posible el cambio de situacion que iba á seguirse á ese penoso divorcio. Palacios, quintas, magnificas rentas, el primer rango en la corte despues del de la emperatriz reinante, todo esto por poco que fuese bajo del trono, era algo, no obstante, para la inconstancia y trivialidad de espíritu de Josefina. La reina Hortensia, que queria con ternura á su ma-

dre, corrió á su lado para tratar de consolarla, ó á lo menos atenuar su pena, y vió correr abundantes lágrimas; lágrimas que también vertió ella; pero sin embargo, Josefina se mostró mas tranquila los siguientes días. Aguardaba á su hijo, y mientras no llegaba, mientras no intervenia un acto solemne entre ella y su esposo, tenía esperanza aun. Napoleón, por lo demás, la colmaba de atenciones ahora que estaba revelado el terrible secreto, hasta el extremo de hacerla forjarse ilusiones.

Entretanto el rumor de la pena de Josefina oído por la servidumbre de palacio, resonó bien pronto en las Tullerías, y de las Tullerías pasó á París. Por otra parte, el júbilo de la familia Bonaparte, que siempre había tenido envidia á la familia Beauharnais, se manifestaba por medio de indiscreciones involuntarias que eran suficientes á revelar todo lo que había. Ya también una corte ingrata y curiosa, anticipándose á las voces del público, olvidaba á la emperatriz destronada, para no ocuparse sino de la emperatriz futura, y buscarla por todos los tronos de Europa. Napoleón quería poner término á una situación tan penosa como falsa, y solo aguardaba para ello la llegada del príncipe Eugenio.

Este príncipe excelente llegó á París el 9 de diciembre, y su hermana, que salió á recibirle, se arrojó en sus brazos, anunciándole la triste suerte de su madre. Hasta entonces había estado en la incertidumbre, y en lugar de preveer una desgracia se le indujo un momento á esperar el colmo de las grandezas, pues la princesa augusta, su esposa, le dijo se le llamaba quizá para declararle heredero del imperio. Los triunfos que alcanzó en la última

guerra contribuyeron á proporcionarle esa corta ilusión. Por lo demás, ese príncipe, moderado en sus deseos, al saber el motivo por que se le llamaba á París, se afligió principalmente por su esposa, pues era evidente que si Napoleón tenía un hijo por sucesor, no reduciría la herencia de este hijo, ni separaría de esa herencia el reino de Italia. Era preciso, pues, renunciar no solo al trono de Francia, al cual no había aspirado después de todo, sino al de Italia, que parecía estaba destinado á conservar como patrimonio por el largo tiempo que lo había poseído.

Se trasladó, no obstante, á la cámara del emperador, resignado á todo, y sufriendo por sus deudos mas que por sí propio. Napoleón, que le quería, le estrechó en sus brazos, le esplicó sus motivos, le demostró la imposibilidad que había de que él, Beauharnais, reinase sobre los Bonaparte, tan difíciles de someter, y le trazó sus proyectos para conservar á los Beauharnais una existencia adecuada á las grandezas que habían disfrutado por espacio de algunos años. En seguida llevó á Josefina sus dos hijos. La entrevista fué larga y dolorosa. «Es preciso que nuestra madre se aleje, repetía Eugenio, como ya lo había dicho la reina Hortensia, es preciso que nosotros nos alejemos con ella, y que todos juntos vayamos á espiar en el retiro una grandeza efímera, que ha turbado nuestra existencia mas bien que embellecido la.» Napoleón, conmovido, trastornado, llorando como ellos, les dijo que al contrario, era preciso permanecer á su lado con su madre, en todo el esplendor en que quería mantenerlos, pero que quedara bien sentado que Josefina no había sido re-

pudiada ni caído en desgracia, sino sacrificándose a una necesidad de Estado, recompensándole su noble sacrificio con la grandeza de sus hijos y la tierna amistad del que había sido su esposo.

Después de muchas exageraciones, porque la exageracion calma la pena lo mismo que el llanto, los hijos de Josefina, colmados de muestras de cariño por Napoleon, experimentaron un alivio que pasó al corazón de su madre. Un poco de tranquilidad sucedió a aquellas violentas agitaciones, pero dejaron en el noble rostro de Napoleon huellas profundas que llamaron la atención á los que no le creían capaz de concebir en su imperiosa alma sino resoluciones fuertes y ningún afecto tierno. Hecho el sacrificio, era menester que fuese irrevocable: escogióse, pues, el 15 de diciembre para consumar la disolución del vínculo civil, con arreglo á las formalidades adoptadas por Napoleón y el archicanciller Cambaceres.

El 15 por la tarde se reunió toda la familia imperial en la cámara de Emperadores, concurriendo á aquel acto además de la emperatriz madre, el rey y la reina de Holanda, el rey y la reina de Nápoles, el rey y la reina de Westfalia y la princesa Borghese, el archicanciller Cambaceres y el conde Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, estos dos últimos desempeñando las funciones de oficiales del estado civil por la familia imperial. Napoleon, en pie, teniendo de la mano á Josefina que estaba anegada en llanto, y agolpándosele á los ojos las lágrimas á él también, leyó el discurso siguiente:

«Primo mío el príncipe archicanciller, os he dirigido una carta cerrada con fecha de hoy, mandándoos venir á mi cámara á fin de daros á conocer la

resolucion que hemos tomado yo y la emperatriz mi muy cara esposa. Mucho me alegro que los reyes, reinas y princesas, mis hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, mi hija política y mi hijo político, á quien he adoptado por hijo, así como mi madre, estén presentes á lo que voy á hacerlos saber.

«La política de mi monarquía, el interés y la necesidad de mis pueblos, que constantemente han guiado mis acciones, exigen que muerto yo deje á hijos, herederos del amor que profesó á mis pueblos, este trono en que me ha colocado la Providencia. Sin embargo, hace algunos años que he perdido la esperanza de tener hijos de mi matrimonio con mi muy cara esposa la emperatriz Josefina; y esto me obliga á sacrificar los afectos mas dulces de mi corazón, á no consultar sino el bien del Estado, y á querer se disuelva nuestro matrimonio.

«Teniendo cuarenta años de edad, puedo concebir la esperanza de vivir lo bastante para educar segun mis ideas y sentimientos á los hijos que la Providencia tenga á bien darme. Dios sabe cuánto ha costado á mi alma semejante resolucion; pero no hay sacrificio á que no se sobreponga mi ánimo cuando está demostrado que será útil al bien de la Francia.

«Necesito añadir que lejos de haber tenido nunca que quejarme, no tengo al contrario sino motivos por que felicitar me del cariño y la ternura de mi muy cara esposa. Ella ha embellecido mi vida por espacio de quince años, y su recuerdo permanecerá siempre grabado en mi corazón. Ella fué coronada por mi mano, y quiero que conserve el rango y el título de emperatriz; pero sobre todo

que jamás dude de mis sentimientos, y me tenga siempre por su mejor y mas caro amigo.»

Cuando dejó de hablar Napoleón, Josefina, que tenía un papel en la mano, trató de leerlo; pero los sollozos ahogaban su voz, y lo entregó á Mr. de Regnaud, quien leyó las palabras siguientes:

«Con permiso de mi augusto y caro esposo, debo declarar que no conservando esperanza alguna de tener hijos que puedan satisfacer las necesidades de su política, y el interés de la Francia, me complazco en darte la mayor prueba de cariño y de adhesión que se ha dado en el mundo. Todo lo debo á sus bondades; su mano me ha coronado, y sentada en ese trono no he recibido del pueblo francés sino muestras de afecto y amor.

«Creo dar una prueba de gratitud á estos sentimientos, consintiendo en la disolución de un matrimonio que de hoy mas es un obstáculo para el bien de la Francia, y que la priva de ser gobernada algun dia por los descendientes de un gran hombre, tan evidentemente suscitado por la Providencia para borrar los males de una revolucion terrible, y restablecer la religion, el trono y el órden social. Empero la disolución de mi matrimonio no hará variar los sentimientos de mi corazón, y siempre seré para el emperador su mejor amiga. Sé cuanto ha alligido su alma este acto, que exigen la política é intereses de cuantia, pero uno y otro nos gloriamos del sacrificio que hacemos en aras de la patria.»

Después de estas palabras, las mas bellas que se pronunciaron en aquella circunstancia, porque preciso es decir que nunca han presidido á un ac-

to de este género menos pasiones vulgares; el archicanciller Cambaceres estendió un acta con las dos declaraciones, y abrazando Napoleón á Josefina la condujo á sus aposentos, donde la dejó casi desmayada en brazos de sus hijos. Inmediatamente se trasladó á la sala del consejo, pues con arreglo á las constituciones del imperio estaba reunido un consejo privado para redactar el senado-consulta que debia pronunciar la disolución del matrimonio de Napoleón con Josefina. Redactado el senado-consulta, habia que pasarlo al Senado al dia siguiente.

Pasó, en efecto, y el alto cuerpo convocado por órden del emperador, se reunió para recibir la declaración de los dos augustos esposos, y determinar sobre su resolución. Empezó la sesión por admitir como senador al principe Eugenio, quien habia sido nombrado cuando partió para Italia, y aun no habia tomado asiento. Con motivo del nuevo senado-consulta, pronunció algunas palabras dignas y sencillas que le habian preparado. «Mi madre, mi hermana y yo, dijo, todo lo debemos al emperador. Ha sido para nosotros un verdadero padre, y en todo tiempo encontrará en nosotros unos hijos adictos, unos súbditos sumisos.

«Importa á la dicha de Francia que el fundador de esta cuarta dinastía envejezca rodeado de una descendencia directa, que á todos nos sirva de garantía, como prenda de gloria para la patria. ®

«Cuando mi madre fué coronada ante toda la nación por su augusto esposo, contrajo la obligación de sacrificar todas sus afecciones á los intereses de la Francia, y ha cumplido con este deber animosa, noble y dignamente. Muchas veces se ha

enternecido su alma al ver entregado á penosos combates el corazón de un hombre que está acostumbrado á dominar la suerte, y á caminar siempre con pie firme á la realización de sus grandes desigios. Las lágrimas que ha costado al emperador esta resolución bastan á la gloria de mi madre. En la situación á que va á pasar, no mirará como una estraña las nuevas prosperidades que nos aguardan, y al contrario, verá con satisfacción mezclada de orgullo todo cuanto redunde, gracias á sus sacrificios, en bien de su patria y del emperador.»

Sin levantar la sesion fué aprobado el senado-consulta, el cual declaraba disuelto el matrimonio contraido entre el emperador Napoleon y la emperatriz Josefina, mantenía á esta en el rango de emperatriz coronada, le señalaba una renta de dos millones, y hacía obligatorias para los sucesores de Napoleon las disposiciones que adoptase en su favor sobre la lista civil. Estas disposiciones fueron el regalo de una pensión anual de un millón pagada por la lista civil, aparte de los dos millones satisfechos por el tesoro del Estado, y la cesion en propiedad de los sitios reales de Navarra y de la Malmaison, y de una multitud de objetos preciosos.

Al día siguiente, 17 de diciembre, se insertaron en el *Monitor* todos los documentos, y el público supo la disolucion del matrimonio, conmoviéndose con la suerte de Josefina, quien era querida por su bondad, y aun por sus faltas, adecuadas al carácter de la nacion. Sin embargo, despues de concederse á su desgracia un momento de interés, no se pensó ya sino en adivinar quién la reemplazaria,

dividiéndose la opinion entre una princesa rusa y una princesa austriaca; pero generalmente se creía mas en el enlace con una princesa rusa, fundándose, lo mismo que Napoleon, en el motivo de la alianza con Rusia. En cuanto á la desgraciada Josefina, se retiró á la Malmaison, donde vivía rodeada de sus hijos, que procuraban consolarla, sin conseguirlo mucho. Napoleon fué á verla á la mañana siguiente, y siguió visitándola cada día. Por lo demas, creyó que debía envolverse en una especie de luto, y dejando á los ilustres huéspedes que habian venido á su corte, se retiró á Trianon, para cazar allí, trabajar y esperar el resultado de la negociaciones principiadas.

El 17 (día en que se insertó en el *Monitor* el senado-consulta), se enviaron nuevos despachos á San Petersburgo, á fin de instar á la corte de Rusia á que contestase al momento con sí ó con no. Decláse en ellos serian aceptadas todas las condiciones, hasta las relativas á la religion, y solo podia haber obstaculo en la edad y la salud de la princesa, pues se queria un heredero antes que nada, pero que si podia esperarse de su edad y el estado de su salud que tendria hijos, y si consentía su familia en el enlace propuesto, era preciso llegase la contestacion sin demora, y que inmediatamente se celebrase la alianza deseada, porque la Francia no debía permanecer mas tiempo en la incertidumbre.

El archicanciller Cambaceres recibió encargo de proseguir la disolucion del vínculo espiritual, á fin de desvanecer los escrúpulos de las cortes donde se profesara la religion católica, si se solicitaba una princesa de esta religion. Respecto al

vínculo espiritual, así como para el civil, la anulacion del matrimonio, fundada en una razon de fórmula ó de gran interés público, se prefirió al divorcio ordinario, como mas honroso para Josefina, y mas conforme con las ideas religiosas que dominaban. Prevaleció igualmente la resolucion de prescindir de la intervencion del papa, y el archicanciller Cambaceres, muy esperto en estas materias, y en general en todas las que exigian conocimientos, prudencia y gran fertilidad de recursos, reunió una comision de siete obispos á los cuales sometió el caso de que se trataba. Esos obispos eran el de Montefiascone (cardenal Maury) el de Parma, el arzobispo de Tours, y los obispos de Verceil, Evreux, Treves y Nantes. Estos sabios prelados, despues de un examen profundo, reconocieron que si para disolver un matrimonio regular por un gran interés de Estado, la única autoridad competente era el papa, bastaba para un matrimonio irregular como el de que se trataba, la autoridad de la curia eclesiástica diocesana. Ahora bien, la ceremonia oculta que se celebró en una capilla de las Tullerías sin testigos (4) y sin consentimiento bastante de los contrayentes, no

(4) Por una indicacion falsa de una Memoria contemporánea y manuscrita dije en el tomo 5.<sup>o</sup>, página 375, que Mrs. de Talleyrand y Berthier asistieron como testigos al matrimonio religioso celebrado en secreto en las Tullerías la vispera de la consagracion. El autor de esa Memoria oyó los hechos de boca de la emperatriz Josefina, y cometió un error. El examen de documentos oficiales que no he podido proporcionarme sino mas tarde me proporciona la ocasion de rectificar ese error que por lo demas solo tiene importancia puramente bajo el aspecto de la forma.

podia constituir un matrimonio regular, dijera lo que dijera el cardenal Fesch. Era preciso, pues, proseguir la anulacion por falta de fórmula ante la curia eclesiástica diocesana en primera instancia, y en seguida ante la autoridad metropolitana.

Consiguiente á este dictámen, se instruyó en secreto un espediente canónico á peticion del archicanciller, como representante de la familia imperial, para lograr la anulacion del matrimonio religioso que existia entre el emperador Napoleon y la emperatriz Josefina. Hubo que oír testigos, siéndolo el cardenal Fesch, y Mrs. de Talleyrand, Berthier y Duroc, el primero sobre la fórmula que se observó, y los otros tres sobre la indole del consentimiento dado por las partes. El cardenal Fesch declaró habia hecho que el papa le dispensara la no observancia de ciertas fórmulas en el desempeño de sus funciones de limosnero mayor, lo cual justificaba, segun él, la falta de testigos y de cura. En cuanto al título, afirmó que existia, y con esto hizo fuese inútil la precaucion que se habia tenido de recoger á Josefina la partida de casamiento, que le facilitó el cardenal Fesch, y que sus hijos lograron de ella con mucho trabajo. Mrs. de Talleyrand, Berthier y Duroc afirmaron que Napoleon les habia dicho repetidas veces no quiso consentir sino en una pura ceremonia para tranquilizar la conciencia de Josefina y la del papa, pero que en todas épocas habia sido su intencion formal no completar su enlace con la emperatriz, por tener la desgraciada certeza de verse obligado bien pronto á renunciar á ella en interés de su imperio. En esas declara-

ciones se referían pormenores circunstanciados que no daban lugar a duda alguna sobre este punto.

La autoridad eclesiástica, examinados los hechos, reconoció que no había consentimiento suficiente; pero por respeto á las partes, no quiso apoyarse especialmente en esta nulidad, y se fijó en otras tan importantes como ella, las cuales provenían de no haber habido testigos ni *sacerdote propio*, es decir, el cura de la parroquia (único ministro acreditado por el culto católico para dar carácter de autenticidad al matrimonio religioso). Declaró que las dispensas concedidas al cardenal Fesch como limosnero mayor, de un modo general, no pudieron conferirle las funciones curiales, y que por lo tanto el matrimonio era nulo por falta de las fórmulas mas esenciales. En su consecuencia el matrimonio fué anulado ante las dos jurisdicciones diocesana y metropolitana, es decir, en primera y segunda instancia, con el decoro conveniente, y en plena observancia del derecho canónico.

Napoleón era, pues, libre, sin haber recurrido á nada de lo que ha deshonrado en la historia los repudios de princesas, sin haberse valido de la fórmula del divorcio, poco conforme con nuestras costumbres, y con todos los miramientos debidos á la esposa infortunada que había compartido y hermosado tanto tiempo su vida, según él mismo acababa de decirlo. Por lo demás, no se le pedía todos esos escrúpulos, sino que eligiera esposa para saber lo que era preciso pensar del porvenir. También él aguardaba para conocerlo la contestación de San Petersburgo, y se impacientaba por que no la recibía.

La comunicacion de que se había encargado Mr. de Caulaincourt era delicada y difícil, y aunque el gran favor que disfrutaba para con el emperador Alejandro se lo facilitaba todo, no eran, sin embargo las circunstancias á propósito para salir bien, pues la última guerra había alterado mucho la alianza entre las dos cortes. En primer lugar, si las cosas auduvieron mejor aquel año en Finlandia, si una revolucion que daremos á conocer mas tarde había derribado del trono al rey de Suecia, produciendo la paz y la cesion á Rusia de la Finlandia, los sucesos ocurridos en Oriente no eran tan favorables á la ambicion rusa, y desde que se dió al emperador Alejandro libertad absoluta con respecto á Turquía, casi no había hecho progreso alguno en el Danubio, de manera que aun no había conquistado de los turcos la Moldavia y la Valaquia, aunque Napoleon las concedió. No estaban, pues, muy satisfechos en San Petersburgo de la alianza francesa, bien que la culpa la tenían ellos, y no esa alianza que todo lo había otorgado. En segundo lugar, Napoleon, disgustado del poco auxilio que había recibido de su aliado le trató con alguna indiferencia durante la campaña, no le escribió hasta despues que ésta terminó, y había empleado una altanería singular, aunque sin quejarse, en ponderar la ineficacia de los auxilios rusos.

Alejandro, obligado á confesar la insuficiencia de su gobierno, ó su mala voluntad, prefirió mucho mejor lo primero, mas se resintió en extremo su amor propio. «¿Qué se quería que hiciese? repetía á cada momento. Mis asuntos en Finlandia y en Turquía no han sido manejados mejor

que los del emperador Napoleon en Polonia. ¿Podia yo hacer por él mas que lo que he hecho en favor mio? Y alegaba para disculparse de los pocos servicios que habia prestado á Napoleon, las distancias, las estaciones y la inferioridad del modo de gobernar de los rusos que no presentaba ni en personal ni en material los recursos que la administracion francesa. Empero lo que mas habia ofendido al emperador Alejandro eran las condiciones de la paz ajustada con el Austria, y el aumento de cerca de dos millones de súbditos concedido al gran ducado de Varsovia. En ello vió, y lo mismo ó mas les sucedió á todos en San Petersburgo, un presagio seguro del restablecimiento inmediato de la Polonia, y por espacio de quince dias oyéronse en la corte de Rusia fuertes gritos contra Francia, hasta tal punto que apenas se atrevia Mr. de Caulaincourt á presentarse en ella. El regalo de cuatrocientos mil súbditos que en la partija se adjudicó á la Rusia, se miró allí únicamente como una añagaza, destinada á encubrir el restablecimiento de la Polonia, restablecimiento que los que se oponian á él hasta daban por completamente realizado por medio de la reunion de la Galicia al gran ducado de Varsovia. Alejandro, en quien mas mella hacian las sospechas de los que le rodeaban que las suyas propias, no cesaba de quejarse desde el último tratado de Viena, y pedir garantías contra el fatal porvenir que le dejaban entreveer.

Entregósele una carta muy consoladora de Napoleon, carta que enseñó en confianza á los principales personajes de la corte de Rusia; pero como le dijese que las declaraciones que en ella se contenian no eran mas que palabras, se vió obli-

gado á pedir una manifestacion *de oficio* (espresion testual). Consintióse en hacérsela; y Mr. de Caulaincourt, despues de vivas instancias por parte suya, fué autorizado de un modo general á celebrar un convenio relativo á la Polonia, consintiendo en firmar uno que debia ser en lo sucesivo sumamente embarazoso para Napoleon. Decíase en ese convenio que jamás seria restablecido el reino de Polonia; que desaparecerian de todas las actas, y no volverian á usarselos nombres de Polonia y polacos; que no podria ensancharse mas tarde el gran ducado agregándole ninguna porcion de las antiguas provincias de Polonia; que serian abolidas las órdenes de caballeria polaca, y en fin, que todos estos compromisos estaria obligado á cumplirlos el rey de Sajonia, gran duque de Varsovia, lo mismo que Napoleon (1). Este extraño convenio que esponia á Napoleon á hacer un papel tan singular á los ojos de los polacos, no se le pudo negar al emperador Alejandro, quien rogó una y otra vez se ajustase, mostrándose al parecer decidido á quebrantar la alianza si no se ratificaba.

En esta situacion de cosas, poco antes de haberse estendido definitivamente el convenio arriba citado, y cuando aun se debatía los términos en que debia estenderse, llegó la peticion que Mr. de Caulaincourt estaba encargado de hacer á la corte de Rusia. Habiendo recibido en la noche del 8 de diciembre el primer correo de Paris, no pudo ver

(1) Estos hechos tan importantes y decisivos en la cuestion del matrimonio, no se han conocido hasta hoy, y los esponemos tomándolos de la correspondencia auténtica de Mr. de Caulaincourt con Napoleon.

inmediatamente al emperador Alejandro por no hallarse en San Petersburgo, pero obtuvo una audiencia á su vuelta, y le hizo directamente la proposicion de que tenia encargo (1). Algo sorprendido el emperador Alejandro, no nego la especie de compromiso que contrajo en Erfurt, compromiso que, sin responder del éxito, le obligaba á hacer un esfuerzo para con su madre, á fin de obtener la mano de la gran duquesa Ana. Manifestó deseos y hasta grandes esperanzas de lograrlo, pero quiso tomarse tiempo y libertad para obrar como le pareciera conveniente á fin de conseguir sus intentos. Ora procediese con sincéridad en los miramientos que demostraba tener á su madre, ora fuese un medio para prepararse en caso necesario á una negativa, dijo que no hablaria en nombre del emperador Napoleon, sino en nombre suyo, que se presentaria no como mediador de una peticion ya hecha, sino de una peticion posible, hasta probable, y que trataria de obtener el consentimiento de su madre, alegando el interés de su política mas bien que la intencion de satisfacer un deseo espresado por el emperador de los franceses. Despues de colmar á Mr. de Caulaincourt de muestras de atencion que debia transmitir á Napoleon, aplazó su respuesta, prometiendo darla tan pronto como fuese posible.

Poco verosímil era que el emperador Alejandro, quien queria á su madre, asi como ella á él,

(1) Casi todas las cartas relativas al matrimonio han sido destruidas; pero con todo quedan bastantes fragmentos, y en la correspondencia de Napoleon hay suficientes medios de restablecer los hechos.

aunque existia entre los dos cierta envidia de autoridad, formase un misterio de un suceso tan importante para la familia imperial. Lo probable es que deseaba en caso de que no conviniera el enlace de familia con Napoleon, no se comprometiera tanto el amor propio de las dos córtes, achacando á su madre habia desairado al emperador Alejandro, y no al emperador Napoleon, que no habia figurado en la negociacion. Lo probable es sobre todo que queria reservarse mas libertad, á fin de hacerse pagar á muy alto precio su consentimiento, precio que no era otro sino el indicado arriba, el convenio relativo á Polonia.

Mr. de Caulaincourt escribió, pues, á Paris el 28 de diciembre, que su proposicion habia sido acogida perfectamente, y que todo hacia creer tendria buen éxito, pero que era preciso sumo miramiento y un poco de paciencia. Acosado por los correos de Mr. de Champagny que no cesaban de llegar, usó de la latitud que se le habia dado, y participó á la corte de Rusia se aceptarían todas las condiciones, hasta las que se desprendiesen de la diferencia de religion. Vió otra vez al emperador, quien le pareció satisfecho del resultado de sus primeros pasos, y dió como cosa casi segura el consentimiento de su madre, como absolutamente cierto el de su hermana la gran duquesa Catalina, y como muy proximo el consentimiento general y oficial de toda la familia imperial. No obstante, el emperador Alejandro pidió algunos dias mas para esplicarse de una manera definitiva.

Era evidente que el emperador Alejandro iba á acabar por consentir, puesto que daba como adquirido el consentimiento de su madre y de su

hermana, único en que estribaba la dificultad; era evidente que no se atrevería á dar por cuenta propia una negativa, que ofendiendo el orgullo tan sensible de Napoleón, atraería el rompimiento de la alianza, un cambio total de política, la pérdida de sus mas caras esperanzas con respecto á Oriente, y en fin, una alianza alarmante de la Francia con el Austria. La repugnancia enteramente aristocrática que pudiera causar el enlace con una dinastía novel, atenuada además muchísimo con la gloria incomparable de Napoleón, no valía seguramente el que se sacrificase á ella los intereses mas grandes del imperio. No había, pues, la menor duda en cuanto al consentimiento definitivo, pero el convenio relativo á Polonia era el motivo manifiesto que contenía aun á Alejandro. Habíase conseguido, obviando todo género de dificultades, ponerse de acuerdo sobre el convenio, pero aquel príncipe no quería comprometerse, por lo que hace al casamiento, hasta no tener en sus manos el precio esencial del enlace, es decir, la ratificación del convenio que le libraría del peligro de ver levantarse en sus fronteras un reino de Polonia. Al principio había pedido diez días, y luego pidió otros diez, ofreciendo se explicaría para después de mediados de enero, cuando el primer paso se dió á mediados de diciembre.

Napoleón, que escribió el 22 de noviembre contaba con la respuesta para fines de diciembre ó principios de enero (los correos empleaban entonces doce ó catorce días para ir desde París á San Petersburgo), tenía mucha impaciencia por saber á qué atenerse, y ya estaba algo ofendido de la lentitud que se desplegaba en explicarse

con él. Considerábase como superior á todos los príncipes de su tiempo, no solo por el genio, lo cual no admitía duda, sino por la situación en que ese genio le había colocado, y creía debía aceptarse su mano así que él consintiese en ofrecerla; de suerte que todos esos miramientos con una princesa anciana que en realidad dependía de Alejandro, predispusieron su ánimo bastante mal. Una circunstancia contribuyó mas que nada á mirar por el lado peor la vacilación verdadera ó calculada de Rusia, cual era el afán que manifestaban las demás córtes con quienes podía enlazarse.

La casa de Sajonia, por supuesto, no pedía otra cosa. El anciano rey de Sajonia, parecía que no hacía un sacrificio á su política, sino que obraba por un impulso del corazón, consintiendo en dar su hija, princesa de edad algo avanzada ya, pero perfectamente educada, y de una constitución que infundía esperanzas de una posteridad pronta y sana. Efectivamente, el espresado monarca profesaba á Napoleón un verdadero cariño.

No menos favorables eran las demostraciones por parte del Austria, pues habiéndose entablado comunicaciones indirectas con dicha corte, se supo tenía vivísimos deseos de contrar alianza con Napoleón. El príncipe de Schwarzenberg, trasladado de la embajada de San Petersburgo á la de París, acababa de llegar á Francia, y manifestó á su llegada el sentimiento que le causaba representar á una corte vencida, que iba á serlo mucho mas si se estrechaba la alianza de Francia con Rusia. Esta alianza fué la que hizo se frustrara la

última empresa del Austria, y de continuar iba á mantenerla en estado de completa nulidad, y á entregarla acaso á un porvenir desconocido. Un matrimonio con Francia, si no devolvía al Austria una situación muy fuerte, á lo menos haría que cesara la alianza de Francia con Rusia, aseguraría por otra parte la paz que tanto había menester, y disiparía los temores mas ó menos fundados que los sucesos de Bayona inspiraron á todas las dinastías antiguas. Así todos los negociadores austriacos, tanto civiles como militares, habían hecho, tocante á esto, insinuaciones que no fueron acogidas por Napoleón, enteramente entregado entonces á la idea de un matrimonio ruso, pero que quedaron impresas en su memoria.

Nombrado Mr. de Metternich primer ministro en lugar de Mr. de Stadion, familiarizado en París con los príncipes y princesas de origen reciente, y no abrigando contra ellos ninguna de las preocupaciones de las cortes antiguas, quería como es natural, inaugurar su ministerio por medio de un matrimonio de tamaña consecuencia política, é informado el príncipe de Schwarzenberg de las disposiciones del primer ministro, deseaba tanto como él el sustituir el Austria á la Rusia en la nueva intimidación que se creía iba á dominar la Europa. Empero así que llegó á París, vió con pena se acercaba, se halagaba al príncipe de Kourakin, como el representante de la corte con quien iba á contraerse matrimonio, y que su situación, molesta ya de resultas de la última guerra, iba á serlo mucho mas á consecuencia del enlace que se preparaba.

Enteróse nuestro gobierno de estas disposicio-

nes por el secretario de la legación austriaca Mr. de Floret, el cual habló de ello á Mr. de Semonville, y éste, mezclándose en todo mas de lo que podía, repitió á Mr. Maret lo que había sabido por Mr. de Floret. Teníamos además á mano un francés muy relacionado con Mr. de Schwarzenberg, cual era Mr. de Laborde, hijo del célebre banquero del siglo XVIII, establecido en Austria mientras duró la revolución, y recién vuelto á Francia. Mr. de Champagny conocía mucho á Mr. de Laborde, y le empleó en aquella circunstancia para conseguir penetrar exactamente las disposiciones del Austria. El príncipe de Schwarzenberg participó á Mr. de Laborde sus inquietudes, sus disgustos, y lo que sentía desempeñar en París una comisión que cada vez iba haciéndose mas ingrata, sobre todo, siendo una cosa segura, segun las apariencias, el matrimonio con una princesa rusa. Mr. de Laborde se apresuró á referir los pormenores á Mr. de Champagny, quien le autorizó á que insinuara que aun no había nada definitivo acerca de la elección de Napoleón, que cuanto decia el público era muy aventurado, y que no era imposible se inclinase bien pronto Napoleón por motivos de política á un enlace austriaco. Estas palabras, repetidas sin carácter oficial, con mucha destreza, como voces recogidas en buenas fuentes, causaron suma satisfacción al príncipe de Schwarzenberg, quien al instante escribió á Viena preguntando como debía acoger la proposición de casamiento, si la suerte de las negociaciones le deparaba la ocasión de que se la hiciesen.

Durante estas negociaciones con la corte de San Petersburgo, y estas comunicaciones secretas

con la de Austria, era general en Paris la creencia de un matrimonio ruso, pero los deseos estaban divididos entre una princesa rusa y una princesa austriaca. La mayor parte de los que rodeaban a Napoleon se formaban una opinion segun su posicion, su vida pasada y sus intereses, pero algunos, en muy corto número, segun su desinteresada prevision. Todos cuantos tenian alguna afinidad con el régimen antiguo, como, por ejemplo, Mr. de Talleyrand, y que veian en el matrimonio austriaco un paso mas hácia atrás, opinaban por una hija del emperador Francisco. Mr. de Talleyrand profesaba ademas invariable inclinacion al Austria contra las potencias del Norte, y tenia relaciones con aquella corte, que muchas veces habian parecido sospechosas á Napoleon. Mr. Maret, á quien trataba Mr. de Talleyrand con sumo desden, estaba á la sazón de acuerdo con él, y parecia que ambos habian convenido en usar el mismo lenguaje; pero Mr. Maret no tenia otra razon para opinar así que haber sido el mediador entre Mrs. de Semonville y de Floret para las primeras confianzas del Austria.

En la familia imperial, todos los Beauharnais se inclinaban en favor de aquella potencia, y sobre una cuestion que no debia provocar de su parte ningun parecer, se apresuraban á formarlo y espresarlo con extraño calor. El motivo verdadero de semejante modo de proceder era el deseo de que hubiese paz duradera en Italia y en Baviera, lo cual interesaba muy mucho al príncipe Eugenio y á su padrastro, pues aunque el príncipe Eugenio no estaba destinado á reinar en Italia si Napoleon tenia un heredero directo, estaba llamado

á gobernar dicho reino en clase de virey mientras viviese Napoleon, esto es, durante veinte ó treinta años (este es el tiempo que entonces se suponía durarian su reinado y su vida), y deseaba no estuviere espuesto, como en la última guerra, á ver á los austriacos en Verona. Josefina, que se desquitaba de su caída desplegando sumo ardor en servir á los intereses de sus hijos, habló sobre esto de un modo indiscreto con Mad. de Metternich que no habia dejado á Paris.

Al contrario, todos los adheridos á la revolucion, todos los que no querian bien el régimen antiguo, todos los que temian el retroceso completo hácia lo pasado, todos los que tenian, por último, alguna prevision militar y política, deseaban un matrimonio con Rusia. La familia de Murat, gobernada principalmente por la reina de Nápoles, recelaba no tardaria en llevar una princesa austriaca á la corte imperial un ceño de que se resentirian los príncipes y princesas de la familia Bonaparte, los cuales no tenian como Napoleon gloria personal que les diera realce. El archicanciller Cambaceres, apegado todavía por gusto y por discrecion á lo fundamental de la revolucion de 1789, y temeroso, como siempre, de las ideas ambiciosas de Napoleon, así como de sus debilidades ocultas bajo su grandeza, participaba del desvio con que los Bonaparte miraban un matrimonio austriaco, que era una especie de alianza con el régimen antiguo. Ademas, su tacto particular para juzgar del espíritu del país, le hacia presentir no produciria ninguna ventaja á Napoleon parecerse en algo á Luis XVI, y su sagacidad política le hacia vislumbrar que la potencia cuya alianza fuese mirada

con desden se convertiria bien pronto en enemiga; que si era el Austria, no habria en ello nada de nuevo ni de temible; y que si era Rusia, la cosa seria mas grave, pues aunque habiamos encontrado camino para ir á Viena, aun no nos habiamos abierto el de San Petersburgo. Empero lo singular es que se necesitaba ya valor para aconsejar á Napoleon el casamiento ruso, porque un instinto secreto les decia á todos que el matrimonio con una archiduquesa era el que mas debia lisonjear el amor propio de un emperador que carecia de legitimidad (usando el lenguaje de los á quienes queria parecerse), y que tenia empeño en adquirirla tambien de otro modo que por la gloria.

Entretanto Napoleon fluctuaba entre las opiniones contrarias. Es verdad que adivinaban sus debilidades ocultas los que creian que la hija de los Césares era la que mas halagaria su vanidad, porque le aproximaria mas á la situacion de un Borbon; pero conocia en su prevision, prevision que no eran poderosas á oscurecer sus debilidades, que si bien se habian portado con valor los ejércitos austriacos en la última guerra, era mucho mas grave indisponerse con Rusia que no permanecer indispuerto con Austria, y que era negocio mas arriesgado la guerra con la una que con la otra. Descaba, pues, el enlace con los Romanoff, aunque no era tan conforme á sus ideas aristocráticas; pero la tardanza que se desplegaba en contestarle, le inspiraba un honor que apenas podia contener, y que le esponia á cada momento á tomar una determinación repentina é imprevista.

En tal estado de incertidumbre, convocó en las Tullerías un consejo privado para oír el dictá-

men de todos, deseando casi, á pesar de lo resuelto que era generalmente, hallar en la opinion ajena razones para decidirse.

El consejo fué convocado de pronto un domingo, 24 de enero, al salir de misa, siendo citados los grandes dignatarios del imperio, de los ministros el de Negocios estrangeros, y el secretario de Estado Mr. Maret que desempeñaba las funciones de secretario del consejo, y en fin, los presidentes del Senado y del Cuerpo legislativo monsieurs Garnier y de Fontanes. Napoleon, grave, impassible, sentado en el sillón imperial, tenia á su derecha al archicanciller Cambaceres, al rey Murat y al príncipe Berthier; y á su izquierda el architesorero Lebrun, el príncipe Eugenio, y á monsieurs de Talleyrand, Garnier y de Fontanes. Mr. Maret cerraba el círculo, sentado al extremo de la mesa frente por frente al emperador.

«Os he reunido, dijo Napoleon, para oír vuestro dictamen sobre el asunto que mas interesa al Estado, sobre la eleccion de la esposa que debe dar herederos al imperio. Escuchad el informe de Mr. de Champagny, y despues tendreis á bien manifestarme vuestra opinion.»

Mr. de Champagny presentó un informe muy razonable en que desenvolvía la cuestion de cuál de los tres enlaces se trataria de escoger, el ruso, el sajón ó el austriaco. Afirmó que los tres eran igualmente hacaderos, pues las tres cortes estaban muy bien dispuestas (aserto algo exagerado en cuanto á Rusia, pero bastante exacto para que pudiera presentarse como tal al consejo). Comparó en seguida las ventajas personales de las tres princesas, diciendo que la sajona era un modelo de vir-

tudes, de edad algo avanzada, pero de una constitucion perfecta; la austriaca tenia diez y ocho años, una constitucion escelente, una educacion digna de su rango, y cualidades tan amables como atractivas; y la rusa era algo jóven, de unos quince años de edad, dotada, segun se decia, de cualidades apetecibles en una soberana, pero de una religion distinta á la de Francia, lo cual produciria mas de una dificultad, sobre todo la de tener en las Tulerias una capilla griega. En cuanto á las ventajas politicas, Mr. de Champagny no vaciló en asegurar que solo las habia en el enlace con la corte de Austria, sobre lo cual habló como embajador que habia sido de Francia en Viena.

Despues de este informe, reinó el mas profundo silencio, porque nadie se atrevia á ser el primero que hablase, y todos esperaban para abrir los labios á que les invitara el emperador. Napoleon se puso entonces á recoger los votos, empezando por la izquierda, es decir, por el lado en que se iban á esponer los dictámenes menos formales, aunque Mr. de Talleyrand se hallaba allí. Los dictámenes mas graves los reservaba para los últimos. El architesorero Lebrun, realista antiguo, y que habia continuado siéndolo en la corte imperial á pesar de lo muy adicto que era al imperio, salió de una especie de somnolencia que era habitual en él, para emitir una opinion que no carecia de sentido. «Estoy por la princesa sajona, dijo, porque esta princesa no nos compromete en la politica de nadie, con nadie nos indisponen, y ademas es de ilustre raza.» Nada mas dijo el architesorero.

El principe Eugenio habló despues del principe Lebrun, reproduciendo en términos sencillos y mo-

destos las razones que alegaban los partidarios de la politica austriaca, las cuales fueron repetidas con mas fuerza, aunque con sentenciosa concision, por Mr. de Talleyrand, quien despues del archicanciller era el juez mas competente en semejante materia. Dijo habia llegado el tiempo de asegurar la estabilidad del imperio; que la politica que nos acercaba al Austria tenia mas que cualquier otra esa ventaja de estabilidad; que las alianzas con las córtes del Norte presentaban un carácter de politica ambiciosa y versátil; que lo que se queria era una alianza que permitiese luchar con la Inglaterra; que ahí estaba la alianza de 1756 para manifestar que solo en la intimidad con Austria se habia encontrado la seguridad continental necesaria para desplegar grandes fuerzas maritimas, y, por último, que esposo Napoleon de una archiduquesa de Austria, jefe del nuevo imperio, nada tendria que envidiar á los Borbones. El diplomático aristócrata, hablando con finura y desdeñosa brevedad, se espresó como hubiera podido espresarse la nobleza francesa, si hubiese tenido que emitir su dictamen sobre el casamiento de Napoleon.

El senador Garnier se declaró por el término medio que no comprometia ningun interés, el enlace sajón; y Mr. de Fontanes se sublevó con un calor enteramente literario, hasta con una especie de amargura realista contra las alianzas del Norte, hablando como se hablaba en Versalles cuando estaban en el trono Federico el Grande y la gran Catalina.

Contra la costumbre, Mr. Maret, simple secretario, encargado de oír y recoger la opinion de los demas, fué admitido á dar la suya, y emitió un

dictámen que no tenia gran importancia á los ojos del consejo. Como habia mediado en algunas confidencias de la legacion de Austria por casualidad, opinó en favor de la princesa austriaca.

Pasando á la derecha, Napoleon debía encontrar pareceres diferentes entre sí. Oyó á Mr. de Champagny repetir lo que habia dicho en su informe, y al príncipe Berthier, que queria al Austria, pronunciarse en su favor, de suerte que una gran mayoría se declaró en pró de una archiduquesa; pero quedaban por consultar Murat y el archicanciller Cambaceres.

Murat mostró acalorado en medio de aquella reunion de grandes del imperio todos los sentimientos revolucionarios que abrigaba todavía el ejército. Sostuvo que el matrimonio con una princesa austriaca no podia menos que suscitar los funestos recuerdos de María Antonieta y de Luis XVI, recuerdos que estaban lejos de haberse borrado, y de ser gratos á la nacion; que la familia imperial se lo debía todo á la gloria, al poderío de su jefe; que nada tenia que tomar de enlaces con estranos; y que con acercarse al régimen antiguo, alejaria una infinidad de corazones apegados al imperio, sin conquistar los corazones de la nobleza francesa. Hasta se enfureció, con todo el vigor de su adhesion, contra los partidarios del enlace de familia con Austria, afirmando que semejante enlace no podia haber sido ideado por los amigos desinteresados del emperador. Cualquiera hubiese creido se hallaban detras de él los Bonaparte inspirándole contra los Beauharnais, y Mr. Fouché contra Mr. de Talleyrand.

Al calor del rey de Nápoles sucedió la fria pru-

dencia del archicanciller Cambaceres, quien se expresó en un lenguaje sencillo, claro y moderado, pero positivo. Dijo que el principal interés que habia que consultar era el de proporcionar herederos al imperio, siendo preciso saber si la princesa rusa era capaz de darlos; que si se hallaba en este caso, no habia que vacilar; que, por lo que respecta á la religion, de seguro se conseguiria, dedicándose á ello, que la corte de Rusia renunciase á exigencias que podian chocar á los animos en Francia; que con respecto á la política, no habia duda alguna; que el Austria, privada á un mismo tiempo en este siglo de los Países Bajos, Suabia, Italia, Hunria, y en fin, de la corona imperial, siempre seria enemiga irreconciliable nuestra; que ademas por sus inclinaciones naturales era incompatible con una monarquia de origen moderno; que Rusia, al contrario, tenia bajo este aspecto menos preocupaciones que ninguna otra corte (lo cual era verdad entonces); que en su territorio y lo distante que de nosotros se hallaba, habia razones de toda clase para que fuese aliada de Francia, y ninguna para ser su enemiga; que si se la desechaba, no dejaria de convertirse en hostil; que la guerra con ella seria infinitamente mas arriesgada que con Austria, y que mirandola con desden se abandonaba una alianza posible y facil por otra mentirosa é imposible. Concluyó, pues, optando del modo mas formal por el casamiento con la princesa rusa.

Estos dos dictámenes, sobre todo el último, que procedia del hombre mas grave de la época, contrapesaron fuertemente las opiniones emitidas en favor del enlace austriaco; pero como el emperador ha-

bia provocado una consulta mas bien que una deliberacion, no habia que tomar resolucio[n] definitiva, y espresadas las opiniones de cada cual, todo estaba concluido. Napoleon, que habia permanecido tranquilo é impenetrable, sin que pudiera adivinars[e] en su rostro á qué lado se inclinaba, dió las gracias á los individuos del consejo por sus excelentes dictámenes. «Pesaré en mi animo vuestras razones», les dijo. Quedo convencido de que, cualquiera que sea la diferencia que haya entre vuestro modo de ver la cuestion, la opinion de todos vosotros es hija del ilustrado celo con que mirais por los intereses del Estado, y de la fiel adhesion á mi persona.»

Inmediatamente despidió el consejo, y á pesar de la discrecion que imponia en torno suyo sin imponersela siempre á sí propio, hicieron mucho eco en palacio las opiniones emitidas. Hubo un momento en que la familia de Murat creyó estaba ganada la causa del enlace ruso, y lo dijo al príncipe de Cambaceres con grandes muestras de júbilo; pero los sucesos debian decidir la cuestion mucho mas que la opinion personal de Napoleon (1).

Aguardábase con impaciencia un correo de Rusia, cuando el 6 de febrero llegaron pliegos de Mr. de Caulaincourt á propósito para prolongar la incertidumbre en que se estaba hacia mas de mes

(1) Confundiendo en uno solo el archicanciller Cambaceres los dos consejos que se celebraron sobre el mismo asunto, cuenta que le pareció estaba todo arreglado en ese consejo, y que Napoleon tenia formada su opinion cuando los llamó á que diesen su parecer. Este es un error por falta de memoria en que incurren á menudo los

y medio. El 16 de enero habia espirado el primer plazo de diez dias que el emperador Alejandro pidió á Mr. de Caulaincourt, y el 21 no habia respondido todavía. Era evidente que queria ganar tiempo, y conseguir la ratificacion del tratado relativo á la Polonia antes de comprometerse de un modo irrevocable á conceder la mano de su hermana. Habia repetido á Mr. de Caulaincourt que la emperatriz madre no negaba su consentimiento, que la gran duquesa Catalina daba tambien el suyo, y que al fin saldrian las cosas á medida del deseo de Napoleon; pero que necesitaba algun tiempo todavía para contestar definitivamente. Existia una circunstancia mas grave, la de que la salud de la princesa no correspondia del todo á la impaciencia que se tenia de proporcionar un heredero al imperio, y la emperatriz madre exigia terminantemente una capilla en las Tullerías con sacerdotes griegos. Por lo demas, Mr. de Caulaincourt añadia que aguardaba pronto una esplicacion formal, y no dudaba seria favorable.

El carácter impetuoso de Napoleon no podia acomodarse á semejante estado de incertidumbre. Ya se vacilase porque causara repugnancia un enlace con él, ya se tratara de ganar tiempo á fin de arrancarle un tratado molesto al presente, é imprudente para lo venidero, se irritó lo mismo

hombres de imaginacion mas segura y exacta. Cuando se celebró el primer consejo, estaba muy lejos Napoleon de tener un pensamiento fijo; pero se verificó otro el 7 de febrero, únicamente por forma, y confundiéndose el recuerdo de este último con el primero, dejó en el veráz archicanciller la impresion de una escena arreglada de antemano.

con esas vacilaciones que con esos cálculos. Además le disgustaba extraordinariamente seguir mas tiempo siendo objeto de todos los rumores, como esos ricos herederos á quienes cada uno da esposa segun se le autoja. Dejose, pues, llevar por uno de esos impulsos que no podia dominar, y que acabaron por decidir de su destino; resolvió romper con Rusia, y tomar su tentitud como una negativa que le eximia de compromisos para con ella. Por otra parte, no habia permanecido insensible á las razones alegadas en favor de Austria y contra Rusia, ni al inconveniente de tener una esposa que quiza le haria esperar dos ó tres años para darle hijos; que no concurriria á las ceremonias del culto nacional y que tendria sacerdotes para ella, circunstancia accesoría, pero molesta en una nacion como Francia, que sin ser devota abraja todas las susceptibilidades de la devocion mas viva. Esperimentaba además desde la última campaña un sentimiento de aprecio hacia el ejército austriaco, y consideraba una cosa tan grave casi habérselas con él como con el ejército ruso.

Todas estas razones, que iba á completar otra poderosísima, el orgullo ofendido, obraron en él, y se decidió al instante, con la prontitud increíble que era el rasgo distintivo de su carácter. Despues que leyó los pliegos de Mr. de Caulaincourt, mandó llamar á Mr. de Champagny, y le ordenó escribiese á San Petersburgo, haciendo aquel mismo dia igual declaracion á Mr. de Kourakin, que la tentitud que se empleaba en contestarle le libertaba, no de un compromiso, pues nunca lo hubo en Erfurt, sino de una preferencia que creyó dar á la hermana de un principe amigo y aliado

suyo; que era imposible mayor espera en el estado en que se hallaban los animos en Francia; que á mayor abundamiento las noticias que le comunicaban acerca de la salud de la princesa no correspondian al motivo que le habia hecho disolver su matrimonio para contraer otro; y que por estas razones se decidia por la princesa austriaca, cuya familia en vez de vacilar, se ofrecia de motu proprio con un afan que era muy de agradecer.

En cuanto al convenio relativo á Polonia, se esplicó con mas viveza todavía, lo cual denotaba hasta qué punto influia en la eleccion que acababa de hacer el desco de sustraerse á las exigencias que querian imponerle. «Contraer, dijo, el compromiso absoluto y general de que jamás será restablecido el reino de Polonia, es un acto imprudente y falta de dignidad por mi parte. Si aprovechándose los polacos de una circunstancia favorable se insurreccionaran por si y tuvieran en jaque á Rusia, ¿seria preciso, pues, que yo emplease mis fuerzas en someterlos? si encontrasen aliados ¿tendria yo que emplear todas mis fuerzas para combatir á estos aliados? Eso es pedirme una cosa imposible, deshonorosa, y que además no pende de mi voluntad. Yo podre decir que nunca proporcionaré ningun auxilio directo ni indirecto para una tentativa que tenga por objeto reconstituír la Polonia, pero no puedo ir mas allá. En cuanto á la supresion de la palabra POLONIA y POLACOS, es una barbarie que nunca cometeré; podre en los actos diplomáticos no emplear esas palabras pero no depende de mí borrarlas de la lengua de las naciones. Por lo que hace á la supresion de las órdenes antiguas de caballeria polacas, no puede consentirse en ello

mientras no mueran los titulares que hay en la actualidad, y deje de concederse nuevas condecoraciones. Por último, respecto al ensanche futuro del gran ducado de Varsovia, no puedo imponerme la obligación de que no lo recibirá sin que esta obligación sea reciproca, sin que Rusia se comprometa á no añadir á sus estados ninguna porción separada de las provincias polacas. Bajo estas bases, añadia Napoleón, podré consentir en un convenio, pero no puedo admitir otras.»

En su consecuencia mandó redactar un nuevo testo conforme á las observaciones que acabamos de referir, y dispuso lo enviase sin demora Mr. de Champagny. Era evidente que todo esto debía ser mas tarde ó mas temprano el fin de la alianza y el origen de una reuerta fatal.

No se limitó Napoleón á romper con una de las potencias entre quienes habia fluctuado, sino que quiso aquel mismo día contraer relaciones con la otra. El gobierno no habia cesado de mantener relaciones secretas por medio de Mr. de Laborde con Mr. de Schwarzenberg, y sabia que respondiéndole su corte á las preguntas que le hizo, no solo habia autorizado á éste á aceptar cualquiera oferta de matrimonio, sino á hacer lo que pudiera sin comprometer la dignidad del emperador Francisco, para decidir la eleccion de Napoleón en favor de una archiduquesa. Preguntósele, pues, la tarde del 6 de febrero, si estaba pronto á firmar un contrato matrimonial, y habiendo contestado que sí, se extendieron los artículos, citándosele en las Tullerías para el dia siguiente 7. Precipitándolo siempre todo Napoleón, convocó de nuevo el consejo de grandes dignatarios, les sometió definitivamente

te la cuestion, pero solo por forma, puesto que habia tomado su partido, y lo dispuso todo para que á la mañana siguiente quedase ligada su suerte de un modo definitivo á la de la archiduquesa de Austria.

Al dia siguiente, en efecto, se ejecutó su voluntad sin descansar un punto, sacándose por mandato suyo de los archivos de Negocios extranjeros el contrato matrimonial de Maria Antonieta, y reproduciéndolo exactamente al estender el suyo, escepto algunas diferencias en el lenguaje que le pareció exigian la época y su dignidad. Asi no quiso se hiciese mención de dote, ni de nada que tuviese por objeto asegurar la entrega, y resolvió que todo llevase el sello de su escelsitud. Decidió que su amigo Berthier, el intérprete de su voluntad en la guerra, fuese á Viena á pedir la princesa, desplegando allí el lujo mas magnífico, y como segun costumbre monárquica, cuando el príncipe que se casa no va en persona, se nombra un apoderado, debidamente autorizado y que tambien sea príncipe de la saugre, Napoleón eligió á su glorioso adversario, al archiduque Carlos, para que hiciera sus veces en el matrimonio, y se casara en su lugar con la archiduquesa Maria Luisa.

Averiguóse cómo se hicieron los casamientos de Luis XIV, Luis XV, el gran delfin padre de Luis XVI, y en fin, del mismo Luis XVI. El matrimonio de éste último, sobre todo, fué el que se quiso tomar por modelo, aunque el fin cruel de ese príncipe y de su malograda esposa fuese un presagio muy triste; pero lejos de ello, cuanto mas triste era, tanto mas contraste se veia en él en ventaja del presente. Con eso tendria Napoleón

la gloria no solo de haber sacado al trono del seno del martirio para llevarlo al pináculo de la grandeza, sino de haber restaurado hasta su sistema de enlaces. ¡Con eso se mediria su gloria y sus servicios por la diferencia que habia del cadalso a que subiera Maria Antonieta, al trono esplendente a que debia subir Maria Luisa!

Se consultó a los señores mas ancianos de la corte antigua, especialmente a Mr. de Dreux-Breze, maestre de ceremonias que fué, para saber lo que hubo en el matrimonio de Maria Antonieta, y reproducir exactamente las cosas con solo una variacion, la de desplegar mas magnificencia. Se dejó, por ser cosa de fórmula en el contrato, la mezuquina mención de una viudedad de algunos centenares de miles de francos en favor de la futura emperatriz, si llegaba a enviudar, y Napoleon hizo se estipulara el pago de una viudedad de cuatro millones. Prepararonse joyas de gran valor, y Napoleon estaba tan impaciente, que calculó la marcha de los correos de modo que llegando a Paris por el telégrafo la noticia del consentimiento, Berthier pudiera ponerse en camino el mismo dia, pedir la princesa el dia que llegara a Viena, celebrar el matrimonio al dia siguiente, y conducir la nueva esposa sin detencion a Paris, para que se consumara el matrimonio a mediados de marzo. El principe de Schwarzenberg consintió en todo cuanto se quiso, y espidió su correo al salir de las Tullerías, despues de haberse comprometido a firmar por la archiduquesa Maria Luisa una copia literal del contrato matrimonial de Maria Antonieta.

El correo enviado de Paris el 7 de febrero llegó el 14 a Viena, y causó alli la mas viva satisfac-

cion. Vencido en la persona de los Stadion el partido de la guerra, y confundido por el resultado de la última campaña, habia cedido el puesto al partido de la paz, a cuyo frente se hallaba Mr. de Metternich. Dominaba en Viena, tanto en la corte como en la ciudad, la idea de buscar en lo sucesivo reposo, seguridad, el restablecimiento de influencia en la alianza con Francia, la cual debia producir la disolucion de la alianza de esta potencia con Rusia; y por lo mismo tenia que ser bien acogido un resultado que tanto se habia deseado. Mr. de Metternich balló al emperador Francisco perfectamente dispuesto en favor del proyecto de casamiento, como soberano y como padre. Como soberano veia en él una combinacion venturosa para su politica, pues quedaba garantida la corona de los Habsburgo, y destruida la union de la Austria con Francia. Como padre vislumbraba para su hija la suerte mas hermosa que podia imaginarse, y aun le era dado esperar seria feliz, pues Napoleon pasaba por hombre amable y bondadoso en sus relaciones privadas, dejando a un lado cuanto habia en él a propósito para exaltar la imaginacion de una princesa joven. Mr. de Metternich, que habia vivido en Paris en el seno de la familia imperial, podia tranquilizar completamente al emperador Francisco, bajo este último aspecto. Sin embargo, ese monarca queria mucho a su hija, y como no se proponia en manera alguna violentarla, encargó a Mr. de Metternich fuese a hablarle él mismo. ®

El ministro se trasladó, pues, a la cámara de la archiduquesa Maria Luisa, para participarle la suerte que le esperaba, si se dignaba aceptarla. La princesa, segun hemos dicho, tenia diez y ocho

años, hermoso talle, salud excelente, rostro fresco como de alemana, esmerada educacion, algun talento, carácter dulce, en fin, las cualidades que son de desear en una madre. Se quedó sorprendida y satisfecha, lejos de asustarse, de tener que ir á esa Francia, donde no hacia mucho que el monstruo revolucionario devoraba á los reyes, y donde dominando un conquistador á ese mismo monstruo, hacia temblar á su vez á los reyes. Acogió con la reserva conveniente, pero con notable júbilo, la noticia de la suerte brillante que la ofrecian, y consintió en ser esposa de Napoleon, madre del heredero del imperio mas grande del universo.

Dado el consentimiento, se apresuraron en Viena á disponerlo todo para satisfacer la impaciencia de Napoleon. El contrato matrimonial, firmado en París el 7 de febrero por el príncipe de Schwarzenberg, fué aceptado con la condicion de que se estendiese con mas amplitud, y que contuviera varias estipulaciones puestas en uso en la casa de Habsburgo. Admitióse la idea de Napoleon de copiar en todo las fórmulas empleadas cuando el casamiento de María Antonieta, escepto, como hemos dicho ya, lo relativo á la magnificencia, que debía ser mucho mayor. La corte de Viena, lo mismo que la de París, se entregó á la alegría de aquella novedad, y al regocijo algo pueril siempre y siempre involuntario, de los preparativos para las fiestas, pues en esas ocasiones se deja el ánimo llevar, confia, se alegra, sin estar bien seguro de que hay motivo para ello, como los niños, solo por la necesidad fisica de moverse y divertirse. Participando y todo de las miras de Napoleon, y deci-

diéndose, para agradarle, á precipitar las cosas, no se podia caminar tan pronto como él queria, porque para ello hubiera sido preciso omitir una multitud de ceremonias, muy importantes, cuando no era su intento se prescindiese de ellas. El archiduque Carlos fué aceptado por apoderado de Napoleon para casarse con la princesa, y Berthier, como su embajador extraordinario, para pedirla, fijándose el matrimonio para los primeros dias de marzo.

La noticia de la acogida hecha á sus proposiciones encanto á Napoleon y su corte, y tanto el como todos los que le rodeaban se entregaron al placer de las fiestas, de los preparativos y de los pormenores de la etiqueta. El público no tardó en tomar parte, y se asoció á los sentimientos que él experimentaba, pareciendo que se disipaban como por encanto las nubes suscitadas por la última guerra. Renació la esperanza, el entusiasmo; y hasta la nobleza antigua, que se ocupaba en murmurar en el barrio de San German, se comovió, y otra nueva porcion se mostró dispuesta á entregarse al esposo de una archiduquesa de Austria. Hubo muchos que se pasaron, porque bien podia servirse al que consentia en tomar por verno la familia reinante mas ilustre del universo, siendo tanto este afán que daba lugar á un nuevo riesgo, el de oscurecer á los grandes recién creados por la revolucion y el imperio.

Napoleon dió pruebas de un tacto exquisito en la eleccion de la servidumbre de la emperatriz, escogiendo para primera dama de honor á la duquesa de Montebello, viuda del mariscal Lannes, muerto en Essling por una bala de cañon austriaca. Todo

el mundo debía aprobar ese acto de gratitud, y la persona elegida, por su conducta, por su distincion, no hereditaria sino personal, merecia desempeñar el alto puesto á que se la destinaba. Mandáronse hacer magníficos preparativos, y Berthier apresuró su marcha, á fin de hallarse á principios de marzo en Viena. La reina de Nápoles dejó á París por su parte con un cortejo brillante, para ir á recibir en Braunau, esto es, en las fronteras de la confederacion del Rhin, á la nueva emperatriz.

Berthier llegó el 4 de marzo de 1840, y al dia siguiente, 5, hizo su entrada solemne en Viena, en medio de un concurso nunca visto de maguates y de gente del pueblo. Toda la corte salió á recibirle con los carruages de la corona que debian conducirle á palacio, y el pueblo de Viena en un esceso de gozo, quiso desenganchar los caballos del coche para tirar de él, costando mucho trabajo impedir aquella manifestacion tumultuosa.

El 6 y el 7 pasaron en fiestas, y el 8, siguiendo Berthier los usos de la corte de Austria, y conforme á lo que sncedió en el casamiento de Maria Antonieta, hizo la peticion solemne de la mano de la archiduquesa Maria Luisa, peticion á que se siguió el consentimiento dado en la forma mas pomposa. Los dias siguientes se consagraron á nuevas formalidades y fiestas, y el 11 se celebró el matrimonio, en medio de un gentio inmenso, con un aparato que sobrepujaba á cuanto hasta allí se habia visto, y una alegria igual á todos los regocijos populares. La archiduquesa, casada por poderes con el archiduque Carlos, fué tratada al instante como emperatriz de los franceses, y aun tuvo la precedencia sobre toda su familia, por un esceso

de cortesania del emperador Francisco y de la emperatriz su segunda esposa.

El 13 era el dia designado para la marcha de la emperatriz de los franceses, y el pueblo de Viena la acompañó victoreándola con cariño, inquieto en el postrer momento, pues al separarse de ella, renacia involuntariamente el recuerdo de lo pasado, el recuerdo de la desgraciada Maria Antonieta. Toda la corte fué acompañando á Maria Luisa tambien.

El emperador Francisco, que amaba á su hija, quiso abrazarla otra vez, y partió en secreto para Lintz, con el objeto de sorprenderla allí, y dirigirle el adios postrero.

El 16 de marzo llegó la princesa á Braunau, donde todo estaba preparado como para el casamiento de 1770, objeto de constante imitacion. Se habian formado para recibir á la emperatriz tres pabellones enlazados unos con otros, el primero de los cuales se reputaba como austriaco, el segundo como neutral, y el tercero como francés. La emperatriz fué llevada del pabellon austriaco al neutral por la servidumbre de su padre, y allí confiada al principe Berthier, representante del emperador, con el dote, las joyas y el contrato matrimonial, siendo luego introducida en el pabellon francés, donde la reina de Nápoles, hermana de Napoleon, la recibió abrazándola. De Braunau se la llevó á Munich, y de Munich á Strasburgo, victoreándola en todas partes las poblaciones alemanas y francesas que presenciaban el extraño espectáculo de la hija de los Césares yendo á casarse con el soldado afortunado que habia vencido á la revolucion francesa y á la Europa. A la fiebre

de la guerra habia sucedido una fiebre de júbilo y esperanza.

El 23 de marzo entró en Strasburgo la emperatriz María Luisa, acogida por el mismo entusiasmo popular, y continuó su marcha, pasando por Lunéville, Nancy y Vitry. En Compiègne debia ver á Napoleon por primera vez rodeado de toda su corte, pero á fin de evitarle el rubor de una entrevista oficial, Napoleon salió de Compiègne con Murat, y fué á sorprenderla en el camino. Arrojóse en sus brazos, y al parecer le gustó la clase de hermosura y de talento que creyó descubrir en ella á primera vista. Una muger de buena constitución, amable, sencilla, y educada con decoro, era todo lo que deseaba; por manera que parecia se consideraba perfectamente dichoso cuando entró con ella en el palacio real de Compiègne el 27 de marzo por la tarde.

Permanecieron allí hasta el 30, que partió con la nueva emperatriz para Saint-Cloud donde debia celebrarse el matrimonio civil. Las ceremonias empleadas en Viena, con arreglo á lo que sucedia en las cortes antiguas, bastaban para que el matrimonio fuese completo é irrevocable; y su renovacion en París era únicamente una formula, una solemnidad que se debia á la nacion en que venia á reinar la nueva soberana.

El 1.º de abril, á presencia de toda la corte imperial y en la vasta galeria de Saint-Cloud, se verificó la renovacion del matrimonio civil entre Napoleon y María Luisa, haciendo de ministro el archicanciller Cambacères. El 2 debia efectuarse en las Tullerías la renovacion del matrimonio religioso para el pueblo de París.

Con efecto, el dia 2, precedido Napoleon de su guardia, rodeado de sus mariscales á caballo, y seguido de su familia y de su corte que ocupaban cinco carruages magníficos, verificó su entrada en París por el arco triunfal de la Estrella. Este monumento cuyos cimientos apenas se habian echado entouces, habia sido figurado poco mas ó menos como existe hoy, y Napoleon pasó por debajo de la bóveda en el coche de la Consagracion (coche con cristales que dejaba verle sentado junto á la nueva emperatriz) recorriendo los Campos Eliseos por entre una doble fila de edificios magníficamente adornados, y un gentío inmenso.

Entró por el jardin en el palacio de las Tullerías, donde se habia escogido para levantar el altar nupcial el salon en que están hoy reunidas las obras artísticas mas bellas, y al cual se llega por una galeria de pinturas, la mas larga y rica que hay en el mundo, y que junta las Tullerías con el Louvre. Toda la poblacion opulenta de París suntuosamente preudida habia tomado asiento en dos filas de banquetas á lo largo de aquella galeria. Napoleon llevando de la mano á la emperatriz, y acompañado de su familia, hizo el tránsito á pie, y fué á recibir en el salon, donde estaba preparada una capilla que deslumbraba la vista con el oro y las luces, la bendicion nupcial. Gritos de entusiasmo coronaron el fin de la ceremonia, y aquella noche hubo un banquete de boda en el vasto teatro de las Tullerías, dedicándose los dias siguientes á fiestas elegantes y magníficas.

Todas las clases participaron de aquel júbilo que sucedia á las tetricas impresiones que engendrara la última guerra. Al ver otra vez á Napoleon

omnipotente y dichoso, se olvidó había habido un momento en que faltó poco para que no lo fuese; al verle tan bien casado, creyóse que estaba asegurado definitivamente, y de nuevo se confió en la infinita y eterna grandeza del imperio, como si nunca se hubiera puesto en duda. Con efecto, la victoria de Wagram, aunque no fué igual por la magnitud de los trofeos á las de Austerlitz, Jena y Friedland, siéndolo, no obstante, por el genio desplegado en ella, la victoria de Wagram, decimos, completada por el matrimonio con María Luisa, volvía á colocar á Napoleon en el mas alto grado de poder; y si la prudencia venia á reparar poco á poco la grave falta de la guerra de España, podían realizarse las últimas ilusiones producidas por ese matrimonio. Mas para que así sucediese, era menester variar una cosa que no se cambia como se cambia el destino, era menester variar el caracter de un hombre, y este hombre era Napoleon.

## DOCUMENTOS

SOBRE

## LA BATALLA DE TALAVERA.

## ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Al verter al castellano los documentos que copia Thiers, como apéndice á este tomo, para probar sus asertos sobre los sucesos que antecedieron y siguieron á la célebre batalla de Talavera, casi nos hemos sentido con intencion de anotarlos y comentarlos, pero desistimos de nuestro propósito por varios motivos. En primer lugar, nos espantamos á repetir lo que ya hemos dicho en las notas del testo, y en segundo, aun cuando así no

omnipotente y dichoso, se olvidó había habido un momento en que faltó poco para que no lo fuese; al verle tan bien casado, creyóse que estaba asegurado definitivamente, y de nuevo se confió en la infinita y eterna grandeza del imperio, como si nunca se hubiera puesto en duda. Con efecto, la victoria de Wagram, aunque no fué igual por la magnitud de los trofeos á las de Austerlitz, Jena y Friedland, siéndolo, no obstante, por el genio desplegado en ella, la victoria de Wagram, decimos, completada por el matrimonio con María Luisa, volvía á colocar á Napoleon en el mas alto grado de poder; y si la prudencia venia á reparar poco á poco la grave falta de la guerra de España, podían realizarse las últimas ilusiones producidas por ese matrimonio. Mas para que así sucediese, era menester variar una cosa que no se cambia como se cambia el destino, era menester variar el caracter de un hombre, y este hombre era Napoleon.

## DOCUMENTOS

SOBRE

## LA BATALLA DE TALAVERA.

## ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Al verter al castellano los documentos que copia Thiers, como apéndice á este tomo, para probar sus asertos sobre los sucesos que antecedieron y siguieron á la célebre batalla de Talavera, casi nos hemos sentido con intencion de anotarlos y comentarlos, pero desistimos de nuestro propósito por varios motivos. En primer lugar, nos espantamos á repetir lo que ya hemos dicho en las notas del testo, y en segundo, aun quando así no

fuese, nada importa que los generales y las autoridades francesas pensasen de éste ó el otro modo de nuestras cosas, y describieran ó no con exactitud los acontecimientos de la guerra de la Independencia. Lo que convenia era poner algún correctivo á las falsas aseveraciones, al espíritu de injusticia, á los datos equivocados que el autor de esta historia ha aceptado como moneda de buena ley, y eso es lo que hemos hecho en el cuerpo de la obra, si no con el acierto debido ni la estension conveniente, con el intento mas patriótico y la imparcialidad mas severa. Vamos, pues, á traducir literalmente y sin comentarios unos documentos, cuya calificacion hará el lector en su buen criterio. Esto en cuanto á las narraciones enemigas. Por lo que hace á las cartas de sir Arturo Wellesley, ¿qué podremos decir? Juzgándonos desde el punto de vista que mejor le cuadra, exajerando nuestra falta de disciplina, desconociendo nuestro valor, sin tener en cuenta el brio con que nos arrojamos á una lucha terrible, incierta y desigual, sin parar mientes, por último, en el inmenso servicio que con nuestra resistencia prestábamos á la causa de la emancipacion europea, el general aliado nos injuria tanto ó mas que el enemigo. Esas cartas, que hasta ahora quizá no hayan visto la luz en español, pueden y deben servirnos de profunda enseñanza. Ellas prueban plenamente,

por si alguna duda pudiera caber, que lo menos que pensó Inglaterra al escoger nuestro suelo para teatro de su lucha con el gigante del siglo XIX fué libertarnos del yugo extranjero. Nos escogió por instrumento, valióse de nuestra resistencia, tanto mas heroica, cuanto que mientras nosotros peleábamos, la Europa se sometia acobardada ó sucumbia al primer revés, y despreciaba ese instrumento en su alta soberbia, menospreciaba esa resistencia desde su orgullo británico. ¡Sirvanos de leccion, y tengámoslo presente en el destino futuro que nos reserve la Providencia!

*Estracto de la relacion histórica de las operaciones del primer cuerpo del ejército de España, mandado por el mariscal Victor.*

1809.

«El ejército vino á tomar posiciones el 26 de julio por la tarde en Santa Olalla, situándose la caballería en el Bravo-Etoten y Domingo Perez. En Santa Olalla se supo que Cuesta habia llegado allí la víspera con su ejército, que los ingleses debían seguirle, y que al punto que Cuesta se enteró de que su vanguardia estaba comprometida en Alcahon, emprendió su retirada hacia Talavera. El 27 púsose en movimiento el ejército a las dos de la madrugada con direccion á Talavera, abriendo la marcha el primer cuerpo, y llevando la caballería del general Latour-Maubourg que formaba la vanguardia, y se encontró con la retaguardia del enemigo á la altura de Cazalegas: componíase de tropas inglesas del cuerpo de diez mil hombres que habian estado el día 2 en Cazalegas, y se replegó inmediatamente hacia el Alberche, pasando este rio.

«El primer cuerpo estaba reunido en la meseta que domina el Alberche, á la una de la tarde; en la margen derecha se divisaban algunos escuadrones enemigos sin infantería; se veía en las lomas de detras y al Norte de Talavera moverse tropas, pero no se podia reconocer al ejército enemigo, las

fuerzas de que constaba y las disposiciones que habia tomado, porque el terreno que va á parar del Alberche á Talavera, y á la meseta que domina esta poblacion, estaba cubierto de olivares y encinas, y con ellos encubria el enemigo sus disposiciones, formándose para recibir la batalla.

«El señor duque de Bellune, que durante su permanencia en Talavera, habia reconocido perfectamente el terreno, juzgó qué posiciones iba á tomar el enemigo, el cual apoyaba la derecha en Talavera, y la izquierda en la montaña que forma el estribo de la cuenca del Tietar; montaña fortificada por un cerro que se alza al Este por medio de una rampa muy rápida, y que inclinándose á Oeste por un declive de terreno mucho mas suave, se enlaza á una continuidad de cerrillos que se prolongan en direccion á Talavera.

«Ese cerro deja entre él y la montaña un valle de trescientas toesas de estension donde nace un barranco que se prolonga de Norte á Sur, y, que cubriendo la izquierda y el centro del enemigo, viene á perderse en el valle de Talavera, al principio de los olivares en que el enemigo estaba respaldado: esta derecha tiene al frente varias ondulaciones de terreno que aprovechó el enemigo, ya construyendo allí obras, ya amontonando escombros para que fuese mas difícil llegar á ella. A la posicion del enemigo se va á parar desde el Alberche por dos caminos fáciles y transitables para la artillería: uno es la carretera de Talavera, y el otro se encuentra en la Casa del Campo de Salinas. Caminando por él, se atraviesa media legua de encinar, y para llegar allí es preciso vadear el Alberche. ®

«El polvo que se levantaba hacia Casa de las Salinas, daba á entender que el enemigo tenia allí un cuerpo avanzado, y el señor duque de Bellune, cuyo proyecto era maniobrar sobre la izquierda del enemigo con todo su cuerpo, mientras el general Sebastiani, con el cuartel apoyado por la reserva haria un alarde de fuerzas sobre la derecha, y la caballeria del general Latour-Maubourg observaria el centro, mandó al general Lapisse que pasara el Alberche, y se dirigiera á Casa de las Salinas, para arrojar de allí al enemigo, y al general Ruffin que pasara tambien el Alberche solamente con su infanteria, y apoyara por la derecha el movimiento del general Lapisse.

«El regimiento 46.<sup>o</sup> de infanteria de lijeros, que se hallaba a la cabeza de la division Lapisse, no tardó en empezar á hacer fuego, el cual fué muy vivo por espacio de una hora. El enemigo tenia en aquel punto seis mil hombres apoyados por cuatro piezas de artilleria, é iba retirándose lentamente de posicion en posicion, hasta que el general Chaudron Rousseau, que mandaba el regimiento 46.<sup>o</sup>, aprovechándose hábilmente de un terreno mas despejado de árboles, dispuso que este regimiento cargara á la bayoneta. Hizolo así con todo el valor que le distingue, y á poco se hallaba el enemigo en plena derrota, pensando únicamente en correr para ampararse del grueso de sus tropas.

«El señor duque de Bellune que se habia dirigido á aquel punto, envió orden al general Villatte de que pasara el Alberche y siguiera la direccion del general Ruffin; al general Latour-Maubourg que pasara tambien el rio con su caballeria y se

formara en el llano situado entre el camino de Talavera y el de Casa de las Salinas; y á la artilleria de las divisiones, así como la reserva, que vadearan el Alberche y siguieran por el camino de Casa de las Salinas el movimiento de la infanteria.

«Las divisiones Lapisse y Ruffin desembocaban del encinar; empezaba á despejarse el terreno y se hubiera podido facilmente distinguir los movimientos del enemigo á no ser tan tarde. Con todo se descubria un cuerpo de diez á doce mil hombres que se apresuraba á llegar á su posicion; y la artilleria que fué á salir á la colina inmediatamente que las divisiones, hizo un daño considerable á aquellas tropas, poniéndolas en el mayor desorden. Este desorden se aumentó mucho en la derecha del ejército enemigo, la cual se declaró en derrota sin ser atacada. Si en aquel instante hubiese podido formar su ataque el cuarto cuerpo, hubiera quedado decidida la accion.

«Segun informe de los prisioneros, desertores y gente del pais, Cuesta tuvo que enviar cinco regimientos de caballeria para recoger los fugitivos, y hasta muy entrada la noche no se pudo llevar á las filas parte de ellos. Por lo demas, Cuesta mandó diezmar á los oficiales, sargentos, cabos y soldados de varios regimientos. El terror introducido en su ejército provino del rapido movimiento del primer cuerpo sobre la izquierda del ejército combinado. ®

«Las divisiones Ruffin, Villatte y Lapisse solo estaban ya á medio tiro de cañon de la posicion del enemigo; era de noche, y no se podia empeñar la accion; pero el mariscal duque de Bellune juz-

gó que si favorecidos por la oscuridad y la confusión que su vivo y rápido ataque había arrojado en las tropas enemigas, conseguimos tomar el cerro que se podía mirar como la llave de la posición, no podía mantenerse firme el enemigo, sin esponerse á una derrota total. En su consecuencia mandó al general Ruffin que tomase el cerro con sus tres regimientos, al general Villatte que apoyara este ataque, y al general Lapisse que hiciese una demostración hacia el centro de la línea enemiga sin trabar empero combate.

«Este ataque no tuvo el resultado que debía esperarse, porque el 9.º regimiento, que formaba la cabeza y lo emprendió con su acostumbrado valor, no fue apoyado; la oscuridad que reinaba hizo tomar una dirección falsa al 24.º regimiento y la marcha del 96.º se retardó por el paso del barranco. Conociendo el enemigo toda la importancia de ese cerro, tenía en él varios batallones que mandó fuesen apoyados por otras tropas así que vió lo atacábamos. La configuración del cerro le permitía hacer que sus socorros llegasen pronto, mientras que nosotros teníamos que atravesar un terreno de difícil tránsito para enviar allí los nuestros.

«El 9.º regimiento llegó casi á la cumbre del cerro, donde cayeron muertos algunos hombres; pero obligado á luchar de nuevo con tropas frescas, tuvo que replegarse, y lo hizo hasta la mitad de la cuesta, donde se mantuvo. Este regimiento adquirió mucha gloria en aquel encuentro, que le costó trecientos hombres entre muertos y heridos distinguiéndose particularmente el coronel Meunier, que recibió tres balazos. La artillería estaba

colocada en un montecillo formado por el terreno que del cerro grande corre al Este y domina la calzada de la derecha, la meseta y el valle de Talavera; é indudablemente hubiera podido favorecer el ataque del cerro, pero se temió disparar sobre nuestras tropas.

«El señor mariscal duque de Bellune creyó que no debía renovar el ataque, porque las tropas estaban sumamente cansadas por haber caminado desde las dos de la madrugada, y porque eran las diez de la noche.

«La división Ruffin tomó posición al pie del cerro con sus dos regimientos, pues el 9.º de infantería se quedó en la que ocupaba.

«La división Villatte se situó de reserva detrás de la artillería, oculta con la cortina que ésta presentaba.

«La división Lapisse se formó en columna por regimientos en la meseta frente al centro enemigo.

«La caballería del general Latour-Maubourg permaneció de reserva detrás de aquella.

«La brigada del general Beaumont en segunda línea detrás de la división Ruffin.

«A las once de la noche y á las dos de la madrugada hubo en el ejército combinado fuego de fusil que se prolongó de derecha á izquierda, y se presumió sería motivado por un engaño ó un terror pánico.

«El señor mariscal duque de Bellune envió aquella noche su ayudante de campo, el coronel Chateau, á dar cuenta á S. M. C. de los sucesos del día, y á preguntarle cuales eran sus intentos para las operaciones de la mañana siguiente, si

bien haciendo presente á S. M. que creia, como siempre, debia emprenderse el ataque por la izquierda del enemigo, pero que el cuarto cuerpo debia tambien obrar sobre la derecha para apoyarlo.

«El 9.º regimiento habia hecho en la meseta unos cien prisioneros; y por ellos se supo que el ejército inglés ocupaba la izquierda desde los olivares hasta la montaña, y que los españoles estaban á la derecha, ocupando con numerosas fuerzas á Talavera.

«Al rayar el día se vió al enemigo coronar el cerro al cual habia llevado cuatro piezas de artilleria, dividiéndose una linea de infanteria apoyada la izquierda en el cerro y la derecha en los olivares; detrás habia otra linea de infanteria; mas atrás en los cerrillos que se prolongan hasta el Casar de Talavera, se veian cinco ó seis lineas de infanteria y caballeria.

«Unos cuantos escuadrones observaban á la izquierda la cañada donde los apoyaban dos ó tres batallones; en cuanto á la derecha era imposible juzgar de qué tropas se componia, á causa de los olivares; únicamente se divisaba de siete á ocho mil hombres de infanteria y caballeria delante de Talavera.

«El reconocimiento que el señor mariscal duque de Bellune hizo aquella mañana por todo el frente de la linea enemiga, le confirmó en la opinion que tenia ya la vispera de que la toma del cerro decidiria la batalla. Volvió, pues, á enviar á S. M. C. el coronel Chateau para avisarle iba á mandar atacar el cerro, y rogarle hiciera operar el cuarto cuerpo, apoyado por la reserva, sobre la derecha del enemigo, mientras el general Lapisse,

poniendo en segunda linea á la caballeria del general Latour-Maubourg, amenazaria al centro.

«Espidieronse las ordenes á los generales del primer cuerpo y el general Ruffin dispuso sus tres regimientos para el ataque del modo siguiente: el 9.º de infanteria lijera á la derecha, el 24.º en el centro, y el 96.º á la izquierda en columna cerrada por divisiones y batallones. Asi fué como se puso en movimiento aquella division, y habiéndose trabado á poco el fuego, no tardó el 24.º regimiento en ocupar la primera cuesta del cerro. Siguió su ataque, siempre sostenido por los regimientos 9.º y 96.º y estaba á punto de rodear el cerro y apoderarse de las piezas, cuando el enemigo mandó le atacasen, lo mismo que á dichos dos regimientos, tropas frescas que pudo sacar fácilmente de su centro, haciendo las reemplazasen las de la derecha que no fué atacada.

«Viva y mortífera fué la refriega; pero debilitadas nuestras tropas con las pérdidas que tuvieron, viéronse obligadas á abandonar el cerro y replegarse. Este movimiento retrógrado se hizo con orden y lentamente para dar tiempo á retirar los heridos, de suerte que quedaron muy pocos en poder del enemigo. Los regimientos 9.º, 24.º y 96.º se mostraron dignos de la fama que han alcanzado, teniendo fuera de combate mas de las dos terceras partes de sus oficiales y quinientos hombres en cada regimiento muertos ó heridos. Los señores generales Ruffin y Barrois mandaban el ataque, y se distinguieron por el acierto en las disposiciones y la calma con que las ejecutaron, habiendo sido perfectamente ayudados por el gefe de batallón Regeau, que mandaba el 9.º, el coronel Jamin,

del 24.º y el jefe de batallón Loyard, del 96.º: este último salió herido, así como el ayudante de campo del general Ruffin, Challier, y Augusto Vilmorin del general Barrois.

«Hasta entonces no había sido atacado el enemigo sino por la izquierda; y penetrado el rey de la necesidad de que hubiese homogeneidad en las operaciones para alcanzar el triunfo que era de esperar, no obstante de ser superiores las fuerzas enemigas, y mejor su posición, se trasladó personalmente allí, mandando, después de reconocer la línea enemiga, dar un ataque general sobre todo el frente, para lo cual se envió á los señores generales las disposiciones siguientes.

«La división Ruffin, costeando al pie de la gran cordillera de la montaña, debía rebasar al enemigo por su izquierda.

«El general Villatte recibió orden de amenazar el cerro con una brigada, y guardar la cañada con la otra brigada y el batallón de granaderos.

«Al general Lapisse se le dio la instrucción de que pasara el barranco y acometiera al centro del enemigo, apoyado por la división de dragones y la de Dessoles.

«Al general Sebastiani se le encargó descuidara el camino real de Talavera, que nos limitábamos á observar por medio de la división de dragones de Milhaud, y que ligara su ataque sobre la derecha del enemigo con el del centro ejecutado por el general Lapisse.

«Consiguiente á esto se dispuso la artillería, y eran las dos de la tarde cuando los señores generales se enteraron de las espresadas disposiciones, siendo también á esa hora cuando el enemigo re-

cibió un refuerzo de todas las tropas inglesas destacadas en los montes, y que formaban parte del cuerpo mandado por el general Wilson. Esas tropas desembocaron por el camino de Mejorada, y fueron á formar en cuarta línea en el terreno del cerro grande que se prolongaba en dirección del Casar de Talavera. Así es que nos vimos obligados á destacar también algunas tropas para coronar la cima de la montaña y contener á unos cuantos batallones portugueses que habían sido enviados hacia aquel punto.

«Los generales colocaban sus tropas para operar con arreglo á las disposiciones tomadas por S. M. C., y el señor mariscal duque de Bellune esperó para hacer que operasen las suyas, á que el cuarto cuerpo hubiese llegado á su altura. Al momento que empeñó el combate, pusieron en movimiento sus tropas los generales Lapisse, Villatte y Ruffin.

«El general Lapisse pasó el barranco sostenido por la caballería del general Latour-Maubourg y apoyado por dos baterías, cada una de ellas de ocho piezas.

«El general Villatte amenazó el cerro, y cubrió la cañada, y el general Ruffin tomó la dirección que se le había mandado.

«El ataque del cuarto cuerpo tuvo al principio todo el éxito que podía esperarse, pero pronto fué rechazado, y el movimiento retrógrado de dicho cuerpo que descubría la izquierda del general Lapisse, le obligó á detenerse á pesar del éxito que había conseguido sobre el enemigo, cuyo centro rompió, poniendo sus tropas en el mayor desorden. Ayudóle en esto poderosamente la artillería, diri-

gida por el general de Aboville, y que prestó en aquella ocasion, como en todas, un gran servicio. El general Latour-Maubourg, con los movimientos que mandó hacer á su caballeria, contribuyó mucho al buen éxito del ataque. En aquel instante fué cuando el general Lapisse recibió una herida mortal que le condujo al sepulcro algunos dias despues. El ejército perdió uno de sus buenos oficiales generales, siendo muy sentida su muerte por el señor duque de Bellune y todo el primer cuerpo.

«Todas las tropas se portaron bien, especialmente el 46.º de infanteria lijera, y los regimientos 8.º y 54.º de linea: el tercer batallon del 54.º mandado por el gefe de batallon Martin, se distinguió por varias cargas que dió á la bayoneta.

«Los coroneles Philippon, del 54.º, y Barrié, del 45.º; el gefe de batallon Gheneser, que manda el 46.º de lijeros; los coroneles Dermonecourt, del 4.º de dragones, e Ismert, del 2.º, salieron heridos; los generales Laplane y Chaudron-Rousseau descollaron por sus buenas disposiciones.

«Solo notó un movimiento de indecision el señor mariscal duque de Bellune en uno de los regimientos de la division Lapisse; pero dirigiéndose allí en seguida, evitó los inconvenientes que de ello podrian resultar.

«Mientras la division Lapisse obtenia estas ventajas sobre el centro enemigo, el general Villatte maniobraba al pie del cerro y disponia la brigada que estaba destinada á cubrir la cañada. El batallon de granaderos, á las órdenes de Mr. Bigex, estaba ya formado en columna, y el regimiento 27.º hacia el mismo movimiento cuando el enemigo dio una carga de caballeria contra esta infanteria, carga que

recibieron con la mayor serenidad y valor el batallon de granaderos y el 27.º de infanteria lijera.

«Muchos caballos y ginetes cayeron al pie de las filas de la infanteria; el 23.º de dragones de lijeros que iba á la cabeza de aquella carga, á pesar del fuego de fusileria del 27.º y del batallon de granaderos, penetró en el valle, pasando por entre la division Villatte y la de Ruffin; salióle al encuentro la brigada Strolz, compuesta de los regimientos de cazadores 10.º y 26.º; el general Strolz maniobró con sus tropas para dejarlos pasar y cargarlos por la cola; no tardó en hacerse general la refriega, y el señor mariscal duque de Bellune, que detras de la cortina que formaba la artilleria habia visto á la caballeria enemiga despuntar, hizo que avanzaran los lanceros polacos y los soldados de lijeros westfalenses, los cuales la cogieron de frente y por el costado. Solo se escaparon quinientos hombres del 23.º de dragones de lijeros; todos los demas quedaron muertos ó fueron hechos prisioneros.

«Los señores generales Villatte y Cassagne, que se encontraban con el 27.º, viéronse arrastrados durante algun tiempo por aquella carga y tuvieron que seguirla.

«El señor coronel Lacoste y el gefe de escuadron Bigex se distinguieron particularmente en esta ocasion.

«El general Ruffin habia continuado su movimiento, y la cabeza de su columna rebasaba ya la izquierda del enemigo, cuando recibió orden de que se detuviera y se mantuviese en aquella posicion.

«Eran las cinco de la tarde, y el señor mariscal

duque de Bellune insistió con S. M. C. para que mandase dar un segundo ataque contra toda la línea, pues era seguro que habiendo empezado á perder la línea el enemigo por la embestida que habia ido sufriendo, y las pérdidas que tuviera, se disponia á emprender la retirada. Ya presentaba pocas tropas hacia el centro y habia disminuido el fuego de la artillería, y esto hacia creer habia retirado las piezas ó que le faltaban municiones.

«El cuarto cuerpo, que se habia formado algo lejos del terreno en que se combatió, recibió orden de avanzar sostenido por la reserva y la guardia real. Toda la esperanza se cifraba en este postrer esfuerzo, cuando fueron á avisar al rey que siguiendo una columna enemiga el camino de Talavera, se dirigia hacia el Alberche. S. M. envió un ayudante de campo al señor duque de Bellune para que le noticiara este movimiento y le dijese era su intento emprender la retirada. El mariscal volvió á insistir con S. M. C., y mandó á decirle que nada precisaba el movimiento de retirada, que lejos de atacarnos el enemigo, pensaba en retirarse por su parte, y que si el cuarto cuerpo atacaba, no se tardaría en contener la marcha de aquella columna.

«En este estado permanecieron las cosas hasta la noche, presentando los ingleses pocas tropas, y queriendo dejarse ver en el centro algunos cuerpos de caballería, pero se les arrojó de allí á poco por la artillería colocada en la meseta.

«El señor mariscal duque de Bellune mandó hiciesen un reconocimiento hacia Talavera el 31.º de línea y el 3.º de cazadores, con el objeto de conocer de un modo positivo el movimiento de los enemigos en aquella direccion; y encontramos

abandonado por nuestras tropas y el enemigo parte del campo de batalla del cuarto cuerpo. Solo á un cuarto de legua de Talavera, se encontró una columna enemiga, que del mismo Talavera se dirigia por el camino de Casa de Salinas. Parecia de poca consideracion, y que solo era un simple reconocimiento que el enemigo hacia por su parte para saber qué se habian hecho las tropas que con él habian combatido en aquel lado.

«El señor mariscal duque de Bellune estaba decidido á permanecer aquella noche en sus posiciones, y hacer á la mañana siguiente nuevos esfuerzos para desalojar enteramente al enemigo de las suyas. Dio, pues, orden á los generales de que conservasen las que ocupaban y habian quitado al enemigo, que se surtieran de cartuchos, y estuviesen dispuestos á combatir al dia siguiente.

«El señor mariscal iba á enviar un oficial al rey para darle cuenta de sus disposiciones, cuando recibió aviso de que el cuarto cuerpo y la reserva estaban en marcha para repasar el Alberche, y el movimiento de retirada ordenado por el rey era una necesidad, por hallarse el ejército de Venegas al pie de los muros de Madrid, y en estado de fermentacion esta villa.

«No podia el primer cuerpo mantenerse en las posiciones de que habia arrojado al enemigo, por lo cual se mandó emprender la retirada, despues de dejar que las tropas descansasen en el campo de batalla hasta las tres de la madrugada. Se verificó en el mayor orden y sin dejar ningun carro-mato ni herido.

«La caballería no abandonó su posición hasta el amanecer.

«A las seis de la mañana, todo el cuerpo de ejército había tomado posiciones en la margen izquierda del Alberche en el mismo orden que observaba cuando marchó en busca del enemigo el 27.

«La pérdida del ejército inglés ha sido considerable, pudiendo calcularse en diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Cinco mil cañonazos disparó el primer cuerpo sobre sus líneas, a distancia de la cuarta parte de un tiro; los generales Mackenzie y Langwerth y cuatro coroneles murieron en la acción, y en Talavera encontramos doscientos oficiales y tres mil soldados heridos.

«Para tener una idea de lo que ese ejército ha sufrido baste saber que el primer cuerpo, que quedó solo para observarle, mientras que la reserva y el cuarto cuerpo se dirigían contra Venegas, permaneció los días 29, 30 y 31 á una legua del campo de batalla, sin que se atreviera a intentar nada con él.

«La pérdida del primer cuerpo ha sido también muy considerable; 26 oficiales y 423 soldados han muerto; 126 oficiales y 3,344 soldados han salido heridos.

«Cuartel general de Talavera, 40 de agosto de 1809.

«El general de brigada jefe del estado mayor del primer cuerpo.»

*El rey José al emperador.*

MADRID, 30 de agosto de 1809.

«Señor:

«Tengo la honra de dirigir á V. M. el parte del mariscal Jourdan sobre las operaciones del ejército de V. M., desde 23 de julio hasta 45 de agosto. He encargado á un oficial que lleve el duplicado de ese parte á V. M., pero es probable llegue antes á vuestro poder esta copia que envío por la estafeta. El oficial lleva también á V. M. el parte del mariscal Victor, que V. M. no podrá leer sin pena, porque es difícil concebir la ciega pasión que lo ha dictado.

«Por mi honor y el del ejército le he dirigido la contestación adjunta; y si V. M. está algo satisfecho de los triunfos que han alcanzado sus armas en España y de nuestros esfuerzos por contribuir á ellos, le pido por favor en nombre de los intereses más caros, que destine en Alemania, en Francia ó en Italia al mariscal Victor, y aun al mariscal Ney, que ni me obedece á mí ni al mariscal Soult.

«Estoy ocupado en hacer se restablezcan las comunicaciones, porque hemos perdido varias estafetas, dos que venían de Francia, y tres que iban á ella conduciendo á V. M. mis pliegos escritos después de las acciones de Talavera y Almonacid. El enemigo no habrá sabido por ellas sino sus propios desastres; pero no me atrevo á confiar á la estafeta el parte del mariscal Victor.

«Pido de nuevo á V. M. se digne permitirme tomar para mi guardia veinte hombres de cada regimiento, pues ha disminuido mucho.

«El general Strolz, mi ayudante de campo, ha tenido la dicha de mandar la brigada que hizo prisionero al regimiento ingles 23.º de caballeria. Ruego á V. M. le nombre oficial de la Legion de Honor, de cuya orden es ya caballero, pues mira esta recompensa como superior á cuanto pueda dársele. Es el mismo á quien V. M. encargó hiciese un reconocimiento al llegar á Vitoria, y que habiendo informado de él á V. M. en Burgos, mereció me dijese V. M.: «Hé ahí un oficial completo.» Lo ha probado en el combate de Alcabon, en Talavera y en Almonacid.

«De V. M., señor, adicto servidor y apasionado hermano,

José.»

*Al mariscal duque de Bellune.*

«MADRID, 27 de agosto de 1809.

«Señor mariscal: he recibido vuestra carta escrita en Daimiel el 20 con el parte del gefe de estado mayor del primer cuerpo, fechado en Talavera el 10. Me proponéis que apruebe ese parte, y me causa asombro, mucho mas que su contenido, la proposicion de que apruebe una diatriba astuta de las relaciones que habeis tenido conmigo desde la batalla de Medellin hasta la de Talavera. Preciso es os hayais infundido una idea muy extraña de mi carácter, ó que os la hayais impuesto á vos mismo desfigurando completamente los mo-

tivos del comportamiento que siempre he tenido con vos en todos los sucesos.

«El tono de ese parte es el de un hombre que no contento con mandar el cuerpo mas brillante del ejército, se esfuerza en querer probar que si hubiera dirigido todas las operaciones, los asuntos habrian marchado bien, y que bajo mi direccion han caminado al contrario, mal, por no habersele antojado al emperador colocarme á vuestras órdenes. Como os habeis engañado sobre la indole de las relaciones que he tenido con vos, no extrañareis, señor mariscal, que os diga las verdades.

«No hablaré del paso del Tajo, de los puentes incendiados, etc., y vendré á lo de Talavera. Desfigurais todos los hechos, poniendo en derrota al cuarto cuerpo que ha rivalizado en gloria con el primero; haceis retirar la reserva que solo emprendió durante el dia un movimiento de costado por exigirlo las circunstancias; pretendéis que os visteis obligado á retiraros para seguir el movimiento del cuarto cuerpo y de la reserva el 29 por la mañana, olvidando la carta que os escribí por la noche é ignorando que todo el mundo se habia ido de mi lado y descansaba cuando supe vuestra marcha por la llegada del cuarto cuerpo. Es decir que ignorais entró el general Milhaud en las primeras casas de Talavera donde á nadie encontró, que varios oficiales entraron en la poblacion abandonada y solitaria; y que aquel dia fué siempre mi intencion repasar el Alberche, pero que quise reconocer al enemigo á la madrugada.

«Todo esto lo sabia cuando os vi en vuestra antigua posicion de Cazalegas el 29 por la maña-

na, y no os lo dije; al contrario, os manifesté mi satisfacción por la conducta enérgica que habíais observado el día antes. Quería consolaros de no haber podido tomar el cerro que me decidí á mandar atacar, porque repetidas veces me habíais dicho, señor mariscal: *seria preciso renunciar á hacer la guerra si con el primer cuerpo no tomara esa posición.* Tuve en cuenta los esfuerzos que desplegasteis para ello, así como la abnegación personal con que rechazasteis vos mismo algunas tropas que necesitaron por espacio de algunos segundos oír vuestra voz, veros, para acordarse de que eran del primer cuerpo y del ejército imperial; y me cuesta, señor mariscal, más que lo que pensáis no poder insistir en mis nobles contemplaciones.

«En el feliz momento que mi objeto estaba cumplido, que ochenta mil enemigos se hallaban tan desanimados que no se atrevían á hacer ningún movimiento, y que conocía que vuestro cuerpo de ejército, harto débil cuatro días antes para contener al enemigo en aquella misma posición, se había convertido á consecuencia de la batalla de Talavera en bastante formidable para detenerle, mientras yo iba con el resto del ejército á salvar á Toledo y Madrid, á batir á Venegas y á dar tiempo á que llegara el duque de Dalmacia por retaguardia á donde estaban los ingleses; en semejante estado de cosas, señor mariscal, no debía sino manifestaros mi satisfacción.

«Jamás me hubiera acordado, si no me obligarais á hablaros de ello para sacaros del error en que estais acerca de mí, de que el cerro de Talavera fué mal atacado por vos tres veces, y como lo hubiese sido el 27 por la tarde y el 28 por la ma-

ñana con muy poca gente, os mandé el mismo día 28 hiciéseis atacaran á un tiempo tres brigadas, mientras las otras tres quedarían de reserva, lo cual no sucedió.

«Varios oficiales, entre ellos un ayudante de campo del general Latour-Maubourg, enviados por vos, señor duque, el 28 por la noche, me dijeron delante de todo el estado mayor general del ejército que el enemigo os cogía la vuelta por la derecha, y que trataba también de dirigirse hacia la izquierda del cuarto cuerpo. Otros oficiales me dieron en nombre vuestro informes contradictorios, y entonces fué cuando me decidí á escribiros yo mismo pidiéndoos un parte por escrito, y diciéndoos que, entretanto, daba orden para que todo el mundo descaosara, permaneciendo en sus posiciones y esperando nuevas órdenes así que fuese de día.

«Pero advierto, señor mariscal, que entro en pormenores inútiles, y me apresuro á acabar esta carta, ya demasiado larga para vos y para mí, declarándoos francamente que tengo el parte que me habeis dirigido por lleno de hechos erróneos. Según parece, os pesa mucho estar á mis órdenes, y no debo ocultaros que también yo deseo vivamente, señor mariscal, se sirva destinaros á otra parte S. M. I. y R.

JOSE.»

*El duque de Bellune al rey José.*

TOLEDO, 14 de setiembre de 1809.

«Señor:

«Tengo la honra de dirigir á V. M. la justifica-

cion de que es solo un analisis mi carta de 4 de este mes. Dignaos, señor, enteraros de ella, y devolver à mi alma la tranquilidad que necesita, seguro de que he trazado este escrito con el mas profundo dolor.

«Estaba muy lejos de pensar hace quince dias me veria nunca reducido à la dura necesidad de justificarme de una acusacion contra mi conducta en España, donde creo haber cumplido en todo como hombre de honor.

«El rango que ocupo en el ejército imperial y mi delicadeza no me permiten permanecer mas tiempo agobiado con el peso de una acusacion tan afrentosa, y debo responder à ella con hechos que puedan ilustrar à V. M., cuya rectitud ha sido sorprendida. Yo le suplico que los examine y me haga la justicia que se me debe; y si no bastan para deshacer la opinion desfavorable que ha formado de mi carácter y conducta, le ruego me permita vaya à someterlos à mi soberano, à quien debo dar cuenta de todas mis acciones.

«Abrigo la confianza de que se dignará ser mi juez en una causa que toca tan de cerca à mi existencia y la de mi familia.

«Tengo el honor de ser con respeto, etc.

«El mariscal duque de Bellune.

VICTOR.»

*Copia de la carta  
escrita por S. M.  
el rey de España  
al mariscal duque  
de Bellune, el 27  
de agosto de 1809.*

*Hechos que el mariscal duque  
de Bellune opone à la carta  
de S. M. C.*

«Señor mariscal: he recibido vuestra carta escrita en Daimiel el 20 con el parte del gefe de estado mayor del primer cuerpo, fechado en Talavera el 10. Me proponéis que apruebe ese parte, y me causa asombro, mucho mas que su contenido, la proposicion de que apruebe una diatriba astuta de las relaciones que habeis tenido conmigo desde la batalla de Medellin hasta la de Talavera. Preciso es os hayan infundido una idea muy estraña de mi carácter, ó que os

El gefe de estado mayor del primer cuerpo del ejército de España redactó el parte de que se trata con arreglo al diario que tiene la atencion de llevar de todas las operaciones de dicho cuerpo; y procuró introducir en él toda la exactitud que exige un trabajo de este género, à fin de enterar perfectamente à S. M. C. de los movimientos del primer cuerpo, de las diversas posiciones que ocupó y por qué motivo, único objeto con que se estendió. El gefe de estado mayor que ha ignorado siempre las relaciones que yo tenia con S. M. C., no podía comentarlas, ni de consiguiente hacer una diatriba de ellas, poniéndolas en comparacion en el asunto que estaba encargado de tratar.

la hayais impuesto á vos mismo desfigurando completamente los motivos del comportamiento que siempre he tenido con vos en todos los sucesos. El tono de ese parte es el de un hombre que no contento con mandar el cuerpo mas brillante del ejército, se esfuerza en querer probar que si hubiera dirigido todas las operaciones, los asuntos habrían marchado bien, y que bajo mi dirección han caminado al contrario mal por no habersele antojado al emperador colocarme á vuestras ordenes. Como os habeis engañado sobre la índole de las relaciones que he tenido con vos, no extrañareis, señor mariscal, que os diga las verdades.

Por otra parte, sabía lo mismo que yo, que escribía únicamente para el rey, y el profundo respeto que le profesa no permite abrigar la menor duda acerca de la pureza de sus intenciones cuando se ocupaba de ese trabajo, cuyo objeto ha sido dar á conocer á S. M. C. toda la verdad. Yo he leído el parte antes de dirigirlo al rey, y si hubiese conocido había en él algunos rasgos que pudieran descubrir mis relaciones con S. M. ó que desfigurasen la generosa conducta con que me ha honrado siempre, hubiera suprimido un escrito tan contrario al decoro y á la gratitud. Si hubiera visto en él la presunción, la vanidad y todos los demas sentimientos que S. M. C. ha creído encierra, me hubiera guardado muy bien de dirigirlo, ó es preciso suponer que había perdido absolutamente el juicio para entregarme de este modo á un exceso de impudencia de que no hay ejemplo; pero no tengo que acusarme de semejante extravío.

El respeto que profeso á las virtudes y á la persona de S. M. C. me librará de ello siempre, y creo le doy una nueva prueba enviándole este escrito verídico y puramente militar. Si hubiera tenido las miras que se me atribuyen en la carta de S. M. C. no me hubiese limitado en mi locura á darlas á conocer solamente al rey, sino que es verosímil me habria inducido esa misma demencia á comunicarlas á mi gobierno y á todas las personas cuyas simpatias anhelo; pero el rey es el único que hasta el presente se ha enterado de los pormenores de la campaña del primer cuerpo, desde la batalla de Medellin hasta la de Talavera inclusive.

No es, pues, creible en manera alguna que haya querido alabarme ante el rey en detrimento suyo, y que haya provocado su resentimiento con el designio de perder su benevolencia, la cual tengo en mucho como lo he probado mas de una vez. Efectivamente, todavía no veo nada en el parte del gefe de es-

tado mayor que pueda hacerme sospechoso de semejante extravagancia, sino que peca en varios pasages contra la urbanidad. Le mandé no presentara en él mas que hechos verídicos con las circunstancias de que fueron hijos; y como tal era mi intento, tal mi único deseo, debió conformarse.

S. M. C. pretende que yo le herogado apruebe ese parte, y si se toma la molestia de volver á leer la carta que tuve la honra de escribirle sobre este asunto, verá que mi ruego es relativo únicamente á las operaciones del primer cuerpo, y no al parte de estas mismas operaciones, y que deseaba recompensarla con su aprobacion la conducta del primer cuerpo y la mia.

Siento que S. M. C. no se haya dignado esplicarse sobre el paso del Tajo, que incluye en el número de las faltas de que me acusa. Probablemente no aprobará esta operacion por ignorar las causas que dieron margen á ella. Dándoselas á conocer,



«No hablaré del paso del Tajo, de los puentes incendiados, etc.

espero demostrarle que en vez de merecer sus reconveniones sobre este punto, hice al ejército en esa ocasion un servicio muy importante. Asi para poner á S. M. C. en estado de poder juzgar de ello, voy á remontarme á la época en que dueños los ingleses del campo en Portugal, nada tenían ya que temer por parte del señor duque de Dalmacia.

El 42 de mayo me habia dirigido á Alcántara con el primer cuerpo de ejército, para reconocer y desalojar á una division anglo-portuguesa que se habia reunido hacia aquel punto con el designio de hacer una diversion en favor del ejército español de Cuesta, y de ocultar al mismo tiempo el movimiento que se proponia hacer sobre Plasencia el ejército anglo-portugués, á las órdenes de sir Arturo Wellesley. Tambien esperaba, al dirigirme hacia Alcántara, adquirir noticias positivas del señor duque de Dalmacia, cuya retirada se venia anunciando hacia varios dias, y cuya verdadera

situación interesaba saber. Dos motivos me llevaban, pues, á Alcántara, arrojar á los enemigos de esta población y conocer el estado de nuestros asuntos en Portugal.

La división anglo-portuguesa, arrojada de Alcántara por nuestras tropas hasta más allá de las fronteras de Portugal, no podía ya oponerse á las correrías que debía hacer nuestra caballería en aquel país para averiguar lo que yo deseaba saber. Hizolas, y me trajo la confirmación de las voces que se habían esparcido sobre la retirada del señor duque de Dalmacia, y aviso de que un cuerpo del ejército de sir Arturo Wellesley marchaba hácia España para operar contra el primer cuerpo, de contra uno con el ejército de Cuesta.

Este aviso, repetido por todos los habitantes del país, no daba lugar á dudas sobre su veracidad, y tuve el honor de transmitirlo á S. M. C por medio de la carta que en 24 de mayo escribí al señor mariscal Jourdan, mayor general. El movimiento combina-



UNIVERSIDAD

DIRECCION

do de los enemigos exigía por necesidad formal atención. Mas para dar á conocer su importancia, conviene demostrarla como la concebí entonces y la han probado los últimos acontecimientos.

No teniendo ya nada que temer el ejército anglo-portugués del que mandaba el señor duque de Dalmacia podía dirigirse sobre el primer cuerpo por Alcántara, y atacarle al mismo tiempo que el ejército de Cuesta marcharía igualmente contra él pasando el Guadiana. Esos dos ejércitos podían también combinar sus movimientos contra el primer cuerpo, de modo que le cerraran la única comunicación que tenía, la de Almaraz, y atacarle en seguida con fuerzas triples á la suya, lo cual le hubiera puesto en la situación más molesta. Veamos si fué acertada la resolución que tomé para librarlo de ella.

El caso en que ya se encontraba era crítico, haciéndole mucho mas la falta de viveres. El país estaba agotado, costaba un trabajo in-

JUAN  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAVARRA  
AL DE BIBLIOTECA

®

finito conseguir que el soldado viviera en él medianamente; y no obstante, era preciso mantenerse allí, esperando para tomar un partido á que los enemigos diesen á conocer mejor sus proyectos. Me limité, pues, á situar el primer cuerpo en Torremocha, que es el punto desde donde podia observar á los ejércitos combinados para obrar segun las circunstancias. Al mismo tiempo envié por mandato del rey á Almaráz la division alemana á las órdenes del general Leval, que hasta entonces habia seguido al primer cuerpo.

Esta disposicion era necesaria, porque el puente de barcas que teniamos en el Tajo corria riesgo de ser destruido, aunque estaba protegido por obras que yo habia mandado construir, y custodiado por doscientos hombres de infanteria que habia situado en él. Los numerosos insurgentes del Tietar se hallaban sobre las armas; dejábanse ver en Plasencia, y se comunicaban con ellos gruesos destacamentos del

ejército enemigo de Portugal; y en dos jornadas podian trasladarse reunidos al puente, con cuyo movimiento infaliblemente lo destruirian, siendo este hecho de muy peligrosas consecuencias. La llegada de la division alemana á aquel punto nos preservó de ellas, y la solicitud con que el rey miró este asunto, prueba que S. M. C. no estaba exento de inquietud sobre la situacion del primer cuerpo. Las disposiciones de que acabo de hablar se tomaron el 20 de mayo, época en que yo me hallaba en Torremocha de vuelta de Alcántara. Situado de este modo, observaba al ejército anglo-portugués en la margen derecha del rio Tajo por medio del general Leval, y en la margen izquierda por las partidas que tenia en Alcántara: ademas veia al ejército de Cuesta por medio de otras partidas que tenia hacia el Guadiana. Al mismo tiempo me ocupaba de reunir víveres necesarios para la tropa, trabajo que no era el menos molesto.

Quince días trascurrieron así sin que el enemigo se dejara ver; pero sus proyectos empezaron á desarrollarse á principios de junio. El general Leval me manifestó que los anglo-portugueses se reunían en Plasencia, y que cada día iban tomando más cuerpo los insurgentes del Tietar; noticias que confirmaron las partidas que tenía en Alcántara, y de las cuales me aproveché para redoblar la atención y vigilancia. El general Leval instruyó á S. M. C. de cuanto sabía, siendo indudable se acercaba el momento en que era preciso absolutamente decidirse á tomar la ofensiva contra los enemigos, ó á replegarse detrás del Tajo para evitar un compromiso.

Uno y otro de estos partidos presentaba inconvenientes, pues ¿cómo avanzábamos hacia el Guadiana para atacar al ejército anglo-portugués dispuesto á marchar sobre el primer cuerpo, y á interceptarle el único paso que tenía para retirarse en caso de necesidad? ¿cómo

también, nos replegábamos detrás del Tajo sin animar á los insurgentes, y doblar por consecuencia sus fuerzas contra nosotros? Entre estas dos cuestiones permanecí indeciso hasta el 10 de junio, que apremiado por las circunstancias en que me encontraba, tuve la honra de instruir al rey del apuro en que estaba, y pedirle órdenes.

Ya sabía S. M. C. el movimiento que hacían los enemigos detrás del Tietar; también sabía que el primer cuerpo de ejército no existía en la margen izquierda del Tajo sino con muchísima dificultad; y antes de recibir mi carta de 10 de junio, me envió orden de que me replegara hacia Almaraz, y que de allí fuera á Plasencia, para que pudieran subsistir las tropas. Esta orden es de fecha... de junio, y la firma el señor mariscal Jourdan.

Al punto me puse á ejecutarla, y el 14 de junio emprendió el primer cuerpo la marcha para su nuevo destino. ¿Cual es, pues, el motivo

que ha inducido á S. M. C. á censurar ese movimiento? Si las razones que acabo de dar para justificarlo no bastan, pronto haré conocer cuán necesario era, y que el rey debe felicitarse por haberlo autorizado. Pero antes de entrar en estos pormenores, conviene dar cuenta de la conducta que observé con respecto al puente barcas que se me acusa de haber destruido con muy poca oportunidad.

El primer cuerpo llegó á la margen izquierda del Tajo el... de junio, y debiendo continuar su marcha hácia Plasencia, conforme á la orden de... del mismo mes, no podia trasladarse á su destino mientras no se le preparasen medios de paso en el Tietar, que en aquella época iba muy crecido con la nieve que se derretia. Fue preciso, pues, trasladar á dicho torrente las quince barcas y todos los materiales que habian servido en el puente del Tajo para construir uno nuevo, y esto en cinco carromatos, único medio de transporte que se pudo

emplear; pero se suplió esta falta con gran actividad y un trabajo en extremo penoso. Los pontoneros, ayudados de los artilleros, mostraron en aquella ocasion lo que son capaces de hacer.

Asi que pasaron las tropas, se soltó el puente, dividiendo en tres partes iguales las barcas y todos los materiales que sirvieron para construirlo, y conviniendo en que los tres carromatos trasportarian entres viages ese tren al sitio en que debia establecerse. Aqui es bueno observar que desde el puente del Tajo hasta el que hablamos echado en el Tietar, hay siete larguissimas leguas españolas, y que los tres viages debian hacerse y colocar el puente en veinte y cuatro horas.

Este enorme trabajo no sorprendió un momento siquiera á la valerosa gente que de él estaba encargada, y lo hizo sin levantar mano, estando concluido y listo para cuando vino el señor coronel Maríe, ayudante de campo de S. M. C., y me entregó una orden en que se me manda-

ba enviara á Toledo la division Villatte, la alemana y una brigada de dragones, y que me replegara hácia Talavera con el resto de mis tropas, maniobrando entre el Tietar y el Tajo, de modo que pudiera observar y contener al enemigo.

Héme aquí, pues, metido en un nuevo apuro con respecto á ese puente que acababa de costarnos tantos y tan grandes trabajos. ¿Cómo lo trasportabamos? ¿con qué medios? Todos los carros y tiros de la artillería se empleaban en trasladar las considerables provisiones y municiones de guerra que se habían reunido en Trujillo y Mérida; y con los frecuentes viajes que habían tenido que hacer, estaban sumamente causados los caballos y la gente. El tren de puente no tenía, según acabo de decir, sino la tercera parte de los carromatos necesarios para trasladarlo, y no había que esperar se encontrara en todo el país, por muy lejos que se fuese á buscarlo, ningun carro á propósito para ese tras-

porte. Además no se podía aguardar á que llegasen, porque allí no había recursos con que mantener á las tropas, los trigos estaban todavía verdes, y no existía un grano siquiera en las aldeas, las cuales habían sido abandonadas.

¿Qué hacíamos en semejante estado de cosas? ¿desahucernos de parte de los cañones para trasportar barcas? Los carros de la artillería no son á propósito para emplearlos en eso. ¿Dejar intactas las barcas que no podíamos trasladar? Esto hubiera sido proporcionar al enemigo medios para que nos molestara. El partido mas juicioso era, pues, destruir la porcion de puente que nos era imposible llevar con nosotros, y salvar la otra; y ese es el que adopté, poniéndonos en marcha hácia Talavera, y yendo en pos de la artillería los cinco carromatos con sus barcas y todos los aparejos que habían servido para construir el puente.

Estas aclaraciones me justificarán sin duda á los ojos

de S. M. C. con respecto á los puentes incendiados. Igua- les causas añadidas tambien á otras imperiosas produje- ron la pérdida de las muni- ciones de guerra depositadas en el puente del Arzobispo. Todos los carros de la arti- llería sobrecargados de mu- niciones estaban en marcha hacia Talavera, los de los equipages militares estaban ocupados en trasladar los muchos enfermos que tenia- mos en Trujillo, y no existía ninguno en el país, según manifestamos hace poco.

El ejército español de Cuesta acababa de echar un puente de barcas en el Tajo delante de Almaráz, pasán- dolo quince mil hombres de infantería y cuatro mil cabal- los. Igual número de tropas de infantería del mismo ejér- cito y dos mil caballos se presentaban delante del puen- te del Arzobispo. El Tajo era vadeable por varios puntos. El cuerpo que yo mandaba acababa de quedar reducido á once mil infantes y dos mil caballos, y era preciso formar de él dos cuerpos para con-

tener al enemigo delante del puente de Almaráz y el del Arzobispo. Esos dos cuerpos por sobrado débiles tambien, se hubieran visto comprometi- dos. La penuria nos acosa- ba vivamente, y por lo mis- mo era menester, ó esperar al enemigo y trabar inconside- radamente un choque con él para custodiar aquel depósi- to de municiones, ó destruirlo y replegarse. Creí que unas cuantas municiones averiadas en parte no debían obligarme a esponer las tropas que me quedaban, y mandé arrojar al agua esa pólvora que estorbaba.

La etc. que sigue á la re- convención que S. M. C. me hace tocante á esto es pun- zante, porque parece anun- cia hechos hasta lo infinito; pero como los ignoro no pue- do defenderme de ellos.

Ahora debo procurar que mi justificación sobre el paso del Tajo sea mas clara é in- dudable, y demostrar que lejos de ser vituperable aquel movimiento, debe ser colo- cado en el rango de los que salvan á los ejércitos y pre-

paran la victoria. Bien pronto se convencerá de esto S. M. C. y sentirá, me atrevo a esperarlo así, haberme acusado en esta ocasion.

El 14 de junio fué, como he dicho mas arriba, cuando el primer cuerpo se puso en marcha para repasar á la margen derecha del Tajo. Ya hemos visto que exento en aquella época el ejército anglo-portugués de toda inquietud hacia la parte Norte de Portugal, tenia libertad para moverse, podia dirigir sus esfuerzos hacia España, y anunciaba con sus primeras disposiciones no tardaria en llegar á Plasencia. No dejó indecisa mucho tiempo la opinion acerca de sus proyectos, pues se supo de un modo indubitable que habia llegado á Plasencia á principios de julio, y que despues to á proseguir su marcha hacia Talavera, le habia precedido el general Wellesley, tomándose algunos dias para conferenciar con el general Cuesta, que á la sazón se hallaba en Almaráz con su ejército.



UNIVERSIDAD

DIRECCION

Esta sencilla esposicion de la marcha combinada de los enemigos por las dos márgenes del Tajo hará fácilmente comprender que si el primer cuerpo no hubiera repasado como repasó á tiempo el rio; se hubiera visto reducido al terrible apuro de combatir á la vez con los ejércitos de Cuesta y de Wellesley, que reunidos ascendian á ochenta mil hombres, sin comunicacion para retirarse en caso de necesidad, y espuesto á una ruina total casi inevitable.

Toda su energia no hubiera bastado para librarle de semejante desgracia, y la batalla de Talavera en que se distinguió, no se hubiese dado. De suceso tan funesto hubieran resultado consecuencias mucho mas funestas aun hasta un grado infinito; de suerte que con repasar el Tajo hice un grandísimo servicio á S. M. C. ¿Cuál es, pues, el motivo que me ha atraído su desaprobacion sobre ese movimiento que autorizó?

«Vendré á lo de Talavera. Desfigura»  
Biblioteca popular.

Respondiendo á esta incutacion que supone en mí  
T. XI. 28

rais todos los hechos, poniendo en derrota al cuarto cuerpo que ha rivalizado en gloria con el primero.

sentimientos é intenciones que estan muy distantes de mi corazon y de mi caracter, empiezo por decir que no soy el autor de ese parte, y que no he dictado ni una palabra siquiera de él, pero que lo lei y no vi en él esa derrota del cuarto cuerpo. Si S. M. C. se digna volver á leer el pasage concerniente á dicho cuerpo en la batalla de Talavera, verá se dice que habiendo obtenido ventajas ese cuerpo fué rechazado, y que esto debia influir singularmente en la suerte de aquella jornada.

Yo hago la justicia que se debe al valor que ese cuerpo de ejército desplegó en aquella circunstancia, en que solo fué poco afortunado; pero no por eso es menos cierto que habiéndose visto obligado á replegarse y á ceder á los enemigos mucho terreno, dejó descubierta el ala izquierda del primer cuerpo, y que para dar una razon lógica y consecuente de las operaciones de aquella jornada, debia indicar el gefe de estado mayor esa fatal circunstancia.

S. M. C. podria censurar este pasage del parte si su autor lo hubiese trazado con el intento de perjudicar á la reputacion del cuarto cuerpo, pero sabia que el parte se escribia únicamente para el rey, y que debia detallar con verdad y exactitud los hechos de la jornada que S. M. C. presenció. Por lo demas, no me es dado confesar que el cuarto cuerpo, que no pudo mantenerse firme tres cuartos de hora delante del enemigo, haya rivalizado en gloria con el primero que despues de una refriega de veinte y cuatro horas, puso á ese mismo enemigo en estado de no poder emprender nada contra nosotros.

«Haceis retirar la reserva, que solo emprendió durante el dia un movimiento de costado por exigirlo las circunstancias.

Lo que el gefe de estado mayor ha escrito sobre este punto no es exacto, y S. M. C. ha debido conocerlo así. He cometido el yerro de no haberlo leído con bastante atencion, y al condenarlo en algunos puntos, debo establecer aquí la verdad.

Varios oficiales del rey, especialmente el señor general Lucotte y el señor coro-

nel Guye, vinieron á decirme de parte de S. M. C. que el cuarto cuerpo habia emprendido un movimiento retrógrado, y que, aprovechándose el enemigo de las ventajas que le ofrecia aquella coyuntura, se dirigia con fuerzas numerosas de Talavera hacia el Alberche para rebasar nuestra izquierda, la cual no se habia rebecho todavía; que esta circunstancia era crítica para nosotros, por lo cual pensaba S. M. C. iba á ser inevitable la retirada del ejército; y que me mandaba hiciera que al instante pasara parte de mi caballería hacia nuestra izquierda para ayudar á contener al enemigo.»

Respondi á uno y otro de esos oficiales que S. M. C. podia estar tranquila, que habia observado con mucha atención el camino por donde se suponía aparecía el enemigo, y podia asegurar no se habia dejado ver; que por lo demás, vivamente acosados los enemigos al frente del primer cuerpo, no podían ya mantenerse firmes,

que se alejaban de su línea de batalla; que la retirada de su artillería, la cual hacia media hora que habia cesado de jugar, anunciaba temian, y en fin que estaba persuadido que si el cuarto cuerpo avanzaba, sostenido por la reserva, no tardaria en ser nuestra la victoria. En su consecuencia rogué á monseñores Lucotte y Guye manifestaran esto á S. M. C. Ignoro si lo hicieron, mas vi al cuarto cuerpo y á la reserva recorrer marchando hacia nosotros un espacio de cerca de seiscientos toesas, y en seguida retirarse por medio de un movimiento contrario oblicuando hacia su izquierda. Así es como el gefe de estado mayor debió espresarse acerca de la retirada de la reserva. Ignoro las circunstancias que produjeron ese movimiento, y no dudo serian urgentes, fundadas.

«Pretendeis que os vísteis obligado á retiraros para seguir el movimiento del cuarto cuerpo y de la reserva el El rey me hace aquí cargo por una falta capital que soy incapaz de cometer. Apenas habian trascurrido tres horas desde el momento en que salvé al ejército del bochor-

29 por la mañana. no mas cruel conservando el campo de batalla, cuando llegó adonde yo estaba el señor coronel Expert, uno de los oficiales de S. M. C. á reiterarme de parte suya la órden de que me retirara detras del Alberche, y avisara al señor general Sebastiani cuando se ponía en movimiento el primer cuerpo, á fin de que los dos uniformaran su marcha.

No podia ya oponer ninguna observacion á esta resolución del rey; era casi de noche; no veia lo que hacian los enemigos, y debí pensar que mejor enterada S. M. C. que yo, tenia razones poderosas para retirarse. En su consecuencia avisé al señor general Sebastiani, que obediendo las órdenes del rey el primer cuerpo empezaria su movimiento hácia el Alberche á las 12 de la noche.

Sin embargo, no desesperaba, volviendo á enterar á S. M. C. del estado en que se hallaban las cosas hácia la parte de las líneas enemigas que yo ocupaba, esperaba, mejor dicho, poder inducir á

S. M. C. á que renunciara á un movimiento retrógrado; y con este objeto envié mi primer ayudante de campo el coronel Chateau, encargandole dijese á S. M. C. cuanto las circunstancias y el bien de su servicio me sugerian á fin de hacer se determinase á seguir mi proyecto. Luego aguarde su vuelta para disponer segun las órdenes que el espresado oficial me llevase, el primer cuerpo de ejército, el cual conservó las posiciones que tenia al concluirse la jornada.

Un instante despues de haber marchado el coronel Chateau (eran las diez), el señor general Latour-Maubourg me dió cuenta de que el general Carrois, que mandaba una brigada de dragones, acababa de reconocer una partida enemiga que al parecer se dirigia de Talavera hácia el Alberche. Al mismo tiempo me anunciaba el general Villatte que algunos batallones enemigos iban costeando la cima de la montaña y amenazaban nuestra

derecha. Esos movimientos del enemigo no me parecieron tan terribles que fuera preciso variar la resolución que había adoptado de conservar el campo de batalla, pero pensé era de mi deber ponerlos en conocimiento del rey, y en su consecuencia envié un ayudante de campo del general Latour-Maubourg á S. M. C. para que le participara antes que nada esos movimientos, y sobre todo le dijera no me parecían bastante serios para obligarnos á emprender una retirada que deseaba se evitase.

En tal estado las cosas, me acosté en medio de las tropas, y esperé la vuelta del coronel Chateau. A eso de media noche llegó, y he aquí palabra por palabra lo que me refirió acerca de S. M. C. «Después que puse en conocimiento del rey la posición que ocupa el primer cuerpo y la esperanza que conservais de intentar mañana una empresa con buen éxito contra el enemigo; S. M. C. me dijo: «desde ayer por la tar-

de sé que se ha presentado una columna enemiga á las puertas de Madrid, desembocando por Escalona y Navalcarnero. Por otra parte, Venegas ha pasado el Tajo y se halla á punto de atacar mi capital; pero como tentamos á los ingleses al frente, era preciso atacarlos. Creía que los resultados de la jornada eran mas decisivos, pero según parece, á pesar de las ventajas conseguidas por el primer cuerpo, es cosa de volver á empezar mañana. En este momento tengo que pensar en que Madrid encierra nuestros enfermos, nuestras municiones y todos nuestros almacenes, y que si damos tiempo á que Venegas y la columna de Wilson se apoderen de ellos, perdemos lo mas precioso que tenemos. Sobre todo temo que nuestros enfermos sean víctimas de una sedición popular, y me parece indispensable emprender ese movimiento hácia la capital. Haced saber de mi parte al señor duque de Bellune los motivos que me deciden á emprender ese



«Olvidando la carta que os escribí por la noche, é ignorando que todo el mundo se había ido de mi lado, y descansaba cuando supie vuestra marcha por la llegada

movimiento. La reserva pasará el Alberche á las once de la noche por el puente, inmediatamente seguirá el cuarto cuerpo, vadeando el río mas arriba del puente, y así que el señor duque de Bellune vea moverse el cuarto cuerpo, determinará el del primero.»

En vista de este parte, ¿debia yo insistir aun en permanecer en el campo de batalla? Apelo sobre ello á la justicia del rey. No había que replicar; de suerte que di orden de que se retirara el primer cuerpo á las dos de la madrugada á su antigua posición en la margen izquierda del Alberche. No he vuelto á ver al ayudante de campo del general Latour-Maubourg desde el momento en que lo envié al rey.

No puedo haber olvidado esa carta, ni la olvidaré nunca, pues creo que en mi vida he experimentado una sorpresa como la que experimenté al leerla. Eran entonces las cuatro de la mañana, y estaba muy lejos de sospechar desapareciera S. M. C.

del cuarto cuerpo.

la retirada que me había mandado emprender, y que olvidara en tan poco tiempo cuanto yo había hecho y dicho para evitarla. Me refiero sobre esto por vía de justificación á lo que S. M. C. me mandó á decir con el coronel Chateau, oficial que tiene sobrada inteligencia y fidelidad para que fuera á hacerme incurrir en error en un caso de tanta importancia.

«Es decir que ignorais entró el general Milhaud en las primeras casas de Talavera, donde á nadie encontró, que varios oficiales entraron en la población abandonada y solitaria; y que aquel día fué siempre mi intención repasar el Alberche, pero que quise reconocer el enemigo á la madrugada.

«Todo esto lo sabía cuando os vi en vuestra antigua posición de Cazalegas el 29 por la maña-

Efectivamente ignoraba estas circunstancias que venian en apoyo de todos mis pasos; pero aun cuando hubiera tenido conocimiento de ellas, no por eso habría sido menos obligatoria la orden que había recibido de S. M. C.

El coronel Chateau me había enterado suficientemente de las intenciones de S. M. C., y porque las sabía muy bien fué por lo que se mandó el movimiento retrógrado.

Siento que S. M. C. no haya tenido la bondad de explicarme las faltas de que me creía capaz, cuando tuve el honor de verle el 29 por la mañana. Con eso hubiera tenido la doble satisfacción de

na, y no os lo dije; al contrario, os manifesté mi satisfacción por la conducta enérgica que habíais observado el día antes. Quería consolaros de no haber podido tomar el cerro que me decidí á mandar atacar, porque repelidas veces me habíais dicho, señor mariscal: *seria preciso renunciar á hacer la guerra si con el primer cuerpo no tomara esa posición.* Tuve en cuenta los esfuerzos que desplegasteis para ello así como la abnegación personal con que rehicisteis vos mismo algunas tropas que necesitaron por espacio de unos cuantos segundos oír vuestra voz, veros, para acordarse de que eran del primer cuerpo y del ejército imperial, y

disculparme en su presencia, y de recibir los elogios que creía haber merecido, pero que no puedo atribuir ahora sino á fría compasión.

Si el primer cuerpo no se apoderó del cerro, S. M. C. sabrá dentro de un momento la causa, y espero conozca que ha sido engañada su generosidad en las contemplaciones que ha creído deber tenerme.

me cuesta, señor mariscal, mas de lo que pensais no poder insistir en mis nobles contemplaciones.

«En el feliz momento que mi objeto estaba cumplido, que ochenta mil enemigos se hallaban tan desanimados que no se atrevían á hacer ningun movimiento, y que conocia que vuestro cuerpo de ejército, harto débil cuatro dias antes para contener al enemigo, en aquella misma posición, se habia convertido á consecuencia de la batalla de Talavera en bastante formidable para detenerle, mientras yo iba con el resto del ejército á salvar á Toledo y Madrid, á batir á Venegas y á dar tiempo á que llega-

ra el duque de Dalmacia por retaguardia á donde estaban los ingleses; en semejante estado de cosas, señor mariscal, no debia sino manifestaros misatisfaccion.

«Jamás me hubiera acordado, si no me obligarais á hablaros de ello para sacaros del error que estais acerca de mi, de que el cerro de Talavera fué mal atacado por vos tres veces, y como lo hubiese sido el 27 por la tarde y el 28 por la mañana con muy poca gente, os mandé el mismo día 28 hiciéseis atacar á un tiempo tres brigadas, mientras las otras tres quedarían de reserva, lo cual no sucedió.

Cumplido el objeto de su magestad católica yo creia haber contribuido bastante al

triunfo que acababa de obtener y á la satisfaccion que disfrutaba para recibir sin turbarme los elogios con que me ha honrado. Estaba contento con haber podido dar á S. M. C. pruebas de celo y adhesion, y como ni mi corazon ni mi memoria me acusan de ninguna falta, he recibido las muestras del reconocimiento del rey con el placer que infunde la certeza de haber merecido semejante beneficio. No podia pensar que S. M. C. me hiciese tanta honra para robarme su aprobacion sobre hechos mal comprendidos en la batalla de Talavera; y me hallo harto interesado en que los sentimientos que S. M. C. se ha dignado manifestarme nada pierdan de su veracidad para que le deje por mas tiempo en la opinion que tiene de los ataques del cerro de Talavera.

Conocia lo bastante la importancia de esa posicoín para desear nos perteneciera, é hice, con el fin de apoderarme de ella, cuanto me permitieron los medios que es-

taban á mi disposicion. En el momento de pasar el Alberche con el primer cuerpo, me tomé la libertad de decir al rey iba á maniobrar contra el enemigo de modo que pudiera llevar rápidamente todas mis fuerzas hácia el extremo izquierdo de su línea de batalla, y creia tener una ventaja marcada y decisiva sobre el enemigo por medio de ese movimiento que debía desbaratar su línea y obligarle á cambiar de posiciones; pero que convenia para asegurar el éxito hacer que le apoyaran el cuarto cuerpo y la reserva, á fin de distraer al enemigo con la presencia de estas tropas, y no dejarle que reuniera sus fuerzas sobre su izquierda que yo iba á atacar.

S. M. C. sabe que ejecuté este movimiento con la homogeneidad, el orden y la rapidez que las circunstancias exigian; que el cuarto cuerpo y la reserva se detuvieron á poca distancia del Alberche, y que en la posición que se les hizo tomaran no podian ser de ninguna utilidad para

el ataque proyectado, en vista de que distaban cerca de tres cuartos de legua. S. M. C. sabe tambien que á pesar de lo lejos que se hallaban esas fuerzas cuyo apoyo esperaba yo, no vacilé en mandar atacara á las diez de la noche la posición de que se trata, la division Rufin; pero lo que S. M. C. puede ignorar es la razón porque no concurrieron al ataque tres regimientos destinados á emprenderlo.

Uno de ellos, el 24.º, que tenia la derecha, se extravió en la oscuridad, y el tiempo que gastó en volver á su verdadera direccion era el que debió emplear para secundar los esfuerzos prodigiosos que el 9.º regimiento de infantería acababa de hacer para conservar el cerro de que se habia apoderado. El 96.º, que recibió orden de seguir el ataque por la izquierda, halló obstáculos que no podiamos preveer, y que la noche impidió reconocer, se retardó, pues, en su marcha, y privado el 9.º regimiento del auxilio de los otros dos, ata-

cado por fuerzas considerables, se vió en la necesidad de dejar aquel puesto, testigo de su gran valor.

Se me dirá que debí hacer renovara el ataque la division Villatte ó la de Lapisse; pero á esto respondo: primero, que esta tenia delante á tiro de fúsil un enemigo cuatro veces superior en número, razon para no comprometerla, además de que el movimiento por nuestra derecha, indicaba bastante debía evitar toda refriega con los enemigos, y esperar el resultado de las primeras operaciones; y segundo que yo no debía sin esponer todo el cuerpo de ejército, hacer que renovara el ataque la division Villatte, única tropa de que podía disponer para apoyar la division Lapisse, á nuestras baterías, y hasta á la division Ruffin, que acababa de replegarse, si el enemigo las atacaba. Esta circunspeccion de mi parte la exigía lo distante que se hallaba el cuarto cuerpo, el cual no veía acercarse á nosotros. Es sorprendente que en aquella ocasion no procurara el

enemigo rebasar la izquierda de la division Lapisse, que no tenia ningun apoyo.

S. M. C. vió los esfuerzos que hicimos á la mañana siguiente para tomar el cerro. La division Ruffin se encargó tambien de esta empresa molesta y peligrosa, y la desempeño con una intrepidez que le hace mucho honor. La mayor parte de su gente estaba ya en la cumbre del cerro, y el resto iba á situarse en él; la division Villatte podía tomar allí puesto y asegurar nuestro triunfo hácia aquel punto (tal era mi designio); pero en libertad los enemigos de oponernos todas sus fuerzas por la constante inaccion del cuarto cuerpo, reunieron bastantes y muy pronto para rechazar á la division Ruffin y amenazar á las de Villatte y Lapisse. Fue preciso, pues, limitarse á una defensiva prudente, y esperar un momento en que las operaciones adquiriesen mas unidad en toda la línea. Este momento llegó, y lo que resultó de ello va á acabar de justificarme enteramente á

los ojos de S. M. C. sobre los ataques del cerro.

Con arreglo á sus órdenes, debia yo atacar ese puesto con tres brigadas, y tener las otras tres de reserva; disposicion que indudablemente prometia mucho, pero estaba escrito que el cuarto cuerpo habia de ser tambien el que se opusiera á ella. Asi que dicho cuerpo llegó á la altura de la division Lapisse, entró en combate todo él y á un mismo tiempo contra la linea enemiga que tenia al frente, sin pensar en la posibilidad de una derrota en cualquiera de sus partes, ni remediarla por medio de una reserva. Esta derrota ocurrió, pues el cuarto cuerpo, despues de rechazar á los primeros enemigos que encontró, fué rechazado á su vez por las fuerzas considerables que le quedaban por combatir, y falto de apoyo en su retirada, se vió en la dura necesidad de continuarla y ceder mucho terreno al enemigo.

La division Lapisse, que estaba á su derecha, y que

desalojaba por delante la porcion de ingleses con que tenia que luchar, quedó entonces descubierta enteramente, y no podia continuar su marcha ofensiva sin preparar su ruina. Recibió, pues, orden de guardar su posicion, y observar el terreno que acababa de dejar el cuarto cuerpo. ¿Podia yo en esta situacion valerme de ella para atacar el cerro? Una de sus brigadas debia subir á él para apoyar á la division Villatte que estaba destinada á emprender el ataque principal; pero era evidente que habiendo quedado sola la division Lapisse en el centro de la linea no podia disminuir sus fuerzas sin comprometer la suerte de aquella jornada.

Por otra parte ¿hubiera podido hacerlo sin inconvenientes? Entre la montaña y la colina, esto es, hácia nuestra derecha, ocurrían sucesos que se oponían á ello imperiosamente. El enemigo tomaba la ofensiva contra nosotros por aquel lado con grandes fuerzas de caballería, infantería y artillería, siendo

preciso impedirle que forzara el paso por aquella parte, y de consiguiente emplear una brigada de la división Villatte para que apoyara á la de Ruffin, sumamente debilitada con las pérdidas que acababa de sufrir. También era preciso evitar que los enemigos bajasen contra nosotros de la toma del cerro, á lo cual se disponian. La otra brigada de la división Villatte, sobrado débil para subir á él sola, era suficiente para contener al enemigo que tenia delante, y debi situarla del modo mas ventajoso á fin de realizar este proyecto. He aquí, pues, todo el primer cuerpo emplearlo como podía serlo despues de la retirada del cuarto.

No era ya posible ejecutar el ataque del cerro sin comprometer al ejército; por manera que solo pensé entonces en amenazarle, mientras marchaban hácia el enemigo las tropas de la derecha, y las de la izquierda procuraban con su presencia de ánimo y sus esfuerzos conservar el terreno que habían gana-

do al enemigo, é impedir que nos rebasase. Estas disposiciones tuvieron todo el éxito que eran de desear en semejante circunstancia, pues la izquierda de los enemigos fué vivamente rechazada, las tropas que tenian en el cerro no se atrevieron á bajar, y la división Lapisse se mantuvo en sus posiciones, aunque es verdad que le ayudó la caballería del general Latour-Maubourg.

Tales son las diversas circunstancias que contrarrestaron les ataques del cerro. Espero ilustrarán á S. M. C. y que de hoy mas no fluctuará, en sus benévolos sentimientos hácia mi, entre el contento y la desaprobacion.

«Varios oficiales, entre ellos un ayudante de campo del general Latour-Maubourg, enviados por vos, señor duque, el 28 por la noche, me dijeron delante de todo el estado mayor general del ejército que el enemigo os cogia

Tengo la honra de recordar á S. M. C. que los oficiales á quienes encargué le instruyeran del estado de las cosas son el señor general Lucotte, los coroneles Guye y Chateau, y un ayudante de campo del señor general Latour-Maubourg; y que los primeros debían tranquilizar á S. M. C. refiriendole lo que yo pensaba de nuestra situa-

la vuelta por la derecha, y que trataba tambien de dirigirse hacia la izquierda del cuarto cuerpo. Otros oficiales me dieron en nombre vuestro informes contradictorios, y entonces fué cuando me decidí á escribiros yo mismo pidiéndoos un parte por escrito, y diciéndoos que, entre tanto, daba orden para que todo el mundo descansara, permaneciendo en sus posiciones, y esperando nuevas órdenes así que fuese de dia.

cion despues de la retirada del cuarto cuerpo, y diciéndole era de parecer que este cuerpo volviera á colocarse en linea con la reserva para que la jornada fuese completamente ventajosa, pues en vez de hacer movimientos los enemigos hacia nosotros, parecia mas bien que se alejaban, y yo deseaba vivamente mantenerme en el campo de batalla. Iguales observaciones debió hacer á S. M. C. el coronel Chateau conforme á las instrucciones que le di, y segun lo que él mismo habia podido observar.

El ayudante de campo del señor Latour-Maubourg debió tambien repetir á su magestad católica lo que le dije varias veces en estos términos:

«Id á decir á S. M. C. de mi parte que el señor general Carrois ha reconocido una partida enemiga á nuestra izquierda en direccion de Talavera al puente del Alberche, y que el general Villatte me manifiesta que á nuestra derecha aparecen algunos batallones en la montaña. Sobre

todo no dejéis de decir á su magestad católica que no creo sean esos movimientos bastante serios para obligarnos á emprender la retirada, y que me parece de la mayor importancia el que permanezcamos como estamos.»

No conozco mas oficiales que hayan sido comisionados por mí para ir á ver á su magestad católica.

Mas arriba he referido lo que S. M. C. dijo al coronel Chateau para decidir el movimiento retrógrado, y la orden positiva apoyada en razones que no tenian réplica para que se emprendiese. Nada tengo que añadir sobre esto, sino que jamás podré concebir el motivo que haya podido dictar la carta en que S. M. C. condenó á la una ó las dos de la madrugada una retirada que mandó hacer, á pesar de mis instancias, á las once de la noche, y que estaba concluida cuando se me entregó esa carta.

«Pero ¡advierto, señor mariscal, que entro en pormenores inútiles, y me

Si S. M. hubiese tenido datos exactos acerca de mi conducta en todo tiempo desde que me hallo en España, y

apresuro á acabar esta carta, declarandoos francamente que tengo el parte que me habeis dirigido por lleno de hechos erróneos.



especialmente de la que he observado antes de la batalla de Talavera, durante ella y despues, no me hubiera negado su aprecio un instante siquiera ni tomádose la molestia de entrar en tantos pormenores para manifestarme que me lo niega. Con eso me hubiera ahorrado el pesar de leer y el dolor de tener que contestar.

En cuanto al parte que tanto ha podido indisponer á S. M. C. contra mí, debo asegurar que el jefe de estado mayor lo estendió con el intento de instruir á S. M. C. minuciosamente de todas las operaciones del primer cuerpo, que escribió los hechos como los vió y pasaron, y que si en ellos hay algun error, no se ha cometido con el designio de faltar al respeto que, lo mismo él que yo, profesamos á S. M. C. Yo lei ese parte cuya veracidad me llamó la atención, pero siento no haber observado con bastante atención, para suprimirlos, algunos pasages que puedan faltar á las reglas de la urbanidad.

«Segun parece, os pesa mucho estar á mis órdenes, y no debo ocultaros que tambien yo deseo vivamente, señor mariscal, se sirva destinaros á otra parte S. M. I. y R.  
JOSE.»

No sé como he podido dar lugar á que S. M. C. piense me pesa estar á sus órdenes, pues me parece que he aprovechado todas las ocasiones que se me han presentado para probarle era para mí una insigne honra, al propio tiempo que una satisfaccion, servir bajo su mando, necesiándose nada menos que su carta de 27 de agosto y el deseo con que termina para inducirme á pensar de otro modo. Si S. M. C. se ha dignado leer este escrito que el honor, asi como el deseo de poseer su confianza, me manda trazar; si las aclaraciones verídicas que le doy le mueven bastante para hacerle conocer ha sido sorprendida su recititud, olvidaré sin esfuerzo las penas que su poco merecido descontento me ha causado, y todavía podré probarle en adelante que soy digno de su benevolencia. En caso contrario, aprovecharé el permiso que me concede para pedir á S. M. el emperador y rey me destine á otra parte.

Cuartel general de To-

ledo 14 de setiembre de 1809.

*El mariscal duque de Bellune.*

VICTOR.

*Extracto de las memorias manuscritas del mariscal Jourdan.*

(1809.)

«Al mismo tiempo que los franceses se dirigian el 27 de Santa Olalla hacia el Alberche, los generales Cuesta y Sherbrooke se replegaban sobre Talavera, y el general Wilson, que habia llevado sus avanzadas hasta Navalcarnero, con la esperanza de hacer que estallara una insurreccion en Madrid, con cuya capital estaba en inteligencia, volvia atras a toda prisa.

«El ejército francés empezó a llegar al cerro que domina el Alberche a eso de las dos de la tarde. Desde allí se veia a los enemigos moverse, pero el terreno cubierto de olivos y un encinar, no permitia distinguir si se retiraban ó tomaban posiciones. Se reconoció tambien una retaguardia que quedaba en el encinar, en las inmediaciones de Casa de las Salinas, compuesta de una division de infanteria, una brigada de caballeria y cuatro bocas de fuego, y mandada por el general Mackenzie.

«Con la esperanza de batir á esa retaguardia y llegar contra el grueso del ejército antes que los generales enemigos hubiesen acabado de tomar

sus disposiciones, ya quisieran aceptar la batalla ó rehusarla, mandó el rey que el mariscal Victor pasara el Alberche con sus tres divisiones de infanteria y la brigada de caballeria lijera del general Beaumont, y se dirigiera hacia Casa de Salinas. El regimiento 16.º de infanteria lijera, que marchaba a la cabeza de la division Lapisse, no tardó en trabar el fuego, y despues de un combate que duró una hora, tuvo que retirarse precipitadamente el general Mackenzie, sufriendo una pérdida de consideracion los regimientos ingleses 31.º y 87.º

«Mientras se verificaba esta refriega, pasaban el Alberche los dragones de Latour-Maubourg y la caballeria lijera del general Merlin, y se formaban en la llanura, entre el camino real de Talavera y el de Casa de las Salinas, siguiendo el mismo movimiento el cuarto cuerpo y la reserva, colocada á su izquierda la division de dragones del general Mithaud. En este orden avanzó aquella parte del ejército, y cuando llegó la noche se detuvo á tiro de cañon de los españoles, á los cuales no se podia distinguir á causa de los vallados y los olivos que los ocultaban.

«La caballeria lijera encargada de ir á reconocerlos, fué recibida con una vigorosa descarga que la hizo replegarse un poco en desorden, lo cual dió lugar que sir Wellesley y el general Cuesta pintaran en sus partes este simple reconocimiento como un ataque combinado que se rechazó.

«Sobre la derecha, continuando el duque de Bellune la persecucion y haciendo fuego de cañon sobre la retaguardia de los ingleses, desembocó

del encinar, y se halló frente á una colina en que apoyaban su izquierda. Pareciéndole que aquella altura era la llave de la posición, el mariscal creyó debía procurar apoderarse de ella al momento sin esperar órdenes del rey. El general Ruffin, á quien se confió el ataque, puso su división en movimiento á las nueve de la noche, y el regimiento 9.º de infantería ligera atravesó un barranco ancho y profundo, subió la cuesta escarpada de la colina y llegó hasta la cumbre; pero no habiéndole sostenido el 24.º, que en la oscuridad tomó una dirección falsa, ni el 96.º que se retardó en el paso del barranco, fué rechazado con pérdida de trescientos hombres entre muertos y heridos, hallándose entre estos últimos su coronel Meunier que recibió tres balazos.

«Los generales ingleses y españoles han dicho en sus partes que este ataque se renovó durante la noche; pero es un error. Efectivamente, á eso de las dos de la madrugada hizo su línea un fuego bien nutrido por espacio de algunos minutos, lo cual fué ocasionado sin duda por una alarma falsa pues los franceses no se movieron de sus vivaques.

«El duque de Bellune, al dar cuenta al rey del resultado de su ataque, le previno iba á repetirlo al amanecer. Quizás se debió mandarle que esperara á que se hubiese reconocido bien la posición de los enemigos y estuviera todo dispuesto para una acción general; pero el mariscal conocía perfectamente el terreno en que se hallaba por haber permanecido mucho tiempo en las cercanías de Talavera, y estaba al parecer tan persuadido del triunfo que el rey creyó debía dejarle obrar según deseaba.

El 28 por la mañana dispuso el general Ruffin sus tres regimientos del modo siguiente: el 9.º de infantería ligera á la derecha, el 24.º de línea en el centro, y el 96.º á la izquierda, formado cada batallón en columna cerrada por división. Esos bravos regimientos treparon á la colina con extraordinaria intrepidez, y llegando el 24.º a la cima, estuvo para apoderarse de las cuatro piezas de artillería que habia allí en batería; pero como el enemigo no se veía amenazado en los demas puntos, pudo poner en marcha nuevas tropas que rechazaron á los acometedores. Sin embargo, los generales Ruffin y Barrois, que se distinguieron por su serenidad, sangre fría y valor, volvieron á conducir sus tropas en buen orden hacia adelante.

«Esta acción, que duró poco, fué muy mortífera. He aquí como se expresaba sir Wellesley en su parte al hablar de ella: *Defendiendo esa posición importante, hemos perdido muchos oficiales valientes, entre ellos los mayores de brigada Forpe y Gardner; el general Hill ha salido también herido, pero levemente. La pérdida de los franceses fué de no menos consideración.*

«Después de este ataque infructuoso, el rey se trasladó al terreno que ocupaba el primer cuerpo, desde donde se descubria con más facilidad la posición de los enemigos. Dicha posición tenia una legua de extensión poco más ó menos, desde la colina que coronaba la izquierda de los ingleses al Tajo, donde se apoyaba la derecha de los españoles. Esa colina, cuya pendiente es muy rápida, está enlazada con una continuidad de cerrillos que se prolongan en dirección á Talavera, y está separada de una montaña que forma el estribo del

Tietar por una cañada de cerca de trescientas toesas de curvatura, donde nace un barranco que protegía el frente de los ingleses.

«En el centro, entre los dos ejércitos enemigos había una altura, en que se construyó un reducto y sobre el frente de los españoles existían unos olivares, muchos vallados, viñas y zanjas. La carretera que va á parar del Alberche á Talavera estaba defendida por una batería de grueso calibre colocada delante de una iglesia, ocupada, lo mismo que la poblacion, por infantería española.

«Se ve, pues, que los franceses tenían que superar graves obstáculos para acometer á los enemigos, mientras estos, formados en varias líneas en un terreno desahogado, podían maniobrar fácilmente y enviar con rapidez socorros á los puntos mas amenazados.

«Después de hacer este reconocimiento, el rey preguntó al mariscal Jourdan si era de parecer que diera la batalla, y el mariscal contestó le parecía inatacable de frente una posición tan fuerte, defendida por un ejército muy superior en número; que como al principio descuidó sir Wellesley el ocupar la cañada y la montaña que había á su izquierda, hubiera podido cogérsele la vuelta si en vez de llamar su atención por aquel lado con dos ataques, hubiésemos hecho al contrario serias demostraciones sobre su derecha; que durante la noche, y guardando el mas profundo silencio, se hubiera podido reunir todo el ejército hácia la derecha, situarlo en columna á la entrada de la cañada, atravesar esta al amanecer, y formarse en seguida sobre la izquierda en batalla; que verosimilmente nos hubiéramos hecho

dueños de la colina en la que hubiera girado perpendicularmente el ejército, lo cual habría obligado á los enemigos á cambiar de frente, movimiento que hubiese podido aprovecharse dando un ataque vigoroso; que con todo no hubiéramos podido lisonjearnos del buen éxito de una maniobra tan atrevida mientras no se ocultase al enemigo el paso de la cañada, lo cual era imposible ya, puesto que advertido el general inglés con los ataques anteriores del riesgo que corría su izquierda, la ponía en seguridad por medio de un numeroso cuerpo de caballería que en aquel mismo momento tomaba puesto á la salida de la cañada, y una division de infantería española que trepaba á la montaña; y que además, aun cuando fuese tiempo todavía de dirigir el ataque segun acababa de esponer, vacilaria en aconsejarlo al rey, atendiendo á que en caso de una desgracia, no podriamos retirarnos sino hácia Avila por caminos intransitables para carruages, sacrificando la artillería y los equipages del ejército y entregando á los enemigos Madrid con cuanto material había allí reunido.

«El mariscal concluyó por decir era de parecer permaneciéramos de observacion al frente de los enemigos, ora en la posición que ocupabamos, ora regresando hácia el Alberche hasta el momento en que tuvieran los ingleses que separarse de los españoles de resultas de la marcha del duque de Dalmacia.

«Consultado á su vez el mariscal Victor, respondió que si el rey quería mandar atacara la derecha y el centro de los enemigos el cuarto cuerpo, él se comprometia á tomar con sus tres divisiones

la altura que había atacado infructuosamente dos veces, añadiendo que *si no lo lograba, sería preciso renunciar á hacer la guerra.*

«Colocado el rey entre dos pareceres tan opuestos, estaba un poco apurado, pareciéndole por un lado muy dudoso el éxito, y conociendo por otro que si adoptaba el dictámen del mariscal Jourdan, no dejaría de escribir el duque de Bellune al emperador se le había hecho perder la ocasión de alcanzar una victoria brillante contra los ingleses.

«No obstante, es probable hubiera seguido el consejo de la prudencia si en aquel mismo momento no hubiese recibido una carta del duque de Dalmacia en que anunciaba que hasta el 3 ó el 5 de agosto no estaría reunido su ejército en Plasencia. Esta circunstancia trastornaba todos los cálculos. Sabíase además que el enemigo había llevado artillería para batir á Toledo, y que la vanguardia de Venegas se acercaba á Aranjuez. Era preciso, pues, dentro de dos días, á mas tardar, formar un destacamento de tropas para socorrer á la ciudad atacada y salvar á la capital; pero antes de dividir sus fuerzas creyó el rey debía aventurar una acción general.

«Tomada esta determinación, en vez de disponerse el mariscal Victor á atacar la colina con sus tres divisiones, á lo cual se había comprometido, mandó al general Ruffin formase sus tropas en columna; se dirigiera al extremo de la derecha y penetrara en la cañada, costeano al pie de la montaña, hácia la cual impelió el 9.º regimiento de infantería ligera para contrarrestar á la división española que acababa de llegar á ella. Dió orden

al general Villatte para que formara igualmente sus tropas en columna y se colocara á la entrada de la cañada, al pie de la colina; y por último, solo al general Lapisse encargó atacase esa colina. La división de caballería ligera del general Merlin, y los dragones de Latour-Maubourg se situaron detrás de la infantería del primer cuerpo, para apoyarla en caso necesario, y para estar en disposición de poder atravesar la cañada, pasando por entre las divisiones de Ruffin y de Villatte, si la de Lapisse tomaba la colina.

«El general Sebastiani recibió orden de situar la división francesa de su cuerpo de ejército en dos líneas á la izquierda de la de Lapisse, y la división alemana á la izquierda de la francesa, pero algo detrás, teniendo en segunda fila la brigada polaca. El general Milhaud, apostado en la extrema izquierda en un terreno mas despejado, estaba encargado de observar á Talavera y la derecha de los españoles. La reserva quedó de tercera línea del cuarto cuerpo.

«Eran las dos de la tarde, cuando se acabó de tomar estas primeras disposiciones. La división Lapisse debía empezar el ataque, pero la del general Leval, que, como hemos visto, debía formar sobre la izquierda un escalon á la espalda para estar en situación de operar contra el ejército español en caso de que fuese á socorrer á los ingleses, ó bien tratase de hacer una diversion en favor suyo, rebasando la izquierda de los franceses; la división Leval, decimos, avanzó demasiado, y se halló en presencia de la izquierda de los ingleses y de la derecha de los españoles. Este error provino de lo enmarañado del terreno, y la imposibilidad

de distinguir la línea en medio de los olivares y las viñas.

«Apenas se desplegó, fué atacada por fuerzas superiores; pero sin embargo, despues de un violento combate que duró tres cuartos de hora, se rechazó al enemigo, y un regimiento inglés estaba pronto á rendir las armas, cuando cayó muerto el coronel del de Baden que lo habia copado. Este regimiento cedió entonces, y el inglés se vió libre; pero se le cogió unos cien hombres, el mayor, el teniente coronel y el coronel, el último de los cuales murió de sus heridas.

«Así que el rey advirtió habia entrado en lucha antes de tiempo la division alemana, envió orden al general Sebastiani para que la hiciese replegarse al terreno que debia ocupar. Con efecto, hubiera sido muy arriesgado privarse de la única infantería que podía oponerse al ejército español en caso de necesidad, y esponerla á ser envuelta por este ejército mientras luchase con la derecha de los ingleses.

«Ejecutada la orden, se formó la línea del cuarto cuerpo segun habia dispuesto el rey; pero las dos partidas acababan de perder mucha gente en una accion sin resultado; y la artillería del general Leval, conducida imprudentemente en medio de los bosques, viñas y zanjas, no pudo ser sacada de allí por haber matado el enemigo la mayor parte de los caballos que tiraban de ella; suceso lamentable de que han sacado partido los ingleses para atribuirse la victoria, y que se cometió la falta imperdonable de ocultar al rey.

«Habiendo acabado el mariscal Victor de tomar sus disposiciones, el general Lapisse se puso en

marcha á la cabeza de su division, atravesó el barranco, trepó por la cuesta escarpada de la colina, y empezaba á situarse en ella, cuando fué herido mortalmente. Conmovidas sus tropas con esta desgracia, y no siendo apoyadas, como debian serlo, por otras divisiones del primer cuerpo, no pudieron resistir al ataque de los refuerzos que sir Wellesley dirigió contra ellas. Obligadas á batirse en retirada, las rehizo el mariscal Victor, volviéndolas á conducir hasta el pie de la altura.

«Al mismo tiempo, temiendo el general inglés le cogieran la vuelta las dos divisiones, que segun hemos visto arriba, se divisaban en la cañada, lanzó contra ellas un grueso cuerpo de caballería; pero contuvo esta carga el fuego de la infantería francesa. Sin embargo, el 23.º regimiento de dragones de lijeros ingleses, pasó por entre las divisiones de Villatte y Ruffin, y se dirigió contra la brigada del general Strolz, compuesta de los regimientos 10.º y 26.º de cazadores montados. Maniobrando dicho general de modo que dejó pasar al regimiento enemigo, le cargó por la cola, mientras el general Merlin con los lanceros polacos y los ginetes de lijeros westfalenses, le acometia de frente; y rodeados por todas partes los dragones ingleses, todos ellos murieron ó fueron hechos prisioneros.

«Mientras tenian lugar estos sucesos en el primer cuerpo, la division francesa del cuarto atacaba con buen éxito el centro de los ingleses; pero quedando descubierta su derecha con la retirada de la division Lapisse, la cogió el enemigo de costado. No obstante, el general Rey, que mandaba la primera brigada, cargó al enemigo á la cabeza del

regimiento 28.º, teniendo el 32.º en segunda línea, le contuvo, y rechazó tres ataques sucesivos. Al mismo tiempo el general Belair, al frente del 75.º y del 58.º, arrollaba á la brigada de guardias y desembocaba en la llanura, cuando le detuvo una carga de caballería. Los tres gefes de batallon del primero de esos dos regimientos y su coronel salieron heridos; quedando prisionero este último.

«Advirtiendo el general Sebastiani que el ejército español no hacia ningun movimiento, acercó á él la division alemana, y la situó en segunda línea de la division francesa; pero mientras tanto recibió orden del rey de suspender su ataque y permanecer en el terreno que ocupaba, porque cualquier tentativa por aquel lado no podia tener resultado ventajoso, desde la retirada de la division Lapisse. Los ingleses, satisfechos con haber conservado su posicion, no emprendieron ya nada, y el combate cesó en toda la línea, aunque los dos ejércitos se hallaban únicamente á medio tiro de cañon.

«Queriendo el rey intentar un nuevo esfuerzo, dió orden á la reserva de que se dirigiera hácia la derecha, cuando se le hizo presente que el dia estaba muy avanzado, y que suponiendo que se consiguiese alguna ventaja, no habria tiempo para aprovecharse de ella. Entonces se revocó la orden, y el rey se retiró en medio de su guardia, donde estableció su vivac, mostrándose muy determinado á dar otra batalla á la mañana siguiente, ó á lo menos á no tomar un partido contrario sino despues de haber reconocido cuando fuese de dia las disposiciones del enemigo.

«Sin embargo, á eso de las diez de la noche llegaron unos oficiales del primer cuerpo á anunciar que el enemigo habia cogido la vuelta por la derecha al duque de Bellune, y éste no podia permanecer en su posicion; y otros al contrario decian que el mariscal opinaba que los enemigos no podrian resistir á un nuevo ataque. Para cerciorarse de la verdad, escribió el rey al mariscal sin demora; pero aun no habia recibido contestacion, cuando al rayar el dia se presentó el general Sebastiani, seguido de todo su cuerpo de ejército, diciendo se habia retirado porque el primer cuerpo se replegaba hácia Cazalegas, costeano las montañas.

«En este caso no habia que deliberar; era preciso seguir el movimiento. La division de dragones del general Milhaud formó la retaguardia, y las tropas marcharon lentamente y en buen orden, sin que el enemigo las siguiese. El cuarto cuerpo y la reserva ilegaron á la posicion del Alberche por el camino real de Talavera á Madrid, al mismo tiempo que el primer cuerpo llegaba á él por el de Casa de las Salinas. Sabedor el rey de que quedaban atrás algunos heridos, mandó al general Latour-Maubourg volviera á dirigirse hacia adelante con su division, y los trajera, lo cual se ejecutó sin que el enemigo se opusiese.

«Esa retirada, emprendida sin necesidad, sin orden del gefe del ejército y contra su voluntad, dió margen á un vivo altercado entre el mariscal Victor y el general Sebastiani, cada uno de los cuales sostenia no se retiró sino porque el otro abandonó su posicion.»

CARTAS DEL EMPERADOR.

Al general Clarke, ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 15 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 8, y no comprendo bien los asuntos de España ni lo que allí ha pasado, donde estaba el ejército francés el 29 y el 30, y donde permaneció esos dos días el inglés. El rey dice que hace un mes está maniobrando con cuarenta mil hombres contra cien mil; escribidle que de eso es de lo que me quejo. El plan de hacer que vaya el mariscal Soult hacia Plasencia es defectuoso, peca contra todas las reglas, tiene todos los inconvenientes y ninguna ventaja: 1.º porque el ejército inglés puede pasar el Tajo, apoyar su espalda en Badajoz, y no temer ya nada del mariscal Soult; y 2.º porque puede batir a los dos ejércitos en detall. Si, al contrario, hubiesen ido hacia Madrid Soult y Mortier, hubieran estado allí el 30, y reunido el ejército el 15 de agosto, ascendiendo a ochenta mil hombres, habría podido dar una batalla y conquistar á España y Portugal. Yo había encargado que no se diera batalla si los cinco cuerpos ó á lo menos cuatro no estaban reunidos; pero en Madrid no se entiende una jota de movimientos en grande.

NAPOLEON.»

Al general Clarke, ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 18 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 12, y veo que ese día no había cartas de España. Si me hace tarde saber noticias de este país y de la marcha del duque de Dalmacia. ¡Qué ocasión tan bonita se ha frustrado! ¡Treinta mil ingleses á ciento cincuenta leguas de la costa delante de cien mil hombres de las mejores tropas del mundo! ¡Lo que es, Dios mio, un ejército sin jefe!

NAPOLEON.»

Al general Clarke, ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 25 de agosto de 1809.

«Adjunta hallareis una relacion del general Sebastiani que me remite el rey de España. Asi que haya recibido la del duque de Bellune que me anuncia, veré si conviene mandarlas insertar en el *Monitor*. Por la relacion del general inglés Wellesley vereis que hemos perdido veinte cañones y tres banderas. Manifestad al rey mi asombro, y mi descontento al mariscal Jourdan porque me envia patrañas, y en vez de darme á conocer el verdadero estado de las cosas me presenta exageraciones propias de un colegial.

«Deseo saber la verdad, cuales son los artilleros que abandonaron sus piezas, y las divisiones de infantería que se las dejaron quitar. Dad á en-

tender en vuestra carta al rey que he visto con sentimiento diga que los soldados han salido vencedores, pues esto es echar á perder las tropas; que el hecho es que he perdido la batalla de Talavera; que necesito, sin embargo, tener noticias verdicas y saber el número de muertos, heridos, cañones y banderas que hemos perdido; que en España se emprenden las cosas sin madurarlas y sin tener conocimientos en materia de guerra; y que el día de una accion se sostienen sin homogeneidad, sin proyecto fijo, sin decision.

«Escribid al general Sebastiani que el rey me ha enviado su parte sobre la batalla de Talavera: que en él no he encontrado el tono de un militar que da cuenta de la situacion de las cosas; y que hubiera deseado me hubiese dado á conocer las pérdidas y pormenores exactos, pero verdaderos, de lo que pasó, porque se me debe decir la verdad y así lo exige el bien de mi servicio.

«Haced entender á unos y otros que es faltar al gobierno ocultarle cosas que sabe por todos los individuos del ejército que escriben á sus parientes, y esponerle á que de fe á todos los relatos del enemigo.

NAPOLEON »

*Al ministro de la Guerra.*

SCHOENBRUNN, 10 de octubre de 1809.

«Deseo escribais al rey de España para que comprenda que nada es tan contrario á las reglas

militares como dar á conocer las fuerzas de un ejército, ya en órdenes del día y proclamas, ya en gacetas; que cuando se habla de nuestras fuerzas se debe exagerarlas y presentarlas como formidables, doblando ó triplicando su número, y que cuando se habla del enemigo se debe disminuir su fuerza en la mitad ó la tercera parte.

«Decidle que en la guerra todo es moral; que se ha apartado de este principio al decir que no tenia sino cuarenta mil hombres y al público que los insurgentes tenian ciento veinte mil; que eso de presentar como inmenso el número de enemigos es llevar la desanimacion á las tropas francesas, y dar al enemigo una opinion muy débil de los franceses; que es proclamar su debilidad por toda España, en una palabra, dar fuerza á los enemigos y quitársela á sí propio; y que está en el espíritu del hombre el creer que á la larga el número mas corto debe ser derrotado por el mayor.

«Los militares mas espertos calculan con trabajo en un día de batalla el número de soldados de que se compone el ejército enemigo, y en general el instinto natural induce á tener por mas numeroso de lo que es en realidad el enemigo que se ve. Empero generalmente cuando se comete la imprudencia de dejar que circulen ideas, ó autorizar uno mismo cálculos exagerados sobre la fuerza del enemigo, esto ofrece el inconveniente de que cada coronel de caballeria que va á hacer un reconocimiento ve un ejército, y cada capitán de la compañía de cazadores, batallones.

«Veo, pues, con sentimiento lo mal que se dirigió en España el espíritu de mi ejército, repitiendo que éramos cuarenta mil contra ciento vein-

te mil. Con estas declaraciones solo se consigue un objeto, disminuir nuestro crédito en Europa haciendo creer que en nada estriba, y debilitar nuestro resorte moral aumentando el del enemigo. Vuelvo á decir que en la guerra, la moral y la opinion entran en mas de la mitad de la realidad. La habilidad de los grandes capitanes ha consistido siempre en publicar y hacer que aparezcan á los ojos del enemigo sus tropas como numerosísimas, y á los ojos de su propio ejército el enemigo como muy inferior. Esta es la primera vez que se vé un gefe deprimir sus medios mas allá de la verdad, ensalzando los del enemigo.

«El soldado no juzga, pero los militares dotados de criterio, cuya opinion es digna de estima y que juzgan con conocimiento de causa, fijan muy poco la atencion en las órdenes del dia y proclamas, y saben apreciar los sucesos.

«Credo que en lo sucesivo no se volverán á cometer semejantes inadvertencias, y que por ningún pretexto se redactará orden del dia ni alocucion que tienda á dar á conocer el número de tropas de mis ejércitos. Tambien creo se adoptarán medidas directas é indirectas para dar la opinion mas elevada de su fuerza. En España tengo en consistencia, valor y número, dobles, triples tropas que en parte alguna. Cuando venci en Eckmühl al ejército austriaco, éramos uno contra cinco, y sin embargo, mis soldados creían que por lo menos eran iguales: aun hoy mismo, á pesar del largo tiempo que ha trascurrido desde que estamos en Alemania, no conoce el enemigo nuestra verdadera fuerza. Cada dia procuramos hacernos mas numerosos, y lejos de confesar que no tenia en

Wagram sino cien mil hombres, me dedico á persuadir eran doscientos veinte mil (1).

«En mis campañas de Italia, donde tenia un puñado de gente, constantemente exageré mis fuerzas, lo cual me sirvió para mis proyectos y no disminuyó mi gloria. Mis generales y los militares instruidos sabian muy bien, despues de los acontecimientos, reconocer todo el mérito de las operaciones, hasta el de haber exagerado el número de mis tropas. Con vanas consideraciones, con orgullo mezquino y con pasioncillas, jamás se hace ninguna cosa grande.

«Espero, pues, no volverán á renovarse en mis ejércitos de España esas faltas tan enormes y perjudiciales para mis armas é intereses.

NAPOLEON.»

(1) Preciso es observar que Napoleon pone aqui el ejemplo al lado del precepto, pues no dice la verdad sobre la estension de sus fuerzas en Wagram. Con el deseo de probar á su hermano y á sus lugartenientes que tenia mucho con poco, mientras ellos hacian con poco mucho, se da cincuenta mil hombres menos de los que realmente tuvo en Wagram. Efectivamente, existe una carta suya al mayor general, muy sincera, en la que discutiendo las fuerzas que podria reunir para la última batalla las calcula en ciento sesenta mil hombres. Por lo demás, esto era una ilusion, pues sus mismas libretas prueban no pudo reunir sino ciento cincuenta mil, lo cual no obstante, es muy superior á los cien mil hombres que se da aqui. Esto demuestra mas y mas lo difícil que es ponerse en la verdad aun cuando se trabaje con los materiales mas verídicos, y los esfuerzos que la critica tiene que hacer para lograrlo, ó para acercarse á ella.

CARTAS DE SIR ARTURO WELLESLEY.

Al mayor general O'Donju.

TALAVERA, 31 de julio de 1809.

«Tened la bondad de dar prisa á S. E. el general Cuesta para que destaque esta noche hacia el Puerto de Baños una division de su infanteria con cañones, y un oficial experimentado y hábil en que pueda descansar para ese mando.

«Si el enemigo lograra avanzar por en medio del Puerto de Baños, no puedo disimularos seria sumamente critica la posicion de nuestros ejércitos.

«Solo hay un medio de evitarlo, ademas del de oponerse al paso, cual es apresurar todo lo posible la marcha del general Venegas hácia Madrid por una linea tan distinta y lejana como se pueda de la adoptada por los ejércitos combinados. Esto obligará al enemigo á sacar un destacamento de su cuerpo principal para oponerlo á Venegas, y quedará tan debilitado dicho cuerpo que podremos atacarlo sin desventaja, ó si, esta medida nos parece mejor, nuestros ejércitos combinados podrán destacar un cuerpo suficiente para batir al ejército que se cree en marcha á través de los montes de Plasencia.

A. WELLESLEY.

Al honorable J. H. Frere.

TALAVERA, 31 de julio de 1809.

«He recibido una carta de don Martin de Garay, á quien os ruego trasladeis las observaciones siguientes:

«Le agradeceré en estremo comprenda no estoy autorizado á sostener correspondencia con ninguno de los ministros españoles, y le ruego me envíe por vuestro conducto las órdenes que pueda tener para mí. De este modo citaré, estoy convencido de ello, las manifestaciones injuriosas y sin fundamento que don Martín de Garay no me ha ahorrado.

«En la situacion en que don Martin de Garay se halla, le es fácil á un caballero instalarse en su gabinete y escribir sus ideas sobre la gloria que resultaria de rechazar á los franceses hasta mas allá de los Pirineos. Creo no habrá nadie en España que para conseguir este resultado haya corrido tantos riesgos y haya hecho tantos sacrificios como yo; pero desearia que don Martín de Garay, y los caballeros que componen la junta, antes de criticarme porque no hago mas, ó de imputarme anticipadamente las consecuencias probables de las faltas é indiscreciones de los demas, tuviesen á bien venir aquí ó enviar alguien que provea las necesidades de nuestro ejército, el cual se muere de hambre, y aunque se ha halido durante dos dias, derrotando á un enemigo doble en número (y esto en servicio de España), no tiene pan que comer.

«Es un hecho positivo que en los siete dias últimos no ha recibido el ejército inglés una tercera parte de sus provisiones; que en este momento hay cuatro mil soldados heridos que se mueren en el hospital de esta poblacion por no cuidarlos y por falta de los objetos necesarios que cualquier otro pais del mundo hubiera suministrado hasta á sus enemigos; y que no puedo sacar ninguna especie de auxilio. Ni siquiera consigo se entierren los cadáveres en las cercanías, y sus exhalaciones destruirán á los españoles lo mismo que á nosotros.

«Estoy decidido á no moverme mientras no se me surta de provisiones y de medios suficientes de transporte.

A. WELLESLEY.»

A lord Castlereagh.

TALAVERA, 1.º de agosto de 1809.

«Nuestra situacion es bastante apurada, mas sin embargo, espero salir de ella sin dar otra batalla encarnizada, lo cual seria en la realidad un golpe para nosotros que haria fuesen perdidos todos nuestros esfuerzos. De seguro saldria mejor si hubiera medio de manejar al general Cuesta, pero es de un carácter tan malo, se halla animado de tales disposiciones que es asunto imposible.

«Estamos miserablemente surtidos de provisiones, y no sé como remediar este mal, pues los ejércitos españoles son en la actualidad tan numerosos que devoran todo el pais, no tienen almacenes, tampoco los tenemos nosotros ni podemos formarlos, y todo se saca aqui á la fuerza.

«Creo que la batalla del 28 será muy útil á los españoles; pero no los juzgo todavía bastante disciplinados para luchar con los franceses, y prefiero infinitamente tratar de alejar al enemigo de esta parte de España por medio de maniobras, á aventurar otra batalla campal.

«En la última nos acometieron los franceses con todas sus fuerzas, y aunque nada consiguieron ni lo conseguirán tampoco en lo sucesivo, hemos tenido, sin embargo, una pérdida de gente que nos cuesta trabajo soportar. No me es dado procurar substraernos al peso del ataque poniendo delante las tropas españolas, á causa del miserable estado de disciplina y de la falta de oficiales con las cualidades necesarias. Esas tropas son enteramente incapaces de ejecutar una maniobra, aun la mas sencilla, y se enmarañarian completamente, siendo el resultado probable perderse todo.

A. WELLESLEY.»

Al honorable J. H. Frere.

PUENTE DEL ARZOBISPO, 4 de agosto de 1809.

«Desde mi carta de ayer las cosas han cambiado de mal en peor.

«Después que os escribí supe que el enemigo había llegado á Naval Moral, que de consiguiente era dueño de Almaráz, y que el puente de esta plaza había sido destruido por el marqués de la Reina, que se retiró allí de Baños.

«Poco después recibí una carta del general O'Donju en que me noticiaba que el cuerpo fran-

cés que había entrado por Baños consistía en treinta mil hombres, y se componía de todas las tropas que habían estado en el Norte de España. Me decía además que temiendo el general Cuesta no fuera yo bastante fuerte para contrarestarlos, y teniendo, por otra parte, en vista de cartas interceptadas y partes de sir Roberto Wilson desde las cercanías de Escalona, motivo para recelar se propusiera el enemigo estrecharme por la espalda mientras tuviese que batirme por delante, con lo cual nos cortaría, se determinó á abandonar á Talavera ayer tarde.

«Todo cuanto constituía mi seguridad se me quitaba, pues, dejando detrás cerca de mil quinientos heridos de los míos, tuve que pensar seriamente en lo que debía encargarse al general que hiciese. No podíamos volver á ganar terreno hácia el puente de Almaráz sin dar una batalla, y según todas las probabilidades, hubiéramos tenido que dar otra contra cincuenta mil hombres antes que hubiese podido restablecerse el puente, suponiendo que hubiésemos salido bien de la primera. Tampoco podíamos permanecer en Oropesa, donde nos hallábamos, pues la posición no valía de suyo, y era susceptible de ser cortada por Calera de esta plaza, su único punto de retirada.

«Preferí y recomendé esta retirada, en primer lugar, considerando las pérdidas que nosotros los ingleses hubiéramos experimentado en esas acciones sucesivas, sin probabilidades de poder cuidar de nuestros heridos; y en segundo, porque si era verdad habían ido á juntarse treinta mil hombres con las fuerzas que los franceses tenían en aquella parte, nos era absolutamente imposible tomar la

ofensiva. Para ello era preciso hacer una diversion hácia Madrid en favor de los ejércitos que se hallaban en estos cuarteles, por medio de algun otro cuerpo, para obligar á los franceses á que destacarán parte de sus fuerzas hácia aquel punto.

«Además, para que estas operaciones y batallas tuviesen buen éxito, era necesario se ejecutasen con celeridad las largas marchas que había que hacer; y siento profundamente tener que decir, que lo que es ahora las tropas no pueden absolutamente, por falta de alimento, llenar estas necesidades, siendo mas que probable hubiera yo tenido á Victor á mi espalda antes que hubiese concluido mi primera refriega con Soult.

«Como suele, el general Cuesta quería dar grandes batallas. Ahora que todas las tropas se han retirado de Castilla, La Romana y el duque del Parque van á recibir orden de hacer algunos alardes de fuerza hácia Madrid. Sé que además de los cincuenta mil hombres, hay otro cuerpo de doce mil que se ocupa en observar á Venegas.

A. WELLESLEY.»

*Al mariscal Beresford,*

MESA DE HOR, 6 de agosto de 1809.

«Consideraciones pesadas con madurez después que os escribí, me hicieron conocer debíamos renunciar á ejecutar el plan de que os hablé, y que era preciso ponernos á la defensiva, si Soult y Ney habían pasado por el Puerto de Baños. Fácilmente creercis lo que siento haber perdido el fruto de

nuestra victoria, de todas nuestras fatigas y de nuestras pérdidas; pero, sin embargo, no vacilé, y no me arrepiento de ello, en pasar el Tajo por el puente del Arzobispo.

«Ahora me propongo tomar la posición de Almaráz, dar á mis tropas un poco de descanso y de alimento, y ver lo que hace el enemigo. Opino que invadirá á Portugal, y hareis muy bien en poner os en situación de defender los puntos de paso.

«Sé con pena que vuestras tropas desertan ¿No hay ningun remedio para este mal?

A. WELLESLEY.»

A. S. E. el marqués de Wellesley.

«DELEITOSA, 8 de agosto de 1809.

«Mr. Frere habrá instruido á V. E. de la situación general de los negocios en España.

«Llamo particularmente vuestra atención sobre dos puntos:

1.º La necesidad de tomar todas las medidas oportunas para asegurar á los dos ejércitos todos los medios de trasporte que han menester y provisiones.

2.º La necesidad de dar inmediatamente el uniforme nacional á las tropas españolas, con cuya medida se hará que cese una práctica, sienta decirlo, que es general ahora, á saber; que esas tropas tiran las armas y el equipo, y se ponen en salvo sosteniendo que no son sino paisanos.

«A la ventaja de librar al Estado de la pérdida de grandes cantidades de armas, esta medida reuniria la de proporcionar al general el medio de

castigar á las tropas que se porten mal delante del enemigo, del modo mas á propósito para causar impresion en los españoles, es decir, degradándolos. Cuando cierto número de paisanos se reune con armas y equipo como tales paisanos, es difícil designar los cuerpos ó los individuos que se han portado mal por medio de una marca que los distinga, presentándolos á todos sus camaradas como objeto de execración; y sin embargo, es indudable que un castigo de esta especie haria diez veces mas efecto en el ejército español que el que últimamente se ejecutó de resultas de la mala conducta de algunos cuerpos en la batalla de Talavera, castigo que consistió en diezmar á los soldados de los cuerpos que tomaron la fuga, y en quitar la vida á la tercera ó cuarta parte de oficiales.

«Efectivamente ahora á la primera apariencia de peligro, cuerpos enteros, lo mismo oficiales que soldados, huyen, y no pongo en duda que si fuese posible saber la verdad, el ejército de Cuesta, que al atravesar el Tajo ascendia á treinta y ocho mil hombres, no se compone hoy sino de treinta mil, aunque solo ha perdido quinientos en sus refriegas con el enemigo.

A. WELLESLEY.»

A. L. Castlereagh.

MÉRIDA, 25 de agosto de 1809.

«Vengamos ahora á la clase de tropas. Tengo el sentimiento de decir que nuestros aliados de-

frandan nuestras esperanzas mucho mas todavía que por su número y los elementos de que se componen.

«Creo que la caballería española casi no tiene disciplina. En lo general está bien vestida, bien armada, bien equipada y montada muy bien; los caballos son de bonísima condición, á lo menos los del ejército de Eguía que yo he visto. Empero no he oído que en ninguna circunstancia se hayan portado esas tropas de caballería como deben hacerlo los soldados al frente del enemigo. No tienen el menor escrúpulo en huir, y despues de una acción se los encuentra en todas las aldeas y en cualquier hondonada donde haya sombra á cincuenta leguas en contorno del campo de batalla.

«La artillería española, segun lo que yo he visto, es enteramente intachable, y la portuguesa excelente.

«En cuanto al gran cuerpo de todos los ejércitos, la infantería, quiero decir, es deplorable el estado de la de los españoles, y se halla muy lejos de poder luchar con la de los franceses. Creo que está bien armada, pero mal equipada, no teniendo medio de preservar sus municiones de la lluvia: algunas veces carece absolutamente de vestuario y otras está vestida de modo que parecen paisanos, lo cual debe evitarse antes que nada. Su disciplina creo que se limita á saber formarse en tres filas en un orden muy apretado, y al ejercicio manual.

«Es imposible contar con estas tropas para ninguna operación; dícese que algunas veces se portan bien; pero yo confieso que nunca las he visto portarse sino mal. El cuerpo de Bassecourt,

que se reputaba como el mejor del ejército de Cuesta, y que se batía hacia nuestra izquierda en los montes en la batalla de Talavera, se vió en aprieto durante toda la jornada por un batallón francés, y despues se escapó del Puente del Arzobispo, abandonando sus cañones, dejándose atrás gente, y arrojando por el camino armas, equipo y vestuario, segun costumbre de los españoles.

«Lo mas singular de la acción del Arzobispo, (donde escribe Soult que los franceses cogieron treinta piezas de artillería), es que los españoles tomaron la fuga con tal precipitación que se dejaron los cañones cargados y sin clavar, y los franceses, aunque habian lanzado á los españoles del puente, no se creyeron bastante fuertes para perseguirlos. El coronel Waters, á quien envió en clase de parlamentario el 10, con motivo de nuestros heridos, encontró los cañones en el camino, abandonados por los unos, sin que los otros se hubiesen apoderado de ellos, y probablemente sin que se hubieran enterado de que estaban allí.

«Esa práctica de huir tirando armas, equipo y vestuario es fatal en todo, escepto en que permite volver á reunir á los mismos soldados desnudos para que hagan la misma maniobra á la primera ocasión que se les presente.

«Cerca de dos mil hombres huyeron la tarde del 27 de la batalla de Talavera (no distaban cien toesas del sitio en que yo me hallaba) sin que se les atacara ni amenazara siquiera, asustándose únicamente del ruido de sus propios disparos. Dejaron en el campo armas y equipo, los oficiales se fueron también, y tanto ellos como la caballería

fugitiva, saquearon los bagages del ejército inglés que habíamos enviado á retaguardia. Otros muchos huyeron que yo no ví.

«No puede haber cosa peor que los oficiales del ejército español, siendo raro que cuando una nación se ha consagrado á la guerra como lo ha hecho esta, según lo acreditan todas las medidas adoptadas en el curso de estos dos últimos años, hayan progresado tan poco sus individuos en cualquiera ramo de la carrera militar, y que se comprenda tan mal todo lo concerniente á un ejército. Verdaderamente son niños los españoles en el arte de la guerra, y puedo decir que nada hacen como se debe, escepto huir y volverse á reunir en estado de desnudez.

«Creo sinceramente que esta insuficiencia en el número, composición, disciplina y capacidad de las tropas, debe atribuirse en gran parte al gobierno que existe en España. Se ha procurado gobernar el reino en un estado de revolución, apegados á las reglas antiguas, á los caducos sistemas, y con ayuda de lo que llaman entusiasmo; pero el hecho es que este entusiasmo no ayuda á realizar nada, y sirve únicamente para disculpar la irregularidad con que todo se hace y la falta de disciplina y subordinación en los ejércitos.

«Ya sé que generalmente se cree que el entusiasmo hizo que los franceses salieran triunfantes de su revolución, y que él produjo los grandes hechos que casi les han proporcionado la conquista del mundo; pero si se examinan las cosas de mas cerca, se ve que el entusiasmo solo fué el nombre, y la fuerza el verdadero instrumento que supo crear esos grandes recursos bajo el imperio

del terror, siendo el que primero contuvo á los aliados; y el constante sistema de apropiarse cada individuo y cada cosa al servicio del ejército por medio de la fuerza, ha labrado despues la conquista de Europa.

«Despues de lo que queda espuesto podreis juzgar vos mismo si querriais emplear un ejército, y de qué fuerza seria el ejército que emplearais, en sosten de la causa en España.

«Circunstancias que sabeis me han obligado á separarme del ejército español, y solo puedo decir que no me siento inclinado á principiar á operar con ellos bajo mi propia responsabilidad; que antes de hacerlo sera preciso se me trace el camino muy á las claras; y que no os encargo otra cosa sino que nada tengais de mancomun con ellos en su estado actual.

«Antes de abandonar esta parte de mi asunto, os sera grato, sin duda, saber que no pienso hubiesen marchado aqui mejor las cosas, si hubierais enviado á España vuestra gran espedicion, en vez de enviarla contra el Escalda, porque no hubieseis podido equiparla en Galicia ni en ninguna otra parte del Norte de España.

«Si hubiéramos tenido sesenta mil hombres en lugar de veinte mil, no hubiésemos, según todas las probabilidades, dado la batalla de Talavera, por falta de medios y provisiones; y de no dar la batalla de Talavera, no hubiéramos ido mas lejos, pues infaliblemente se hubieran separado los dos ejércitos de resultas de la carencia de recursos, probablemente sin pelear, pero en todo caso de seguro despues.

«Ademas, debeis observar que vuestros cua-

renta mil hombres, suponiéndolos equipados, armados y provistos de todos los medios de subsistencia, no hubieran compensado lo que falta en número, composición y brio en los ejércitos españoles; y admitiendo que hubiesen sido capaces de arrojar á los franceses de Madrid, no hubieran podido espulsarlos de la Península, aun en el estado actual de las fuerzas francesas.

«Ahora, suponiendo que el ejército portugués consiga corresponder á su objeto, ¿qué se podrá hacer con él y Portugal, si los franceses se hicieran dueños del resto de la Península? Opino que podríamos conservar á Portugal, estando completos el ejército portugués y la milicia.

«La dificultad sobre esta única cuestión gira en el embarque del ejército inglés, porque hay tantas entradas en Portugal, á causa de ser el país todo fronteras, que sería muy difícil impedir penetrara el enemigo en él, y es probable nos veríamos obligados á ceñirnos á preservar lo mas importante, la capital.

«Es difícil, ya que no imposible, llevar la lucha, respecto á la capital, á los extremos, y en seguida embarcar el ejército inglés, lo cual comprenderéis dirigiendo una ojeada al mapa. Lisboa se halla á tal altura sobre el nivel del Tajo que por mucho ejército que reuniésemos, nunca sería capaz de asegurar á un mismo tiempo la navegación del río, ocupando las dos orillas y posesionándose de la capital. Temo sería preciso renunciar á uno de estos dos objetos, y en este caso la navegación del Tajo sería á lo que mas bien renunciásemos los portugueses, y naturalmente á nuestros medios de

embarque. Sin embargo, todavía no he profundizado bastante este interesantísimo asunto.

«Pienso al mismo tiempo que el gobierno debería cuidar de volver á enviar cuando menos los trasportes cubiertos así que no los necesite la gran expedición, y se reciba noticias positivas de que Napoleón refuerza sus ejércitos en España, pues debéis contar con que tanto él como sus mariscales estarán deseosos de vengarse en nosotros de los diferentes golpes que les hemos dado, y que de venir á la Península, su primero, su gran objeto será espulsar de ella á los ingleses.

«En la primera parte de mi carta habreis visto mi opinión tocante á la necesidad que hay de inducir á los españoles á que den el mando de sus ejércitos al general en jefe inglés.

«Si se me hiciese semejante oferta, declinaría el aceptarla hasta no saber la voluntad de S. M.; y os encargo en gran manera, á no ser que queráis correr el riesgo de perder vuestro ejército, que absolutamente nada hagáis con la guerra de España, sobre cualquier base que sea, en el estado actual de las cosas.

«En cuanto á Cádiz, el hecho es que los celos de todos los españoles, aun de los que mas adictos nos son, se hallan tan arraigados que, aun cuando el gobierno nos cediese ese punto (y no me causaría sorpresa nos lo cediera por las dificultades que hoy le rodean), para decidirme á permanecer en España, nunca creería estuviese segura en dicha plaza ninguna guarnición.

«Si quereis tomar á Cádiz, es preciso dejar á Portugal y encargáros de España; es preciso ocupar la plaza con una guarnición de quince á veinte

mil hombres y enviar de Inglaterra un ejército que entre en campaña con los españoles, convirtiéndose Cádiz en asilo vuestro en vez de Lisboa.

«Con Cádiz, es menester insistir en lo concerniente al mando de los ejércitos de España; pero por los hechos que he espuesto al principio de mi carta, vereis cuán poco debemos prometernos concluir la lucha según deseamos todos.

A. WELLESLEY.»

CARTAS DE NAPOLEON

RELATIVAS Á LA ESPEDICION DE WALCHEREN.

Reproducimos aquí, según habíamos anunciado, algunas cartas de Napoleon sobre la espedicion de Walcheren, cartas que dan á conocer bien lo que pasó en su espíritu en aquella ocasion, la desconfianza que empezaba á concebir de los hombres y lo profundo de su prevision, aunque en algunos puntos accesorios los acontecimientos defraudasen sus cálculos. Así, pues, creia no podía ser tomado Flesinga, y lo fué por otro motivo que la cobardía del general Monnet; por la masa de artillería que la marina inglesa reunió en un solo punto. Empero, escepto en uno ó dos detalles, sobre todo lo demas es notable la prodigiosa prevision con que Napoleon juzgó los resultados y el fin que tendria la espedicion británica así como la clase de obstáculos que era preciso oponerle.

No debe pararse el lector en los números, inexactos casi todos en estas cartas. Napoleon estaba lejos del teatro de los acontecimientos, é ignoraba

las fuerzas del enemigo, y hasta las que los franceses podian reunir: ademas al hablar á sus lugartenientes tenia la costumbre de exagerar sus recursos y disminuir los que tenian que combatir, lo cual era el modo de imponerle mayores esfuerzos. A menudo tambien se complacia en forjarse ilusiones, inclinándose á ello cada vez mas á medida que sus medios iban siendo mas desproporcionados á la tarea exhorbitante que habia emprendido.

Preciso es, pues, leer estas cartas, no por la exactitud en los pormenores sino por el espíritu con que se escribieron, espíritu que las convierte en monumentos del mas alto precio. Por lo demas, el número de las escritas solamente acerca de la espedicion de Walcheren es tres ó cuatro veces mas considerable; pero hay en ellas respecto á individuos, y algunas veces hasta á los mismos hermanos de Napoleon, cosas tan fuertes que hemos creído no se deben reproducir. Hoy puede decirse toda la verdad histórica; pero suele haber en los documentos una crudeza que haria su reproduccion intempestiva y prematura. La historia escrita con sinceridad y honradez no necesita el lenguaje de las pasiones, y por eso puede hablar antes que los documentos en que se apoya.

Al ministro de la Guerra.

[SCHEENBRUNN, 6 de agosto de 1809. ®

«He recibido vuestra carta del 31 en que me participais han aparecido por la parte de Walcheren doscientas velas de todos tamaños. La isla de Walcheren debe tener entre tropas francesas y ho-

landesas seis mil hombres. Enviad á ella oficiales jóvenes de artillería é ingenieros, hombres celosos y adictos. Supongo que los almacenes de Flesinga estarán provistos, y que os entenderéis por cifra con el general Monnet, á quien he dado orden, que le reiterareis, de que corte los diques si es necesario.

Supongo que el general Chambarlahe se habrá dirigido hácia la isla de Cadzand con el cuerpo que está en Louvain, la semibrigada provincial que se halla en Gante, y todo cuanto haya podido sacar de las divisiones militares 16.<sup>a</sup> y 24.<sup>a</sup>, y que le habrá seguido el general Rampon con su cuerpo de guardias nacionales, lo cual formará allí nueve ó diez mil hombres; que habrá hecho montar doce piezas de artillería en Gante, en Donay y en Saint-Omer para que no salte artillería de campaña; que habrá hecho ir de Maëstricht lo que había allí, y que el general Sainte Suzanne habrá formado una columna con artillería, para poder encaminarse á cualquier parte.

«Enviad á Amberes oficiales de artillería é ingenieros y un comandante de graduacion. La marina tiene en Amberes mil doscientos á mil quinientos hombres que pueden servir. Puede formarse tambien algunos batallones de guardia nacional para que cuiden de mantener el orden en la ciudad y concurren á la defensa.

«Si ese desembarque se ha efectuado, habreis puesto en estado de sitio á Amberes. Ostende y Lila, habreis llamado la atencion al rey de Holanda sobre las plazas de Breda y de Berg-op-Zoom, y si hay motivo para ello, habreis mandado armar la primera línea de mis plazas fuertes de Flandes.

«Podeis reunir algunos destacamentos de caballería y formar con ellos unos cuantos escuadrones provisionales.

«No habreis dejado de enviar á decir al mariscal Mincey lleve su cuartel general á Lila, encargándole saque cuantos gendarmes pueda para reunir algunos miles de soldados de esa buena caballería.

«Habreis retenido los destacamentos que estaban en marcha, aun los destinados para el ejército, tales como los tres mil hombres que venian de la 12.<sup>a</sup> division militar, y los habreis dirigido bien á París, bien á los puntos en que puedan ser útiles.

«En fin, si hay tiempo, pedid se reunan los ministros en consejo en casa del archicanciller para disponer se saquen treinta mil hombres de la guardia nacional en las divisiones militares 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 14.<sup>a</sup>, 15.<sup>a</sup> y 16.<sup>a</sup>, y algunos batallones en las 24.<sup>a</sup> y 25.<sup>a</sup>, y para que cada ministro estienda las circulares convenientes escitando á la nacion, sobre todo á los departamentos donde es necesario llamar á las armas guardias nacionales.

«Con las ventajas que hemos adquirido aqui, supongo que los franceses no se dejarán insultar por quince ó veinte mil ingleses. No veo lo que estos puedan hacer. No tomarán á Flesinga, puesto que se pueden cortar los diques; no se apoderarán de la escuadra, puesto que puede subir hasta Amberes, y tanto esta plaza como su puerto están libres de cualquier ataque. Me figuro que el ministro Dejean se habrá apresurado á surtir sus almacenes. Si el desembarque fuese cosa seria, tomad medidas para que haya en el Norte el mayor

número posible de cañones, cuyos tiros saldrán bien de la requisita, bien de otro modo. Os autorizo también, en caso de urgencia, á retener parte de las diez compañías de artillería que me enviáis.

«Dad orden al duque de Valmy que se traslade á Wesel, donde estará mejor situado para asegurar esta plaza importante.

NAPOLEON.»

*Al archicanciller.*

SCHOENBRUNN, 8 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 2. Ya habreis recibido vos mi decreto llamando á las armas treinta mil guardias nacionales. Me disgusta que en el consejo celebrado el dia 1.º no cargarais con la responsabilidad de convocar la guardia nacional, pues es desconfiar de ella sin motivo, no hacerlo. Supongo que así que recibisteis mi decreto, os ocuparais en formar con esos treinta mil guardias nacionales cuatro ó cinco divisiones, y designar en el Senado generales que los manden, y que habreis dirigido al mismo Senado una comunicación que servirá de publicación. El Senado contestará con un mensaje en que me dirigirá la palabra y que será una especie de proclama. Esto se suprimirá en seguida, y los ministros darán el impulso por su parte.

«Es preciso tener sin demora ochenta mil hombres en primera y segunda línea y mover la nación, en primer lugar para quitarles la gana á los ingleses de emprender esas expediciones y hacerles ver que la Francia está siempre dispuesta á to-

mar las armas; en segundo para recobrar la isla de Walcheren si los ingleses se apoderasen de ella, y, por último, para favorecer las negociaciones aquí entabladas; pues de seguro les perjudicará el que se me crea apurado con el desembarque de los ingleses. Así, pues, deben adoptarse todos los medios que puedan influir en la opinion, designándose los guardias nacionales de cada departamento, é invitándose á los soldados licenciados que quieran servir en esta campaña para arrojar á los ingleses, á que se reúnan en Lila con el objeto de formar una legion.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Policía.*

SCHOENBRUNN, 8 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta de 2 del corriente, y me ha disgustado que en el consejo de ministros celebrado el dia 1.º no se haya resuelto enviar un mensaje al Senado, llamar á las armas treinta ó cuarenta mil nacionales, poner en movimiento á la nación. Era necesario esto bajo el punto de vista militar y también bajo el punto de vista político; pues si se me cree apurado con ese desembarque, las negociaciones caminarán con mas dificultad. Es, pues, preciso apelar á la nación.

«Segun parece, no admite duda que los ingleses atentan á la isla de Walcheren y á mi escuadra; pero esta no tiene que temer nada si regresa á Amberes, y Flesinga no corre ningun riesgo de ser tomada, puesto que cortando los diques se

inunda toda la isla y se obliga á los ingleses á que la abandonen.

«Poneos en correspondencia si podeis con el general Monnet, y encargadle lo que repetidas veces le he mandado de palabra y por escrito; que corte los diques al punto que se vea apurado.

NAPOLEON.»

*Al ministro de la Guerra.*

SCHOENBRUNN, 9 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 3.

«Ayer os manifesté mis intenciones, y hoy tengo poco que añadir, reduciéndose á que debéis ejecutar todas las disposiciones que he decretado, aun cuando los ingleses no hayan hecho progreso alguno y permanezcan estacionarios en la isla de Walcheren. Para las negociaciones entabladas aqui, para que sirva de ejemplo en lo sucesivo, y para mis miras ulteriores, es necesario tener un ejército en el Norte, siendo una coyuntura feliz para formarlo la que nos ofrecen los ingleses.

«A menos que estos no se hayan reembarcado y regresado á su pais, es preciso sacar los treinta mil hombres de la guardia nacional, segun he dispuesto en mi decreto. El único inconveniente que eso tendrá, será costar algunos millones. Hablando *confidencialmente*, es posible que cuando esto haya terminado, mande ocupar las costas de Holanda, para cerrar los puertos de este pais á los ingleses. Entonces conocerán el resultado de una intercepcion en regla de los desembocaderos del

Ost-Frise, el Elba y la Zelandia, y no que ahora van y vienen á Holanda como quieren.

«No veo en vuestras cartas hayais reiterado al general Monnet la orden de que corte los diques si la plaza se ve estrechada de cerca. Repetidas veces se lo he dicho de viva voz; pero decidle vos tambien que lo haga sin ninguna escusa. No necesito advertiros que vos y el ministro Dejean debéis tomar medidas para que pasen viveres á Flesinga: poneos de acuerdo para ello con el ministro de Marina. Enviad igualmente á Flesinga ocho ó diez oficiales de artilleria de todas graduaciones, uno de ingenieros y un destamento de zapadores.

«Lo mejor que debe hacer el general Rampon es tener reunidas sus tropas hasta que se vea lo que intenta el enemigo, pues con tropas medianas y en tan corto número, no puede arrojar á los ingleses de la isla de Walcheren, y conseguirá ser batido. Las calenturas y la inundacion son las únicas que deben dar buena cuenta de los ingleses. El rey de Holanda, que puede disponer de diez ó doce mil hombres, los habra conducido hácia Berg-op-Zoom, habrá surtido de viveres y puesto en buen estado las plazas del Norte.

NAPOLEON.»

*Al ministro de la Guerra.*

SCHOENBRUNN, 10 de agosto de 1809. ®

«He recibido vuestra carta del 4, y no concibo lo que haceis en Paris. ¡Sin duda esperais á que los ingleses vayan á cogeros en la caña! Cuan do veinte y cinco mil ingleses atacan nuestros astille-

ros y amenazan nuestras provincias, el ministerio permanece sin hacer nada. ¿Qué inconveniente hay en sacar sesenta mil guardias nacionales? ¿Qué inconveniente hay en enviar el príncipe de Ponte-Corvo á que tome el mando en un punto donde no tenemos á nadie? ¿Qué inconveniente hay en poner en estado de sitio mis plazas de Amberes, Ostende y Lila? Es cosa que no se concibe.

«Veo que solo Mr. Fonché ha hecho lo que ha podido, conociendo no conviene permanecer en una inacción arriesgada y bochornosa; arriesgada porque al ver los ingleses que la Francia no está en movimiento y que no se dá ninguna direccion á la opinion pública, no tendrán por qué temer, y no se apresuraran á evacuar nuestro territorio; bochornosa, porque demuestra miedo á la opinion y deja que veinte y cinco mil ingleses prendan fuego á nuestros astilleros sin defenderlos.

«El colorido que en estas circunstancias se dá á la Francia es una deshonra perpétua. Los sucesos cambian á cada instante, y es imposible que yo espida órdenes, las cuales llegarán con quince dias de retardo. Los ministros tienen el mismo poder que yo, puesto que pueden celebrar consejos y tomar decisiones. Emplead al príncipe de Ponte-Corvo; emplead al mariscal Monecy; además os enviaré al mariscal Bessieres, para que esté en Paris de reserva. He mandado sacar treinta mil guardias nacionales; si los ingleses hacen progresos, sacad otros treinta mil en los mismos ú otros departamentos, pues es evidente que los ingleses conspiran contra mi escuadra y Amberes.

«Supongo que desde el 4 habreis hecho marche á Amberes toda la gente que habia en Boloña,

y espero que el general Rampon se haya acercado igualmente á aquella plaza, porque es indudable que conociendo el enemigo lo difícil que es tomar á Flesinga, quiere marchar en derechura hácia Amberes é intentar un golpe de mano contra la escuadra.

NAPOLEON.»

*Al archicanciller.*

SCHOENBRUNN, 12 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 6, y admiro vuestra tranquilidad cuando creéis que hay cuarenta mil ingleses sobre nuestras costas, y sabeis que el general Sainte-Suzanne, oficial de mérito, en quien yo descansaba para la defensa del Norte, está enfermo. Deberiais haber celebrado consejo de ministros para ver si era preciso dar el mando al rey de Holanda. Este partido es el mas absurdo de todos, pues el mencionado rey pensará en proteger á Amsterdam, y dejará que os sorprendan en la cama en Paris. Verdaderamente es un delirio. Vuestra conducta en esta circunstancia pone en alarma á la Francia. Quanto mas veo menos creo. Cuando recibais mis cartas se habrán perdido once dias, y ya debian estar los ingleses á punto de reembarcarse. Deberiais reunirlos en consejo con frecuencia en esta circunstancia inopinada.

NAPOLEON.»

*Al ministro de la Guerra.*

SCHOENBRUNN, 16 de agosto de 1809.

«He aquí mis órdenes sobre lo que ha de hacerse contra la expedición inglesa. Repetidas veces os las he dado en mis cartas, mas quiero renovarlas. No hay que tomar la ofensiva ni que atacar, sino tener audacia. Nada se puede conseguir con tropas malas ó bisoñas, y si se ataca á Flesinga, se las compromete. Demasiado se ha batido ya el general Monnet si es cierto que ha perdido mil cuatrocientos hombres.

«¿Qué es lo que quieren los ingleses? Tomar á Flesinga y la isla de Walcheren; pero esta es una operación imposible, puesto que la posesión de la isla depende de la toma de la plaza, y cuando estén á cien toesas de esta, se puede soltar las esclusas, con lo cual se inundará aquella. Mientras Flesinga tenga un pedazo de pan, es inespugnable. Lo esencial es, pues, renovar los viveres é introducir en la plaza unos treinta valientes y de doscientos á trescientos artilleros. Esos valientes son oficiales de ingenieros y de artillería, mayores, etc.

«También Amberes, suponiendo que el enemigo vaya á sitiarla, puede defenderse por medio de la inundación. Los fuertes están armados y artillados; la guarnición es de seis mil hombres de guardias nacionales y otros seis mil de la escuadra; hay viveres en los almacenes para ocho meses. Amberes puede defenderse, pues, otros tantos meses.

RELATIVAS A LA ESPEDICION DE WALCHEREN. 503

«Encargad al ministro Dejean, el cual debe haberse trasladado allí por mandato mio; que inspeccione el armamento y las provisiones de la plaza, y que ponga artilleros é ingenieros en cada fuerte, con la cantidad de viveres y cañones necesaria. De este modo se hará Amberes inespugnable, y en vano la sitiarian los ingleses por espacio de medio año. No pueden de consiguiente apoderarse de Flesinga ni de Amberes; ni de la escuadra tampoco, porque está segura en el último de estos dos puntos.

«Todo induce á pensar que los ingleses no desembarcarán en la isla de Cadzand sin ser dueños de Flesinga; y si desembarcan, diseminarán sus tropas. No teniendo mas que veinte y cinco mil hombres no podrian poner en tierra sino de seis á siete mil, y se verian comprometidos. En tal caso no habria que hacer otra cosa que escoger en la isla campo para dar la batalla, levantar en él algunos reductos y baterías de campaña, y tener de doce á quince mil hombres en situación de trasladarse allí.

«Las baterías del fuerte de Napoleon deben estar al alrigo de un golpe de mano. ¿Irán los ingleses á Berg-op Zoom? Esta plaza se halla en buen estado, y allí se diseminarian. No pueden tener menos de diez á doce mil hombres en la isla de Walcheren, y diez mil en el Sud-Beveland, para defender la margen derecha del Escalda y el fuerte de Batz, y no les queda por lo mismo gente para emprender nada en la margen izquierda. Ahora bien, Flesinga y Amberes son inconquistables. Sin embargo, apruebo todo cuanto impida á los ingleses encaminarse hácia Amberes, tal

como las inundaciones de las cercanías de Berg-op-Zoom, el restablecimiento del fuerte de San Martín y el de las fortificaciones á lo largo del canal de Berg-op-Zoom.

«Mientras se pase de este modo los meses de agosto y setiembre, se habrán reunido los treinta mil guardias nacionales con buenos generales, mayores y oficiales; el duque de Valmy tendrá diez mil hombres en Wesel, habrán tomado nueva consistencia las divisiones de Olivier y de Chambarlhac, y se habrán completado las dos divisiones de guardias nacionales de los generales Rampon y Soules. Entonces, con este conjunto de fuerzas de setenta mil hombres de guardias nacionales y tropas de línea franceses, y de quince á diez y seis mil holandeses, se podrá, solo con que se esparza la voz de este armamento, conseguir que los ingleses se decidan á reembarcarse, salirles al encuentro y destruirlos.

«Empero, no haya operaciones prematuras que no pueden salir bien con tropas malas; no haya derrotas; prudencia y circunspeccion. El tiempo está contra los ingleses. Cada semana que pase nos dará á nosotros diez mil hombres mas sobre las armas, y á ellos otros tantos menos, pero se necesita para ello orden, y no mezclar la guardia nacional con la tropa de línea; se necesita que la division Rampon continúe formando solo una, que á la de Soules le suceda lo propio, y que las otras cinco divisiones de guardias nacionales se organicen en cinco parages diferentes, segun he mandado, como por ejemplo, una en Amberes, otra en Ostende, otra en Bruselas, otra en Lila, otra en Saint-Omer ó en Boloña, etc.

«Podeis mudar estos puntos de reunion; pero en general es preciso que los guardias nacionales se reúnan y tengan buenos oficiales, y que no vayan á ponerse en partidas de mil quinientos delante del enemigo sin orden, pues si es cierto podrán decir que marchan á su encuentro tambien lo es que volverán la espalda bien pronto. Os encargo sobre todo no vayais á agotar el recurso de los guardias nacionales desparramándolos.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Policía.*

SCHOENBRUNN, 16 de agosto de 1809.

«Haced que se inserte en el *Monitor*, en forma de carta ó de reflexiones de un militar, las observaciones siguientes sobre la espedicion inglesa.

«Cuando los ingleses combinaron su espedicion, era su objeto apoderarse de la escuadra, pero está segura en Amberes; era su objeto tomar esta ciudad y destruir nuestros astilleros, pero Amberes no es lo que ahora cuatro años. Al establecer allí astilleros, se han compuesto las fortificaciones, y Amberes puede defenderse seis meses. Una inundacion la protege en gran parte, y se han hecho nuevas obras. Hace tres años que se halla la plaza al abrigo de cualquier ataque por medio de fosos llenos de agua, un recinto cubierto de baluartes y una bonita escarpa, y necesitarian los ingleses seis meses de sitio y sesenta mil hombres para tomarla.

«Tampoco deben pensar en que tomarán á Fle-

singa, porque de tres años á esta parte se han aumentado las fortificaciones, se han construido medias lunas, y se han construido al rededor de la poblacion tres fuertes. Hace diez dias que los ingleses desembarcaron y aun no han empezado los apaches, estando todavia á mil toesas de la plaza. La guarnicion es bastante numerosa para defenderla, y ya ha tenido el enemigo pérdidas muy serias. En fin, si se acercan á doscientas toesas, se pueden levantar las esclusas é inundar la isla. Hay viveres para un año, y de consiguiente la plaza puede sostenerse otro tanto tiempo, y no habrán pasado seis semanas cuando de los quince mil ingleses que hay en la isla de Walcheren, no quedarán mil quinientos, pues los demas se hallarán en los hospitales.

«El medio de impedirles que tomen á Flesinga es oponerles la inundacion. La expedicion inglesa consiste en veinte seis ó veinte y siete mil hombres. De ellos han desembarcado de quince á diez y ocho mil en la isla de Walcheren, y de siete á ocho mil en el Sud-Beveland. Han conseguido una ventaja que no debian esperar: ocupar el fuerte de Batz, pero sin embargo, ¿que ha resultado de ello? Nada.

«La expedicion se ha calculado mal. Esos veinte y cinco á treinta mil hombres hubieran sido mas útiles en España, mientras que alli nada pueden hacer, pues suponiendo un imposible, que tomen á Flesinga, no la conservarían mucho tiempo. En vano tirarán los millones á miles y prodigarán la gente, no por eso defenderán á la isla de Walcheren; y si todo el mundo conviene en que son precisos veinte mil hombres para defender esa isla, es-

tá en el interés de la Francia regalársela, pues perderán en ella diez mil hombres por la fiebre, y la recobraremos cuando queramos.

«La expedicion se ha hecho por informes falsos y se ha calculado con ignorancia. No se tienen en Lóndres nociones exactas acerca del Escalda y de la Francia, pues en este mismo momento se están reuniendo ochenta mil hombres en el Norte, y es una suerte que teniendo varios puntos en donde emplear sus fuerzas, hayan escogido uno en que es imposible cualquier triunfo.

«Mandad se inserte esta nota en el *Monitor*, si cuando recibais mi carta ningun acontecimiento inesperado desmiente esas conjeturas.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Policia.*

SCHOENBRUNN, 22 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 16 en que decís están bombardeando los ingleses á Flesinga, y temeis sucumba. Os equivocais en abrigar ese temor, pues Flesinga es inespugnable mientras haya en ella pan, y lo hay para seis meses; Flesinga es inespugnable, porque es preciso para tomarla atravesar un foso lleno de agua, y ademas se puede inundar toda la isla cortando los diques. Si Flesinga cayese en poder del enemigo, antes de seis meses, seria preciso arrestar y someter á un consejo de guerra á los generales, coroneles y oficiales superiores que mandan la plaza.

«Tampoco creo sea tomado Rameskens. No conozco este fuerte, mas supuesto que hay el recurso de cortar los diques, no lo deben tomar. Escri-

bid, decid en todas partes que Flesinga no puede ser conquistada, á menos que sean unos cobardes los comandantes; así, estoy persuadido que los ingleses no la tomarán y se irán sin poseerla. No abrigo, pues, ningún temor sobre este particular. Las bombas no son nada, absolutamente nada; aplastarán algunas casas; pero esto no ha influido nunca en la rendición de una plaza.

«Entretanto, mientras los ingleses pierden el tiempo en el Escalda, lord Wellesley es batido en España, y cercado, puesto en derrota, busca su salvación en una fuga precipitada en medio de los calores. Al dejar á Talavera, recomendó al duque de Belluné cinco mil ingleses enfermos y heridos que se vio obligado á dejar allí. ¡Al fin corre la sangre inglesa! Este es el mejor pronóstico de que llegaremos á tener paz. No hay duda que si se hubiese manejado mejor los asuntos de España, ni un inglés debería escaparse; pero han sido derrotados, seis mil han perecido, y ocho mil son prisioneros nuestros.

«Comentad estas ideas en artículos de periódicos; demostrad la estravagancia de los ministros en esponer treinta mil ingleses en el riñon de España ante ciento veinte mil franceses, las mejores tropas del mundo, al mismo tiempo que envían otros veinte y cinco mil á que se rompan la crisma en los pantanos de Holanda, donde sus esfuerzos no conducen á otra cosa que á escitar el celo de los guardias nacionales. Dad á conocer lo inepto de sus planes en diseminar así sus fuerzas, y que siempre se han distinguido los tontos en los petardos que se llevan.

NAPOLEON.»

Al ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 22 de agosto de 1809.

«He leído en el *Monitor* vuestro informe presentado al Senado.

«Sin duda habreis recibido mis órdenes sobre que se pongan en el *Monitor* los partes oficiales de los generales, cuidando únicamente de suprimir algunas líneas, y lo que podría dar á conocer el número de mis tropas. En acontecimientos de esta clase el público debe saberlo todo.

«Tambien habreis recibido el decreto en que nombro al general y senador Collaud, gobernador de Amberes; eso anulará el decreto del rey de Holanda. Habreis escrito al rey que he nombrado un mariscal, y que á este mariscal le toca tomar todas las medidas necesarias para defender nuestras costas. Habreis mandado al general Collaud que se traslade á Amberes y adopte disposiciones para la defensa de la ciudad y sostenerse en ella durante tres meses de trinchera abierta.

«Cuidad de que se coloque mi escuadra rio arriba y rio abajo, como se lo he encargado al ministro de Marina. El general Saint-Laurent debe quedar en Amberes para mandar la artillería, el ministro Dejean para mandar los ingenieros, y el vice-almirante Missiessy, para mandar los marinos y la escuadra. Fuera de los seis mil hombres que proporcionará la flota, se dejará en la plaza seis mil guardias nacionales y poco mas ó menos otras tantas tropas de línea. Cuidad de que lleguen á ella viveres en gran cantidad.

«Si, aunque no puedo creerlo, Flesinga se rindiese antes del 4.º de febrero, mandareis prender así que lleguen á Francia, á los generales, coroneles y oficiales. Flesinga es inespugnable por el foso lleno de agua que hay que pasar y por la inundacion. Es preciso escribir por telégrafo y por todas las señales que se rompan los diques.

«Me alegro mucho que el general Rousseau no se haya trasladado á Flesinga, pues hubiera sido una medida insensata, habiendo como hay bastante gente en la plaza. Repetid en todas ocasiones al general Rousseau y á los oficiales de artillería que hay en Breskens y en la isla de Cadzand, que no se desanimen, que tiren y tiren sin cesar. Es preciso que los oficiales de artillería hagan lo contrario de lo que se acostumbra; que en vez de economizar pólvora y municiones, las prodiguen. Hay circunstancias en que es un deber mirar por los recursos, cuando se está lejos de Francia; pero aquí es preciso prodigarlos.

«Cuidad de que la artillería tome medidas para proveer abundantemente los puntos de pólvora y bombas, á fin de que pueda dispararse continuamente. Nunca se vé el daño del enemigo, sobre todo en el mar. Yo he visto combates de seis horas en que se creía no haber hecho nada despues de estar tirando sin descanso, y luego se veía de pronto con asombro irse á pique unos buques, y otros alejarse á toda vela; mas para que esto sea eficaz, es preciso que no se carezca de municiones, y adoptar todas las precauciones necesarias para que lleguen en gran cantidad. ¿Qué es una distancia de mil trescientas toesas para nuestros morteros que alcanzan de mil quinientas á mil ochocientas? Trein-

ta bombas no hacen nada pero la treinta y una dá en el blanco. Encargad sobre todo que las bombas estén provistas de espoletas de fuego. Si las embarcaciones del enemigo están á mil toesas de la orilla, no se hallan fuera de tiro de la batería imperial. ¿Por qué no se las echa á pique? Escribid á los generales y oficiales de artillería de la isla de Cadzand y de la costa que prodiguen las municiones.

«Supongo que los detalles que dá el general Rousseau sobre que la guarnicion se bate fuera de Flesinga, que acaba de ser arrojada la primera bomba, etc., los insertareis en el *Monitor*. Es preciso mandar imprimir todos los partes que me enviáis, teniendo cuidado de suprimir algunas líneas y de cambiar algunos números.

«En cuanto al tiro de las balas de cañon, el del enemigo alcanza mucho porque cuando los marinos están fuera de distancia, disparan por lo regular todo lo lejos posible, y el tiro de la artillería de marina tiene mas grados que el de las piezas de tierra.

«Disponed sea armada, surtida y puesta en estado de sitio la plaza de Izendick; envid á ella un oficial que la mande, otro de ingenieros, otro de artillería, un comisario de guerra y un guarda-almacén; y haced se deposite en él gran cantidad de provisiones.

NAPOLEON. »

®

*Al ministro de la Guerra.*

SCHOENBRUNN, 22 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del...

«Por la copia de la que habeis escrito al príncipe de Ponte-Corvo veo le decís que es preciso aventurar una batalla para salvar á Amberes; y temo no hayais comprendido bien mi idea. He dicho que en ningún caso era preciso arriesgar la batalla, á no ser para salvar á Amberes, ó á menos que no fuésemos cuatro contra uno, y en una buena posición protegida por reductos y baterías. He aquí mi modo de pensar por completo: hay dos puntos distintos, Amberes y la isla de Cadzand, ambos importantísimos, porque si el enemigo se apodera de ellos.... nuestras poblaciones de Francia.... é inquietaría la margen izquierda.

«Creo que el general Moncey debe llevar su cuartel general á Gante y tener el mando de la isla de Cadzand y de Terneuse, hasta las inundaciones de la Cabeza de Flandes. El príncipe de Ponte-Corvo debe establecer su cuartel general en Amberes y tener á sus órdenes toda la parte del ejército que se halla actualmente en Lila y Berg-op-Zoom; además debe escoger buenas posiciones para impedir al enemigo que pase el canal de Berg-op-Zoom, no trabar acciones sino en número muy superior á él y en buenas posiciones, é invertir el tiempo en ejercitar y disciplinar sus tropas.

«Si el enemigo no tiene mas que de veinte á veinte y cinco mil hombres con que dirigirse hácia Amberes, y el príncipe de Ponte-Corvo puede es-

perarlo en una posición ventajosa y atacarle con cincuenta mil hombres entre franceses y holandeses, sobre todo con mucha artillería, podrá hacerlo, pero asegurándose la retirada hácia Amberes. En cualquier caso debería retirarse hácia dicha plaza, considerarla como un vasto campo atrincherado, encerrarse en ella, ocupar sus inmediaciones y ver lo que hacen los ingleses. Entonces el movimiento de estos estaría bien determinado, y en tal caso el mariscal Moncey acercaría su cuartel general á la Cabeza de Flandes para estar á tiro de Amberes; el duque de Valmy se dirigiría hacia Maëstricht para hostigar al enemigo, y si éste cometiera la locura de sitiar á Amberes, el mariscal Moncey haría pasar en una noche toda la gente que tuviera disponible por la Cabeza de Flandes hacia Amberes; el duque de Valmy y los holandeses que están en Breda hostigarian al enemigo, y el príncipe de Ponte-Corvo saldría hácia uno de los puntos con todas sus fuerzas, y le destrozaría.

«De este modo el príncipe de Ponte-Corvo, cercado por la parte de la ciudadela al otro extremo de la plaza, no lo estaría hacia la Cabeza de Flandes, y por allí se comunicaría con el mariscal Moncey. Se haría avanzar la reserva, y el enemigo no tardaría en levantar el sitio para evitar una destrucción total. Así, pues, nunca debe abandonarse á Amberes: al contrario, el príncipe de Ponte-Corvo debe defender los aproches lo mas que pueda y encerrarse allí con la escuadra; construir reductos y fuertes (en todo el circuito para defender el campo atrincherado) que mantengan al enemigo á mil ó mil doscientas toesas de la plaza y le impidan bombardear la población, y aun ponerse en situa-

cion, despues de reunir todos los medios, haciéndolos pasar por la Cabeza de Flandes, de caer sobre él con setenta ú ochenta mil hombres, sobre todo de una inmensa cantidad de artillería de campaña.

«En resumen, el duque de Conegliano debe defender la isla de Cadzand y de Terneuse, y estender su defensa á la Cabeza de Flandes. Las comunicaciones deben estar aseguradas á través de la inundacion entre la Cabeza de Flandes, Gante y Bruselas. El duque de Conegliano debe tener el doble objeto de impedir que la isla de Cadzand sea tomada, defender la márgen izquierda y evitar que el enemigo cerque la Cabeza de Flandes, por la cual debe ponerse en comunicacion con el príncipe de Ponte-Corvo. El objeto de este debe ser impedir que el enemigo pase el canal de Berg-op-Zoom, situarse alrededor de Amberes como en campo atrincherado, proteger su comunicacion con la Cabeza de Flandes, y aprovechar una ocasion favorable para caer sobre el enemigo.

«Si el duque de Istria está restablecido, enviadle á Lila en reemplazo del duque de Conegliano.

«Llamad al ejército del príncipe de Ponte-Corvo, ejército de Amberes; al del duque de Conegliano, ejército de la Cabeza de Flandes, y á la reserva, ejército de reserva. Dad al duque de Conegliano la division de guardias nacionales del senador Aboville, que está en Bruselas, y la gente que defiende la isla de Cadzand, lo cual forma de veinte y cuatro á treinta mil hombres. Podeis componer el ejército del príncipe de Ponte-Corvo con toda la gente que se halla sobre las armas desde Amberes á

Berg-op-Zoom, y con la division de guardias nacionales que existe hoy en Amberes.

«Al duque de Istria podeis darle las tres divisiones de reserva de guardias nacionales.

«Asi, pues, el príncipe de Ponte-Corvo, mi escuadra y el senador Colland, no deben dejar á Amberes. Debeis dar conocimiento del plan de defensa al duque de Valmy, quien debe aproximarse para llevar su cuartel general á Maëstricht. El duque de Conegliano debe trasladar el suyo á Gante, para estar á tiro de la isla de Cadzand, de Terneuse y de la Cabeza de Flandes. Por último, el duque de Istria, si tiene salud, debe encargarse del mando de la reserva y de organizar las tres divisiones de guardias nacionales. Para alcanzar verdaderos triunfos contra los ingleses, es preciso tener paciencia y esperarlo todo del tiempo que arruinará y disgustará á su ejército; y dejar venir el equinoccio que no les dejará mas recurso que marcharse por medio de capitulacion. Hay un adagio que dice que los negocios deben ir por la posta, pero no los negocios generales.

«P. S. Los duques de Conegliano y de Valmy deberian comunicarse todos los dias.

NAPOLEON.»

Al ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 41 de setiembre de 1809.

«Adjunto vereis un decreto que acabo de expedir. Mi intencion es no dejar mas tiempo el mando en manos del príncipe de Ponte-Corvo, quien continúa en correspondencia con los intrigantes de

Paris, y es hombre en quien no me puedo fiar. Os envío directamente el decreto para que si estuviere trabada la lucha en el momento que lo recibais retardéis su ejecución. Si, como me figuro, no se baten, y el duque de Istria se halla en estado de poder marchar, enviareis este último á que tome el mando del ejército del Norte, y escribireis al príncipe de Ponte-Corvo que se traslade á París.

«Decidle que me ha disgustado su orden del día; que no es cierto tenga solamente quince mil hombres, cuando con el cuerpo del duque de Conigliano y el de Istria hay en el Escalda mas de sesenta mil hombres; pero aun cuando no tuviera sino quince mil, su deber era no darlo á sospechar al enemigo; que esta es la primera vez que se ha visto á un general descubrir el secreto de su situación por un exceso de vanidad; y que al mismo tiempo ha dirigido elogios á mis guardias nacionales, cuando saben muy bien no han tenido ocasión de hacer nada.

«Manifestadle en seguida lo descontento que estoy de él por la correspondencia que sostiene en París, é insistid en que cese de recibir los perversos boletines de unos miserables á quienes anima con su conducta. El tercer punto sobre que le notificareis mis intenciones, es que se traslade al ejército ó se marche á los baños.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Policía.*

SCHOENBRUNN, 13 de setiembre de 1809.

«He recibido vuestra carta del 7, en que me decis teneis doce mil uniformes hechos de guardia

nacional. Creo que no se les debe dar á los guardias nacionales de París, sino contentarse con vestir el batallon de voluntarios que se forme, es decir, los que quieran ir á batirse. Respecto á los otros deseo no pase á mas esa guardia nacional de París, y que así que se pueda no haga ya el servicio.

«En cuanto á los guardias nacionales del Norte, es menester que sigan hasta nueva orden. Esos uniformes estarán mejor empleados en vestir á los que están en las fronteras, que á los papanatas que no quieren salir de París.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Policía.*

SCHOENBRUNN, 14 de setiembre de 1809.

«No os he autorizado á sacar guardias nacionales en toda la Francia, y sin embargo, se inquieta á la población en el Piamonte, á donde habeis escrito era preciso disponerlo todo para el llamamiento á las armas. No quiero se saque guardias nacionales en aquel país, porque es una cuestion grave saber si se necesita guardia nacional en el Piamonte.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Marina.*

SCHOENBRUNN, 20 de setiembre de 1809.

«Supongo habeis vuelto á armar los buques que tengo en Amberes, y dado orden al almirante

Missiessy de que se mueva con mi escuadrilla para barrer el Escalda, dándole carta blanca, y que mi flotilla de Amberes desfile hacia Amberes. Ahora que los ingleses me han hecho conocer el secreto del Escalda, acerca del que vos tenéis tantas dudas, es mi intento trasladar la flotilla á Amberes.

NAPOLEON.»

Al ministro de Policía.

SCHOENBRUNN, 24 de setiembre de 1809.

«He recibido vuestra carta en que me noticiáis haberse formado en todas partes los cuadros de los guardias nacionales. Lo sé y no estoy contento de ello, pues semejante medida no se podía tomar sin orden mia. Ha habido demasiada viveza. Todo lo que se ha hecho no adelantará ni una hora el poner sobre las armas á esos guardias nacionales, si se necesitase. Eso produce fermentacion, cuando habria bastado con movilizar á los guardias nacionales de las divisiones militares que habia designado. Poned todo vuestro estmero en tranquilizar á los ciudadanos y en que no se moleste al pueblo, sacándole de sus ocupaciones habituales.

«Nunca he querido tener sino treinta mil guardias nacionales: se han sacado mas y ha sido un error. Para arreglar todo eso, espido mi decreto que debe haber recibido el ministro de la Guerra. Toda la gente que pueda sacarse de Paris voluntariamente, es preciso regimentarla; pero se debe dejar toda la que quiera quedarse, y apagar insensiblemente el movimiento que se ha producido; ha-

cer que den la guardia los gendarmes, la guardia de Paris los depósitos; y procurar se calme toda esa agitacion dejando á cada uno tranquilo. No debió hacerse sino lo necesario para proporcionar soldados en la costa; se me han proporcionado y no puedo menos de estar satisfecho de ello; pero en muchos parages se ha causado una alarma que era inútil.

NAPOLEON.»

Al ministro de Policía.

SCHOENBRUNN, 26 de setiembre de 1809.

«Por el boletin de policia veo que se ha llamado á las armas á los guardias nacionales del Jura, de la Costa de Oro, del Doubs y de Lot-et-Garonne; y nada de eso quiero. He designado las divisiones militares que deben proporcionarlos, y no comprendo por qué hay esa rabia por poner en movimiento á toda la Francia. ¿A qué viene á parar todo esto? En semejantes medidas no ha debido procederse con tanta lijereza. Todo eso causa mucho daño, y en la disposicion en que se hallan los ánimos, el mas pequeño acontecimiento atraeria una crisis.

«Mientras el enemigo amenazaba á Amberes, era una cosa sencilla llamar á los guardias nacionales de los departamentos del Norte. Cuando se tiene al enemigo delante y hay que defender nuestros bienes, no se entretiene uno en discutir; pero no están interesados como ellos los departamentos situados en el otro confin de la Francia. Esas medidas son ilegales; mandad que no se pongan en

planta y tranquilizad á la Francia. Entre las cuestiones políticas no es la menos importante la de saber si es preciso formar guardia nacional en el Piamonte, y os disponéis á organizarla sin tomar ninguna precaucion para nombrar los oficiales. Todo eso es una locura. La Francia no sabe qué es lo que se le pide. Cuando pedís los guardias nacionales de Flandes para que acudan á las fronteras por las que el enemigo quiere pellizcar la Flandes, obráis racionalmente; pero cuando se saca guardia nacional en el Languedoc, Piamonte y Borgogna, se cree en una agitacion que no existe, no se llenan mis intenciones, y se me originan gastos inútiles.

NAPOLEON.»

*Al ministro de Policía.*

SCHÖNBRUNN, 26 de setiembre de 1809.

«Una especie de vértigo tiene trastornadas las cabezas en Francia. Todos los informes que recibo me anuncian se están sacando guardias nacionales en el Piamonte, Languedoc, Provenza y el Delfinado. ¿Qué diablos se quiere de todo esto, cuando no hay motivo urgente, y no podía hacerse sin orden mia? Como esas medidas pasan los límites del poder ministerial, debería autorizarlas el consejo de ministros; pero no se me ha enviado el acta. Al tener noticia de la expedicion, mandé llamar á las armas treinta mil guardias nacionales, y designe las divisiones militares que debian proporcionarlos. Si hubiera querido se sacasen de todas partes, lo hubiera dicho.

«Que el Artois, el Brabante y la Lorena su-

ministran guardias nacionales para ir á socorrer á Amberes por que el enemigo ha desembarcado en el Escalda, se comprende; pero cuando se pone sobre las armas el Piamonte, el Languedoc, el Franco-Condado y el Delfinado, estas provincias no saben lo que se les pide. El pueblo se muestra indeciso acerca del gobierno, las imaginaciones trabajan, y el mas pequeño incidente puede engendrar una crisis. No sé si se debe censurar á los individuos del departamento de Forets que han pedido se les enseñe el decreto en que se les manda ponerse en marcha; me parece que estaban en su derecho. Por eso me apresuré á enviar el decreto tocante á los departamentos donde queria se hiciese la leva.

«No sé lo que se ha hecho en las inmediaciones de París. Mas sencillo era organizar tres mil hombres que reemplazasen á la guardia municipal, y formar dos ó tres batallones que fuesen á batirse. Hé aquí lo que habia que hacer. En estos momentos en que pido la conscripcion, ocupaos de que todo entre en calma. Hablad de ello en consejo de ministros. Como no estoy ahí, no sé lo que se ha hecho. Tomad medidas para que los prefectos vuelvan las cosas al estado en que hallaban. No quiero mas guardias nacionales que los que he sacado, y pensando maduramente no quiero oficiales que no conozco. Los prefectos, la mayor parte de los cuales son unas medianías, están muy lejos de que yo confie en ellos respecto á un asunto de tanta importancia. Si los guardias nacionales fuesen como la guardia de honor, se le hubiera dado al pueblo gefes que tuviesen un interés diferente al suyo, sobre todo, si habia una crisis. NAPOLEON.»

*Al ministro de Policía.*

SCHOENBRUNN, 14 de octubre de 1809.

«He recibido vuestra carta del 7, y no puedo en manera alguna aprobar el llamamiento á las armas de otros guardias nacionales que los interesados en rechazar la agresion de los ingleses en Amberes. La Provenza, el Languedoc, el Delfinado y los demas departamentos lejanos no podian tener ninguna conexion con la espedicion inglesa, y no he podido menos de censurar se haya sacado los guardias nacionales de esas provincias. Por otra parte, desde el 9 de setiembre que dejó de ser efectiva la espedicion, no he cesado de encargarse diese contraórden, y precisamente desde ese mismo instante está en mayor movimiento la Francia tocante á los guardias nacionales, segun veo.

«En un gran Estado y en un buen órden de gobierno, se necesita celo y actividad, pero tambien mesura y aplomo. En el mismo caso esta la guardia nacional de Paris; no se la sacó cuando los ingleses atacaron nuestro territorio, y si luego que se marcharon. Si continúo escribiéndoos sobre todo esto, no es porque desconozca vuestro celo; pero no puedo ver sin sentirlo se alarme la Francia cuando me he limitado á pedir treinta mil guardias nacionales inclusa la division del general Rampon. En último analisis el resultado ha sido probar el buen espíritu de que se hallan animados los franceses, lo cual no he dudado jamás.

NAPOLEON.»

FIN DEL TOMO UNDECIMO.

## INDICE.



### LIBRO TREINTA Y SEIS.

TALavera y WALCHEREN.

PAGS.

Operaciones de los franceses en España durante el año 1809.—Plan de campaña para ver de conquistar el Sur de la Peninsula.—Falta de unidad en el mando, é inconvenientes que produce.—La guerra de Austria aviva las esperanzas y las pasiones de los españoles.—Celo que muestra Inglaterra en multiplicar sus espediciones al litoral europeo, y envío á Portugal de otro ejército británico.—Abrese la campaña de 1809 con la marcha de Soult hácia Oporto.—Intenta en vano pasar el Miño en Tuy.—Rodeo por Orense, y marcha atravesando la provincia de Trás-os-Montes.—Serie de combates para entrar en Chaves y en Braga.—Batalla de Opor-

*Al ministro de Policía.*

SCHOENBRUNN, 14 de octubre de 1809.

«He recibido vuestra carta del 7, y no puedo en manera alguna aprobar el llamamiento á las armas de otros guardias nacionales que los interesados en rechazar la agresion de los ingleses en Amberes. La Provenza, el Languedoc, el Delfinado y los demas departamentos lejanos no podian tener ninguna conexion con la espedicion inglesa, y no he podido menos de censurar se haya sacado los guardias nacionales de esas provincias. Por otra parte, desde el 9 de setiembre que dejó de ser efectiva la espedicion, no he cesado de encargarse diese contraórden, y precisamente desde ese mismo instante está en mayor movimiento la Francia tocante á los guardias nacionales, segun veo.

«En un gran Estado y en un buen órden de gobierno, se necesita celo y actividad, pero tambien mesura y aplomo. En el mismo caso esta la guardia nacional de Paris; no se la sacó cuando los ingleses atacaron nuestro territorio, y si luego que se marcharon. Si continúo escribiéndoos sobre todo esto, no es porque desconozca vuestro celo; pero no puedo ver sin sentirlo se alarme la Francia cuando me he limitado á pedir treinta mil guardias nacionales inclusa la division del general Rampon. En último analisis el resultado ha sido probar el buen espíritu de que se hallan animados los franceses, lo cual no he dudado jamás.

NAPOLEON.»

FIN DEL TOMO UNDECIMO.

## INDICE.



### LIBRO TREINTA Y SEIS.

TALavera y WALCHEREN.

PAGS.

Operaciones de los franceses en España durante el año 1809.—Plan de campaña para ver de conquistar el Sur de la Peninsula.—Falta de unidad en el mando, é inconvenientes que produce.—La guerra de Austria aviva las esperanzas y las pasiones de los españoles.—Celo que muestra Inglaterra en multiplicar sus espediciones al litoral europeo, y envío á Portugal de otro ejército británico.—Abrese la campaña de 1809 con la marcha de Soult hácia Oporto.—Intenta en vano pasar el Miño en Tuy.—Rodeo por Orense, y marcha atravesando la provincia de Trás-os-Montes.—Serie de combates para entrar en Chaves y en Braga.—Batalla de Opor-

to.—Difícil situacion del mariscal Soult en el Norte de Portugal.—Luego que se sabe su entrada en aquel reino, el estado mayor de Madrid dirige el mariscal Victor á Estremadura y manda se apoye á este último por medio de un movimiento del general Sebastiani sobre la Mancha.—Paso del Tajo en Almaraz, y llegada al Guadiana del mariscal Victor y del general Sebastiani.—Victorias de Medellin y Ciudad Real.—Estas dos victorias hacen presagiar al principio seria feliz la campaña en el Sur de la Península, pero destruyen á poco su efecto sucesos lamentables ocurridos en el Norte.—El general La Romana, á quien habia dejado á su espalda el mariscal Soult al atravesar á Orense, pasa entre Galicia y el reino de Leon, subleva toda la parte Norte de España, y amenaza cortar las comunicaciones de los mariscales Soult y Ney.—Inútiles esfuerzos del mariscal Ney para comprimir á los insurrectos de Galicia y Asturias.—A falta del mariscal Mortier á quien retienen en Burgos las instrucciones que habia recibido, se envia seis ú ocho mil hombres al mando del general Kellermann para restablecer las comunicaciones entre los mariscales Soult y Ney.—Acontecimientos de Oporto.—Proyecto de convertir en reino el Norte de Portugal.—Divisiones en el ejército del mariscal Soult, y relajamiento de la disciplina en este ejército.—Median en secreto comunicaciones con los

ingleses.—Sir Arturo Wellesley, que habia desembarcado en las cercanías de Lisboa, conduce hácia Oporto un nuevo ejército.—Gracias á los medios de inteligencia que emplea en la plaza, sorprende á Oporto.—El mariscal Soult se ve obligado á huir sacrificando su artillería.—Retirada hácia Galicia.—Entrevista de los mariscales Soult y Ney en Lugo.—Plan concertado entre los dos mariscales, el cual no se pone en ejecucion por el movimiento que el mariscal Soult hace sobre Zamora.—Funesta division entre los dos mariscales.—Orden espedida en Schœnbrunn, antes de saber los sucesos de Oporto, para reunir bajo el mando del mariscal Soult los tres cuerpos de los mariscales Ney, Mortier y Soult.—Consecuencias imprevistas de esta órden.—El mariscal Soult forma en Salamanca un proyecto de campaña fundado en la suposicion de que los ingleses permanecieran ociosos hasta el mes de setiembre.—Los acontecimientos no tardan en desmentir esta suposicion.—Sir Arturo Wellesley, despues de espulsar á los franceses de Portugal, se repliega hácia Abrantes.—Pónese de acuerdo con don Gregorio de la Cuesta y Venegas para operar sobre el Tajo.—Su marcha hácia Plasencia en junio y julio, y su llegada á Talavera.—El rey José que habia hecho ir el mariscal Victor al valle del Tajo, se reune á él con el cuerpo del general Sebastiani y una division de reser-

va sacada de Madrid, mandando al mariscal Soult desemboque por Plasencia á espaldas de los ingleses.—José les ataca demasiado pronto, y sin bastante homogeneidad.—Batalla indecisa de Talavera dada el 28 de julio.—Movimiento retrógrado hacia Madrid.—Aparición tardía del mariscal Soult a retaguardia de sir Arturo Wellesley.—Retirada precipitada del ejército inglés á Andalucía, despues de abandonar sus enfermos y heridos.—Carácter de los sucesos de España durante la campaña de 1809.—Disgusto de Napoleón por no haberse sacado mejor partido de los grandes recursos reunidos en la Península, é importancia que da á estos sucesos, á causa de las negociaciones de Altenburgo.—Esfuerzos de los ingleses para auxiliar á los negociadores austriacos con el envío de una gran expedición al continente.—Proyecto de destruir en las radas los armamentos marítimos preparados por Napoleón.—Expedición de Rochefort.—Número prodigioso de brulotes lanzados á un tiempo contra la escuadra de la isla de Ex.—El enemigo incendia cuatro navios y una fragata, que van á dar contra las rocas de Palas.—En seguida dirigen los ingleses sus fuerzas navales contra el establecimiento de Amberes, esperanzados de encontrarle desprovisto de medios de defensa.—Cuarenta navios, treinta y ocho fragatas y cuatrocientas embarcaciones de trasporte conducen cuarenta y cin-

co mil hombres á las bocas del Escalda.—Desembarco de los ingleses en la isla de Walcheren y sitio de Flesinga.—La escuadra francesa logra retirarse sobre Amberes, y resguardarse allí de todo peligro.—Modo de considerar la expedición inglesa en París y en Schœnbrunn.—Previendo Napoleón que la fiebre sería el adversario mas temible de los ingleses, manda ponerse á cubierto con trincheras, colocar detrás de ellas á las tropas que se pudieran reunir y no aventurar la batalla.—Llama á las armas á los guardias nacionales, y designa al mariscal Bernadotte para general en jefe de las tropas reunidas al pie de las murallas de Amberes.—Rendición de Flesinga.—Habiendo perdido el tiempo los ingleses en tomar á Flesinga, saben que Amberes se halla en estado de defensa y no se atreven ya á avanzar.—Acomételes la fiebre con suma violencia, y les obliga á retirarse despues de sufrir pérdidas enormes.—Alegria de Napoleón al saber este resultado, sobre todo con motivo de las negociaciones entabladas en Altenburgo. . . . .

## LIBRO TREINTA Y SIETE.

## EL DIVORCIO.

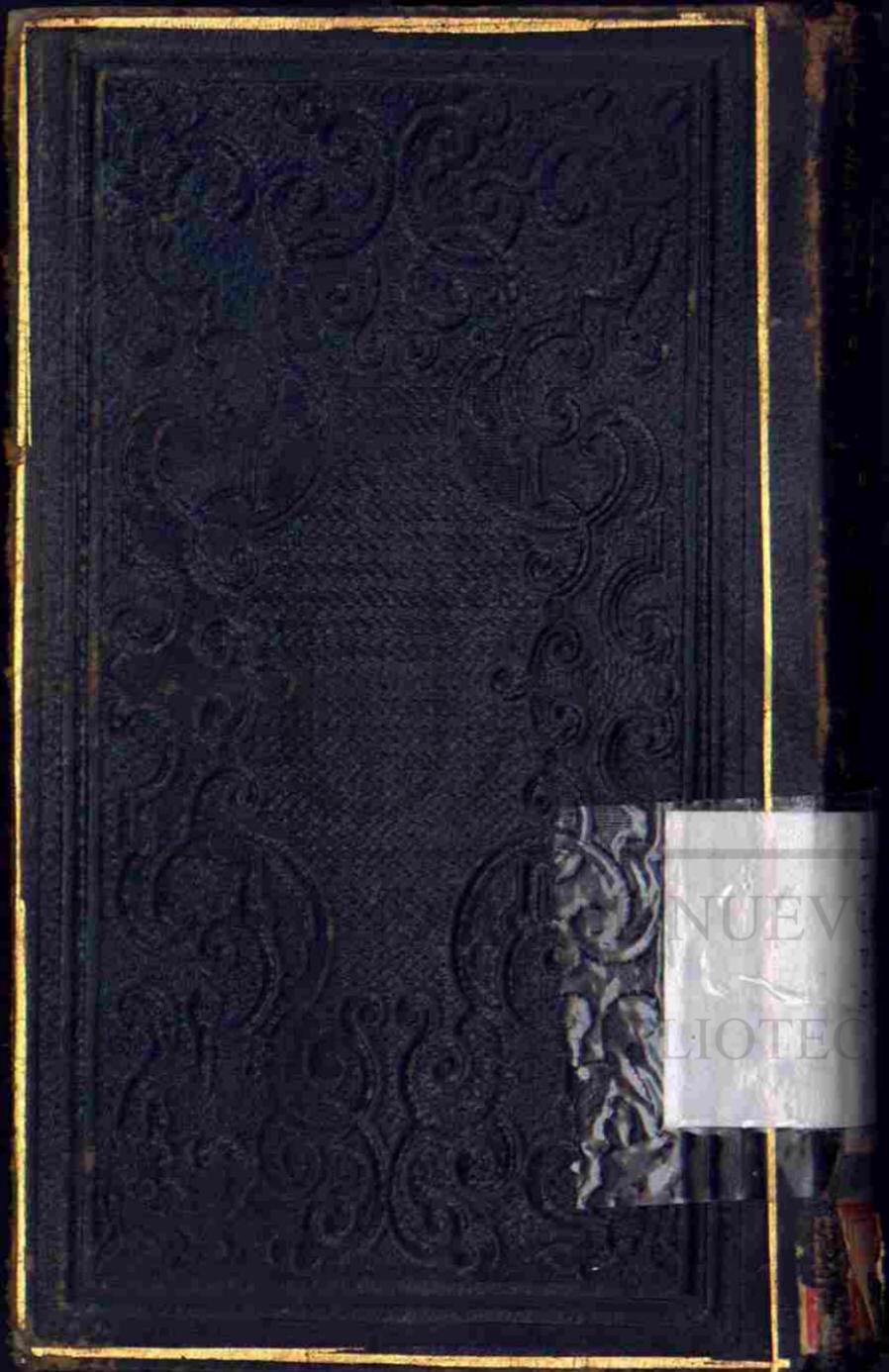
Cómo marchan las negociaciones en Altenburgo.—Napoleon hubiera deseado quedasen separadas las tres coronas de la casa de Austria ó se refundiesen en la del duque de Wurzburg.—No queriendo sostener otra campaña mas por conseguir este objeto, se contenta con adquirir mas territorio en Italia, Baviera y Polonia.—Resistencia por parte de Austria á los sacrificios que le piden.—Lentitud calculada de Mr. de Metternich y del general Nugent, plenipotenciarios austriacos.—Trátase de dar un paso directo con Napoleon, enviándole Mr. de Bubna con una carta del emperador Francisco.—Trasládanse á Viena las negociaciones de Altenburgo.—Ultimos debates: se firma la paz el día 14 de octubre de 1809.—Astucia de Napoleon para asegurar la ratificacion del tratado.—Orden de evacuar á Austria, y enviar á España todas las fuerzas disponibles de resultas de la paz.—Intentan asesinarle en la corte del palacio de Schönbrunn.—Su regreso á Francia.—Asuntos eclesiásticos durante los sucesos militares y políticos del año 1809.—Situacion intolerable del papa en Roma con las tropas francesas.—

Para que cese, da Napoleon el decreto del 17 de mayo, reuniendo el imperio francés los estados de la Santa Sede.—Bula fulminada en contestacion á ese decreto.—Prision del papa y su traslacion á Savona.—Estado de los ánimos en Francia á consecuencia de los sucesos políticos y religiosos de aquel año.—Profunda alteracion en la opinion pública.—Llegada de Napoleon á Fontainebleau.—Su estancia allí, y su nuevo modo de portarse.—Reunion en París de principes, ya parientes, ya aliados.—Vuelta de Napoleon á París.—Durante los últimos acontecimientos madura en su cabeza la resolucion de divorciarse.—Confía esta resolucion al archicanciller Cambaceres y á Champagny, ministro de relaciones exteriores.—Napoleon llama á París al príncipe Eugenio, para que éste prepare á su madre para el divorcio, y solicita la mano de la gran duquesa Ana, hermana del emperador Alejandro.—Llegada á París del príncipe Eugenio.—Sentimiento y resignacion de Josefina.—Formas adoptadas para el divorcio y consumacion de este acto el día 15 de diciembre.—Retírase Josefina á la Malmaison y Napoleon á Trianon.—Acogida hecha en San Petersburgo á la peticion de Napoleon.—El emperador Alejandro consiente en conceder su hermana, pero quiere que á esa union vaya unido un tratado contra el restablecimiento eventual de Polonia.—Lentitud calculada de la Rusia é

- impaciencia de Napoleon.—Secretas comunicaciones por las que se sabe el deseo de Austria de dar á Napoleon una archiduquesa.—Consejo de los grandes del imperio en que se discute la eleccion de esposa.—Cansado de la lentitud de Rusia, Napoleon rompe sus relaciones con ella, y se decide repentinamente á casarse con una archiduquesa de Austria.—Firma el mismo dia, siendo intermediario el principe de Schwarzenberg, su contrato de matrimonio con Maria Luisa, copiado del de Maria Antonieta.—Envia á Viena el principe Berthier para que pida oficialmente la mano de la archiduquesa.—Acoge con afan su peticion la corte de Austria.—Matrimonio celebrado en Viena el 11 de marzo.—Matrimonio celebrado en Paris el 2 de abril.—Cambio momentáneo de la opinion pública en favor de Napoleon, y últimas ilusiones de Francia sobre la duracion del reinado imperial. . . . . 254
- Documentos sobre la batalla de Talavera. . . . . 391
- Cartas de Napoleon relativas á la expedicion de Walcheren . . . . . 492

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO



NUEVA  
LIOTEC